

# DANIEL GLATTAUER

## Porque sí



Por el autor de *Contra el viento del norte*



¿Por qué? Porque sí.

Piense en una persona simpática de su círculo de amistades, en el hombre más pacífico que conozca. Imagínese que llega a sus oídos la noticia de que esa persona ha matado a alguien. Dicen que le disparó a un hombre en un bar sin darle siquiera la opción de defenderse; sin que se hubieran peleado ni hubiera pasado nada antes. Así, porque sí.

Ha confesado su crimen y reconoce haberlo hecho con premeditación, pero no piensa revelar el móvil hasta pasados veinte años. ¿Será usted capaz de esperar tanto tiempo?, ¿imposible? Entonces lo mejor que puede hacer es leer este libro.

«Un libro de una escritura brillante».

Merie Claire

«Una novela policiaca refinada e inteligente, con giros sorprendentes y un final todavía más sorprendente».

NÖ Nachrichten

«Maravillosamente irónico, con giros inesperados que te mantienen en tensión hasta la última página».

Buchmarkt



Daniel Glattauer

# Porque sí

**ePub r1.0**

**orhi** 08.06.14

Título original: *Et stille um Ærkeligt drab*

Daniel Glattauer, 2003

Traducción: Alicia Gómez Elizondo

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

Editor digital: orhi

ePub base r1.1



*A mi querido padre*

*Lene*

*A mi estupendo marido*

*Agnete*

La explosión me ensordece. La plaza del mercado está en llamas. Los que siguen corriendo, es porque han sobrevivido. Me alegro por ellos. A menos de cinco metros de mí, rueda una señora mayor sobre el asfalto. Tiene en la cabeza restos rojos de metralla. Ya nadie puede ayudarla. Nadie puede ayudarme. Yo observo la mano que ha lanzado la granada. Mi mano. No puedo reconocer nada malo en ella.

XAVER LORENZ

## UNO

Yo no quería estropear el día antes de que llegara la noche y, en cuanto sentí que estaba despierto, me puse en pie. «Sobre todo, no pensar», pensé. La tira de pasta de dientes rosa se mantenía en el centro del cepillo. Los días malos solía resbalarse al presionar el tubo y se escurría por un lado del cepillo para caer después en el lavabo. Y allí se quedaba pegada, como un triste montoncito de percance. Normalmente lo enjuagaba. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

Esta vez había acertado. Era un buen día. Más no pensé. Vi en el espejo mi rostro normal. A veces por la mañana me miraba la lengua. Ese día no. A veces me retiraba el flequillo de la frente. Ese día no. A veces me contaba las canas de las sienes. Hacía semanas que ya no. Ya en la cocina, puse agua a calentar y la vertí en la tosca taza amarilla en la que había puesto una bolsita de té negro con sabor a melocotón antes de acostarme. Lo hacía siempre así. Siempre la misma taza amarilla. Siempre té negro con sabor a melocotón. Y siempre dejaba preparada la bolsita en la taza la noche anterior. Así ya sabía algo de lo que sucedería al día siguiente. Ya no me sentía tan receloso.

El pequeño bolso de viaje se había hecho solo. Me llevaba únicamente ropa negra y azul, suave y abrigada. Mis jerseys favoritos, así como los pantalones bonitos que hacían pensar a las mujeres «pantalón bueno, hombre interesante», se quedaban en casa. Al salir, sentí que ese era uno de los momentos más difíciles del día, pero supe controlar la situación porque me prohibí pensar en ello. Cerré los ojos: dos seis cero ocho nueve ocho. Inolvidable. Di vuelta a la llave hasta que hizo tope: la puerta de mi piso quedaba bien cerrada y eso me dio seguridad. Metí el bolso en el coche y lo puse en marcha.

A las once estaba en casa de Alex, como le había prometido. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta. Le puse las manos sobre las orejas, calientes, y le dije: «Deja que te vea», o alguna tontería por el estilo. Viéndola tuve la impresión de que ante mí se encontraba una mujer que solo necesitaba pegar un buen bufido para poder comenzar una nueva vida. Lo que más me habría gustado a mí habría sido besarla y empezar esa nueva vida con ella. No; lo que más me habría gustado a mí habría sido besarla.

—¿Ya han llegado los otros? —le pregunté.

—Malas noticias, Jan —respondió Alex.

—No viene nadie más —bromeé yo.

—¿Son muy malas? —me preguntó.

Con eso quedó claro que prefería hacerlo solamente con mi compañía. Cambiarse de casa. Abandonar la casa. Dejar plantado a Gregor. Era sábado. Cuando él regresara el domingo por la tarde de su seminario (ella se llamaba Uschi), el piso tenía que estar vacío. Eso significaba: cien metros cúbicos de madera maciza, metal pesado, porcelana de calidad y similares tenían que ser arrastrados escaleras abajo a lo largo de tres pisos para después ser transportados escaleras arriba hasta el segundo piso de alguna otra casa.

—¿Ya has desayunado? —preguntó Alex.

Yo sonreí. En mi interior pegué un grito. Ella desayunó, yo la observé, ella me observó mientras yo la observaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—¿Qué me debería pasar? —pregunté yo.

A mí hasta el momento nunca me había pasado nada.

El traslado se prolongó hasta la oscuridad de ese día de octubre. Fuera caía una lluvia brutal, como siempre que había un cambio de estación en esa ciudad. Por suerte, yo no era una persona depresiva. Una vez que el trabajo ímprobo estuvo hecho, Alex me permitió que tomara un baño caliente en su nuevo piso. Me sentó bien, sin quererlo siquiera. Intenté aprovecharlo para distraerme y pensar en sexo. Pero la idea no evolucionó bien: enseguida dio un salto y se concentró en Delia, así es que tuve que acabar con ella de inmediato.

Alex me trajo una toalla. Se tapó con ella la vista para que yo no me sintiera avergonzado. Yo agarré la toalla y la puse a un lado para mostrarle que no me daba vergüenza. Por desgracia el sexo no funcionaba si no había algo de excitación; porque a los dos nos habría venido muy bien.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me preguntó después mientras tomábamos un café que me descompuso el estómago.

—Nada del otro mundo —mentí infamemente. Y dibujé una sonrisa que denotaba solo una mentirijilla.

—¿Una nueva? —preguntó ella. Y levantó una ceja.

Me habría gustado besarla por eso (porque siempre creía que yo tenía alguna nueva).

—No seas tan curiosa —le dije. O alguna frase horrenda de ese tipo.

Tenía que dejar a Alex urgentemente, a pesar de que todavía era demasiado pronto. Al darle el abrazo de despedida, la estreché con fuerza. Intenté llevarme de ella lo máximo posible sin que se diera cuenta.

—Ánimo —le grité cuando ya me iba (por lo de Gregor). En una situación normal le habría dicho: «Ya sabes que puedes llamarme cuando quieras». Pero esta vez no iba a ser posible.

Las horas siguientes fueron una tortura. Ya no había nada más que hacer. Prácticamente me pasé todo el tiempo sentado en el coche aparcado intentando no pensar en nada. Por suerte, la lluvia golpeaba contra el techo; una sensación con la que podía vivir perfectamente y en la que podía dejar transcurrir los instantes sin problemas.

Cuando todavía trabajaba de lector en la editorial Erfos, una vez me encargué de una novela en la que cada cierto número de páginas la lluvia golpeaba contra el techo de un coche. Cada vez que a la autora se le acababan las ideas y la acción se le escapaba de las manos, la lluvia batía contra el techo de algún coche.

—Es una imagen muy bonita —la consolé en nuestro primer encuentro.

Me daba pena. Estaba sentada a mi lado, con el aspecto de una patinadora que se hubiera caído tres veces durante el ejercicio libre y ahora esperara la puntuación de los jueces. La ambición le hacía morderse los labios. No tenía más que treinta años y ya había sucumbido a la ilusión por la literatura. Su novela era conmovedoramente vacía; no tenía nada que transmitir a los lectores; no había vivido nada. Nada más que lluvia golpeando sobre un tejado de chapa.

El Bob's Coolclub abrió a las diez. Yo fui el cliente número cinco. Desde el coche había visto entrar a los cuatro primeros; no conocía a ninguno de ellos.

—Hola Jan —me dijo Bob—, vaya tiempo de mierda.

Yo miré hacia el suelo. A él pudo darle la impresión de que me sacudía el agua del pelo. Cuando pasé por delante de él lo saludé dándole unos golpecitos con la mano izquierda en el antebrazo. Por suerte, uno podía comportarse como un tío *cool* en el Bob's Coolclub. De hecho, allí, quien decía más de tres palabras, ya llamaba la atención.

Yo había reservado la mesa redonda pequeña en la que me había sentado ya las noches anteriores. En aquel rincón solo cabía una persona y no se podía agregar otra silla; además, el saliente de la pared me protegía de los clientes de las mesas vecinas. La luz de los focos *spot* que iluminaban con su destello mate el lúgubre local de Bob apenas alcanzaba mi nicho. Las noches anteriores yo había hecho como que estaba trabajando en una historia. Bob y los otros sabían que yo era reportero. Pensaban que ese era un trabajo que consistía básicamente en andar por cuchitriles como el Bob's Coolclub, y estar todo el tiempo tomando notas (sin importar lo oscuro que estuviera el local) mientras consumía vino tinto Blauer Zweigelt. Y cuanto más Blauer Zweigelt, más fuerte sería la historia y más notable el reportero; eso es lo que pensaban. A mí me debían de considerar muy notable.

La camarera se llamaba Beatrice. Me conocía de vista. Yo a ella la conocía de girar la vista: no quería conocerla, pero no hacía más que escuchar su nombre constantemente. Desde hacía una semana, hasta en sueños escuchaba cómo el Bob's Coolclub gritaba el nombre de Beatrice. Cuando se acercó a mi mesa, yo me sumergí en la carta de bebidas, apoyé una mano delante de la frente a modo de visera y, casi sin voz, pedí medio litro de Blauer Zweigelt. Lamenté no dirigirle la mirada a la camarera mientras me hablaba; era lo que hacían los clientes que no podían dejar de dar muestras de su poder ni en los actos más cotidianos; y yo, esta vez, me había comportado como uno de ellos.

Una vez servido, me alegré de que nadie más me dirigiera la palabra. Me dolía la espalda por culpa de Gregor. En mi cerebro se llevaban a cabo contiendas cada vez más duras: uno entraba en pánico, y acudía otro para taponarle la boca; uno quería pensar, y el otro se protegía contra el pensamiento; yo me puse del lado del otro e hice todo lo que pude para no abandonarlo. Sobre todo, no pienses, Jan. Ya hacía mucho tiempo que estaba todo pensado.

Sobre las once empezó a venir más gente. Desde mi hueco solo había unos cuatro metros hasta la puerta de entrada. La tenía todo el tiempo, completa, en mi campo de visión; no había ningún obstáculo por medio. A la derecha, varios clientes, apoyados en la barra, me daban la espalda. A la izquierda, las primeras tres mesas se extendían en paralelo a la pared marcando la profundidad del espacio; la cuarta mesa desaparecía en una nube de humo.

Yo siempre sabía con antelación cuándo iba a entrar alguien, porque veía cómo descendía el picaporte; a partir de ese momento, transcurrían aproximadamente cinco segundos hasta que el nuevo cliente se encontraba, de pie, dentro del local. La mayoría todavía se volvía para cerrar la puerta; e incluso aquellos que no lo hacían (porque partían del hecho de que la puerta se cerraba sola) siempre permanecían parados allí durante unos segundos, para hacerse una primera impresión general, para acostumbrar la vista a la niebla, para buscar a alguien conocido o divisar a algún interesante desconocido al cual acercarse.

La entrada se encontraba iluminada por un *spot* colocado en el techo; pero el haz de luz se cortaba a una altura de aproximadamente un metro y medio. Por encima de este tramo, proyectaba su sombra una imponente viga. Desde mi posición, yo veía a todo el que entraba; pero, como mucho, hasta la altura del cuello. Los nuevos clientes llevaban zapatos de hombre o de mujer, en punta o redondeados, de color o negros; tenían las piernas largas o cortas, con pantalones ajustados o anchos, y barrigas pequeñas o gordas envueltas en chaquetas desenfadadas o abrigos clásicos. Ninguno se parecía al anterior, todos eran diferentes; a su manera, inconfundibles. Y, sin embargo, tenían algo en común: todos entraban en el local sin cabeza, todos acababan decapitados por la sombra de la viga. Ninguno de ellos tenía cara; ninguno hacía muecas, ninguno se movía.

Cerré los ojos y volví a abrirlos de inmediato; en cuanto me di cuenta de que me sentía. Le di un trago al Blauer Zweigelt. Sabía a Delia. Me pasé el dorso de la mano por la boca para borrar un rastro inexistente. Por suerte, yo no era una persona depresiva. Ante mí, un par de papeles con notas que pretendían dar la impresión de texto periodístico. Yo no era capaz de leer lo que ponía allí; las letras se me difuminaban antes de completar su camino hasta el cerebro.

A las once y media en punto deslicé la mano izquierda en el bolsillo interior de la chaqueta, saqué de allí el guante negro de lana con relleno, lo puse sobre la mesa, lo rodeé con las manos como haría un niño tragón con una tableta de chocolate y en, aproximadamente, tres segundos, me despedí de cuarenta y tres años de vida. Dos segundos fueron dedicados solo a Delia. Parece ser que la amé.

Giré el guante con relleno de tal manera que el dedo gordo rígido, que sobresalía unos milímetros del tejido, señalara hacia la puerta, coloqué encima la palma de la mano derecha e inmovilicé el objeto sobre la mesa. El índice de la mano izquierda se hundió en el agujero que había recortado en la lana y allí dibujó un par de círculos con delicadeza, para tomar nota de sus pequeñas dimensiones y de la frialdad de sus bordes. Entonces dejé que la yema del dedo descansara sobre el arco de metal.

Entretanto, el Bob's Coolclub se había tragado todo rastro de individualidad: las voces aisladas se habían mezclado hasta convertirse en una amalgama de sonidos sobre la cual destacaba de vez en cuando algún tropezón, alguna nota exageradamente estridente. El alcohol estaba haciendo sus efectos. Lo único distinguible era el nombre de Beatrice. Solo escuchar cómo la llamaban me provocaba agudos pinchazos en el estómago. Aparte de eso, me dolía la espalda y estaba contento de poder darme cuenta de ello.

Encima de la mesa estaba todo bajo control, así es que levanté la mirada hacia la puerta de entrada y en el trayecto alcancé a ver el reloj que colgaba sobre la barra: 23:38 h. Pasaron unos tres minutos y el picaporte empezó a descender. Yo, durante esos tres minutos, no había respirado;

y eso me tranquilizó: ahora, mi cerebro, incluso por motivos médicos, ya no se encontraba preparado para enviar más órdenes que las que ya estaban programadas.

Se abrió la puerta. Conté: uno, dos, tres, cuatro. La yema de mi índice izquierdo ejecutó el movimiento como si fuera una luchadora independiente de la resistencia; fue a apretar la fría pieza de metal e, inmediatamente después, se reincorporó para dejar de ejercer presión. En la puerta, el cuerpo del recién llegado, resistiéndose con descaro contra su destino, se atrincheraba tras un gran círculo oscuro. Yo quería gritar, elevar mi protesta. El que yo estaba esperando no podía escudarse tras un paraguas. Quise pegar un salto, pero tenía las piernas paralizadas, los labios ateridos, las manos incapaces de moverse, fusionadas con el objeto que estrechaban.

El segundero del reloj de pared describió una vuelta honorífica y todavía añadió unos cuantos segundos más. Entonces volvió a moverse hacia abajo el picaporte de la puerta de entrada y yo empecé a contar hasta cinco para mis adentros. Al llegar al tres, se me desgarraron los tímpanos y se me paró el corazón: «¿Quiere tomar alguna otra cosa?». Eso iba por mí. Yo perdí el control y miré a Beatrice a los ojos. A ella le dio miedo ver mi pánico. No era lo que yo pretendía; yo nunca había asustado a nadie y me maldije por ello. «No, gracias», me oí decir; tal vez incluso esbozara una sonrisa. Beatrice desapareció. Yo borré el recuerdo de su rostro; mi memoria volvía a estar vacía, casi vacía: dos seis cero ocho nueve ocho.

Mis dedos habían vuelto a su posición. Arriba a la derecha el minuterero marcaba cincuenta, cincuenta y uno, cuando de nuevo descendió el picaporte. Con el «uno» se abrió el resquicio de la puerta, con el «dos» reconocí unos zapatos de hombre de color oscuro. «Tres»: vaqueros azul claro. «Cuatro»... los tonos rojizos se difuminaron y se convirtieron en algo negro. Me lloraban los ojos. Los cerré con fuerza. Bajé la cabeza. Mi índice izquierdo se curvó. Toda la fuerza de mi cuerpo y de mi mente ardía concentrada en la yema de un dedo, atravesó todos los umbrales y todas las barreras, y presionó el gatillo. Mis propios dientes me arrancaron las sienas del cerebro. El dedo completó su movimiento. El «cinco» fue un sonido sordo y algo se precipitó con fuerza en la entrada. El eco se encontraba muy lejos de mí. Lejos, muy lejos, en otra vida.

## DOS

Volvía a estar permitido pensar. Y pensé que todos se iban a precipitar sobre mí al mismo tiempo: me someterían, me derribarían, me pondrían con la espalda contra el suelo; iban a inmovilizarme con las rodillas sobre los antebrazos y a golpearme con las palmas de las manos, un impacto con la izquierda, otro con la derecha, sacudiéndome la cabeza de un lado a otro; y mis mejillas acabarían marcadas por el rastro sangriento de sus uñas. «Déjalo, ya ha tenido bastante», razonaría en algún momento una voz áspera de fondo. Después, perdería el conocimiento y me despertaría en una celda. Eso pensé. Sí, había visto una buena cantidad de películas policíacas malas.

Me levanté de mi asiento y mostré el guante con la pistola que tenía delante. Con eso pretendía decir: me entrego. Quería que me detuvieran. Podrían haberme pegado, tendrían que haberme hecho daño. Pero nadie me miró, nadie se interesó por mí, nadie tomó nota de mi presencia.

El escenario de los acontecimientos estaba a unos cuatro metros de mí, delante de la puerta de entrada, que estaba abierta. Todos los ruidos y movimientos habían tenido lugar allí. El de la chaqueta roja estaba tendido en el suelo sin moverse. Bob y los otros estaban agachados a su alrededor. Beatrice estaba al lado de pie, con una jarra de agua. Sentí pena por ella; por qué tenía que ver todo aquello con sus ojos esquivos. Pensé en Delia, comprobé si todavía tenía pensamientos para ella. Los tenía. Si fuera posible llorar con lágrimas secas durante un segundo, entonces, en ese momento, yo habría llorado con lágrimas secas durante un segundo.

Bob se incorporó y adoptó una posición desorientado-histérica, como había visto en las películas policíacas. Lo único que faltaba era: «Necesitamos un médico. ¿Hay algún médico en la sala?», y entonces un caballero con guardapolvos habría avanzado, se habría inclinado sobre la víctima, le habría buscado en vano el pulso para después dejar caer el brazo sin vida, habría apoyado una oreja sobre el corazón en busca de latidos, habría cerrado con los dedos los párpados del paciente, se habría distanciado del yacente, se habría incorporado, habría mirado fijamente al turbado grupo y habría anunciado con melancolía: «Ya no se puede hacer nada. Este hombre está muerto».

Yo, con el arma en la mano, estaba empezando a sentirme ridículo; así es que la dejé caer. No oí el golpe que dio contra el suelo; ya no pesaba. Quizás se había quedado pegada a mí. Entretanto alguien se había bebido mi medio litro de Blauer Zweigelt. Yo, quién si no. Estábamos perdiendo el tiempo, era la una de la madrugada. Alrededor de la puerta, la peli de catástrofes estaba llegando a su fin. Dos hombres de blanco se precipitaron hacia el interior del local, colocaron al

de la chaqueta roja en una camilla y desaparecieron. Al menos por un momento, el Bob's Coolclub recuperó el aliento, la histeria se repartió uniformemente por todo el espacio y esto hizo que el volumen disminuyera un poco. «La situación se normalizó», habrían dicho en las noticias.

A nadie le estaba permitido abandonar el local. Eso era evidente. Yo quería abreviar el asunto y aclararlo todo de una vez por todas. ¿Por qué había que implicar a los otros? No se lo habían buscado. Tal vez sus familiares y amigos estaban preocupados por ellos. Tomé aire para tapar los últimos restos de pánico con un «he sido yo», hice una cruz con las manos, pegando las muñecas, de la manera en que había visto hacerlo para permitir que a uno lo esposen y, entonces, realicé un terrible descubrimiento: vi al inspector Tomek. Demasiado tarde, él ya me había reconocido. Vino corriendo hacia mí, me pasó un brazo por los hombros, se rio toscamente y dijo: «Tendría que haberme apostado algo a que esta vez también ibais a llegar antes que nosotros».

Para él no existía el «tú» ni el «yo», solo «nosotros» y «vosotros»: «nosotros los policías» y «vosotros los periodistas». Él no tenía ni idea de cuánto me humillaba utilizando ese plural. Pero, por lo demás, era un buen hombre; les compraba a sus hijas caballos y cosas por el estilo para su cumpleaños.

—¿Está muerto? —pregunté.

Tomek se rió. La pregunta le pareció un tanto inocente; debía de haberse dado cuenta de que yo no me encontraba bien. Me miró con compasión. Me apreciaba. Yo era uno de sus periodistas favoritos. De hecho, yo era uno de los periodistas favoritos de muchos: nunca hacía preguntas molestas, nunca seguía el rastro de nadie, tomaba lo que me daban y escribía lo que sentía. No era un buen periodista; porque no era periodista, pero eso nadie lo había notado nunca.

—¿Ya habéis descubierto algo? —preguntó él.

Yo le expliqué que estaba allí por asuntos personales; utilicé la palabra «casualmente». Eso no estaba previsto. Me dio vergüenza. No fui capaz de enfrentar a Tomek con la verdad. No habría podido sobrevivir a su mirada.

Él me explicó que ellos todavía no sabían mucho. (Es lo que decían siempre y la mayoría de las veces solía ser verdad.) Al muerto allí no lo conocía nadie. ¿Quizás lo conocíamos «nosotros»? «No, no, nosotros no lo conocíamos», tartamudeé yo. Me hizo saber que había sido un único disparo, a corta distancia, que entró por la espalda y se alojó en el corazón.

—¿Por la espalda? —pregunté yo horrorizado.

Tomek creyó que me había parecido absolutamente péfido; así se explicó él mi agitación. «O sea que el de la chaqueta roja se ha dado media vuelta», pensé.

—Nosotros creemos que ha recibido el disparo desde la calle cuando entraba en el local —opinó Tomek.

—Pero la puerta ya estaba cerrada —protesté yo. (¿O estaba abierta?)

Tomek se rio y me dio unos golpecitos paternales en el hombro. Creyó que yo me encontraba en estado de *shock*. Y tenía razón.

Beatrice nos trajo café y agua; pensó que trabajábamos juntos en el caso. Durante unos breves instantes centró en mí su mirada. Y entonces a mí me habría gustado marcharme con ella a vivir a Brasil. Ella confiaba en mí; y eso me hacía un daño terrible. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

De fondo trabajaban recogiendo huellas y estaban registrando a los clientes; tenían que levantar los brazos y a algunos incluso los obligaron a desnudarse. Para mayor seguridad, los trataban como si fueran criminales. Y era todo por mi causa. Por suerte, en el local casi todos eran hombres y desde lejos todos tenían una pinta muy *cool*. Eso me tranquilizaba un poco.

A mí no me cacheaba nadie. Yo iba con Tomek; o eso pensaban ellos. Y para Tomek yo era el único de los presentes que no era sospechoso. Bob adoptó ante mí una actitud sumisa; tenía miedo de los titulares. Como yo era periodista, me consideraba automáticamente un buscador de titulares que, con un par de palabras, podía aniquilar locales económicamente débiles como el suyo. Yo me sentía fatal. Estaba saliendo todo mal.

Tuve que sentarme. Notaba cómo el ácido me quemaba el estómago, llevaba treinta horas sin comer, sentía esa hambre dolorosa que ya no se puede saciar con nada. Me tendrían que haber llenado la boca de pan seco; pero ¿quién me habría podido obligar a tragarlo? Estaba a punto de dejar los acontecimientos en manos de la casualidad cuando me vino a la cabeza lo más importante: el arma. Estaba bajo la mesa; la busqué con los pies por debajo de mi asiento, me la acerqué y la recogí. Con un «aquí está el arma homicida», pretendía concederme una última oportunidad de confesar los hechos. Pero las palabras se me quedaron atragantadas y la mano izquierda fue más rápida y más espabilada: deslizó la pistola en el bolsillo de mi chaqueta.

Las piernas me llevaron pesadamente hasta la salida pasando por delante de Bob. Del de la chaqueta roja solo quedaba una silueta de tiza sobre el suelo de madera. En la escuela teníamos que calcular la superficie y el contorno de figuras geométricas de ese tipo; a mí me gustaba, yo era un buen alumno.

—Se puede ir, es periodista —les gritó Tomek a sus dos porteros uniformados—. Duerme bien y descansa, Jan —me dijo a mí (había renunciado al uso del plural; yo debía de tener un aspecto realmente deplorable)—. Y, por favor, pasa mañana temprano por comisaría para tomarte declaración —no podía dejar de hablarme mientras yo avanzaba—. A lo mejor entonces ya sabemos algo más.

—Mucha suerte —murmuré yo. Solo por eso deberían haberme encerrado.

Me giré de nuevo cuando estaba en la puerta, y observé fijamente el lugar desde el cual había disparado; en mi interior reproduje de nuevo la acción. Y entonces me rozó la mirada de Beatrice. «Brasil», pensé. Pero ¿de cuántas vidas quería apoderarme?

## TRES

Afuera, yo era el controlador y el controlado. Me escondí y me encontré en mi coche, que ya no estaba en el mismo lugar que antes; se había convertido en un coche que se daba a la fuga. En el asiento trasero reposaba, absolutamente falto de sentido, el bolso de viaje con las cosas que había preparado para llevarme a la celda de la prisión preventiva, a la cual no había ido a parar como consecuencia de una cadena de desafortunados acontecimientos. «Una cadena de desafortunados acontecimientos» era una expresión horrible que usaban los medios de comunicación. Durante un tiempo yo mismo había utilizado estructuras de ese tipo; lo hacía para mofarme del lenguaje sin vida de los periodistas. Pero nadie se reía. La gente lo encontraba normal. Pues ahí estaba, así de desafortunadamente podían encadenarse los acontecimientos.

Había dejado de llover. Eso significaba que la lluvia ya no golpeaba contra el techo del coche. Tenía que ponerme en marcha, tenía que salir de allí, tenía que recuperarme. Decidí acudir a la comisaría más cercana y entregarme. Pero no encontraba un lugar donde estacionar. No tenía la fuerza necesaria para buscar aparcamiento y me faltaba el coraje suficiente para dejar el coche en segunda fila, así es que seguí conduciendo. Ya atravesaba al menos dos estados angustiosos más aparte del hambre. La columna vertebral me exprimía los últimos restos de raciocinio que aún me quedaban en la cabeza.

Sentía añoranza de mi añoranza por Delia. Y conocía un camino que me llevaría allí de vuelta. Mi coche a la fuga me condujo, antes de que yo pudiera dar un volantazo en otra dirección, hasta Alex. Desde la calle, su piso me pareció extrañamente abandonado; necesité un momento para recordar que, al final de mi tiempo reglamentario, la había ayudado a poner punto final a su vida en común con Gregor. Mi coche fugitivo avanzó con esfuerzo por entre las calles de sentido único y acabó encontrando la casa nueva. Toqué el timbre del portero automático hasta que me dolió el pulgar. Finalmente, se oyó un sonido que llegaba desde el altavoz.

—¿Quién es?

Sonó como un quejido. Comprensible; eran alrededor de las tres de la mañana.

—Soy yo, Jan —susurré—. ¿Puedo subir?

—¿Qué ha pasado?

Eso sonó fatal. La desesperación de Alex parecía tener su propio altavoz. Se abrió el portal. Las escaleras me salieron al encuentro. Arriba la puerta ya estaba abierta. Alex era un bloque compuesto de desconcierto y cansancio; estaba allí parada como un perchero abatido bajo un insulso batín azul. El pelo corto, rubio, se le disparaba en todas direcciones, tenía los ojos medio

cerrados, las mejillas chafadas, los labios disparados hacia fuera, refunfuñones como los de un niño pequeño al que acaban de arrancar del sueño. Necesitaba urgentemente tener sexo con ella.

Me lancé en sus brazos y estreché su cuerpo con fuerza contra el mío.

—¿Qué ha pasado, Jan? —preguntó asustada.

Yo cerré su boca con la mía, enterré mis manos en sus caderas de felpa y retiré el tejido. Ella no se defendió, gemía con suavidad. ¿O suspiraba? Alex así no me conocía y yo no sabía si ella quería que sucediera lo que estaba sucediendo; pero estaba seguro de que lo hacía con gusto por mí.

Nos enzarzamos, tropezando entre cajones y cajas de cartón, hasta llegar a aquel desierto dormitorio. Ella me ayudó a encontrar la cama y se dejó caer como una nadadora de espalda, mientras se deshacía del batín. Mis manos penetraron por debajo de su camiseta y se la levantaron hasta el cuello; absorbí el calor de su cuerpo, milímetro a milímetro. Le agarré las manos, se las llevé apresuradamente a la parte interior de mis muslos y les marqué la dirección en la que tenían que moverse. En pocos segundos me quedé sin ropa; estaba desnudo sobre ella, frotándome entre sus piernas flexionadas; se las llevé hacia atrás empujando con los brazos y las coloqué a la altura de su cabeza. Los gritos de Alex repitiendo mi nombre habían adquirido un tono fervoroso. Apoyé los brazos sobre su torso y la penetré con movimientos violentos.

Todo lo que había sobrevivido dentro de mí en las últimas horas parecía rebelarse; todo lo que no se había extinguido parecía reunirse y querer abandonar mi cuerpo en masa, como una carga de explosivos que portara en su interior un pensamiento incisivo que me remitía a Delia. ¿Es que yo no era capaz de dejar de estar con ella? ¿Me la tenía que llevar a todos los viajes? ¿Me iba a perseguir hasta el más profundo abismo? Miré a Alex a los ojos, le temblaban de placer; cerré los míos de inmediato. El de la chaqueta roja entraba una y otra vez en el Bob's Coolclub. Yo no tenía ninguna posibilidad de impedir que abriera la puerta.

Alex gimió al llegar al clímax o, al menos, lo fingió. Yo contaba para mis adentros nuestros gritos acompasados. Uno. Dos. Los tonos rojizos se difuminaron y se convirtieron en algo negro. Tres. Cuatro. Cerré los ojos con fuerza y abrí la última esclusa. Cinco. La libertad. Vaciarne. La miseria estaba fuera. Dentro de mí ya no había nada. Se me doblaron los brazos. Me desplomé. Alex me interceptó, me recostó la cabeza entre sus pechos, me acarició las mejillas.

—¿Por qué lloras, Jan? —preguntó.

—Tengo hambre —me oí decir todavía. Después me venció el sueño.

Cuando me desperté, todo era diferente y nada era mejor. Volvía a sentirme; por desgracia. Me encontraba en plena caída libre: desde el placentero sueño sin sueños contra la realidad; y esperaba inútilmente que llegara el momento de darme el topetazo. Sabía que no tenía derecho a estar allí. Aquello no era más que el fruto de una «cadena de desafortunados acontecimientos».

Dos altavoces me castigaban con la voz de Elton John. Sobre la cama se proyectaba la luz del sol filtrada a través de las persianas verde lima. Alex, por suerte, no estaba acostada a mi lado. Porque ¿cómo habría podido tener el valor de acariciarla? Olía al primer café de domingo que se tomaría en un rincón de una obra convertido precipitadamente en vivienda. Y yo, en lo más

profundo de aquella cavidad, escuchaba el traqueteo de unos zuecos de madera. Junto a la cama estaba tirada mi chaqueta; revolví entre los bolsillos, encontré el guante con la pistola dentro, lo agarré y por fin supe que todo era real; hice un agujero en la tela y allí metí el arma para esconderla de mí mismo. Apreté los párpados y repetí: dos seis cero ocho nueve ocho.

Alex estaba apoyada en la entrada de la habitación que después habría de convertirse en cocina y se esforzaba en vano por irradiar una sonrisa de «domingo por la mañana y un sol resplandeciente». Desde ella se precipitaba sobre mí un centenar de interrogantes llenos de preocupación.

—¿No tendrás algún panecillo seco para darme? —pregunté. Ahora los interrogantes afligidos eran ciento uno.

—¿Tiene algo que ver con Delia? —preguntó ella.

—No —contesté yo—. He matado a una persona.

No, no le dije eso, no quería estropearle el domingo. Dije:

—Sí. Delia. Está en París. Me ha llamado. Quiere casarse con él. Con el escritor, ya sabes, con ese francés caraculo. Casarse y tener niños francesitos caraculitos con él —dije fingiendo una rabia inofensiva y apretando los puños.

De sus ojos desaparecieron veinte interrogantes. Aún quedaban otros ochenta.

—¿Qué fue lo de ayer, Jan, un ataque de sexo en mitad de la noche? ¿Qué pasó? —preguntó.

—Alex, me gustaría poder explicártelo —respondí yo atendiendo a la verdad. Pero, desde luego, no fue una buena respuesta. De sus ojos no desapareció ni medio interrogante. Habíamos estado enamorados, Alex y yo. De eso ya hacía muchos años y había durado dos segundos. Primero había estado ella un segundo enamorada de mí, y después yo de ella durante otro segundo. Por desgracia nuestros segundos nunca coincidieron. Nos hicimos amigos.

—Eso no va contigo, ese no eres tú —dijo ella.

(Se refería al sexo. Sonaba a ofensa pero tenía razón).

—Me encontraba tan solo y de repente tenía tantas ganas de ti —le dije. Se podía mentir bien, mal y vergonzosamente mal. Yo mentí vergonzosamente mal—. ¿Ha dado señales de vida Gregor? —pregunté.

No desapareció ningún interrogante. Ella se dio cuenta enseguida de que la cuestión, en esos momentos, no me interesaba en absoluto.

—No ha dado señales de vida —respondió y se frotó la mejilla con los nudillos como si fuera a restregarse una vez más una lágrima ya hace tiempo seca. (Él, probablemente, había dado señales de vida. Ella lo amaba. A los cabrones siempre los aman. Casi siempre las mejores mujeres.)

—¿No quieres decirme qué está pasando? —preguntó al rato otra vez.

Yo me había comido tres panecillos secos, me había bebido una tetera llena de té negro con sabor a melocotón y me sentía algo mejor.

—Querida Alex —le dije. Y sonó a principio de una declaración concluyente—, simplemente he pasado una noche horrorosa y tú te has puesto en mi camino...

—Y no lo vas a olvidar nunca —apuntó ella con ironía.

Yo le acaricié la cara y le puse un dedo en la boca como lo harían en una película de amor no

muy buena. Si la película hubiera sido realmente mala, además le habría susurrado: «Chsss».

Cuando me marché, el velo matinal que empañaba sus ojos ya se había desvanecido y los ochenta y un interrogantes se dirigían, punzantes, hacia mí. «Por suerte ya no estaré aquí cuando se entere», pensé. A eso sí que yo no habría sido capaz de sobrevivir.

## CUATRO

Yo no me imaginaba que era verdad que el culpable siempre vuelve al lugar de los hechos. Pero, de todas maneras, a mediodía aparqué mi coche a la fuga frente al Bob's Coolclub, y allí me quedé, observando el local cerrado a través de la ventanilla. Se veía que en aquel lugar, efectivamente, habían matado a alguien unas horas antes; yo esperaba que sucediera algún acontecimiento que me librara de mi estado paralizante y consiguiera colocarme las esposas.

Aproximadamente media hora después se presentó tal acontecimiento; y lo hizo bruscamente y por la puerta del copiloto. Me entregué de inmediato; quizás un poco demasiado pronto. Mona Midlansky, del periódico *Abendpost*, era quien se había sentado a mi lado; como de costumbre, sin que nadie se lo hubiera pedido.

—¡Eh, Jan! No quería asustarte —mintió.

—Demasiado tarde —dije yo. Y me puse la mano sobre el corazón como un mal actor representando un infarto. Sin embargo, yo era un buen actor; porque realmente estaba teniendo un infarto pero solo hacía como si estuviera fingiéndolo.

—¿Qué haces aquí? —me apresuré a preguntarle para cortarle el camino al «¿Qué haces aquí?» de Midlansky.

—Estoy investigando el asesinato de un gay en el Coolclub —contestó ella sin tapujos: como tenía que ser las veinticuatro horas del día alguien que quisiera sobrevivir como reportera de sucesos en la prensa de bulevar—. Y contigo he dado en el clavo —añadió dándome un rudo golpe en el hombro—, porque sé que fuiste tú.

No, no, eso último no lo dijo, aunque me habría dado igual; en aquel momento me daba todo igual. Me quedé enganchado en la expresión «asesinato de un gay». El estómago me recordó el momento anterior a los tres panecillos en casa de Alex.

—¿El asesinato de un gay? —pregunté.

—El inspector Tomek opina que posiblemente se trate de un homicidio relacionado con el ambiente homosexual —respondió Midlansky—. ¿O es que tú sabes algo más concreto? Tú fuiste testigo. Tomek dice que estabas en el local. ¿Sabes quién fue? ¿Lo has averiguado? Te pago una cerveza si me das una pista —dijo. E hizo una pausa táctica—. Vale..., tres cervezas.

Se decía que a otros les ofrecía «tres cervezas y te dejo que me toques las tetas». Hacia mí mostró algo más de respeto. Por supuesto, luego nunca dejaba que ningún colega le sobara los pechos, pero el juego funcionaba así y a ellos les gustaba. Cualquier resultado de una investigación, por pequeño que fuera, lo interpretaban como la posibilidad de meterle mano a

Mona Midlansky. Probablemente por eso trabajaban día y noche en sus indagaciones.

Yo le expliqué que del asesinato ni me había enterado, que no me ocupaba del caso como periodista, que solo había vuelto a aquel lugar por interés personal.

—Es una sensación extraña haber vivido algo así..., quiero decir, estar sentado y que justo a tu lado maten a alguien —dije.

Ella me dirigió una mirada compasiva, me consideraba blando e ingenuo, aunque probablemente también tenía la impresión de que no era ninguna de las dos cosas; pero hizo gala de su honradez para con el gremio y me dijo:

—Si te enteras de algo, llámame a la redacción. Estaría fenomenal, oye. Y lo de las tres cervezas sigue en pie. ¡Chao!

En cuanto se cerró la puerta, arranqué el coche y conduje hasta la comisaría de la calle Traubergasse. Allí no conocía a nadie. Tenía que confesar de una vez por todas. No podía aguantar ni un minuto más esa vida en libertad degenerada, rodeado de los rostros de siempre mirándome como siempre.

El lugar olía como huele la policía a la una del mediodía un domingo soleado de octubre. Es cierto que el funcionario llevaba uniforme, pero parecía no estar de servicio: sujetaba en la mano una taza de café amarilla con mariquitas rojas dibujadas y ante él tenía abierto un ejemplar de un cómic. Los policías, en el fondo, eran niños incapaces de dejar de jugar a policías. Me miró como si yo acabara de cometer el mayor error de mi vida (entrar allí a la una del mediodía de un soleado domingo de octubre).

—He matado a una persona —le dije. No se me quedó atragantada ni media palabra.

Él asintió, comprensivo, y me ofreció asiento; soltó la taza, cerró el cómic (*Astérix y los romanos*) y preguntó en voz exageradamente baja:

—¿Me puede mostrar su documentación?

Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta, saqué el guante con su relleno, deposité aquel ovillo sobre la mesa y dije:

—Esta es el arma homicida.

Él retiró aquella cosa empujándola con el codo hacia un lado y volvió a pedirme, testarudo, la documentación. Se parecía al detective Mike Hammer (pero después de veinte años de servicio sin ningún caso relevante). Este seguramente ya había llegado a creer plenamente en la inocencia del ser humano.

Mi mayor fortaleza y mi mayor debilidad era que sabía satisfacer expectativas: le mostré mi carné de periodista (otro mejor no llevaba encima) y él sonrió con satisfacción. Luego deshizo la sonrisa, pero volvió a dibujarla en el acto y leyó: «Jan Haigerer, del *Kulturwelt*». Sonó como el final de una alarma que cesara con retraso, como si creyera haber encontrado de repente la respuesta lógica a todas las preguntas planteadas en aquella sala. Yo me esforcé por hablar bien alto y resultar absorbente.

—El asesinato de ayer por la noche..., fui yo. ¡Yo le disparé al hombre que mataron en el Bob's Coolclub! ¡Y lo hice con esta arma! —dije señalando el guante.

Me pareció que el funcionario no se había percatado de nada hasta el momento, estaba desorientado, no era capaz de relacionar los cuatro elementos: mi aparición, mi pistola, mi identidad y mis palabras.

Al menos me dejó quedarme. Estuve sentado allí durante un buen rato, mirándolo mientras enviaba misteriosos mensajes de radio a escondidas, observando cómo me observaba, cómo se esforzaba por resultar desconfiado y al momento me sonreía dando muestras de confianza. Entretanto, redactamos también mi declaración; es decir: él escribió, yo hablé. No tengo ni idea de lo que le conté; no debía de ser muy importante (en mi vida no había nada muy importante). No me resultó laborioso, no tuve que concentrarme. Pude seguir pensando en Delia perfectamente, incluso pude besarla a pesar de que ya hacía cuatro años que no vivíamos juntos... y una vivía mejor que el otro. Yo deseaba que volviera a amarme por eso, por haber acabado allí.

En un momento se nos unieron otros dos compañeros; olían como quien tiene que hacer guardia un soleado domingo de octubre. El olor era aún muy intenso; la cantina debía de estar a la vuelta de la esquina. Uno se hizo cargo del arma: la analizó sin llegar a tocarla; después la guardaron con mucha ceremonia, como lo hacen en las películas policiacas malas. El otro me explicó que él estaba abonado al *Kulturwelt*, que era un periódico muy bueno y serio. Yo le di las gracias, a pesar de que eso no era cierto. No hay periódicos serios; lo mismo que nunca será negro el caballo blanco de Santiago.

A primera hora de la tarde me llevaron a la comisaría central. Allí me recibió el médico oficial como si fuera un huésped de honor y, mientras me saludaba, ya había elaborado un diagnóstico: «Parece ser que al señor del periódico le caló muy hondo el crimen de ayer por la noche». Yo intenté defenderme, pero el médico era él: me sacó sangre, me olió el aliento (la experiencia le habría resultado más satisfactoria si se lo hubiera olido a los policías) y me examinó los ojos al detalle en busca de algún indicio de locura.

—Nos parece mentira, pero en este mundo todavía hay acontecimientos capaces de calarnos muy hondo —me susurró en la nariz. (Él tenía halitosis, como todos los médicos).

Yo asentí con la cabeza porque era una persona educada. A cambio me dieron té y sándwiches de jamón con tomate. Me los comí para contrarrestar las náuseas y me sentaron mal; sentía terror de mí mismo y de la gente que tenía que ocuparse de mí en esos momentos.

Después debí de quedarme dormido en el sofá. Es muy probable que el médico me hubiera puesto una inyección para los sucesos que a uno le calan hondo. Cuando me desperté, el inspector Tomek estaba sentado a mi lado como si fuera mi hermano mayor. Solo le faltaba agarrarme la manita.

—¡Hay que ver cómo sois! —dijo. Y se rio en alto—. Para una vez que vivís de cerca un suceso cotidiano, os fallan los nervios.

Cerré los ojos para acabar con aquella escena espeluznante. Fue en vano.

—¡Ánimo, Jan! Que ya tenemos una pista. Y además caliente —me consoló—, muy caliente, podemos decir que la cosa está que arde —dijo. Estaba satisfecho y se rio—. Mañana ya aparecerá en grande en todos vuestros periódicos —continuó. No dejaba de torturarme con sus palabras—. El muerto llevaba un buen calentón y tenemos a tres de sus amigos más íntimos con coartadas muy débiles.

Y dio unos golpes en el borde de la cama, dando así la conversación por terminada.

—¿Puedo quedarme aquí? —pregunté. Sonó como un lamento y me dio vergüenza.

—Claro, Jan, duerme bien y descansa. Has excedido tus fuerzas. Vosotros lo llamáis síndrome de *burnout*, ¿no?

Tomek se dispuso a salir.

—Una cosa más —añadió dándose media vuelta y esforzándose por lanzarme una mirada severa—. ¿Tú tienes permiso de armas?

—No, no tengo —dije yo.

Tomek levantó el dedo índice y lo balanceó varias veces de izquierda a derecha.

## CINCO

A eso de la medianoche me desperté. «Bañado en sudor» habríamos podido leer en noventa de cada cien novelas policiacas. Había soñado con lo mismo que soñaba desde que podía soñar cosas malas: que había matado a alguien y había escondido el cadáver en el sótano. Así es que, después de despertarme, me encontraba imperceptiblemente peor. Estaba en la sala de consulta vacía del médico oficial de la policía, un lugar en el que se mezclaba el olor del aceite de las armas con el de los medicamentos. Aquí se atendía de urgencia a los criminales con los que los funcionarios se habían pasado de la raya; entre ellos solían encontrarse con frecuencia provocadores inofensivos que habían hecho una buena labor ayudando a los policías a liberar su agresividad contenida. Yo había escrito mucho sobre eso.

En ese momento mi pensamiento más claro se refería al hecho de que yo todavía no estaba en prisión; sí, me estaban aguantando bajo custodia, pero no me habían detenido. O sea, que aquí no se me había perdido nada, podía irme; y ya que podía hacerlo, de repente sentí la urgente necesidad de marcharme. En la zona de oficinas de la comisaría la luz estaba encendida, de una radio salía un sonido espantoso, una versión de una canción de Rod Stewart: aquello era como repetir un funeral a causa del éxito obtenido con el original. Dos funcionarios ociosos seguían con su guardia de noche.

—¿Ya está más descansado? —me interceptó uno.

—Sí, gracias —respondí yo. Tenía la costumbre de dar las gracias cuando me planteaban una pregunta tonta—. Que tengan buen servicio —les deseé. De todas maneras, ya daba igual.

El otro se miró el reloj y anotó algo. Cuando salí de la comisaría ya no me funcionaba ninguna de las neuronas que me quedaban en el cerebro.

Mi coche fugitivo me recogió y juntos avanzamos a lo largo de la calle esperando toparnos con alguna meta. Todavía debían de estar las llaves de mi piso debajo del asiento trasero. Yo alguna vez había tenido un piso y desde entonces no habían pasado ni cien horas.

«Dos seis cero ocho nueve ocho», repetí.

Podía ir a casa. Si Delia me hubiera estado esperando, en ese momento habría conducido hasta casa. No, es que ni siquiera habría salido. A ella no la habría hecho esperar (aunque, en realidad, ella tampoco habría esperado). Ella nunca había esperado. Así es que mi coche y yo giramos y nos pusimos a buscar gente con la que compartir nuestra segunda vida; necesitábamos apoyarnos, arrimarnos, aparcar, desahogarnos llorando.

Algo me llevó hasta el Bob's Coolclub; mi coche se quedó fuera cubriéndome. El local echaba

humo y olía como un cenicero con cigarrillos mal apagados. Bob se asustó cuando me vio; creyó que enseguida habría otro muerto en su local: esta vez iba a ser yo. Pero yo me abracé a la barra y pedí medio litro de Blauer Zweigelt.

—¿No hay pistas? —me preguntó Bob, como si fuera yo el responsable de la investigación.

—No hay pistas —contesté.

Eso lo tranquilizó; ahora creía saber por qué me encontraba tan mal.

—El muerto era un mariquita —dijo.

Yo no le hice caso.

—Eso ha sido una historia de celos, mira lo que te digo —continuó.

El vino me quemaba en la garganta.

—Los maricones no aguantan esas cosas.

—Estoy hecho polvo. Voy a sentarme en una mesa —le dije yo—. ¿Me puedes poner otro medio litro de Zweigelt, Bob?

La mesa del asesino, resguardada por la oscuridad, se encontraba libre. Yo ya llevaba en el cuerpo el porcentaje suficiente de alcohol en sangre como para poner rumbo hacia ella y dejarme caer en el rincón desde el que había disparado. Apoyé la cabeza en la pared, fijé mi vista en la salida, me imaginé al de la chaqueta roja y fui difuminando los contornos de su imagen poco a poco, bañándolos en alcohol. En algún momento, en mi campo de visión apareció la figura de Beatrice. A partir de entonces, mis ojos la acompañaron a ella, de mesa en mesa, recogiendo vasos, cambiando ceniceros, reponiendo velas.

Enseguida se sintió observada y se acercó a mí porque le dio la impresión de que yo quería pedir algo. Yo le pregunté si podía recostar mi mejilla sobre aquel vientre suyo adornado con un pequeño pendiente de plata; para poder sentirme durante unos segundos joven y sin cordón umbilical a su lado. No; le pregunté si podía traerme otra jarra de tinto, aunque ya sabía que era hora de cerrar. Me la trajo. Entonces le pregunté si quería tomarse un vaso conmigo. Quería. O, por lo menos, se lo tomó.

Estuvimos charlando un rato lo mejor que pudimos sin que yo tuviera que pronunciar palabra. Ella era estudiante. Su rostro estaba a solo unos milímetros del mío, yo estaba ya muy borracho. Empresariales, pero quería cambiar a Psicología, que era más interesante. Yo le toqué el brazo, ella lo consintió, lo interpretó como un gesto paternal.

—No debería beber más —me dijo mientras yo me servía otro vaso y lo vaciaba de un trago—. ¿El muerto era amigo suyo? —me preguntó.

—Por favor. No —me oí balbucir.

Entonces el alcohol realizó dos pausas: una para beber y la otra para desconectar el cerebro. Mi frente se desplomó sobre su clavícula, mi rostro rozaba su cuello, ¿el sollozo procedía de mí? El club empezó a dar vueltas y se sumió en la oscuridad. En algún momento, mucho más tarde, abrí los ojos. Alguien había apagado la música, allí ya no había nadie y habían colocado las sillas sobre las mesas.

Otro salto más en el tiempo. Entonces, una voz me despertó.

—¿A Brasil? —me preguntó Beatrice.

Olía más bien a Siberia. Estábamos fuera, ella me sujetaba. «¿A Brasil?» Se reía. Yo la

abrazaba. La besé. ¿O ya estaba soñando?

Mis huesos estaban tirados encima de un sofá color ocre. Sobre una mesita de cristal había una jarra de agua. O era para unas flores o para mí. Para mí. Mi miseria ya estaba haciendo horas extra, estaba arrastrando a otras personas a mi torbellino; ahora le había tocado a una joven camarera.

—¿Resucitado de entre los muertos? —me preguntó desde la habitación contigua. Tenía la voz dulce. «Dulce» era una palabra que solo se podía pensar; nunca se decía porque siempre era malinterpretada por las personas dulces, como si fuera un indicio de que no los ibas a tomar en serio. Pero yo me tomaba más en serio a Beatrice, con su voz dulce, que a mí mismo.

Era evidente que me encontraba en su casa. Y eso no estaba planeado. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Ni de en qué condiciones. Ni sabía qué había pasado antes. Ni después. Eso podía pasarle a cualquiera; a cualquiera menos a mí.

—Esto es tremendamente desagradable —dije con voz rasposa. Y entonces, los últimos restos de mi cerebro salieron proyectados desde la rigidez de mi cuerpo y me produjeron un dolor infernal.

—¿Siempre bebe tanto? —me preguntó ella. Estaba de pie en la sala, no sé cómo, por encima de mí.

—No pretendía ser un pesado —le juré.

—No fue pesado, estaba inconsciente —respondió ella.

Estaba sentada frente a mí con un pie metido por debajo del muslo y la rodilla asomando desafiante, dirigiéndome reproches. Yo junté los residuos de mi cuerpo y los recogí en cuclillas.

—No podía dejarlo tirado en la calle a las cuatro de la mañana —dijo.

Yo no sabía cómo disculparme por mi comportamiento en estado de embriaguez y eso es lo que le dije; tantas veces que ella ya no quería oírlo más.

—¿Se acuerda de lo que me contó? —me preguntó. Su voz ahora sonaba semidulce. Y me dirigió una mirada escrutadora y desconfiada que no cuadraba con su actitud despreocupada.

—No, no, ya ni sé —respondí yo a la defensiva. Y lo que pretendía dar a entender era: no, y no quiero saberlo.

—Tiene que ver con el asesinato —dijo ella semiseca. Sus ojos me enviaban un brillo incisivo, como si fueran a dispararme en cualquier momento para obtener una instantánea de mi persona.

—¿Con el asesinato? —pregunté.

Estábamos echando un pulso, a ver quién aguantaba más, y yo estaba a punto de perder.

—Con el de la chaqueta roja —añadió ella amarga.

Eso eran palabras mías y no se les había perdido nada en su boca. Me dio pánico solo pensarlo.

—¿Tiene alguna pastilla para el dolor de cabeza? —le pregunté. Con lo que quería decir: me rindo.

Ella era una buena y modesta vencedora y dijo:

—Claro, ya le traigo una.

Le pedí que fueran dos.

La gente se compadecía de mí. Después de todo lo que había sucedido, Beatrice consintió que me duchara en su casa y me dejó ropa interior limpia delante de la puerta del baño. No pregunté de quién era, pero ese alguien debía de tener probablemente veinte años menos que yo y... seguramente era muy bueno practicando surf, con el *skate*, haciendo *snowboard* y cosas de esas.

—¿Qué va a hacer ahora? —me preguntó como por casualidad. Había café. Me enjuagó los fragmentos del cerebro y me dio ánimo—. ¿Brasil?

Se rio, volvía a tener la voz dulce, muy dulce. A mí me habría gustado decirle: «Sí, Brasil. ¿Te vienes conmigo?». Las posibilidades de que me hubiera respondido «Sí, por qué no» estaban a dos contra noventa y ocho. En las novelas policiacas las mujeres jóvenes y despreocupadas como Beatrice muchas veces se marchan al extranjero con asesinos a los que prácticamente no conocen. Le dije:

—Me voy a ir a casa a acostarme.

—Buena idea —respondió ella agrisulce.

Las posibilidades aumentaban: cincuenta a cincuenta a que por lo menos me ofrecía que me quedara unas horas más en su casa. ¡Oh, fallé! ¡Qué pena!

Le agradecí su intervención de rescate en plena noche y le di un par de besos en las mejillas que, vistos desde fuera, resultaron superficiales. Ella apretó los ojos y frunció la nariz, gesto con el que quería decir: mucha suerte. Entonces yo quise saber:

—¿Por qué no llamó usted a la policía?

—¿A la policía?

Aquella pregunta ya era en sí misma una respuesta.

Mi coche estaba a tres manzanas de su casa. Afuera, la niebla hacía que aquel lunes de octubre sin sentido se viera sumergido en el abismo por la acción del otoño. Los compañeros del *Kulturwelt* ya estarían sentados en el despacho, exprimiendo aquel día mohoso, haciéndolo picadillo hasta que solo quedaran de él unos cuantos titulares. Yo me había tomado la semana libre. Precisamente eso: libre. Me abochornó tanto atrevimiento por mi parte, pero ahora ya no lo podía cancelar. Conduje hasta casa.

La llave del piso volvió a abrirme la puerta hacia el pasado, hacia esos años de vida en barbecho subyugados por una existencia carente de sentido. En el suelo, papel para tirar a la basura, recién recibido, me ofrecía panceta a muy buen precio. Colgando del perchero vi bambolearse las mangas de mi ya raída americana negra, que pedían a gritos unos refuerzos en los hombros y unas buenas coderas. Junto a la ventana de la cocina se erguía mi valiente *sparmannia africana*, la única planta que había allí con vida. Había dejado que sus hojas se desvanecieran un poco para darme remordimientos de conciencia. Le di agua como para tres días; después iba a tener que cuidar de sí misma, los tiempos se habían puesto más duros. Avancé a hurtadillas, pasando por delante del reloj de pared parado, hasta el dormitorio; me tiré en la cama y escondí la cabeza entre las almohadas. A mi lado estaba el teléfono, alerta, en una especie de velatorio.

La llamada que estaba esperando llegó a última hora de la tarde.

—Soy el inspector Tomek —dijo con seriedad. Le temblaba la voz. Era lo que yo quería—. Jan, tienes que venir urgentemente a comisaría, queremos hacerte un par de preguntas importantes, tienes que darnos una explicación. Se trata de...

—Voy ahora mismo —le interrumpí.

No había más tiempo que perder ni que ganar. Le dirigí una última mirada a la *sparmannia africana*, machaqué la panceta con las suelas de mis zapatos, dejé la llave puesta y cerré la puerta sin más al salir.

Tomek apenas me saludó. Tenía la cara roja; y no, no era rabia, sino vergüenza. Y era contagiosa: yo también me avergoncé; sentí vergüenza propia y ajena. Dos policías a los que se les había confiado el caso, y a los que yo conocía de vista, tuvieron que ayudarlo a encontrar las palabras adecuadas. Me informaron de que ya tenían resultados del análisis rutinario de la pistola.

—Y desgraciadamente de ellos se deduce...

Tomek se frotaba el bigote con las yemas de los dedos.

—Es el arma homicida —dijo el más alto.

—Existen muchas probabilidades de que así sea —apuntó Tomek. Y tartamudeó—. Por supuesto, vamos a examinarlo todo otra vez —dijo siseando, como si se hubiera quemado la lengua.

—También hemos comprobado las huellas digitales —añadió el gordo bajito.

Los tres intercambiaron miradas temerosas. Probablemente estarían jugándose a pito, pito, gorgorito quién me iba a transmitir la siguiente noticia. Le tocó al alto.

—Las únicas huellas que hemos encontrado son las tuyas.

—Por supuesto, eso no demuestra nada, Jan —se apresuró a decir Tomek.

Yo saqué el hombro de su mano.

—¿Me podrían dar un vaso de agua? —pregunté.

Los tres se pusieron a ello, a cual más solícito. El más rápido fue el gordito.

—¿De dónde sacaste el arma, Jan? —me preguntó Tomek. Me pidió que esta vez dejara de lado «vuestro compromiso de secreto profesional»; tenía que hablar, contar todo lo que supiera. Se trataba de un asesinato y a quien ocultaba información se le consideraba cómplice—. Así es que... ¿dónde la encontraste, Jan?

Les dije que no me la había encontrado, que la llevaba encima todo el tiempo, metida dentro del guante, y que el guante lo llevaba en la chaqueta. Maldita sea, era mi chaqueta, mi guante, mi arma, era mi asesinato. Lo de «mi asesinato» no lo dije. No tenía que decirlo, estaba claro. Pensaba yo.

—Como queráis —dijo Tomek.

Se refería a nosotros los periodistas. Estaba rabioso, creía que se trataba de un juego conjunto, una puesta en escena de los medios, una trampa malintencionada para que cayera la policía. Seguramente ya se veía delante de su superior, este último dando golpecitos con los dedos en el periódico mientras le preguntaba: «Inspector Tomek, ¿qué significa esto que me he encontrado aquí?».

Ya en el calabozo, solo se escuchó una frase: «Lo siento, Jan pero, dadas las circunstancias,

vamos a tener que retenerte aquí». La pronunció Tomek. Después se cerró la puerta. Los otros dos se quedaron pero no hicieron nada. No sabían qué hacer conmigo.

## SEIS

Tres días necesité; después llegó el momento: ingresé en prisión preventiva. Solo los tres días y las dos noches de insomnio, que pasé en la policía darían para escribir una novela. Cuando todavía era lector en Erfos, sentía dolor cada vez que me topaba con un fragmento en el que se describía un interrogatorio policial. La literatura estaba plagada de clichés sacados de películas policiacas de bajo presupuesto. Para los autores solo existían polis buenos y polis malos, héroes o cerdos, maestros de la psicología o débiles mentales que hacían uso de la fuerza bruta. La literatura de élite se consideraba demasiado refinada para recrear situaciones en comisarías infames y tener en cuenta la gama de grises. No se esperaban tonos intermedios por parte de la policía: todo eran gritos o silencio. ¿Qué autor sabía de qué hablaba cuando intentaba describir la tensión y el aburrimiento de los policías durante los interrogatorios? ¿Alguno había pasado treinta y seis horas sentado a una mesa con tres de ellos por ser sospechoso de asesinato?

En los manuscritos de los autores de Erfos los policías se servían constantemente de trucos, ponían trabas, arrancaban confesiones a palos, eran comparsas o sádicos o ejecutores. Cualquier método era bueno para llevar al borde de su propio abismo a la figura trágica de la novela, con la cual se identificaba el escritor, y dejarlo caer. El lector quedaba obligado a mantenerse siempre al lado del que caía, porque la acción avanzaba con él y con él aterrizaba suave o bruscamente al final. De aquello, los policías salían ilesos; ningún escritor los conocía, ninguno quería tener relación con ellos, ninguno quería saber nada de esos tipos.

Pero para mí fueron tres días y dos noches en los que probablemente avancé más que en los tres años anteriores con todas sus noches. Avancé hacia abajo, naturalmente. Hacia el suelo. Hacia mí mismo. Los cuatro nos convertimos trágicamente en algo parecido a un grupo de amigos: uno de nosotros había cometido un acto terrible, había matado a alguien y sus amigos..., todos llevaban uniforme..., ellos... no se lo podían creer. Y cuando no les quedaba más remedio que creérselo, no querían hacerlo.

Cientos de veces me preguntaron por qué. Al final casi sonaba a: «¿Por qué nos has hecho esto?». Ya se sentían como si estuvieran implicados. Yo no era capaz de mentirles, a los amigos no se les miente, así es que me mantenía en silencio y mi silencio acrecentaba en ellos la esperanza de que al final no fuera cierto. Por eso necesitamos tres días.

La mayoría del tiempo hablábamos sobre otras cosas, sobre nosotros. Lohmann, el funcionario que estaba al mando, era unos años mayor que yo, ya estaba algo cansado, sus objetivos se habían transformado en ilusiones de las que él mismo se reía irónicamente: navegar alrededor de las islas

del archipiélago de Cabo Verde, o atravesar Australia en moto llevando detrás a una mujer que todavía no se había inventado, que lo agarraba poniéndole las manos en el vientre y se apretaba con fuerza contra su espalda, una mujer que, por supuesto, pesaba diez kilos menos y no estaba hinchada como la que tenía en casa. En cualquier caso, el primer y último matrimonio de Lohmann seguía intacto. Tenía esposa y dos niños. No: su mujer tenía dos niños. Él tenía un trabajo aburrido tras el cual se atrincheraba con su soledad. Pero el adosado los mantenía juntos, el crédito no permitía su disolución y, en su pequeño jardín, ese año habían cosechado sus primeros tomatitos *cherry*: cinco; el próximo año las mismas matas deberían dar tres veces más. Bueno, entonces, sí, Lohmann todavía tenía objetivos.

Los otros dos eran más jóvenes. Rebitz, el audaz, sufría porque el destino había cometido el error de convertir a Tom Cruise en Tom Cruise y a él en el inspector de grupo Ludwig Rebitz y no al revés. Rebitz sabía preparar treinta y ocho *longdrinks* diferentes y, cuando hablaba de eso, salía el sol en Miami Beach donde, seguramente, algún día, inauguraría un local junto a la playa.

La segunda noche hablamos sobre mujeres. Entonces nos enseñó fotos de su Nicole, que iba a una escuela para modelos. Nos permitió mirarlas pero no desordenarlas; porque cada foto iba en su sitio: Nicole iba avanzando y en cada imagen se la veía más cerca y se apreciaban más detalles de su hermoso cuerpo. La última instantánea la mostraba en grande, de cuerpo entero, y en bikini, lanzando una mirada lasciva que hacía pensar que quería sexo con el fotógrafo o que, como mínimo, le estaba haciendo el favor de darle esa impresión.

—Se la hice yo hace pocas semanas —dijo Rebitz.

Lohmann soltó un silbido por entre los dientes, yo contribuí con un banal y adecuado «caramba» y, para Rebitz, fue como si Florida amaneciera en ese momento con tres soles.

Brandtner era el más joven y el más tranquilo. Tocaba el bajo y escribía las canciones del grupo Ultimo, que, según parecía, era la mejor *bluesband* de policías de la ciudad. Yo nunca me habría imaginado que hubiera más de una. Brandtner tenía una relación con Suzi, una compañera de la comisaría 13 que era la solista de los Ultimo. Mejor dicho: él deseaba tener una relación, así es que la tenía; pero ella todavía no había establecido ninguna con él.

Cuando nos despedimos le regalé una letra para una canción de amor. Me la sabía de memoria y se la escribí en la parte de atrás de la hoja del formulario para la declaración; trataba de un hombre que amaba a una mujer más de lo que se amaba a sí mismo y que era lo suficientemente tonto como para decírselo a ella; aunque ella, por suerte, estaba lo suficientemente enamorada como para interpretar sus palabras como la más bella de todas las bellas declaraciones de amor. En resumen: la historia acababa bien. Había escrito la letra para Delia, pero no había llegado a ponerle música. Fue en aquella época cuando se interpuso entre nosotros Jean Legat, el escritor. Delia estaba deseando tener una relación con él; es decir: ya había tenido una, y a partir de ese momento yo ya podía ahorrarme todas las canciones de amor que hablaban de nosotros y acababan bien. A Brandtner le hizo ilusión el regalo, porque las letras le costaban mucho trabajo; su fuerte eran sobre todo las melodías.

Yo también tuve que hablarles de mí. Eso fue lo más difícil. Porque era algo profesional, por eso estábamos allí. Yo percibía la tensión de los tres: en cualquier frase irrelevante de mi irrelevante historia vital buscaban explicaciones para fundamentar mi afirmación de que había

sido yo quien le había disparado al de la chaqueta roja. Yo intentaba hablar lo más posible sobre mujeres, no quería que pensarán que era gay. Y tal vez precisamente por eso lo pensaron.

En esos tres días debió de haber nuevos hallazgos en la investigación de homicidio. En cualquier caso, a mis tres amigos se los veía cada día más tristes. En algún momento Lohmann me confesó que los otros tres sospechosos habían quedado excluidos y que no había dudas de que el disparo se había efectuado exactamente desde el rincón donde yo estaba sentado, dentro del Bob's Coolclub. Eso me tranquilizó. Mi tranquilidad, por desgracia, intranquilizaba a los otros; el que más pena me daba era el joven Brandtner. Todavía creía tan firmemente en la bondad del ser humano que era capaz de descubrirla a simple vista. Tuvo que luchar contra las lágrimas cuando se enteró. Me dio la impresión de que se tomaba como algo personal el hecho de que pareciera evidente que el asesino era yo. Yo le había regalado la letra de una canción y él, en agradecimiento, tenía que ponerme las esposas. Eso no me lo perdonó; y mucho menos a sí mismo.

El acta de declaración fruto de nuestras conversaciones constaba de cuarenta y cuatro páginas. Me tomé tres horas para revisarlo. Cada tres frases exigía que corrigieran algo; pero no sirvió de nada, no pude cambiar el tono de aquella interpretación errónea pero consecuente. Pusieron en mi boca cosas que yo no había dicho (a pesar de que allí podían leerse textualmente mis palabras) y el delito quedaba suavizado. Leyendo entre líneas se podía deducir que había sido fruto de la casualidad o mero accidente, que yo podría haberme encontrado en completo estado de embriaguez o no estar en mi pleno juicio; según aquel texto, podría haber sido intimidado o incluso extorsionado por el verdadero asesino. Yo resultaba inocente o esquizofrénico y una parte de mí, que yo no conocía y que en el fondo no me pertenecía, de la que no podían hacerme responsable, era la que había cometido el crimen.

Mi asesinato, en la versión de mis amigos uniformados, carecía de toda maldad, de intencionalidad y de lógica. Y yo no tenía nada que se pareciera, ni de lejos, a un móvil. Pero de eso no podía culpar a nadie: yo me había negado rotundamente a hablarles del de la chaqueta roja, me había prohibido hasta pensar en él.

Me resultaba demasiado trabajoso insistir en la necesidad de redactar de nuevo la declaración y, además, no quería seguir torturando a mis amigos; así es que dejé el texto como estaba y firmé cuarenta y tres páginas pero, cuando llegué a la última, solicité que se redactara un apéndice, una aclaración a modo de resumen, que yo mismo le dicté a Rebitz palabra por palabra: «Para terminar, yo, Jan Haigerer, declaro categóricamente que planeé el crimen hasta el último detalle con varios días de antelación, que cometí el asesinato premeditadamente, que no estaba borracho ni confuso ni atravesaba ningún estado que disminuyera mis facultades mentales; que sabía perfectamente lo que me hacía. Sobre la víctima no tengo nada que decir. Sobre el móvil para el asesinato hablaré más adelante. Declaro expresamente que no estoy arrepentido de mi acto». Esta última frase nos llevó a una discusión que se alargó durante una hora. Éramos tres contra uno, así es que al final cedí. La frase sobre mi no arrepentimiento fue eliminada de la declaración.

## SIETE

El asunto progresaba. Me sentía como un turista que, después de buscar, desesperadamente, en un país extranjero, rodeado de gente extranjera, que hablaba una lengua extranjera y se comportaba de una manera extraña, por fin hubiera encontrado un alojamiento seguro. El funcionario que me condujo hasta mi celda parecía el botones de un hotel venido a menos al que solo le quedaba un monstruoso manojó de llaves recuerdo de tiempos mejores. Ahora ni siquiera les llegaba para contratar a un mozo que se hiciera cargo de los equipajes. Pero él no llevaba maletas y no esperaba que nadie le diera propina.

Yo le di la mano cuando vino a buscarme; en realidad le di las dos manos, porque ambas iban enganchadas. Él me miró, me quitó las esposas y creyó saber que yo era inocente; sin importarle qué supuesto delito se me imputaba. Poco a poco fui acostumbrándome a esas miradas.

Se sintió obligado a ofrecerme consuelo constante mientras recorríamos los pasillos del centro penitenciario; hablaba básicamente del mal tiempo, de lo negros que eran los pronósticos, de que el fin de semana haría frío, de la estación de mierda que se nos venía encima. De esta manera pretendía decirme que, dadas las circunstancias, desde un punto de vista meteorológico aquel era el mejor momento para que lo encerraran a uno. Yo le di la razón y mostré mi alegría. Él se puso triste; pensó que yo solo intentaba ser amable. Probablemente le habría gustado intercambiarse conmigo para limpiar su conciencia. Odiaba su trabajo. La mayoría de la gente odia su trabajo.

La celda era un cuarto pequeño, modesto, básico, que nunca había tenido nada que ver con la palabra libertad. Yo, inmediatamente, me sentí bien. A primera vista ya me quedó claro qué iba a poder hacer allí: nada. Podría respirar, dormir, estar despierto y pensar en Delia. Eso me bastaba. Me imaginé que ella me encontraba aquí por sorpresa: estaba acompañando a ese caraculo de escritor francés sobrevalorado, llamado Jean Legat, en una serie de visitas a centros penitenciarios realizadas con el beneplácito del poder estatal. Él necesitaba recopilar todavía un par de impresiones para plasmarlas en su nueva novela, esperada con gran interés por los lectores. (Las novelas esperadas con gran interés nunca eran buenas —dicho sea de paso—. Una novela, o se esperaba con gran interés, o era interesante. Porque el interés en la lectura se va despertando con la sorpresa, no con la espera). En cualquier caso, Delia iba haciendo manitas con él por los pasillos y entonces se abría la puerta de mi celda. Ella dirigía la mirada hacia el interior de aquel espacio frugal y... me veía. Yo estaba sentado encima de la cama pensando en ese momento justamente en ella. Mis ojos le lanzaban un anzuelo sin cebo y ella decía: «¿Jan?... ¿Jan?... Jan... ¡No!» (o lo que se diga en una situación así) al mismo tiempo que soltaba al

caraculo como si él hubiera sido el culpable de todo (un hermoso detalle dentro de mis pensamientos). Yo respondía: «Delia, no pasa nada, estoy bien».

La lectura de párrafos de ese estilo me producía náuseas pero, en el campo de los pensamientos, cuando quería, podía llegar a ser bien cursi, sentimental y patético. Y ahora quería. Me regocijé en la escena y dejé que dos o tres lágrimas saladas se deslizaran por mi rostro y se me deshicieran en la boca.

Los inconvenientes se presentaron por la tarde. Me los pusieron sin mediar palabra encima de aquella mesita plegable tan fea: periódicos. Por suerte, yo no era una persona depresiva. Dejé que reposaran allí durante horas pero, por la noche, ya no soportaba más su vista y los escondí debajo de la taquilla. Cuando llegó la noche cerrada y yo empecé a estar cada vez más despierto, los saqué, de uno en uno, e hice lo que habría hecho cualquiera que pretendiera hacerse una idea general de las últimas noticias: miré de pasada la política, le eché una ojeada a la economía y me quedé enganchado en la cartelera. Resultaba perverso. Y me gustaba. Durante años había tenido que ir al cine porque todo el mundo iba al cine. Había que ir al cine, el tiempo libre nos lo exigía, las películas eran un calco de la vida y calcar la vida siempre ha sido más sencillo y más placentero que dibujarla uno mismo. Había mirado la cartelera mil veces buscando una película que no existía, el film original. Y ahora, por fin, tenía prohibido ir al cine. Justamente ahora que habría estado dispuesto a ver cada una de esas películas y a reírme de ellas porque la auténtica, la original, era mía y ya no podía arrebatármela nadie.

Por desgracia seguí pasando hojas. Me llevó a ello mi instinto de autodestrucción. Cuando me dolía una muela, ejercía presión con la punta de la lengua sobre ella —no podía evitarlo, era como si alguien me mandara hacerlo— o me la movía con el dedo para aumentar el dolor. Así me iba. La misma tendencia me llevó en aquel momento a mirar sin falta las crónicas de sucesos. Por supuesto, aparecía en todos los periódicos: el crimen. Los periodistas, aunque solo había pasado una semana, ya lo habían convertido en un asesinato de culto. «Homicidio en el Coolclub» sonaba tremendo; no importaba qué hubiera detrás.

El *Tag aktuell* lo titulaba: «Aparece por fin una pista en el asesinato del Coolclub». El inspector jefe Tomek confirmaba que habían encontrado el arma homicida. Del estudio de las huellas dactilares todavía no podía desprenderse nada pero, en cualquier caso, habían entrado en una «fase delicada de la investigación». Estos no sabían nada.

El *Anzeiger* escribía: «Asesinato gay en el Coolclub: sospechoso en prisión, la policía guarda silencio». Ni una palabra sobre mí.

El *Kulturwelt*, con quienes había estado trabajando y sufriendo hasta hacía unos días, solo publicaba una nota. Me daba miedo leerla. Pero, como casi siempre, Chris Reisenauer no dejaba nada claro. Chris era un buen tipo y un periodista honrado, yo me había encontrado a gusto compartiendo despacho con él. Sabía, como yo, que nuestro trabajo allí no valía nada; pero lo hacía mejor que la mayoría de los otros. Nunca escribía más de lo que sabía. En parte por decencia, en parte por vagancia, siempre le daba algo de ventaja a la verdad: dejaba que fuera saliendo a la luz por sí sola y él la seguía discretamente en la distancia. A veces la verdad se libraba de él y ponía pies en polvorosa. Esos eran sus días malos. Pero a él no le importaba; Chris no era un tipo que pretendiera hacer carrera. Lo que realmente importaba era que él sabía dónde

vendían los mejores bombones de praliné de la ciudad. Y cuando yo me iba de vacaciones, me cuidaba la *sparmannia*.

Para terminar, hojeé el *Abendpost*. En la página nueve me llamó la atención una foto de tamaño desmesurado que se me clavó inmediatamente en el cerebro. Era un primer plano de Rolf Lentz: el de la chaqueta roja. Su rostro. Como si me estuviera mirando. Como si me sonriera. Como si se estuviera riendo de mí. Como si me suplicara. Como si todavía estuviera vivo. En un acto reflejo, lo tapé con la palma de la mano. La foto se ilustraba con un escueto texto colocado al lado. Pero de eso, desgraciadamente, me percaté demasiado tarde. Cuando quise deshacerme de él, ya había leído el título: «“Si eres gay mueres tres veces diarias” — El activista asesinado, Rolf Lentz, se codeaba también con famosos. Un reportaje de Mona Midlansky». ¿A quién le habría pagado una cerveza? ¿A quién le habría prometido que le iba a dejar tocarle las tetas? ¿A quién le estaba tomando el pelo esta vez?

Las primeras noches que pasé allí transcurrieron en una única dimensión en la que veía pasar diapositivas con una sola imagen: la del de la chaqueta roja. Me juré no llamarlo nunca por su nombre. Me juré no volver a leer nunca más una línea sobre él. Y me comprometí a cerrar los oídos si alguien lo mencionaba. Sabía hacerlo, lo había aprendido de pequeño en la escuela. «Ahora vamos a abrir bien los oídos y a cerrar la boca», nos decían. Y yo cerraba las dos cosas, era un rebelde silencioso. Nunca se enteró nadie.

Los días me gustaban más. Solía quedarme dormido por el agotamiento después de la proyección de diapositivas nocturna. El inconveniente de mi pequeño establecimiento era que allí se podía presentar cualquiera cuando le diera la gana. Al principio era solo el personal del hotel, que me traía la comida que nadie había pedido; pero ellos tenían que cumplir con los horarios y eran amables. Les habría encantado quedarse charlando allí conmigo durante horas. Yo despedía un aura de persona comprensiva que nada tenía que ver con la realidad y ellos empezaron a quejarse ante mí de las condiciones en las que trabajaban. Había sido demasiado condescendiente desde un primer momento y ahora, además de comer cuando no tenía ganas, tenía que escuchar todos sus sermones.

La fase de tranquilidad terminó con Leitner.

—Jan, te voy a sacar de aquí inmediatamente —me amenazó ya desde lejos, antes de haber pisado siquiera el suelo de la celda. Jadeaba, debía de haber venido corriendo para ganar un par de minutos más y sacarme de allí cuanto antes.

—Las cosas están bien así —repliqué yo.

Y lo que quería decir con eso, aunque lo hiciera de esa manera demasiado cortés que me caracterizaba, era que se esfumara. No necesitaba que el abogado defensor más famoso, más caro y con la mejor crema bronceadora de la ciudad estuviera a mi lado. En realidad no necesitaba ningún abogado a mi lado, no tenía nada que defender. Pero, evidentemente, tendría que haberme imaginado que los abogados se iban a lanzar sobre mí como moscas porque mi caso olía a grandes titulares.

Leitner fue el primero, el más rápido, el más codicioso. Desgraciadamente ya nos conocíamos;

de los grandes procesos con jurado en los que él había sabido, como nadie, hacerse el simpático con la prensa para salir en los periódicos. En una de las robustas garras con las que acostumbraba a manosear, sacudir o estrangular la justicia según exigiera su profesión, sujetaba esta vez un ejemplar enrollado del *Abendpost*, motivo de su visita homicida.

—¿Tú un asesino? Estos están locos —gritó—. Vamos a llevar este caso a Estrasburgo. Y mañana sales de aquí, eso te lo prometo yo. A estos se les ha ido la cabeza. Pero ¿en qué país vivimos? ¿Qué somos? ¿Salvajes? Ahora resulta que se puede agarrar a un periodista de éxito en la calle y meterlo en la cárcel.

Lo de «periodista de éxito» se lo decía él a todos los periodistas, pero pobre del periodista que denominara «abogado de éxito» a alguien que no fuera él. Como si a mí me interesara saber de dónde procedía toda aquella rabia, añadió:

—Aquí está todo. Esto es un escándalo y tendrán que pagarlo con la misma moneda.

Golpeó varias veces con el periódico sobre la mesa para entremezclar las letras, pero ellas siguieron en su sitio; lo que aparecía en un periódico era definitivo.

Mi arresto había «caído como una bomba». Me enteré de que el inspector Tomek había abandonado el caso ante la presión de los medios. Ese día estaba prevista una rueda de prensa para presentar al nuevo funcionario responsable de la investigación. El asesinato en el Coolclub era portada de todos los periódicos y en casi todas aparecía mi foto. Los únicos que habían prescindido de ella eran los compañeros del *Kulturwelt*, quienes, además, habían escrito solo las iniciales de mi nombre. Pobre Chris Reisenauer, me habría gustado ahorrarle toda esta historia.

En el *Morgenjournal* habían retransmitido un programa especial. El sindicato de periodistas exigía mi liberación inmediata. Ellos me conocían... (o creían conocerme).

—Ahí afuera se ha desatado un infierno, ya te lo puedes imaginar —dijo Leitner a gritos. Yo, por suerte, estaba dentro y no me lo quería imaginar—. Es un caso claro de difamación, único en la historia de la justicia. Los vamos a empapelar con demandas a esos cerdos; eso te lo prometo yo —siguió gritando—. Vamos a ir al Tribunal Constitucional y al Parlamento Europeo, y nos presentaremos...

—Fui yo —le interrumpí.

Por fin unos segundos de calma.

—¿Tú estás de broma? —me preguntó en voz baja y se palpó el corazón con la mano que tenía libre. Con la otra seguía agarrando el periódico—. No vuelvas a decir eso nunca más. ¿Me oyes? ¡Nunca más! ¡Nunca más! No quiero volver a escucharlo. Nunca. ¿Me has entendido?

Yo no dije nada más.

—Me hago cargo de tu defensa gratis, amigo, que lo sepas —dijo precipitadamente, abrió su maletín plateado, tanteó buscando algún documento, sacó un papel y me lo puso en la mano—. Por una guarrada como la que te han hecho no te voy a cobrar. Lo necesito; necesito que lo paguen esos tipejos.

Yo puse el contrato a un lado y fingí un ataque de migraña que lo obligó a dar por finalizada la visita. «Es mejor confesar un asesinato que dejar que te defienda Leitner», pensé.

—Chico, aguanta un poco, que te voy a sacar de aquí —me gritó todavía cuando se marchaba.

Al día siguiente recibí la visita del director del hotel en persona. El presidente de la Audiencia Provincial nos concedía a ambos el honor de presentarse en mi humilde morada. Era un hombre culto, normalmente hablábamos sobre Shakespeare. Acepté. Sin embargo, esta vez tuvimos un problema de comunicación porque a él la situación le resultaba tremendamente vergonzosa. Y a mí su visita. Así es que el encuentro no duró mucho.

—Señor, eh, Haigerer, hoy mismo lo van a trasladar a otra..., a otro..., sí, a otro cuarto —tartamudeó.

—No es necesario, señor presidente —dije yo.

Él creyó que yo me refería a que en realidad lo que debía hacer era dejarme libre.

—Lamentamos enormemente esta situación. Pero, como usted ya debe de saber, nosotros, de alguna manera, de momento tenemos las manos atadas por los dictados de la justicia —dijo. Y se frotaba los pulgares, uno contra otro.

—Yo, también, de alguna manera —respondí. Y sonreí. El chiste me pareció más gracioso a mí que a él.

—Señor, eh, Haigerer, usted es una persona muy popular. Ya tenemos una lista considerable de personas que solicitan visitarlo —dijo. Y puso el papel sobre la mesita plegable—. Por supuesto, puede recibir visita siempre que lo desee —continuó. Y que los funcionarios que estuvieran presentes en esos momentos no iban a molestarme—. De todas maneras, esperamos que este terrible malentendido, eh, sí, malentendido, se solucione con la mayor brevedad posible —concluyó.

—Dejémonos sorprender —repliqué yo. Y sonó a amenaza.

El presidente torció el gesto. Temía por el nombre de su casa, que ya, de todas maneras, no tenía buena fama. Poco después, efectivamente, tuve que mudarme. Me instalaron en la suite presidencial. Allí había una cama grande, un armario ropero, un televisor, un despertador, un pequeño espacio para cocinar, una cafetera, un escritorio y un rincón donde sentarse, con libros y periódicos. Todo aquello me dio vergüenza y me juré no tocar el inventario. Debía de haber intervenido alguien con poder y yo no podía defenderme. Me tumbé en el suelo, cerré los ojos e hice que desapareciera todo lo que me rodeaba.

El inspector Lohmann, el de los tomatitos *cherry*, uno de los tres inolvidables con los que había pasado las últimas noches libres de mi vida, fue el primero en sacarme de mi maldito alojamiento con aires de nobleza. Aunque, por desgracia, solo para redactar los anexos que darían por concluida el acta de declaración. Al menos ese fue el pretexto para apelar a mi conciencia.

—Jan, por favor, no importa qué te pasara aquella noche en ese local. Ahora no lo empeores —me susurró—. Piensa en toda la gente que está fuera temblando por ti —dijo. Eso fue cruel. Enseguida me vino a la cabeza Alex. Pero yo todavía no era capaz de presentarme ante ella; me parecía mejor que siguiera temblando—. Solo tienes que responder, por favor, a dos preguntas —pidió el inspector. Su mano, tan pesada como su pena, descansaba sobre mi hombro—. ¿Hasta qué punto conocías a Lentz?

—No bien —respondí. Lo que quería decir era que aquella pregunta no estaba bien. Que yo no

me encontraba bien. Que no me parecía bien que Lohmann no dejara que las cosas siguieran su curso.

—Jan, ¿eres gay?

Esa era la segunda pregunta. Yo dije:

—No.

Pero lo que pretendía decir era: «No, no quiero responder a esa pregunta porque no tiene nada que ver con este asunto».

Lohmann ocultó el rostro entre las manos y suspiró. Era un hombre delicado.

## OCHO

El lunes en el que, de no haberme encontrado impedido, tendría que haberme reincorporado al trabajo después de las vacaciones para volver a prestar mis servicios en el *Kulturwelt*, me convocó por vez primera la jueza instructora del caso. Inesperadamente, la noche anterior yo había dormido. El de la chaqueta roja, en un gesto compasivo sin precedentes, había consentido que me durmiera. Pero era una trampa porque luego hizo que durmiera mal: me hizo dormir con Delia, me dejó dar vida a un par de fantasías sexuales y cuando, después, estando ya sobre ella, abrí los ojos, descubrí de repente que se trataba de otra. Aquella mujer me había engañado: tenía la piel áspera, su cuerpo no olía a ella y su rostro me era ajeno. Demasiado tarde. Ya no podía hacer retroceder el clímax. Cuando me desperté me sentía cansado y engañado.

Mi mayordomo me recogió con las esposas después de retirar el desayuno que yo, como era habitual, no había probado.

—Ahora le voy a llevar ante la mujer más bella del lugar —dijo. No se rendía; solo pensaba en hacerme la estancia lo más agradable posible. La jueza de instrucción se llamaba Helena Selenic. Eso me lo contó él por el camino a través de la zona de acceso restringido, donde nos cruzamos con varios internos con un aspecto que evidenciaba, más que el mío, la criminalidad. Me miraron de soslayo, como si yo hubiera cometido traición contra su causa.

Helena Selenic..., el nombre me gustaba. ¿Por qué una persona con ese nombre tan bonito tenía que hacerse jueza de instrucción? ¿Por qué no se dedicaba al salto de trampolín? «Helena» habría sido un nombre muy bonito para mi hija que no existía. «Helena» siempre había estado entre mis opciones. A Delia también le gustaba ese nombre; pero seguro que no lo relacionaba con la posibilidad de ponérselo a su hija o, al menos, no a una hija engendrada conmigo. «Helena Haigerer» habría sonado muy bien; tal vez incluso un poco demasiado bien. «Helena Selenic» era mejor, no tenía esas terminaciones tan perfectas pero era un nombre con clase y despedía cierto erotismo, tenía acentos suaves y duros, era frágil y compacto a un mismo tiempo..., como sacado de una buena novela.

Cuando todavía era lector en Erfos había pasado horas con los autores discutiendo sobre los nombres de sus héroes, preguntándoles de rodillas si no estarían dispuestos a intentar que quizás se les ocurrieran nombres mejores. La mayoría permanecía en sus trece; cuando se trataba de un bautismo, nadie se dejaba convencer con facilidad y todos se creían competentes en la materia.

En realidad bastaba con mirar la selección de nombres de los personajes para hacerse una idea del tipo de manuscrito y, muy a menudo, de la calidad de la obra. Las novelas con Anastasias,

Sebastianes, Eugenios y Eleonoras ascendían artificialmente hacia el mundo de la literatura más elevada y no volvían a poner los pies en la tierra, donde tenían lugar las buenas novelas. Los literatos que usaban nombres como Tom, Jim, Rob, Kate, Phil y Ann desvelaban desde el principio que no tenían ningún interés en escribir algo nuevo. Los menos imaginativos de los autores que acudían a Erfos usaban los nombres de sus familiares, de sus amigos o, en el peor de los casos, de sus amantes secretos, en quienes pensaban mientras escribían. En vez de pensar en el texto; cosa que a este, desde luego, le habría venido muy bien. Si se me hubiera acercado un autor con una tal Helena Selenic, habría sido digno de todo mi respeto. Aunque después el personaje habría tenido que ofrecerme todo lo que su nombre prometía.

Helena Selenic no iba a quedarse mucho tiempo trabajando en el juzgado. Probablemente era una de las pocas personas que podían decir que era totalmente imparcial con respecto a mi caso; una de las pocas personas que no me conocía de nada. Yo ya tenía ganas de tenerla frente a frente. Tantas como tiene de que acabe la etapa un ciclista al que le ha dado un calambre en un ascenso escarpado. Después solo quedaría el juicio con jurado, lo más duro, el premio de la montaña, y asunto concluido. Mi mayordomo me quitó los cacharros de metal antes de entrar; así me quedarían libres las muñecas «para poder besarle la mano a la señorita del juzgado». No fue precisamente una muestra de mi mejor humor; pero, al menos algo estaba saliendo de mí. Y al funcionario que me acompañaba le gustó; en aquel sitio no debía de disfrutar de muchas exquisiteces por lo que a golpes de humor y estados de ánimo se refería. Ella debió de oír cómo se reía y me saludó con una sonrisa satisfecha, como si yo fuera un animador en vez de un asesino. Cuando la vi, pensé que me había equivocado de puerta; incluso de edificio. Ella se percató de mi desorientación y tuve la impresión de que le gustó. Probablemente estaba preparada para esa reacción. Me hizo ver que ya sabía que yo me sorprendería y yo me sentí inferior al instante. Tal y como ella lo había planeado.

—¿Podemos empezar ya? —preguntó.

Por cierto, sí se dedicaba al salto de trampolín; ahora estaba en lo alto, sobre la tabla, con los ojos medio cerrados, concentrándose en la próxima figura que ejecutaría. Despedía esa tristeza que emanaba de los competidores inmediatamente antes de que se resolviera el conflicto entre victoria y derrota, de esos deportistas que, habiendo superado ya el nerviosismo, se sumergían en sí mismos porque, ahora, se lo jugaban todo.

No me miraba. Y yo no tenía derecho a exigirselo. Me contó que había leído tres veces el acta de declaración. La sujetaba entre sus manos; demasiado delicadas para aquel tremendo archivador. Alrededor de su fino dedo meñique se curvaba el anillo negro más reducido del planeta.

«¿Y qué opina usted?», me habría gustado preguntarle. En mi nerviosismo, parecía un joven autor que hubiera presentado su primera novela a un admirado editor y estuviera a punto de escuchar el primer juicio de valor. Pero sabía (y eso me diferenciaba del joven autor) que ese juicio iba a resultar aniquilador.

—¿Lo hizo usted? —preguntó ella sin más preámbulos.

—Sí —respondí yo al instante.

—¿Por qué? —continuó ella sin terciar pausa.

Y yo repliqué:

—No, por favor, no.

Sentí que en ese momento me estaba mirando y fui lo suficientemente rápido como para apartar los ojos; fui un cobarde.

—De acuerdo. Gracias. Con esto ya me basta —dijo amablemente humilladora. Ese fue su salto; después, desapareció en el agua y no volvió a asomar a la superficie. Yo todavía me quedé un rato sentado en el bordillo. En algún momento, mi mayordomo me dio a entender que allí ya no pintábamos nada y que teníamos que regresar a nuestro apartamento. A mí no me apetecía. Cuando me echaban de un sitio, lo que quería era quedarme allí. Yo era un rebelde silencioso. Pero nadie lo sabía. Así es que me arrastré hasta mi celda y me tumbé en el suelo.

Helena Selenic me tuvo una semana en ascuas. Y yo era demasiado orgulloso como para preguntar por ella. Por suerte, sabía que le iba a dar todavía un buen montón de trabajo. Iba a tener que meterse de lleno en las actas policiales y tendría que volver a plantearme de nuevo las mismas preguntas. Y, precisamente por eso, todavía me desconcertaba más el hecho de que no diera señales de vida, de que ni siquiera me hubiera citado para un segundo interrogatorio.

Durante esos días conseguí evitar los contactos y mantenerme alejado del mundo exterior; cosa harto difícil, puesto que recibí más correo que en todo el año anterior junto. La mayoría de las cartas las tiraba sin abrir. Las remitían amigos dispersos por el mundo, conocidos y compañeros de profesión que probablemente no podían dar crédito a lo que de mí se decía y querían hacerme llegar unas líneas en señal de apoyo y solidaridad. ¿Con qué querrían solidarizarse?

También unos cuantos abogados defensores luchaban por escrito por mi representación, necesitaban hablar conmigo urgentemente, pretendían convencerme de la eficacia de sus estrategias. Todos ellos me aseguraban una liberación inmediata, o me prometían que saldría absuelto al final de un proceso impecable y que recibiría una jugosa indemnización con la que me haría rico y podría vivir hasta el final de mis días. Desde luego, era evidente que me había hecho famoso. Se me consideraba un mártir.

Los señores que formaban parte del personal del hotel no dejaban de servirme regularmente sus comidas y mantenerme al día con respecto al estado de su miseria laboral y vital. Completaban mi alimentación con información procedente del exterior, que me afectaba directamente y de la que yo no quería tener noticia alguna. Por ejemplo: el de la chaqueta roja tenía antecedentes porque en otro tiempo había sido adicto a las drogas. Incluso yo, antes del suceso, había tenido mis escauceos y había estado moviéndome por ese mundillo clandestinamente durante semanas. Mi madre había perdido la vida en un accidente de tráfico y yo no había sido capaz de superarlo: tenía serios problemas con el alcohol y estaba endeudado hasta las orejas.

Según información obtenida en el Bob's Coolclub se sabía que el de la chaqueta roja había caído en las garras de la mafia rusa y que era víctima de extorsión. Yo mismo me había hecho cargo de la investigación; la policía me había utilizado como señuelo.

El portero de mi casa siempre había intuido que yo era gay, apostaba a que se trataba de un homicidio pasional causado por los celos y, cuando le preguntaban por mi apariencia,

desconcertantemente inocente, y por mi vida, aparentemente ordenada, respondía: «¿Es que se puede ver lo que hay dentro de una persona?». Por fin alguien decía una frase inteligente; aunque no fuera nada nuevo.

Para concluir, una compañera de profesión, cuyo nombre yo no había oído nunca, afirmaba estar convencida de que yo era inocente, de que conocía al auténtico asesino y lo estaba encubriendo. Y así se iban sucediendo los días. Y las comidas. En cualquier caso, según me contaban, los periódicos dedicaban a diario páginas enteras a sacar a la luz historias de terror en exclusiva relacionadas conmigo y con el misterioso asesinato en el Coolclub. Y los del suministro de comida disfrutaban cumpliendo su función como portadores de noticias, a pesar de que yo les pidiera con insistencia varias veces al día que me librasen de ellas. Porque no servían precisamente para abrirme el apetito y yo ya debía de estar varios kilos por debajo del peso ideal.

En las breves fases en las que me encontraba bien porque tenía la sensación de que a todos los demás que estaban allí les iba peor, intentaba componer un texto para escribirle una carta a Alex. Después de una semana tuve la sensación de que ya lo tenía y lo releí. Le pedía que me perdonara lo imperdonable: haberle hecho «eso» y además haberla nombrado después como cómplice en la fuga y haberme servido de ella para paliar mi estado de excepción emocional. Me disculpaba de antemano por la citación que recibiría en algún momento para declarar como testigo y por todo lo desagradable que podría desprenderse de su participación en un juicio. Si bien era bastante probable que, al tratarse de mi mejor amiga, no se vería obligada a declarar.

Le aseguré que yo me encontraba bien y que estaba dispuesto a asumir las consecuencias del delito que había cometido. No tenía por qué preocuparse. Yo no estaba enfermo, ni era adicto, ni depresivo, ni nada que ella no supiera. No tenía secretos, «aparte de los que no me revelaba ni a mí mismo», le escribí. Le hablé de mi celda de lujo, de la amabilidad del personal de vigilancia, de la excelente calidad de la comida, del trato más que digno que recibía. Solo me faltaba «un tranquilo emplazamiento» y «unas hermosas vistas» para disfrutar de una deliciosa estancia en un balneario.

Sabía a ciencia cierta que mi crimen le resultaría absolutamente incomprensible y que así iba a ser siempre. «Pero, Alex», le escribí, «intenta, por favor, no indagar en lo sucedido. De esa manera no podrás acercarte más a la verdad porque, sencillamente, no hay nada que entender; en este caso se trata de aceptar las cosas como son». Una de las peores repercusiones que tendría este asunto era que yo ya no podría estar con ella como antes, le decía. Y de esta manera quedaba patente que libraba de toda responsabilidad a mi mejor amiga. «Pero si, a pesar de todo lo que ha pasado, tú sigues estando de mi lado, quizás consigamos una nueva forma...». No pude seguir leyéndome. Rompí la carta y escribí otra más corta: «Alex, por favor, perdóname. Jan». Después, por fin, fui capaz de llorar. Me sentó bien. Las lágrimas pasaron por agua la imagen del de la chaqueta roja.

El primer lunes de noviembre volvió a convocarme Helena Selenic. Antes de ir a verla me permitieron darme un afeitado rápido y cambiarme de ropa. Me puse Impulsive, de Armani. No tenía ni idea de quién me podía haber metido en el bolso aquel frasquito de perfume. Me enfadé

por haberme dejado en casa los pantalones bonitos y disimulé los vaqueros viejos escondiéndolos por debajo de una chaqueta de punto larga de color azul oscuro. Cuando entré en el despacho de la jueza instructora, el rojo me invadió las mejillas.

—Siéntese, por favor. ¿Cómo se encuentra? —me preguntó como si fuera un médico de familia vestido de paisano. Aquel jersey negro ajustado le sentaba demasiado bien para mi situación.

—Bien, gracias, no me puedo quejar —respondí lo más suelto que pude.

Ella sonrió satisfecha; probablemente para recompensar mi esfuerzo. Al hacerlo, redondeó la boca y por debajo de las mejillas se le dibujaron unos pequeños, tímidos hoyitos que desaparecieron en el mismo momento en el que descubrieron que yo los había visto.

—¿No le gustaría hablarme sobre usted? —preguntó.

La falta de objetividad era algo nuevo; sumada a su voz clara y directa, me generó cierto nerviosismo.

—Sí, claro —mentí—, pero no sé qué puede interesarle.

—Me interesa usted —dijo ella.

Hacía tiempo que no escuchaba esa frase. ¿Me la habían dicho alguna vez?

## NUEVE

En esa ocasión no me hizo preguntas acerca del porqué. Pensaba descubrirlo por sí misma. Yo fui correcto: en ningún momento le di la sensación de que podría conseguirlo. A pesar de todo, ella me permitió quedarme allí casi dos horas. Y no escribimos nada para el informe.

Al principio me molestó tener que hablar sobre mí mismo. Mi vida entera me parecía absolutamente insignificante. No valía la pena gastar saliva. A lo largo de los años había ido reuniendo las experiencias que me habían sido impuestas o las que el azar me había puesto a los pies. Yo, ni siquiera me había molestado en agacharme a recogerlas. De alguna manera, los acontecimientos se habían ido precipitando sobre mí y así habían ido cayendo en mis manos. A veces era yo quien tropezaba con ellos y los atrapaba. Y así, paso a paso, se iba forjando mi camino, que se extendía llano, monótono, a través de un paisaje que se repetía, sin curvas, sin elevaciones, sin interrupción y sin descanso. Yo ignoraba las escasas grandes encrucijadas que lo salpicaban y no me arriesgaba por atajos. A derecha e izquierda, la pendiente siempre se me antojaba demasiado escarpada. Así es que continuaba y continuaba, avanzando siempre en línea recta hacia delante. Y en ese camino había ido envejeciendo. ¿Qué comentarios podía hacerle sobre eso? ¿Tenía que aburrir a aquella mujer hermosa e inteligente, que podía conseguir a los hombres más interesantes del mundo, con detalles sobre mi monótona trayectoria vital?

Cuando se dio cuenta de que no pasaba de la «infancia feliz por naturaleza» y de que la sonrisa se me había quedado pegada a los labios, de repente, empezó a hablar sobre sí misma. Supuse que esa era su táctica en los interrogatorios; lo hizo de una manera muy profesional. Comenzó en el lugar en el que se había quedado clavada mi mirada: hablando de esos rizos pelirrojos con los que había venido a este mundo.

—Qué mona —dije yo. Aunque mi pensamiento iba en una línea mucho más fuerte.

Después supe que tenía dos hermanas pequeñas gemelas y que ella, por celos, había encerrado en el frigorífico a sus hamsters Billy y Lilly, y que, desde entonces, solo abría el frigorífico cuando tenía un ataque agudo de hambre y primero solo una rendija, para comprobar que los espíritus atormentados de Billy y Lilly no acudían a vengarse, a pesar de que hacía tiempo que el delito había prescrito. Me preguntó si yo tenía hermanos. No, yo no tenía hermanos, era hijo único. Una pena, realmente, dijo ella. Yo no me defendí; asentí.

—Pero por eso puedo abrir los frigoríficos sin problemas —se me ocurrió decir. Ambos sonreímos sin verle la gracia al comentario.

Continuó hablando de la escuela de arte dramático y de cómo acabó su ilusión por conquistar

los escenarios; de su primer, sus dos, sus tres grandes amores y de cómo se convirtieron en pequeños dramáticamente de la noche a la mañana; de su carrera y otras victorias de la razón sobre la pasión; por ejemplo, de cómo se había comprometido con el hombre que después se convirtió en su marido; y de lo contrario, de su profesor de tango, el golpe más aniquilador y más amargo que le había asestado la pasión a la razón; de su separación, de la casita unifamiliar que había dejado en el campo, de su nuevo piso con terraza en la ciudad. Debió de percatarse de por dónde iban mis pensamientos y me habló de sus relaciones esporádicas, me dijo que bien podría prescindir de todas ellas, pero que, por desgracia, de eso siempre se daba cuenta cuando ya habían pasado. Y me contó que necesitaba tres noches por semana para ella sola y que no estaba dispuesta a compartirlas nunca más con nadie. En una hora escasa pasó revista a treinta y seis años de vida y, mientras lo hacía, en las mejillas se le dibujaron cientos de hoyuelos que luego volvieron a desaparecer.

Después yo le hablé un poco más de mí y de Delia, buscando paralelismos con lo que ella me había contado. Me esforcé porque todo resultara irrelevante, lo cual no fue difícil. Las pocas cosas que podían tener cierta importancia me las callé; por ejemplo, el hecho de que Delia solo estaba buscando una aventura cuando se topó conmigo. Yo me había enamorado al instante; ella no tuvo que hacer nada. Todo lo que nos había unido a ambos estaba en los libros: yo los revisaba y ella los vendía, juntos los leíamos y hablábamos sobre ellos. Pero ella, en realidad, buscaba a alguien que viviera y escribiera esos libros, un auténtico héroe. Bueno, al final lo había encontrado. Y tenía mi bendición. No, no tenía mi bendición, pero eso no podía desvelárselo a Helena Selenic; simplemente porque apreciaba demasiado su sonrisa y no tenía ninguna intención de espantarle los hoyuelos.

—¿Qué va a hacer hoy? —me preguntó demasiado pronto, adelantando el final de aquel llamado interrogatorio nuestro. La pregunta era grotesca.

—Hoy me voy a quedar tranquilito y a gusto en casa —le respondí.

Me premió con un par de hoyuelos.

—¿No quiere que lo pongan en libertad?

—No —dije yo—, para qué. Solo se retrasaría el proceso.

Ella no me escuchó. Dijo que en mi caso no existía riesgo ni de que huyera ni de que reincidiera, y que ella estaba dispuesta a firmar inmediatamente la puesta en libertad bajo la correspondiente fianza. Seguramente pensaba que el homicidio había sido un accidente. Lo único que tenía que hacer yo era buscarme un buen abogado. Asentí. Pero no necesitaba ningún abogado. Solo necesitaba a alguien que me creyera y que no hiciera preguntas.

—¿Me va a permitir volver aquí? —le pregunté. El «permitir» lo utilicé conscientemente y lo acentué con intensidad. Me costó mucho esfuerzo. Ahora nos estábamos mirando a los ojos. Le mantuve la mirada. Habría podido quedarme allí para siempre.

—La próxima vez tendremos que trabajar —me dijo. Y se permitió deslizar un halo de debilidad en la voz. En una película de amor mala habría dicho: «No quiero que me vea así». Me habría gustado estar en ese momento en una película de amor mala—. Llámeme Helena —añadió. Pronunció su nombre en un susurro y me tendió la mano. Agarró la mía con toda la fuerza que pudo para no dar una impresión equivocada. Sin embargo, la impresión se produjo.

—Jan —respondí yo. Y probablemente tenía la cara completamente colorada.

—Pero, por favor, solo aquí dentro —dijo ella. Y levantó su delicado dedo índice.

—Solo aquí dentro —le prometí—. Solo aquí dentro —murmuré todavía mientras me recogía mi mayordomo. Solo allí dentro estaba cautivo.

Ahora las noches se me pasaban algo más rápido y mejor. Gracias a Helena, a la imagen del de la chaqueta roja se le desdibujaban en ocasiones los contornos. Sin embargo, cada dos horas yo volvía a cometer un asesinato, me despertaba empapado en sudor, y hacía todo lo que podía para no volver a dormirme. Por ejemplo, le escribí una carta bastante utópica y más bien privada a la jueza instructora de mi caso.

*Querida Sra. Dra. Helena Selenic:*

*Para mí sería un gran honor y me causaría un placer de las mismas dimensiones como mínimo invitarla a usted en un día de su elección (pero, por favor, que sea uno de los próximos tres días y si es hoy mejor que mañana) a tomar una tacita de café en mi humilde morada. En mi frigorífico (perfectamente asegurado contra hámsters), un pedazo de tarta de chocolate, que me ha regalado el atento personal que se encuentra a mi servicio, espera con ansiedad que llegue el momento en el que poder sentir el roce de sus labios.*

Lo de «espera con ansiedad que llegue el momento en el que poder sentir el roce de sus labios» lo había escrito solo para mí. Lo borré enseguida. Corregí: «un pedazo de tarta de chocolate... espera ser degustado por usted». En una tercera versión sustituí el «degustado» por «espera que usted se lo coma». A la mañana siguiente, le entregué el escrito a mi mayordomo con las palabras: «Una nota que añadir al informe. Para la jueza de instrucción Sra. Dra. Selenic». Él no era fácil de engañar; me respondió con un guiño.

Ahora me permitían correr un rato por la mañana y otro por la tarde, bajo vigilancia, por el patio interior ajardinado de la penitenciaría. Nunca había sido un gran corredor. Nunca había creído que hubiera motivo para sentir el cuerpo más de lo comúnmente normal. Por supuesto, un cierto afán de superación no le sentaba mal ni al cuerpo ni a la mente; pero, en cualquier caso, creía que era importante tener al menos una mínima idea de qué era eso que se quería superar, y lo cierto es que yo no la tenía.

Empecé a hacerlo por otras cuestiones. Corría para cansarme, para agotarme, para destrozarme, para consumir toda la energía que, de otra manera, utilizaría forzosamente para pensar en el de la chaqueta roja. Corría para ablandar en mi cabeza la imagen de la víctima, para agitarla, para marearla hasta que se descompusiera. Pero no había manera; a pesar de que el velo, con el que todo lo cubría la niebla de noviembre desde afuera, suponía una ayuda excelente. Tenía que aumentar el tiempo y correr cada vez más rápido si quería librarme de mi víctima. Así es que

enseguida empecé a chocar con los límites locales. No me dejaban correr más de una hora por la mañana y otra por la tarde, y él siempre me estaba esperando en la sala en la que tenía que presentarme después, quejándose con su rostro provocador e inexpresivo de foto de carné. La prisión, desde luego, no era el mejor lugar para que uno huyera de su destino.

Durante el día, entre salida y salida, me ocupaba básicamente de defenderme de las visitas. A veces me flaqueaban las fuerzas y acababa dejando entrar en la sala de visitas precisamente a aquellas personas a las que menos quería ver, que eran las que más tenazmente insistían en hablar conmigo: Mona Midlansky del *Abendpost*.

—No me hables del muerto —le grité cuando aún estaba lejos, mostrándole las palmas de las manos con todos los dedos extendidos.

Como respuesta recibí tres destellos de *flash*, dolorosas instantáneas disparadas al centro de mi rostro. Los dos vigilantes ya iban a lanzarse sobre Mona para arrancarle la cámara fotográfica de las manos, pero yo me puse en medio para protegerla.

—Está bien, no pasa nada —les dije—, es parte de su trabajo, es lo que distingue su trabajo.

Mona me miró con ojos radiantes, su rostro desprendía alta tensión. Para frenar su nerviosismo mascaba chicle como lo haría un caballo. Cuando apretaba la mandíbula se le disparaban las venas en las sienes. Se sentó y se inclinó sobre la mesa orientando su imagen hacia mí: entre el segundo y el tercer botón de una blusa demasiado estrecha que envolvía solo provisionalmente su exuberante busto, yo podía (tenía que) ver el sostén de malla gris que al ajustarle los senos le marcaba pequeños rombos en la piel. No me habría extrañado que, solo por regalarle aquellas fotos, me hubiera ofrecido acceso a sus pechos con dibujos cuadriculados de por vida. Porque las fotos probablemente doblarían su valor como periodista en el mercado; lo cual era un buen indicador para descubrir qué valores cotizaban al alza en el mercado periodístico.

Pero Mona Midlansky todavía no tenía todo lo que quería de mí.

—Jan —me susurró en tono conspirativo. Y se acercó a mí descaradamente. Yo podía oler su sudor incisivo. Sus ojos se centraron en mis labios codiciando respuestas. «Sospecha de asesinato» para ella era sinónimo de «puro sexo»—. Jan, esto es un montaje, ¿no?

Yo negué con la cabeza.

—Te has infiltrado en la prisión para escribir algo gordo. Es eso, ¿verdad?

—No, no es eso —repliqué.

—Entonces, ¿qué es? Vamos, por favor, dímelo —me suplicó.

Me daba pena. Estaba absolutamente sometida... pero no a una persona, sino a una cosa: a su trabajo.

—¿Eres gay? Tú no eres gay. No, tú no eres gay —dijo.

Se inclinó más hacia adelante. Ahora le quedaban los pechos en toda su extensión encima de la mesa. Su lenguaje corporal, delante de los funcionarios, me resultaba desagradable. Qué pensarían de mí, qué círculos se imaginarían que frecuentaba yo.

—Puedes escribir que he confesado el asesinato. Eso debería escribirlo alguien de una vez por todas —le susurré cerca del oído.

Los vigilantes no oyeron nada. Acababan de mirarse mutuamente, viendo el reloj o la garganta

del otro mientras bostezaba. La boca de Mona se quedó congelada en plena mordida, abierta y torcida hacia un lado.

—Eso es una locura, Jan —dijo—, tú estás loco. Yo no puedo escribir eso. Nunca, nunca, nunca. Nadie me creería. Nadie me lo va a confirmar. Me despiden.

Forcé una sonrisa. Eso era lo trágico de la historia. El problema no era que yo hubiera cometido homicidio, sino que Mona Midlansky corría peligro de ser despedida en vez de escalar en su carrera. Alcé los hombros y los dejé caer de nuevo.

Mona bajó la cabeza y oprimió sus pechos contra la mesa de tal manera que empezaron a asomar por la parte de arriba de la blusa. Yo era incapaz de apartar la mirada. Del asco al deseo solo había un pequeño paso. Tan pequeño como el que separaba el acto de amar del de matar. Las cosas que se encontraban más distantes en el círculo vital retrocedían tanto al encontrarse una frente a otra, que llegaba un momento en el que, de repente, chocaban de espaldas. Entonces solo hacía falta que se giraran; y se convertían en una sola.

—¿Tú, un asesino? Me parece que estás un poquito mal de lo tuyo —dijo Mona en tono casi cariñoso. Y se irguió. A partir de ese momento la conversación adquirió de nuevo carácter oficial. Los funcionarios se despertaron y se percataron de nuestra presencia. Ambos se miraron el reloj (esta vez cada uno el suyo) y le dieron un golpecito con un dedo de la otra mano. Yo también consideraba que ya habíamos tenido suficiente.

—No hay quien te entienda —concluyó Mona. Y con los labios les agradeció a mis mejillas el detalle de las fotos. No era necesario.

## DIEZ

Mi saltadora de trampolín no dio señales de vida durante una semana. Que decidiera ignorar mi escrito y no venir a tomar café conmigo en mi celda de lujo, lo podía entender (porque probablemente quería seguir ejerciendo su labor judicial dentro de la prisión). Lo que me resultaba imperdonable eran las largas pausas que tenían lugar entre un encuentro y otro, para las cuales no me ofrecía ninguna explicación.

Por la mirada de mi mayordomo, yo ya sabía que otra vez no iba a transmitirme ningún mensaje suyo. Al principio preguntaba por ella varias veces al día, pero después dejé de hacerlo, porque ni yo mismo me creía cuando fingía haberme acordado de ella de repente, por casualidad; pero tampoco quería resultar diáfano y evidente poniéndome al descubierto en los escasos momentos en los que se despertaban las pocas esperanzas que me quedaban. Sentía un pánico mortal ante el hecho de que Selenic pudiera haber abandonado el caso. No me había dado oportunidad de luchar por ella. Sin embargo, pensaba, ella debía de ser consciente de que, en mi situación, no había nada más atormentador que esperar sin saber qué y me consolaba diciéndome que, precisamente, esa debía de ser su táctica, y que el hecho de que estuviera haciendo uso de esa estrategia significaba que no la había perdido.

Alex respondió a mi nota con una carta que me rompió el corazón en pedacitos aún más pequeños.

*Sé que eres una buena persona, Jan. En treinta años no he conocido a nadie mejor que tú. Y ya solo por eso no puedo perdonarte lo que me has hecho. Solo podemos perdonar lo que comprendemos, y espero que al menos tú puedas hacerlo: entenderte y perdonarte. Los periódicos hablan todos los días de ti y están llenos de historias raras. Yo no me atrevo ni a encender la televisión porque me da miedo volver a ver tu cara. Todos hacemos conjeturas sobre lo que ha pasado realmente. Tienes un montón de amigos, Jan, y cada dos minutos me llama alguno, desconcertado, algunos llorando; y yo lloro con ellos. Michaela, Gerald, Benjamin, Doris. ¿Te has olvidado de todos? A veces ya no aguanto más y descuelgo el teléfono. Ya no tenemos otro tema de conversación. Nadie cree que hayas sido capaz de hacer nada malo; pero nos volvemos medio locos pensando cómo puedes estar todavía en prisión. Jan, quiero verte, pero*

*todavía no puedo. Tu amiga, Alex.*

*Por cierto: Gregor se ha mudado a mi casa. Me he rendido. Me faltaba fuerza para mantenerme en pie yo sola. Me faltabas tú. ¡Tú, idiota! Sin ti no podía.*

Fui incapaz de llorar. El dolor me escocía en los ojos. Ya había oscurecido, pero no me importaba; tenía que salir de mi habitación y respirar aire fresco. El empleado que me había traído la cena solicitó permiso para dejarme salir otra vez al aire libre. A cambio, yo habría de escuchar sus lamentos durante una hora entera; pero en otro momento. Me dieron permiso para dar diez vueltas de las grandes, pasando por delante de la sala de máquinas, bajando hasta las calderas de la calefacción, siguiendo en paralelo a lo que llamaban «el muro de Berlín», hasta el vivero, por detrás del taller de carpintería, y vuelta. Mi vigilante iba a esperarme en los vestuarios mientras se fumaba un par de pitillos. Confiaba en mí. En mí, allí, confiaban todos.

Realicé varios recorridos al mismo tiempo. Me desvié en la sala de máquinas y fui corriendo hasta casa de Alex, que seguía apoyada en el umbral de la puerta. Caí en sus brazos, le alisé con los dedos el pelo rubio alborotado, y decidimos no olvidarnos nunca, ni por un segundo, el uno del otro.

Al pasar por el vivero, que parecía un cementerio, el viento me azotó la cara y me golpeó con bolitas de hielo. Delia vino a por mí, atravesé mi primer invierno a su lado, nos recogimos en casa, en la cama, y transformamos cada copo de nieve que se deslizaba ante nuestra ventana en un beso. Con todos ellos nos hicimos una manta en la que nos enrollamos para protegernos del frío. Estábamos hechos el uno para el otro, nuestro amor era inmune a cualquier ataque invernal. No debería haber dejado de nevar nunca.

Abajo, en las calderas, todavía había luz. Me imaginé que allí estaba Helena Selenic esperándome. «Ha llegado el momento de nuestro café», susurraba; me tomaba las manos y se las llevaba a las caderas. La fantasía no acabó en absoluto cuando dejé atrás el edificio; al fin y al cabo, ambos estábamos solos en aquella sala y hacía mucho tiempo que yo no tenía sexo. Pude sentir su cuerpo semidesnudo y a ella no le pareció mal que no pudiera controlar mi erección. Mi aventura acabó de manera abrupta, mientras corría...

La octava vez que pasé por delante del edificio, ya no había luz. Creí oír voces. Quizás fueran mis jadeos, conversando sobre el mal tiempo con el aire puro de noviembre. Aceleré mi tempo y entonces las voces aumentaron de volumen. Venían directas hacia mí. Dada mi cobardía, fui demasiado lento mentalmente como para poder huir y me faltó la capacidad de reacción suficiente para dar media vuelta; era demasiado tarde cuando me di cuenta de que me encaminaba directo hacia mi final.

El vivero estaba en una zona escarpada y la oscuridad se tragaba el suelo que se deslizaba bajo mis pies; de repente, un obstáculo me desvió de mi trayectoria: tropecé, perdí el equilibrio y me di un fuerte golpe con el hombro contra el asfalto, probablemente contra el muro de Berlín. Entonces supe qué era lo que acababa de pasar, pero me negaba a verlo. No sabía si eran dos o tres. Uno me cogió un brazo y me lo llevó por la muñeca hasta la espalda. Uno me agarró por el cuello y me dio unas sacudidas. Uno me tomó por el pantalón del chándal, me levantó y me colocó sobre sus hombros. Me arrastraron durante unos cuantos metros como si fuera un saco de harina,

oí el chirrido de una puerta: nos encontrábamos en una habitación oscura y caliente; probablemente en la carpintería. Uno de ellos me desplomó contra el suelo y me colocó allí en una postura en la que yo quedaba medio sentado mientras él me agarraba por detrás como si estuviéramos en un trineo, oprimiéndome la tripa con uno de sus anchos brazos. Por delante, me agujereó la mejilla con un dedo hasta que logró abrirme la boca. Entonces, me metieron un líquido dentro. Yo pensé en gasolina, en fuego, y en que no hay vida después de la muerte. Era aguardiente, con una gradación que debía de andar alrededor del 100% de alcohol. Me supo a anestesia para lo que vendría después. Yo no tenía miedo. Ya era demasiado tarde para tenerlo.

Uno produjo los primeros sonidos: un graznido bronco desde el que se precipitaron algunas palabras. Confirmó lo que yo me estaba negando a temer.

—¿A quién tenemos aquí? Mira quién ha venido corriendo hasta nosotros. ¿No es el que ha matado a un maricón? ¿No sabe él qué es lo que hacemos aquí dentro con los asesinos de maricones?

Lo supe. Lo supe incluso antes de sentirlo. El brazo que me agarraba por detrás se ciñó más a mi cintura, una mano se precipitó como un ave de rapiña sobre mi bajo vientre y empezó a hurgar, a cogerme, a azuzarme. Me alivió sentir dolor inmediatamente; eso no daba opción a la vergüenza ni al asco. La mano iba escarbando por debajo del pantalón y me estaba succionando; un dedo enorme se abrió paso y me agujereó el ano. El ave de presa me jadeaba al oído. Su excitación me causaba escalofríos.

—¿Otro trago?

Había hablado el segundo. Me puso las manos en las rodillas y me abrió las piernas. Yo sentí cómo el aguardiente corría por mi rostro. Saqué la lengua para hacerme con él. Pensé en Delia. Deseé que pudiera verme en ese estado. No que viera mi cuerpo y las manos que lo profanaban y abusaban de él, que viera solo mi cara, mi expresión, mi vergüenza, mi dolor, mi desmayo, mi castigo, mi expiación, mi penitencia. La determinación para sufrirlo todo y aguantar. Un consuelo inquebrantable en la mirada. No me podía suceder nada malo. ¿Qué podría ser más insoportable que no sentir nada? ¿Había algo peor que la mirada despectiva de Delia, reflejo de mi vacío interior?, ¿algo peor que su decepción al hojear un libro sin contenido? Ahora podía mirarme, ver cómo sentía, descubrir que estaba vivo y me movía. Y entonces sus ojos brillarían como lo hicieron después de nuestra primera aventura amorosa. Entonces me querría. Entonces desearía hacerse vieja a mi lado...

Entre Delia y yo se interpuso un torso de hombre que le quitó a ella la vista y a mí el sentido. Yo intentaba contener la respiración para no sumergirme en la peste a sudor y alcohol que exhalaban mis torturadores.

—Ahora enséñanos todo lo que sabes —dijo en tono codicioso el que tenía delante.

Decidí convertir el vello de su pecho en grava, en piedras granito: mi rostro descendía raspando contra una pared escarpada. Me estaban vejando y yo era incapaz de oponer resistencia. Mi boca eligió abrirse y dejar que en ella entrara un saliente de la roca, una zona resbaladiza, viscosa, escurridiza, pastosa en la punta, que chocó contra mi paladar, me taponó la garganta y me estrangulaba desde dentro. Aquel hombre se erguía sobre mí, de rodillas, asiéndome por el pelo como si fuera un jinete, y de tanto en tanto me atizaba unas bofetadas, unos golpes blandos, suaves,

que, precisamente por eso, dolían más: la sutilidad de la humillación. Pero una vez más conseguí desterrar de mis pensamientos aquellos gemidos de bestia, el olor a harina de pescado, los dedos febriles que me hurgaban, cada vez más adentro, entre las piernas, y el abominable pivote de piedra que iba aumentando la fuerza de sus sacudidas dentro de mi boca. Por primera vez consentí, voluntariamente, que el de la chaqueta roja se instalara en mis pensamientos. ¿Había sido esa su muerte natural? ¿Cuánto tiempo habría durado de no ser así? ¿Cuándo habría muerto si yo no hubiera intervenido? ¿Aquella misma noche? ¿Al día siguiente? ¿Diez, veinte, treinta años más tarde? ¿Habría llegado a viejo y habría muerto enfermo? ¿Más o menos feliz que con mi ayuda? ¿Con un corazón más bienaventurado o más pobre? ¿Tras una existencia con o sin sentido? ¿Con el alma más dolorida o más aliviada?... Noté que algo se contraía y se crispaba dentro de mi boca, los jadeos se transformaron en gritos, las garras tiraron con fuerza de mi cabellera, el animal salvaje seguía raspando y perforándome ahí abajo. Apreté los ojos y dejé salir unas lágrimas de aguardiente; solo tenía que aguantar unos segundos; después, ya sabía que no iba a quedar mucho de mí.

El saliente de roca que tenía en la boca me dio unos golpes contra la lengua y me llenó la cavidad bucal con un líquido ardiente que parecía lava. El asco empezó a ascenderme en espiral desde el estómago, quise retirar la cara hacia un lado para librarme del veneno, pero el torturador se ayudó ahora de las manos para taparme la boca y cerrar hasta el último orificio. El fragmento de roca se fue ablandando, como un pez en estado de descomposición, se retiró, desenfundó, golpeó contra mis labios y allí dejó los últimos restos de sus oleosos jugos.

—Agua, por favor —me oí decir entre jadeos.

Se compadecieron de mí y me vaciaron media botella de aguardiente en el gaznate.

—Nos vemos, asesino de maricones —retumbó una voz. Fue como una tormenta que empezara a amainar. Ellos se marcharon. Yo me quedé allí tirado y abrí los ojos para demostrarme que era invulnerable. Y fue en ese momento cuando la oscuridad se cernió sobre mí y Delia retiró el libro hacia un lado y bostezó.

## ONCE

De los días siguientes no recuerdo nada. Los vomité de mi memoria como se vomita la comida cruda sin digerir. Mi vigilante de noche era el único que sabía qué había pasado. Al principio creyó que me había fugado del centro sin más; pero después me encontró delante del edificio de las calderas, acurrucado como un feto, tieso como un cadáver abandonado en mitad de la niebla de noviembre. Debí de desplazarme a rastras varios metros desde el lugar del suceso antes de quedarme allí tirado como un pordiosero.

—¿Quién ha sido? —se supone que me preguntó.

—Unos buenos chicos —habría mascullado yo.

Me arrastró a escondidas hasta mi celda, me trajo una pomada y me dio unas pastillas que me harían dormir a pesar de los dolores. Tenía un miedo atroz a que lo echaran del trabajo; los que tienen los trabajos más miserables suelen ser los que más miedo tienen a perderlos. Le prometí que el asunto quedaría entre nosotros y que no iba a contarle nada a nadie. Él me prometió no volver a concederme permiso para salir a correr directo a la tumba en plena oscuridad. Se supone que oyó mis gritos durante la noche y parece ser que esputé flemas y sangre. En algún momento, me arrancaron de mis pesadillas y me pusieron sobre una camilla, como aquella vez cuando, haciendo un cursillo de esquí con la escuela, me lesioné la rodilla y me desgarré los tendones y los ligamentos. Entonces había pensado que con eso había agotado mi cupo de sufrimiento.

A la mañana siguiente, cuando, sorprendentemente, amaneció, me descubrí en un lugar extraño: estaba ingresado. Olía a operación en el intestino ciego y una mujer me sujetaba la mano. Me recordó a mi madre, que había sido modista y nunca había llevado una bata de color blanco para trabajar; siempre las usaba en azul claro. Mi madre estaba muerta. Un trágico accidente de coche. Vi el rostro de Delia mientras ella miraba el mío mientras yo se lo decía. La enfermera que estaba junto a mi cama no tenía nada que ver con mi madre. Revisaba el gotero en el brazo de un asesino atacado por sorpresa por otros presidiarios. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

—Intoxicación grave —le diagnosticué al médico; y él a mí y los dos a todo el que tuviera interés en escucharlo. Gracias a Dios, a nadie se le ocurrió auscultarme el culo. Oficialmente, las excoriaciones y los moratones me los había hecho contra el muro de Berlín; probablemente había ido corriendo hacia él; ya había sucedido más veces con internos inestables que se encontraban en prisión preventiva. Ahora mi estado era estable, según me aseguró la enfermera. Ella sabía algo de medicina.

Mi vida no volvió a encarrilarse hasta que no estuve de nuevo en prisión. Helena Selenic me hizo llegar por medio de mi mayordomo sus «mejores deseos para una pronta recuperación».

—¿Ha dicho «mis mejores deseos»? —pregunté yo.

—«Mis mejores» o «todos mis deseos» o no sé, da lo mismo, que desea que tenga una pronta recuperación —replicó él.

Yo asentí; pero no daba lo mismo.

La lista de los que querían visitarme urgentemente o pretendían sacarme de allí con la máxima celeridad era desbordante. Con el paso del tiempo, los nombres de mis amigos y conocidos de antes ya me resultaban extraños. No podía dejar que se me acercase nadie; no se me ocurría de qué podría hablar yo con ellos, que solo conocían el homicidio y la violación por las películas o, en el mejor de los casos, por alguna investigación; pero que, desde luego, no los llevaban dentro, mientras yo no tenía nada más que eso: asesinato y violación. Una vez ejecutor, víctima para siempre.

Dos citas me dieron la sensación de que todavía no había llegado al final de mi trayectoria vital. Para la primera aún tenía que esperar unos cuantos días: «Causa penal por el caso “Rolf Lentz”. Comparecencia del imputado Jan Haigerer ante el juez de instrucción», ponía en la citación.

—¿El juez? —le pregunté al vigilante. Se me paró el corazón.

—Sí, aquí se les dice juez aunque sean mujeres —respondió él.

Sonrió. Yo me sentí aliviado. A Selenic no podía renunciar. Sin ella no podía superar ningún obstáculo.

La cita menos importante parecía ser la más urgente. «El catedrático» tenía prisa por conocerme. Catedrático doctorado por dos universidades señor don Benedikt Reithofer. Director del Instituto para. Presidente de honor de la Fundación por. Jefe del tercer departamento de. Profesor invitado de la Universidad de. Fundador de la clínica privada para. Perito judicial en. ¿Había existido antes de él algo parecido a la psiquiatría forense, o era él su inventor?

Yo lo conocía fugazmente de antes, de cuando tenía que hacer como que era periodista. Había estrechado su sebosa mano en varias ruedas de prensa. Por aquella época, a él ya se le habían hundido los ojos, ya había perdido el contacto con el mundo exterior, al que ya no consideraba necesario. El mundo interior lo componía una enciclopedia en cinco volúmenes: su obra, el legado que no podía negarle a la humanidad. Con ella se podía aprender por qué el ser humano era así como era: porque el catedrático Reithofer así lo veía. Llegar a esa conclusión había acabado con todas sus fuerzas; el catedrático estaba agotado y se encontraba «ejerciendo activamente» su profesión, pero disfrutando de una merecida jubilación de todas sus funciones. En realidad, la única parte de él que trabajaba era su tarjeta de visita. Y las notas que expedía por sus honorarios le sonaban a música celestial.

Pero yo debía tener cuidado porque él era uno de los mejores amigos de Guido Denk, el editor del *Kulturwelt*, mi jefe, mi ex jefe. Así es que iniciamos nuestro interrogatorio psiquiátrico charlando sobre Denk y su fascinación por la literatura, y el tema fue evolucionando hasta convertirse en Reithofer y su propia fascinación. Es decir: él hablaba y yo le daba la razón.

Thomas Mann parecía haber sido el mejor de todos los tiempos. Seguramente; de lo contrario, yo no habría sobrevivido a esa hora.

—Muy bien, chico —dijo después. Y suspiró melancólico, porque en ese momento recordó que estaba conmigo por trabajo y que tenía que actuar de acuerdo a sus honorarios—. ¿En qué embrollo nos hemos metido?

La pregunta pretendía desentrañar mi personalidad y los nudos ocasionales en los que, malintencionadamente, me había enredado el destino. Yo fui amable, educado y servicial en todas mis anotaciones al respecto. Abrí ante él todo un abanico de intrascendencias referidas a mi vida y él, en el duermevela incansable de un anciano iluminado, las escudriñó en busca de marcadores de esquizofrenia y detonantes de psicosis; evidentemente, no obtuvo resultados.

La verdad es que quizás me lo puso demasiado fácil. Me preguntó si alguna vez me había sentido mentalmente enfermo y yo lo lamenté, pero: no, nunca. Me preguntó si en el último tiempo había oído voces que me daban órdenes y a mí se me ocurrieron un par de chistes malos, pero preferí permanecer serio y dije: «Voces sí, pero solo en sueños, y normalmente son de personas conocidas. Y no me dan ninguna orden. O al menos yo de eso no me acuerdo». Él asintió aliviado. Me preguntó si alguna vez había deseado morirme y yo fui sincero y contesté: «Sí, alguna vez, en varias ocasiones». Él me consoló diciendo que no debía tomarme esos deseos al pie de la letra, que era algo que le pasaba a todo el mundo, y al primero de todos a él mismo. Para hacerlo, utilizó palabras inteligentes que conocía por sus libros.

Yo le caía bien, confiaba en mí, le gustaba charlar conmigo. Noté que apostaba por mi inocencia. Y mi mayor fortaleza, y mi mayor debilidad, era que sabía satisfacer expectativas. Hablamos sobre mujeres. Es decir: él habló sobre mujeres mientras yo le sonreía. Tenía una a la que amar eternamente y varias para las muchas pausas que había hecho entre medias. Y la codicia por recuperar esos viejos tiempos, cuando todavía anhelaba la fama, hizo que los ojos volvieran a sus órbitas y yo, de repente, descubriera que tenía sentado ante mí a un señor mayor con la mirada llena de nostalgia y el sentimiento que se obtiene en la edad madura al saber que hay cosas irrecuperables.

—Jovencito, nos estamos desviando del tema —se le ocurrió decir en algún momento. Y se miró el reloj para ayudarse a salir del sueño—. Muy bien, chico —continuó. Carraspeó, y se alisó el escaso pelo blanco que le quedaba—, ahora cuénteme qué se le vino encima, de repente, aquella terrible noche. Y los ojos se le volvieron a hundir.

Media hora después ya habíamos terminado.

El vigilante me había ido reduciendo la dosis de somníferos. Ahora ya por las noches apenas lograba escapar de mi vivencia en el taller de carpintería. Las garras del violador me iban haciendo perforaciones entre los muslos sin descanso, abriéndome una y otra vez las mismas heridas; aquel pedrusco en estado de descomposición se me seguía resbalando de un lado a otro en la boca; yo escupía, vomitaba, pero el sabor se me había asentado en el paladar y en la garganta. Cualquier ruido, por mínimo que fuera, que se produjera fuera de mi celda, me hacía presentir otro ataque; estaba condenado a quedarme acostado, al acecho, con el pulso acelerado.

Hasta que no amanecía, era incapaz de conciliar el sueño.

Los que me traían la comida no cesaban de fustigarme con noticias procedentes del exterior y pasarme titulares por delante de las narices. Los periódicos seguían llenos de artículos que hablaban de mi historia. «Asesinato gay en el Coolclub: famoso periodista será pronto puesto en libertad», decían. O lo contrario: «Asesinato en el club: nuevos indicios contra Jan Haigerer». Y subtítulos como: «Testigos aseguran haber visto al periodista del *Kulturwelt* con la víctima en locales de ambiente». El *Abendpost* publicó junto al titular «Impresionante caída de Jan Haigerer» una serie de fotos que me había tomado Mona Midlansky en prisión. Sin embargo, el texto no mencionaba mi confesión y mentía a los lectores descaradamente: «Los expertos consideran que es posible que se tratara de un accidente. Y, según el estado actual de las investigaciones, tampoco puede descartarse que se trate de un intento de suicidio con fatales consecuencias». Pensé en Alex e intenté llorar. Sin resultado.

Continuaban diciendo que el informe del caso se encontraba en manos de la jueza instructora y que en los próximos días se decidiría si procedía la acusación por asesinato. Lo más posible era que se presentaran cargos por homicidio imprudente. El fiscal encargado del caso, Siegfried Rehle, conocido por todos por su costumbre de «esquivar a la prensa», de momento no se había mostrado dispuesto a «hacer declaraciones». Después de leer el nombre de Rehle, pude dormir bien un par de horas.

Una carta sin remitente se convirtió en mi centro de atención durante el tiempo que faltaba para que llegara el momento de la cita con Helena. Me pasé una noche entera leyéndola, unas cien veces por hora. Luego la repetí en mi pensamiento cien veces más. Cien veces dejé que su mensaje resbalara por mis labios reseco, lo acuné en mi lengua rasposa, lo soplé al ambiente sofocante de mi habitáculo de preso.

El papel que lo contenía era de una servilleta ajada. El texto estaba escrito con rotulador rojo. El mensaje que invadía aquel papel, así como hasta el último rincón de mi campo de movimiento, consistía en una sola palabra compuesta por dos sílabas. Cada una de ellas constaba de tres letras. Es decir, seis letras en total, cuidadosamente estampadas en letra de imprenta; se podría decir que dibujadas, en vez de escritas, realizadas posiblemente por una mano femenina.

Probablemente se trataba de una mujer. Seguro que era una mujer. Yo no sé si estaba sorprendido, alterado o contento, conmovido, herido o afectado. En cualquier caso, me sentía embriagado y sobrecogido. Y me regocijaba en esas emociones. Era lo contrario de una violación. Aquí no era ni ejecutor ni víctima. Y, por supuesto, enseguida supe a quién tenía que agradecerse.

Ninguna de las letras estaba repetida, pero había una sobre la que recaía todo el peso: la I. Le daba a la palabra toda su profundidad, su fuerza, su acento, su color, su calor, a pesar de ser un símbolo frágil, pálido, delicado, como una flor de lis. Anticipaba un final redondo, satisfecho, cálido, un final que no era un punto final. Aquella palabra podía dividirse y volver a recomponerse en muchas otras. Contenía «sal» y «lis» y «risa» y «bar» y «lisa» y «brisa» y «raíl» y «libra» y «ras» y «abril» y «asir» y «silbar» y «salir». Y, desgraciadamente, también «liar».

A la mañana siguiente, el vigilante me encontró postrado, acurrucado en el sillón; me agarró por los hombros, me dio unas sacudidas y me obligó a regresar de mi viaje. Yo arqueé la frente; la servilleta, húmeda, se me había quedado pegada a la piel; la retiré y la coloqué encima de la mesa. Tenía que prepararme para el interrogatorio. Me mojé el cuello con agua fría para despejarme.

—¿Qué pinta tengo? —estuve a punto de preguntarle. Pero estaba ocupado, de pie, junto a la mesa, leyendo: «Brasil».

## DOCE

A Helena Selenic, mi saltadora de trampolín, mi jueza de instrucción, no la vi más que uno o dos segundos: toda vestida de negro, con su pelo rojo de siempre y esos hoyuelos suyos marcados como una incisión, grabados por encima de las comisuras de sus labios.

En vez de desearme buenos días y acercarse hacia donde yo estaba, permaneció sentada formalmente en su escritorio, me sonrió y realizó un gesto de carácter solemne: abrió los brazos como si fuera a darle instrucciones a un avión, como si fuera a empujar para cambiar de sitio un objeto invisible, como si estuviera anunciando la llegada del circo, o como si estuviera preparándose para rodar un plano con travelín. Lo mejor que se me ocurrió hacer a mí fue desviar la mirada, orientarla en diagonal sin centrarme en la visión de su persona. Y lo hice. Me arriesgué. Y, al instante, me arrepentí.

En el sofá de color gris claro me esperaba una visita sorpresa: las piernas cruzadas, los pies firmes, uno pegado al otro, con los dedos gordos atravesados, deformando la piel de sus zapatos de diseño. Una postura que solamente dominaba a la perfección una mujer, una postura digna solo de ella. En el momento en el que la descubrí, solo deseé volver a mi celda y tomarme un tiempo para pensar qué debía hacer; dentro de mí tuvo lugar una conmoción. Pero, por fuera, permanecí inerte. Delia. No era broma. No era un espejismo. No era una novela mala. Era Delia.

—Jan. Jan —dos tímidos gritos de desesperación de una persona poco acostumbrada a esa sensación—. Alex me ha contado por teléfono todo lo que están escribiendo sobre ti en los periódicos y hemos venido inmediatamente.

¿Hemos? Nosotros. Ella y el motivo por el que se había separado de mí. Seguían siendo dos. Seguían siendo fieles a sí mismos y profesándome infidelidad a mí. Su voz... sí era diferente: más ronca, más profunda. Con ese nuevo acento se burlaba de todos los años que habíamos pasado juntos. Literatura francesa oral. Probablemente en Francia tenía que hablar así para mantenerse bien arriba. Había llegado a lo más alto, despedía aires de grandeza, pero era superficial. Parecía una parisina que acabara de salir de una valla publicitaria con un anuncio de máscara para pestañas de Vichy o Lancôme o uno de esos. ¡Y menudo anuncio! Decenas de metros cuadrados, un tamaño que superaba al natural; seguro que aquella valla tapaba el Arco del Triunfo. Ante esa imagen discurrían cada día miles de piernas que se desplazaban por los Campos Elíseos, miles de ojos que se quedaban clavados en ella. Todas las mujeres que por allí pasaban le daban al marido un codazo para que mantuviera cerradas sus fauces de tiburón. Delia tenía a Francia a sus pies, el país la veneraba. Aunque el cacuculo, realmente, no era digno de envidia: se consagraba por

completo a la tarea de mantener a la mujer que llevaba al lado, para lo cual, cada pocos meses, tenía que publicar una nueva novela esperada con gran interés. Eso como mínimo. Y cualquier día le daría un infarto. No, no le tenía ninguna envidia.

Le dije: «Delia, me alegro de verte». Me obligué a decirlo y a sentirlo y a cincelar a la vez una sonrisa en mi rostro. Se me podrían haber ocurrido frases mejores para iniciar la conversación; todos los días se me ocurrían algunas. De hecho, prácticamente no tenía ninguna peor. Si hubiera tenido al menos unos segundos para pensar... «Me alegro de verte». Después de mil trescientos setenta y seis días de abstinencia y con un asesinato por medio. Otra vida, otro libro, un homicidio entre líneas, entre el tiempo, entre ella y yo. El de la chaqueta roja y los vengadores de la carpintería: en esas andanzas discurrían ahora mis noches. ¿Y las tuyas? ¿En camas francesas?

—Jan, ¿por qué estás aquí? ¿Qué te ha pasado? Es horrible.

Estiró los dedos de las manos y movió un poco las yemas, como si esperara a que se le secase el esmalte. A pesar de todo, su actuación resultaba natural. Ella siempre había podido hacer varias cosas a la vez en diferentes niveles emocionales, así es que ¿por qué no tomar partido a mi favor mientras se hacía la manicura? Ella mostraba el cariño valiéndose también del rechazo, de la distracción y ofreciendo después de nuevo atención... Ella disfrutaba con la variedad, a ella le gustaba lo contrario de lo que era yo.

Ahora yo estaba sentado a su lado. Su olor me resultaba ajeno y le vi los labios más redondeados que antes, y los agujeros de la nariz más grandes. Superficialidad... Aires de grandeza... Y debía de tener más dificultades para respirar con un Jean Legat al lado. Cuando estaba conmigo, nunca le había faltado el aire. Y si hubiera escaseado, yo habría renunciado al mío para pasárselo a ella. Sus pupilas parisinas se deslizaban por mi cabello como si observaran a un niño de la calle al que le han quitado el balón: desprotegido y necesitado de consuelo. Pero ¡es que este chico siempre tiene que andar correteando por los peores barrios! Sí, eso era lo que me transmitían las nobles arrugas de preocupación que se le dibujaban en la frente. Movié la cabeza mostrando desaprobación, y me miró de una manera atterradoramente compasiva, como si se le estuviera ocurriendo la idea de meterme debajo de la ducha, como si mi presencia la desubicara.

—Se va a aclarar todo —le dije.

No hacía falta que me diera ninguna ducha. Limpio estaba. ¿Tenía algo más que decirle? ¿Le debía alguna explicación? ¿Tenía que esforzarme para encontrar las palabras adecuadas? ¿Quién, si no ella, podía entender mejor lo que había pasado, sin ni siquiera saberlo? Dos seis cero ocho nueve ocho. Nadie estaba tan cerca como ella.

—Estás muy guapa —añadí para defenderme.

Aquel comentario justificaba por sí mismo el hecho de que ella ya no me quisiera. Se encogió de hombros y esbozó un «gracias».

—Jan, he venido para...

Yo cerré las orejas. Sabía hacerlo; cerrar la boca y las orejas, como en la escuela. Los golpes del látigo de Delia, el Jan-he-venido-para, eran demasiado peligrosos. ¿Para despedirme para siempre? ¿Para decirte que voy a casarme con Jean? ¿Para decirte que estoy embarazada de cuatro

meses? Tenía miedo a escuchar frases como esas. Siempre aparecían cuando tenía miedo de escucharlas.

En otro tiempo, al final de nuestro décimo tercer verano, había tenido miedo de perder a Delia. Mi tranquilidad la había puesto a ella irremediablemente intranquila y mi camino le resultaba demasiado amplio para ser atravesado solo por nosotros dos; demasiado llano, demasiado rodado. Entonces, un día, yo estaba trabajando y me llamó el portero del *Kulturwelt*; me pidió que bajara a recepción. Y allí estaba ella, en un lugar que no le correspondía. Me llevó a un rincón y me dijo en voz baja: «Jan, he venido para decirte que voy a dejarte». «¿Por qué?», pregunté yo. «Porque sí, por eso», dijo ella. El motivo se hallaba reflejado en sus ojos; aparte de eso, nada más.

—¿Me estás escuchando? —preguntó. No, no lo hacía. Por fin un reproche; ya los estaba echando de menos—. Jan, he venido para sacarte de este lío —repitió.

«De este lío.» Qué palabras más decepcionantes. Pero a mí no podían hacerme daño, no podían quitarme nada; de hecho, incluso me encontraba un tanto agradecido. «De este lío» ostentaba una cierta forma, tenía carácter impreso, iba acompañado de una tarjeta de visita que ella depositó sobre la mesa. Remarcó los ángulos con el índice y el pulgar, convirtiendo la tarjeta en un cuadro en miniatura y dijo: «Es el mejor abogado que hay para los casos como este». ¿Para los casos como este? ¿Es que había algún otro caso igual? «Pascal Bertrand, 14, place de la Victoire, París.» Una letra muy bonita.

—¿Es amigo de...? —pregunté. No me salía el nombre.

—Sí, de Jean —contestó ella. Y cómo lo dijo: Jean; como si le estuviera suplicando que llegara al clímax en ese mismo momento. Ahora—. Pascal te va a sacar de aquí —me prometió. ¿Sacarme? Dios, como si no me hubiera resultado bastante difícil entrar. Pero asentí. Mi mayor fortaleza y mi mayor debilidad era que sabía satisfacer expectativas. Y la gente estaba acostumbrada a eso. Si alguna vez no lo hacía, si no cumplía sus expectativas, todo se derrumbaba a mi alrededor—. Pascal se va a poner hoy mismo en contacto con la jueza que instruye el caso —dijo ella.

¡Ah, claro, la jueza que instruía el caso! ¿Dónde estaba? ¿Seguía allí sentada? ¿Nos estaba observando? ¿Estaba escuchando? ¿Estaba tomando nota de todo?

A Delia ya se le había secado el esmalte de uñas y empezó a traquetear impaciente con los dedos sobre la mesa. El tipo había trabajado durante mucho tiempo en Hamburgo y allí había ganado todos los juicios, grandes procesos. Yo ya estaba empezando a odiarlo. Ella no hablaba en términos de justicia e injusticia; se trataba de ganar o perder. Por el tema económico no tenía que preocuparme, dijo humillándose.

—No quiero ni un solo euro tuyo, Delia —dije haciéndole frente.

Ella sonrió con suavidad. Probablemente no se trataba de su dinero.

Me levanté y preparé la mano derecha para grabar en ella mi despedida definitiva de Delia. Había llegado el momento de poner punto final a aquella escena sobre la caridad interpretada por una actriz invitada. Seguro que el caraculo la estaba esperando abajo en un taxi. Tal vez habían previsto alguna actividad cultural para esa noche. Ojalá hubieran reservado entradas para la ópera con suficiente antelación, porque en esa época era difícil conseguir las; incluso para los escritores

franceses de renombre internacional con una acompañante que se encontraba más que a la altura de las circunstancias. Que te vaya bien, Delia. Yo realmente tenía cosas mejores que hacer que dejarme torturar por sus deseos benefactores. Prefería quedarme tumbado en mi celda a la espera de que se resolviera mi proceso.

Tomó mi mano entre las tuyas y la apretó fina y discretamente: a la francesa. Mientras lo hacía, abrió los ojos de par en par un par de veces para insuflarme ánimo. «Va a salir todo bien», quería decir aquel gesto. O simplemente: «Mira, ¿ves? Es la nueva máscara para pestañas de Vichy». En realidad, lo mismo daba una cosa que otra.

Yo sabía que enseguida me invadiría una sensación absolutamente abominable; lo único que podía hacer para minimizar los perjuicios era pronunciar unas palabras. Cuando le acerqué la boca al oído, todavía no había decidido qué quería decirle. Por los pelos logré desechar el «todavía sigo queriéndote» o un «tú eres mi vida»... No, esa novela ya había sido escrita. Pensé en un «has cambiado», pero... ¿en realidad, lo había hecho?, quizás «te sigo esperando», pero antes me habría arrancado la lengua que pronunciar esas palabras; y con un «me alegro de que hayas venido» no habría sido sincero.

Así es que me decidí por un «Delia, para tu información te diré que he cometido un asesinato y que reconozco mi culpa. Házselo saber también al abogado». Centró su rostro en el mío y permaneció durante una molécula de eternidad clavada con tristeza en mis ojos. Ese fue todo el tiempo que estuvo conmigo. Y me hizo mucho bien.

—Enhorabuena. Una puesta en escena fantástica —le dije a la jueza instructora del caso. Se le habían borrado los hoyuelos. Delia se había ido y yo estaba otra vez hundido en mi asiento. Sentía vergüenza sollozando de aquella manera. Selenic no se atrevió a ofrecerme consuelo. Mejor así.

—Creo que vamos a posponer el interrogatorio. Lo aplazamos para esta tarde —dijo ella. Yo no la contradije. Me tapé la cara con las manos—. Lo siento. Yo no sabía... —dijo Selenic. Hasta ese momento no, pero ahora ya lo sabía. Cerré los oídos; solo dejé pasar la palabra «libertad»—. ¿No desea ser puesto en libertad? Si lo solicita, se le concederá de inmediato. Se ha depositado una fianza de un millón.

—¿Quién? —pregunté.

—Usted tiene muchos amigos, Jan —replicó ella. Me había llamado «Jan». Ya estaban ahí otra vez los hoyuelos. Estaba haciendo todo lo que podía por animarme. Yo solo era consciente de la pena que daba cuando veía cuánta compasión despertaba en la gente que me rodeaba—. Piénsatelo, Jan. Si tomas la decisión hoy, mañana mismo puedes estar en la calle —dijo. Otra vez mi nombre; y me había tuteado. Lo cierto es que ya habíamos logrado estar muy cerca el uno del otro en aquella habitación antes de que apareciera la parisina.

Por la tarde ya me encontraba mejor. A los que me traían la comida les había dejado que hicieran horas extra en su turno de quejas. Protestaron por las condiciones del centro, que se encontraba en un estado cada vez más deplorable, por la falta de personal, la reducción de los

días de vacaciones, las guardias de los domingos, el mal ambiente, los sueldos tan bajos; se lamentaron por las crisis que habían atravesado en sus matrimonios, las crisis sin matrimonio, los niños después de la crisis matrimonial, la pensión alimenticia, los coches deportivos rotos, viejos o prohibitivos, el aburrimiento infinito de la rutina sin dinero, todos los días lo mismo y sin recibir nada a cambio. Lo mío no eran más que problemillas en comparación con lo que tenían ellos encima.

Había tomado un par de determinaciones.

Helena Selenic se quedó perpleja al ver lo rápido que me había recuperado en cuestión de horas.

En primer lugar: nada de puesta en libertad. La solicitud era rechazada por el propio solicitante; quería quedarme en el lugar al que pertenecía. Ella movió la cabeza indicando desaprobación. Castigado sin hoyuelos.

En segundo lugar: nada de abogados defensores franceses, nada de ganar el juicio a mis espaldas y a mi costa para satisfacción del amigo del caraculo.

En tercer lugar: tampoco quería a ninguno de los muchos abogados famosos que habían estado revoloteando por mi celda durante esas semanas, ni pensaba hacer uso de ninguno de los trucos secretos que les iban a proporcionar el ascenso a primera división con el que soñaban. Insistí en tener un representante neutral, relajado, objetivo y discreto; le pedí a la jueza que me proporcionaran un abogado de oficio. Era mi derecho legal, estaba financiado por el Estado y probablemente su motivación sería acorde a las circunstancias. Me pareció hermoso ver la sorpresa brillando en los ojos de Helena. Ella interpretó la petición como una muestra de la confianza que tenía en mí mismo y en la situación. Se alegró. Aunque no sabía bien por qué y eso la intranquilizó.

Empezamos con el interrogatorio.

## TRECE

Cuando todavía trabajaba como lector en Erfos, lo que peor llevaba eran los manuscritos que tenían un principio prometedor pero enseguida empezaban a decaer sin esperanza. Todo comenzaba con un despliegue de ideas que ascendía como una exhibición de fuegos artificiales, disparándose e iluminando con su claridad y belleza en todas direcciones. Allí aparecían personajes con tendencias maniacas ante los que se erguían postes de alta tensión que no dejaban de echar chispas y que ponían en peligro incluso la vida del lector. Allí entraban en erupción volcanes de pasión que habían permanecido varios años aletargados. Alimento para el espíritu, cúmulo de sabiduría, altas dosis de emoción...

Pero, a más tardar, después de leer un tercio del texto, la energía concebida en el ordenador y almacenada en el procesador de textos comenzaba a esfumarse, la apasionada obra literaria y artística sufría un colapso, la acción caía en la exageración, se crispaba, estallaba y quedaba reducida a una serie de jirones grises e inservibles; los personajes, de repente, carecían de vida y de volumen, eran planos como las figuras de la baraja y se pasaban unos cientos de páginas en bajar hasta que, por fin, el mar indultaba al último capítulo y lo arrastraba hasta la orilla, donde tenía lugar un final que solía ser banal aunque, al menos, habitualmente era verdadero. Por fin, terminado, pensaba yo cuando acababa de revisar uno de esos manuscritos que empezaban con tanta fuerza y acababan exhaustos. Y también pensaba: qué pena, tenía muchas posibilidades.

Cuando se sentaban ante mí los autores —que con frecuencia eran grandes talentos, literariamente brillantes, que usaban unas imágenes geniales y sabían qué resaltar, que muchas veces demostraban tener un olfato impresionante para la dramaturgia, la comedia de situaciones y los juegos de palabras—, cuando los tenía ante mí, cuando veía de cerca el rojo del lecho de sus uñas, los labios abiertos de tanto mordérselos, las arterias hinchadas en el cuello, cuando veía cómo apretaban la mandíbula inferior contra la superior buscando el equilibrio entre la tensión procedente de sus pretensiones y la realidad, cuando veía cómo les parpadeaban los ojos y les temblaban las rodillas y se tambaleaban sus balones, entonces sabía claramente qué había pasado: habían pretendido dar forma a demasiadas experiencias y en su interior tenían muy pocas. La fantasía y el talento les habían jugado una mala pasada.

Las novelas crecían en el interior de uno mismo, se llevaban dentro y había que esperar pacientemente a que maduraran para poder liberarlas. Llegado ese momento, unos las vivían y otros las escribían. Los que las vivían no tenían por qué saber escribirlas; sin embargo, los que las escribían sí tenían que haberlas vivido. Una novela nacida solo de la experiencia también

podía ser una mala novela. Pero una novela que nunca había sido vivida ni sentida nunca sería buena.

—¿Y qué les decías a los pobres autores? —me preguntó Helena. Era el tercer día de interrogatorio, debíamos de haber pasado unas catorce horas juntos. Casi habíamos acabado. Solo faltaba que uno de los dos dijera: «Bueno, ya hemos acabado». Pero ninguno parecía dispuesto a dar el paso.

Estaba casi seguro de que ella, por fin, me creía; creía que yo había matado intencionadamente al de la chaqueta roja. Yo le había narrado el suceso explicándole hasta el último detalle; no había ocultado nada, porque no había nada que ocultar.

Ella me había preguntado unas cien veces, directa o indirectamente, por qué lo había hecho. Nada de lo que veía en mí le remitía a la imagen de un asesino; y eso que ella sabía de lo que hablaba pues, según decía, se había visto las caras con docenas de homicidas, había investigado su entorno y había hablado con ellos sobre sus crímenes.

Yo contraataqué: en mi función como cronista judicial del *Kulturwelt* también había visto de cerca a docenas de asesinos, había sido testigo de las investigaciones realizadas en su entorno y había conocido sus trágicas historias de primera mano. Y todo lo que había en ellos me devolvía la imagen de un ser humano normal, que había ido cayendo en el abismo después de atravesar los mismos umbrales que cualquier no-asesino de este mundo. Lo único que cambiaba era el orden en el que se iban sucediendo esos umbrales y la manera en que se atravesaban. Eso nos dividía en dos grupos; la tendencia descendente cuando se habían cruzado demasiadas líneas a la vez era lo que hacía que un ser no-asesino se convirtiera en un asesino.

—¿Y cómo fue en tu caso, Jan? ¿Dónde está esa tendencia descendente? Yo no la veo —dijo. Era otra de sus preguntas alambicadas para llegar al porqué. Una pregunta para la que no había respuesta—. ¿Tiene algo que ver con Delia?

Yo levanté un hombro; el otro cayó por sí solo. ¿Había algo en mi vida que no tuviera que ver con Delia?

Helena también podía ser implacable. Eso era nuevo, apareció en la tercera fase del interrogatorio. En un principio me había castigado con su objetividad, después me había engatusado con los hoyuelos, ahora me llevaba agarrado de la mano, era mi aliada y al mismo tiempo estaba hermanada con mi víctima, me escudriñaba en busca de la verdad, hurgaba esperando encontrar mi conciencia. «¿Por qué precisamente Rolf Lentz?» «¿Lo conocías?» «¿De qué?» «¿Te movías por el ambiente gay?» «¿Qué te había hecho Rolf Lentz?» «¿Cómo has podido acabar con la vida de una persona?» «¿Cómo puedes permitirte jugar a ser Dios?» «¿Cómo fuiste capaz de apretar el gatillo?» «¿De dónde te viene toda esa brutalidad?» «¿No se te ocurrió pensar en su familia?» «¿Cómo puedes transformarte así?» «¿Qué tipo de persona eres?» A mí me habría gustado abrazarla y no soltarla nunca, pero no me atrevía ni a rozarle el dedo índice que tenía tendido hacia mí. Era su dedo de jueza instructora, era insobornable, inquebrantable, y tenía que señalarme a mí. Yo era culpable.

Helena quería dar por concluidos los interrogatorios en dos semanas; le faltaba todavía el inspector Tomek, los familiares de la víctima, el policía a quien yo le había entregado el arma, tres clientes del Bob's Coolclub, el propio Bob y la camarera jovencita. ¿La camarera?... Brasil.

Me faltaban muchos fragmentos de esa noche, no me acordaba. También iba a citar a Alex.

—¿No queda más remedio? —pregunté.

No quedaba. Eso era lo que más me dolía.

Helena contaba con un máximo de tres semanas para escribir su informe y hacerle llegar todos los documentos al fiscal encargado del caso. «Teniendo en cuenta el estado de cosas actual, podría darle luz verde para que presente una acusación por asesinato», me dijo. Sonó a amenaza, pero reconocí en su voz cierto consuelo; iba a esperar hasta el último momento, a ver si le ofrecía una explicación que pudiera hacerle cambiar de idea. Yo le decía todo el tiempo: «De acuerdo, está bien». Y eso no le gustaba nada, se ponía enferma.

—¿Y qué les decías a los pobres autores? —me preguntaba entonces Helena. Si en vez de un interrogatorio de tres días, se hubiera tratado de una cena para dos en un restaurante italiano, en ese momento nos encontraríamos tomando un cóctel en la barra después de cenar. En el Juzgado de lo Penal de la Audiencia Provincial habían cesado todos los ruidos; era como si sonara música de piano. Las luces del pasillo ya se habían apagado; solo en el despacho de Selenic, en nuestro despacho, se mantenía encendida la lámpara del escritorio; se asemejaba a la luz de las velas.

En una novela mala, en ese momento Helena me habría seducido. En una novela aún peor, se habría dejado seducir por mí. El autor no habría tenido en cuenta que yo, desde aquella torturante noche en el taller de carpintería, había quedado incapacitado para cualquier tipo de fantasía sexual. A pesar de todo, Helena y yo estábamos a punto de colarnos en una novela mala. Aquella manera de mirarme y la forma en la que dijo «es una pena»... ¿Se iniciaba así la cuarta fase del interrogatorio?

—Es una pena; tendríamos que habernos conocido unas semanas antes.

—Sí, es una pena —mentí. Y es que unas semanas antes ya habrían sido unas semanas demasiado tarde. Observé el anillo negro más pequeño del planeta, cómo brillaba en el meñique más fino de la jueza instructora más delicada del mundo. Estuve a punto de olvidar cuál era el motivo por el que estábamos allí sentados. Estuve a punto de no recordárselo a Helena.

Que qué les decía a los autores de los manuscritos que se iban a pique por pura y mísera falta de vivencias. «Bien», les decía, porque quién era yo para juzgarlos, para pegarles el tiro de gracia en el mundo de la literatura, «el principio es perfecto, la parte central todavía tiene que trabajarla un poco y el final hay que madurarlo; pero está bien». Y añadía rápidamente, para no dar tiempo a que la decepción se precipitara sobre ellos: «En general, bien, con momentos muy buenos, incluso algunos pasajes brillantes. Una obra a tener en cuenta. En su interior se esconde el autor revelación del año». No les desvelaba un detalle: de qué año. Y, en cualquier caso, las revelaciones, sean del año que sean, pueden pasarse toda la vida escondidas.

—¿Por qué escribes todo eso? —le pregunté a Helena.

## CATORCE

Durante cada una de las veinticuatro noches que quedaban hasta Navidad, la servilleta de Beatrice con la inscripción «Brasil» permaneció al lado de la almohada de la cama de mi celda. Y allí siguió las setenta y dos noches restantes hasta que empezó el juicio. Brasil pasó el invierno conmigo. Cuando no sabía qué hacer, pasaba los dedos sobre aquellas letras. Y ninguna noche sabía qué hacer, así es que no dejaba en paz a Brasil.

Durante el día, a veces me daban ataques de autocompasión de los que me avergonzaba aún más que del imperdonable cambio de roles que había llevado a cabo, como consecuencia del cual había echado de mi vida a todos mis amigos de antes. Me pasé cinco días haciendo un calendario de Adviento para regalárselo a Alex. Solo con pensar en el objeto ya se me llenaban los ojos de gotas de agua salada. Un calendario de Adviento..., una mísera ilusión para el día que se avecinaba, en el que no habría nada mejor que hacer que abrir una ventanita de cartón para descubrir la grata sorpresa que se escondía tras ella. Ahora era yo mismo quien estaba construyendo una cosa así con cáscaras de nuez en las que metía papelitos que contenían mensajes embusteros que hablaban de calor y cercanía.

Fueron cinco días de vuelo sin visibilidad; situación causada por las lágrimas que me empañaban los ojos. Pero me encontraba tan cerca de Alex, que casi podía percibir el aroma de su piel. ¿Por qué no estaba en la cama, a su lado, mientras ella me preguntaba el nombre de un deportista chileno de siete letras, la tercera una S, y yo le decía: «Ni idea, no me sé el nombre de ningún deportista chileno»; y a mí me daba igual por qué letra empezara y si la tercera era o no una S; pero, a pesar de eso, seguía dándole vueltas, porque en ese momento en mi vida no había nada más urgente que averiguar el nombre de ese chileno y ayudar a Alex, porque la vida no me ofrecía retos más difíciles que el de adivinar el nombre de un deportista chileno de siete letras; para Alex, porque la amaba, porque la habría amado si las cosas hubieran sido así? Sí, esa era mi pregunta: ¿Por qué no...? No hubo respuesta. Por consiguiente, seguí montando el calendario y llorando hasta que las cáscaras de nuez desaparecieron de mi vista a nado.

A finales de noviembre Alex me había escrito para decirme que ya se encontraba preparada, que quería venir a visitarme y que no había peros que valieran; y yo acepté sin poner ningún pero. Por suerte, yo no era una persona depresiva. Entre nosotros se interponía un homicidio y una pared de cristal; ahora se me consideraba peligroso, aunque los funcionarios se rebajaban ante mí y se

disculpaban continuamente por ello. Sin embargo, el fiscal ya había hablado abiertamente y había asegurado que presentaría cargos por asesinato. En un caso así, lo mínimo, como medida de seguridad y manera de administrar justicia preventiva, era aislar al acusado en la sala de visitas a través de una pared de cristal. Alex llevaba el jersey de cuello vuelto azul oscuro con motivos noruegos que yo ya le había visto en nuestra vida anterior. Su cabello rubio había perdido elasticidad, le caía en picado desde la nuca, le tapaba las orejas y le colgaba sin fuerza por la frente. Era evidente que su cutis se había negado a admitir maquillaje, y las mejillas empezaban a hundirse hacia dentro. Vista así, parecía más bien una mujer a la que le habría bastado con pegar un bufido para agotar de golpe toda su energía vital.

—¿Cuándo va a ser, Jan? —le preguntó Alex con voz vidriosa (lo requerían las circunstancias) a la pared de cristal.

—El siete de marzo —dije yo. Palabras orgullosas tras meses de silencio entre nosotros por mi culpa.

—¿Hay alguna posibilidad de que te declaren inocente? —Alex se esforzaba por transmitir la sensación de que a ella le daba igual.

—No pinta bien —respondí yo; y, por supuesto, pensaba lo contrario.

Ella estaba a punto de pronunciar una frase que empezaba con «por qué»; entonces, yo moví la cabeza e hice como que iba a sonreír. Solo por eso deberían haberme condenado a cadena perpetua.

—He estado con la jueza que instruye el caso —dijo.

Yo le pedí disculpas, aunque su comentario no iba por ahí.

—Es una mujer estupenda.

Yo asentí moviendo la cabeza en diagonal. No quería decir «sí», pero tampoco mentir.

—Le gustas.

Y yo otra vez moviendo la cabeza en diagonal, pero ahora en la dirección contraria.

—Cree en ti.

—Alex —dije. Y moví la cabeza de un lado a otro en línea horizontal, lo cual quería decir «no, por favor».

—Cree en ti igual que yo —susurró ella.

Me habría gustado contarle que me habían violado. Para sacarme aquel episodio de encima de una vez por todas y para que ella me hiciera unas caricias, me curara las heridas y ahuyentara el espíritu del recuerdo. Pero nos separaba aquella maldita pared de cristal. Vaya manera más repugnante de hacer justicia. ¿No se podía acercar una de esas estatuas uniformadas y darle un golpe al cristal con su inútil revolver? Así, aunque solo fuera por una vez, haría algo de provecho.

—¿Ha estado aquí Delia? —preguntó Alex—. Me llamó y le conté toda la historia y me dijo que ella podía ayudarte, que conocía a alguien, y que iba a venir a visitarte. ¿Cómo? ¿Vas a venir? ¿Solo por eso? ¿De verdad?, le pregunté. Y me dijo que sí, que quería hacerlo, que te lo debe, que era lo mínimo que podía hacer. ¿Ha estado aquí?

—Sí, efectivamente —le respondí, como si todo fuera una broma del destino—, le va genial, se ha convertido en una francesa perfecta.

Alex se rio y le imprimió a la risa un regustillo ácido.

—Y tú, entonces, estás otra vez con Gregor —se me ocurrió decir, ya que había cambiado el curso de la conversación y estábamos hablando de cosas agradables. En fin, que yo, en esta vida, no paraba de hacerle daño a Alex.

—Sí, pero ya no me acuesto con él —dijo ella, mostrando su parte más testaruda. Y entonces me dio la impresión de que los carrillos, huecos, llegaron a tocarse dentro de su boca.

Estuvimos bastante tiempo buscando un tema de conversación que rompiera todo aquel hielo, pero no obtuvimos buenos resultados. Y, de repente, se me ocurrió sacar a colación algo medio cursi medio esperanzador: una travesía ficticia por los Dolomitas. Habíamos hecho mucho senderismo juntos en otra época. Una vez incluso nos acompañó Delia; aunque solo vino hasta el primer refugio porque lo de ascender una montaña le producía un aburrimiento mortal. Alex y yo siempre llegábamos hasta la cima. Teníamos que subir, no importaba si nos lo pasábamos bien o no. Ninguno de los dos era capaz de recorrer un camino solo hasta un punto que nos pareciera bien; no, había que llegar hasta arriba. Y, cuando estábamos allí, nos abrazábamos como dos auténticos campeones; aunque los únicos emocionados y sorprendidos por la hazaña éramos nosotros mismos. Los auténticos triunfadores siempre se quedaban sentados en el primer refugio, cuidándose para acometer después tareas más importantes.

—En cuanto salga de aquí, nos vamos una semana a los Dolomitas —dije.

Alex recompensó mi esfuerzo con un beso furtivo sobre la pared de cristal. De alguna manera, esa era también su despedida. Yo no tenía ni idea de hasta cuándo; ella, quizás lo supiera. Hasta que no estuve de regreso en mi celda no me di cuenta de que se me había olvidado entregarle el calendario que había confeccionado para ella.

Estaba muy contento con el abogado de oficio que me había tocado, el letrado Thomas Erlt; al menos, me gustaba su fachada. Era doce años menor que yo y tres veces más ancho. Seguro que, cuando era pequeño, más de una vez le escondieron las gafas y le pusieron las orejas coloradas. Y un dato más: nunca había visto un caso por homicidio. Su especialidad era el derecho arrendaticio; era capaz de reconocer a cien metros a un especulador del suelo en contra de la rehabilitación de un edificio antiguo. El derecho penal no le interesaba en absoluto.

La ley establecía que, hasta que diera comienzo la vista oral, tenía que venir a visitarme por lo menos una vez al mes y no pasar conmigo menos de una hora en cada ocasión. Por supuesto, nunca se quedaba ni un minuto más porque siempre tenía algún piso que ver con urgencia; y yo era absolutamente comprensivo en ese sentido. De hecho, lo que me dolían eran los ciento ochenta minutos que tendría que robarle; pero así estaban las cosas: yo tenía derecho a representación jurídica y él seguramente aprendería algo con este caso, algo que quizás le fuera útil «en la vida». Eso es lo que le habría dicho yo si hubiera sido su padre (y a veces me sentía como si lo fuera). De todas formas, mi caso no solo le haría crecer como persona, sino que, además, le gustara o no, lo iba a hacer muy famoso. Y eso, a todos los que lo eran, acababa gustándoles.

El primer apretón de manos que me dio Erlt no fue una experiencia que nos gustaría repetir muchas veces a ninguno de los dos. El rostro le chorreaba grasa en estado líquido y, por mucho que se esforzó, no fue capaz de mirarme a los ojos. Probablemente era el primer hombre que me

tenía miedo. Deseé que fuera también el último, porque no era capaz de hacer nada si tenía una persona temerosa al lado.

—Señor Haigerer, ¿cómo se plantea usted su defensa? —me preguntó.

Le temblaba la voz como si tuviera la garganta llena de lengüetas de metal. Así mismo, pensé.

—Voy a hacer una confesión detallada de los hechos —le dije—. Usted no tendrá mucho que hacer. Y tampoco puede pasarle nada por eso.

Él tragó saliva y le desapareció algo de metal de la garganta.

—¿Está usted arrepentido? —me preguntó tímidamente.

—No lo sé —repliqué yo—, pero todavía nos queda un poco de tiempo para pensárnoslo.

Después, le conté brevemente qué había hecho. Antes de que se le ocurriera preguntarme por el móvil, lo enredé en una conversación sobre la nueva enmienda a la Ley de Arrendamiento. Debió de creer que yo amenizaba mi estancia en prisión con la compraventa de inmuebles, para que el tiempo se me pasara más rápido, y eso hizo disminuir su recelo. Al despedirnos (sin darnos la mano), se sentía mucho mejor en su húmedo pellejo.

—Oiga, por cierto, ¿usted ha leído alguna vez una novela policiaca? —le pregunté. No pretendía hacer un chiste, pero Ertl movió las carnes de sus carrillos y se rio un poco antes de responder.

—Donna Leon; pero me quedé en la mitad. Si quiere que le diga la verdad, prefiero las obras de divulgación. Así, después de leer, también puedo dormir.

Me cayó bien. Le di el calendario de Adviento que debía haber sido para Alex. A lo mejor él le daba un buen uso; aunque probablemente no pues, viéndole las manos, bien se podía decir que aquel calendario caía sobre «terreno húmedo».

Por Navidad se celebró una pequeña fiesta en el centro. Habían montado un árbol muy feo en la sala de estar; no era ni pino ni abeto, era una cosa con unas agujas caídas y sin punta porque, con los internos, había que tener cuidado; allí no se permitían pinchos de ningún tipo. Por supuesto, tampoco había velas: unos cirios auténticos habrían ardido de verdad y con cableado eléctrico a alguien se le podría haber ocurrido la idea de montar una magnífica escena y llevarse de paso unos rehenes.

Yo doné un par de docenas de regalos para una tómbola; porque todos mis compañeros del *Kulturwelt*, a pesar de haberse convertido en verdaderos desconocidos para mí, me habían enviado una caja de bombones, un paquete de café o algún libro de contenido no comprometedor que podría animarme un poco en prisión; o sea, que ninguno me mandó una novela psicológica seria, sino más bien textos acordes a mi situación, con los que entrenar los músculos de la risa. Y lo cierto es que consiguieron el efecto deseado: solo con imaginarme que había gente que creía que me iba a pasar las Navidades tranquilamente en el calor de mi celda, engullendo novelas de entretenimiento, dándome palmaditas en el muslo mientras soltaba carcajadas al ritmo del delicioso arrullo que los literatos de vida relajada le habían arrancado con un pellizquito a su próspera vida cotidiana, solo con imaginarme eso, ya se me dibujaba una sonrisa.

En algún momento me imaginé incluso a mis violadores, sentados en el taller de carpintería,

hojeando esos libros tan aburridos que les habían tocado en la tómbola. Seguro que se les aplacaba el impulso sexual. Lo consideré también como una especie de venganza.

Como premio por haber donado todos esos regalos, me permitieron volver a mi habitación a los pocos minutos de que empezara la fiesta de «la empresa». Allí me refugié sumergiéndome en recuerdos de otros tiempos. No eran muy sentimentales; las Navidades siempre habían sido más bien una prueba que había que superar: mi padre nunca podía ofrecerle nada a mi madre y enseguida se iba (al final, lo hizo para siempre), mi madre no podía ofrecerme nada a mí y se sentía triste y débil (a veces, al menos yo había conseguido consolarla), yo no podía ofrecerle nada a Delia, quería festejarla a ella; pero ella siempre había preferido otro tipo de celebraciones en las que no encajaban mis requiebros.

La mañana del 26 de diciembre, día de San Esteban, creí haber superado otras Navidades. Entonces, mi mayordomo me trajo una carta que había retenido durante tres días. Era de Gregor y yo no necesitaba ni abrirla para enterarme de lo que había pasado. La tarjeta llevaba estampado el mismo borde negro que la que habíamos mandado imprimir para mi madre unos años atrás; en el centro, en letras demasiado grandes, se podía leer «Alexandra». Como si Alex todavía viviera. Vi las palabras «abandonó voluntariamente esta vida» y estrujé el papel. En una nota aparte, Gregor mostraba su compasión hacia mí y hacia sí mismo. Escribía: «Al final tenía profundas depresiones, nadie podía ayudarla. Tomó pastillas. Fue muy rápido, no sufrí».

Por la noche, el funcionario que me trajo la cena se asustó al verme y me preguntó si quería que llamase al médico de guardia. Yo le respondí que solo quería confesar. Era mentira. ¿Qué iba a confesar? No tengo ni idea de cómo se me ocurrió decir eso, pero dio buenos resultados; las cosas más banales daban siempre los mejores resultados.

—Mañana mismo avisaremos a la jueza —me dijo.

—Mañana mismo es demasiado tarde —repliqué yo.

—¿No quiere llamar a su abogado? —me preguntó él.

Era un tío sensible e intuitivo aquel funcionario; de hecho, hablar con mi abogado era casi lo último que yo quería hacer.

—Es que, desgraciadamente, está en el extranjero y no está localizable —se me ocurrió decir a tiempo.

El servicio acabó dándome permiso para llamar a la señora Selenic a su móvil privado; ella misma me lo había apuntado en una tarjeta de visita para casos de emergencia como ese. De repente, me sentí orgulloso de mí mismo; en mi situación, otro, con aquella tarjeta, tal vez habría intentado cortarse las venas.

—Soy Jan Haigerer —tartamudeé en tono oficial al oír el sonido de su voz a través de la línea telefónica—. Tengo que hablar urgentemente con usted.

Ella fue cortés pero me preguntó cómo se me ocurría llamarla un día de fiesta por la tarde.

—Tengo que transmitirle una información muy importante —le dije. Y no, no podía esperar hasta mañana. Tenía que ser ahora o nunca. Tuve que ponerme testarudo. ¿Cuándo, si no en ese preciso instante, iba a ponerme testarudo?—. Muy, muy importante —repetí un par de veces más

para que quien me servía la comida pudiera entender por qué la señora Selenic acabaría mostrándose dispuesta a poner fin a su tarde libre, en plenas fiestas navideñas, y venir voluntariamente a tomarle declaración a un interno.

Me tomé un descanso de pensamientos y sentimientos. Y me fue bien. Solo veía «Brasil» y las horas se me pasaron acariciando con los dedos la servilleta. Mi mayordomo se preocupaba por mí y me dedicaba palabras de ánimo. Luego me llevó hasta su puerta y me soltó las esposas. Helena acababa de entrar. Todavía podía apreciarse el brillo de unos cuantos copos de nieve derretidos sobre su abrigo.

—No hace falta que espere —le dijo al guardia—. Yo le llamaré cuando haya terminado para que venga a buscarlo.

Su abrigo tenía tres botones que, al abrirse con ayuda de aquellos delicados dedos, dejaron a la vista un jersey rojo de cuello vuelto que olía a regalo de Navidad. Probablemente acababa de desempaquetarlo. Me acerqué y ella no retrocedió ni un paso; deslicé las manos sobre el terciopelo rojo y recliné el rostro sobre su hombro.

—Alex se ha matado —me oí decir.

Restregué la frente contra la suavidad del tejido, sentí las manos de Helena en la espalda, cerré los ojos. Mi cuerpo se había enganchado al fluir de su corriente eléctrica; estaba recargándolo por completo: desde el dedo meñique del pie hasta la coronilla.

Retiré la cabeza de su hombro, me incorporé y acerqué mi mejilla a la suya. Del tacto de su rostro apenas me separaban diez centímetros. Ya habían pasado setenta días desde que mi dedo índice se había decantado por otra dirección, desde que un movimiento milimétrico me había lanzado desde la vida civilizada hasta el más profundo abismo. La existencia humana no era más que una travesía por un estrecho acantilado. La vida y la muerte estaban tan cerca que podían tocarse; la línea que las separaba la iban conformando los pequeños trayectos que recorríamos.

En ese momento, yo podía sentir su mejilla junto a la mía y creí que acababan de darme una oportunidad de deshacer todo lo sucedido. La tomé por las caderas, mis piernas se posaron junto a las suyas, Helena no hizo nada por defenderse; consintió que mi cuerpo se ciñera cada vez más al suyo, estaba relajada y la mano que descansaba sobre mi espalda emanaba calor. Nada se movía.

Me sentía de nuevo vivo y empecé a contar, una tras otra, cómo se iban sucediendo mis respiraciones. Iba por la sesenta y cinco cuando un sonido estridente hizo temblar toda la sala; Helena me soltó.

—Sí, está todo bien —la oí hablar por teléfono alejada de mí—. Se va a alargar bastante —dijo. Y añadió—: Entiendo. —O sea que entendía algo. La conversación continuó—: Entonces, usted ya ha acabado. Gracias —dijo. ¡Gracias!—. Yo se lo haré saber a su sustituto cuando llegue el momento de venir a recogerlo —continuó. Yo me puse la mano sobre el corazón para acallar el sonido de mis pulsaciones—. Sí, es mejor que esté a solas con él. —Mucho, mucho mejor, pensé yo—. Sí, como le digo, puede alargarse durante todo el turno de noche.

Turno de noche. Turno de noche. Turno de noche.

## QUINCE

Helena me ofreció asiento en el mismo sofá que había utilizado la princesa parisina de la moda para cruzar las piernas con elegancia.

—No, gracias —dije yo. Prefería quedarme en el lugar en el que había caído en sus brazos. No moví los pies del sitio.

Ella tenía que realizar un par de llamadas oficiales; y yo escuchaba el tono profesional de su voz. En un par de ocasiones dijo «servicio de vigilancia» y una vez «destinen por favor un funcionario del módulo 3», y luego: «urgentemente del centro». Eso iba por mí. Sonaba como si estuviera organizando los detalles de mi huida.

—¿Quieres respirar un poco de aire fresco? —me dijo cuando el teléfono descansaba ya por fin sobre su escritorio.

Yo seguía sin moverme del lugar del abrazo. Tenía las rodillas un poco flojas, pero eso podía soportarlo aún un rato más.

—Por mí... —respondí. Me daba igual lo fresco que fuera el aire. Lo único que me importaba era que fuera el mismo aire que respirara Helena. Lo importante era que ella respirara a mi lado.

Salimos del despacho. Un vigilante al que yo no había visto nunca nos acompañó hasta mi celda; tuve que ponerme (o, más bien, me dieron permiso para ponerme) unos zapatos resistentes y una chaqueta de invierno. Después, los tres juntos atravesamos los pasillos de la zona de acceso restringido: primero, el funcionario, callado, haciendo ruido solo con el manojito de llaves; después yo y, tras de mí, Helena, desafiando con sus tacones a los latidos de mi corazón. Llegamos al puesto de vigilancia. Helena rellenó un formulario y les deseó a todos, una vez más, feliz Navidad. El portón se abrió dando paso a un paisaje nevado. El oxígeno frío, que me recordó mi infancia, me quemó al pasar por las fosas nasales. Las farolas trazaban una línea de luces blanquiazules como las que aparecían en las últimas obras de aquel pintor demente. Un par de ramas de un árbol sin hojas crujían lastimosamente agitadas por el viento, un cubo de basura golpeaba contra un palo que impedía con dificultad que se desplomara. Así es que eso era la libertad a la que yo había renunciado.

Avanzamos varios metros a través de la nieve, hasta que nos pusimos a salvo delante de un edificio abandonado. Allí teníamos aparcado el coche. Era un coche a la fuga. Todos los coches que había allí afuera eran coches a la fuga, vehículos de gente que no hacía más que huir. Me metieron en el asiento trasero y me hicieron esperar sin decirme nada. Eso me tranquilizó, porque a eso sí estaba acostumbrado. Dentro del coche olía a Helena. Dejé que fluyeran mis pensamientos

y que por allí circulara el de la chaqueta roja y mis torturadores y Alex huyendo hacia la muerte; quería comprobar que, de alguna manera, seguían conmigo. Y allí estaban; pero ya no podían hacerme nada. Yo estaba anestesiado. Entró Helena: anestesista y conductora. Puso el coche en marcha. Ahora solo faltaba el funcionario con el manajo de llaves. Éramos tres héroes de una novela de aventuras.

El vehículo se movió.

—¿Y el funcionario? —pregunté yo. Mis tres primeras palabras en libertad se estrangularon a sí mismas.

—Él no viene con nosotros —respondió Helena. No lo dijo ni alegre ni con una profunda tristeza.

—¿Y adónde vamos? —pregunté.

—A mi casa —contestó ella. No lo dijo ni triste ni con una inmensa alegría.

No hubo más preguntas. A mí me habría gustado arrancar el retrovisor con el reflejo de su mirada dirigida hacia mí; lo habría enmarcado y lo habría dejado para siempre colgado sobre la cabecera de mi cama en prisión.

El viaje fue un combate continuo entre las tinieblas y la luz. Apareció un último semáforo en verde pero el coche se encajó en un hueco y se detuvo. El motor se tranquilizó. Helena tiró de la palanca del freno de mano: un sonido brusco, estridente y definitivo me dio a entender que ella sabía lo que se hacía.

El portal de la casa, el ascensor, la puerta del piso. Mi puño. Mis ojos. Mi abrigo. Todo se abrió. Helena siempre tenía la llave adecuada entre las manos. El pasillo. La chimenea. El piano. La alfombra. Los cuadros. El armario. El sofá. Todo tenía el brillo, el color y el olor de su propietaria. Allí dentro, todo era como un otoño sin viento.

Jacques Offenbach facilitó que estuviéramos callados sin que se generara tensión. Allí no había lugar para palabras, y yo me agarré a un vaso de whisky para no perder el equilibrio. El vaso acabó vaciándose cinco veces antes de que yo pudiera siquiera pensar en quién era y qué estaba pasando exactamente conmigo. Mis dedos se habían hecho con su pelo en la zona de la nuca, sentía sus labios junto a los míos. Bastaron unas pocas caricias para cubrir con una capa protectora todos los mordiscos del pasado. Su aliento se posó sobre mi rostro y me insufló vida, dibujó unos círculos con la lengua alrededor de mi boca y acabó penetrando suavemente en ella; tenía la consistencia de la miel y a miel sabía.

Sus manos buscaban el tacto de mi piel. Helena estaba muy cerca de mí, yo vislumbraba el escaso resquicio que dejaban abierto sus párpados y, a través de él, sus ojos dirigiendo la búsqueda de mi cuerpo. Yo veía en lo más profundo de su deseo y me di cuenta de que también era el mío, que estimulaba el suyo, que avivaba el mío, que hacía crecer el suyo más allá de lo controlable. Helena gemía suavemente. Si aquel juego prohibido, aquella puesta en libertad de mi ansia reprimida, hubiera acabado en ese mismo momento, yo habría dicho que alcanzamos el clímax. Pero no; aquello no era más que el principio.

El whisky y el delirio amoroso me arrastraron hasta tenderme en el suelo. Entrelazado con

Helena Selenic, mi saltadora de trampolín, mi jueza, mi verdugo, fui rodando por la alfombra hasta quedarme allí boca arriba. Ella se recostó sobre mí, me levantó la camisa agarrándola con los dientes, revoloteó con sus rizos rojos por encima de mi abdomen, me metió la lengua en el ombligo y dio rienda suelta al ardiente deseo que vivía enterrado, profundamente sepultado, entre mis piernas. Lo dejó libre, libre, más libre.

De nuevo se escuchó un sonido brusco, estridente y definitivo, que me dio a entender que ella sabía lo que se hacía. Esta vez era la cremallera de sus pantalones. Helena estaba tomando todas las decisiones y asumía toda responsabilidad. Yo no tenía que plantearme hasta dónde podía llegar; de hecho, ya habíamos ido incluso más allá. Helena era cada vez más directa y me susurraba su deseo al oído. Cruzó los brazos para deshacerse del jersey rojo regalo navideño; siguió sentada, frotándose ahora contra mi mano abierta; dejó caer uno de los tirantes de la última prenda que cubría su piel, se desprendió de la parte de arriba y me acercó un pecho a la boca. Demasiada felicidad ilícita surgida de la nada, demasiado descarado, demasiado fuerte, demasiado concentrado: a mis ojos acudieron las primeras lágrimas. Tenía miedo de perder esos segundos en un instante, de lapidarlos entre los tristes restos de mi aburrimiento eterno. Helena llevó los brazos hacia atrás y avanzó un paso más para completar lo que quedaba pendiente. Yo me sentí profunda, estrecha, firmemente dentro de ella. Lo prohibido había llegado al punto culminante y se preparaba para abandonar nuestros cuerpos; grité con todas las voces conocidas, proferí gritos de placer, gritos de felicidad, gritos de dolor, gritos de angustia, gritos de muerte.

Helena arqueó la parte delantera del cuerpo, se incorporó y volvió a recostarse, se dio media vuelta y se dejó caer sobre mí; juntos rodamos sobre el suelo mullido y de repente ella estaba debajo de mí, seduciéndome, enardeciéndome, implorándome que continuara, más, más, que no parara nunca.

Yo disfrutaba con su ansiedad; incluso demasiado, teniendo en cuenta que yo no era precisamente un hedonista. Y eso tenía que cambiar; había llegado la hora de la venganza: me prohibí pensar en el silencio que vendría después, aunque fue en vano; sabía que tras el último grito, cuando la desvergüenza llegara a su punto más álgido, todos los caminos me llevarían de vuelta al abismo. Oí cómo se me iba debilitando la voz hasta desaparecer ahogada entre unos últimos gemidos intensos. Helena había alcanzado el orgasmo e intentaba fundir su sonido con el mío. Me clavó las uñas en la nuca. A mí me escocían los ojos, los tenía inundados de lágrimas. Un mechón de cabello rojo se desplomó sobre ellos y los secó.

Mi vaso de whisky se vaciaba cada vez más rápidamente. Offenbach continuaba a lo suyo como si nada hubiera ocurrido. Helena me acariciaba la cara.

—¿Lo has hecho por compasión? —le pregunté, borracho.

—Claro, por supuesto —dijo ella con una ironía mal interpretada. Y sonrió relajada, como lo hacían los amantes, después de la primera vez, en las películas.

—Te estás jugando el puesto —le advertí con dureza.

—Para mí no es un juego —respondió ella seria y sincera—. Se trata de tu vida; y no puedo quedarme mirando cómo la destrozas.

—Y entonces ¿por qué estás acostada a mi lado? —pregunté.

Ella no dijo nada. Avanzaba a pasitos con los dedos sobre mi pecho, como si estuviera esperando algo. El whisky me daba vueltas en la cabeza a velocidad cada vez más rápida e intervalos cada vez más cortos.

—¿Por qué haces esto conmigo? —pregunté.

—¿Por qué lo has hecho tú? —replicó Helena.

Vacíé otro vaso entero de whisky para taponarme los oídos desde dentro. ¿Era aquello la última fase del interrogatorio? ¿Se trataba de un programa de emergencia para intentar solucionar el caso? ¿No le quedaba más remedio que tener sexo conmigo para conseguirlo? ¿Tendría que amarme después de eso?

Cuando me desperté y quise gritar, Helena estaba acostada a mi lado, abrazada a mí.

De repente no había más tiempo que perder.

—A las seis tenemos que estar en la puerta de la prisión. Tenemos que darnos prisa —dijo ella. Yo lo entendí, se trataba de su trabajo y era más importante que cualquier otra cosa que tuviera que ver conmigo. Metí la cabeza debajo del agua y me esforcé por convertirme de nuevo en algo parecido a un ser humano. El trayecto en el coche de servicio de Helena resultó crispante; al fin y al cabo, era como un regreso al pasado, como huir de nuestra huida, fugarnos hacia atrás, no dejar huella de lo ocurrido, poner punto final a un día de excursión, regresar al cole, centrarse en el orden del día. Primero había sido el placer y ahora venía la obligación. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

Nuestros vigilantes corruptibles estaban esperando en el mismo lugar en el que los habíamos dejado. Yo dejé que me enfundaran las esposas sin rechistar. El aire invernal me cortaba los pulmones empapados de whisky. Se abrió el portón. La penitenciaría me engulló en la misma entrada y me escupió directamente delante de mi celda.

Helena continuaba en silencio. Sus últimas palabras, «tenemos que darnos prisa», se habían quedado en su piso de ambiente otoñal. Yo sabía cuál era la pregunta que no le podía plantear y, sin embargo, cuando quise darme cuenta, ya se la había hecho: «¿Volveremos a vernos?». Me di la vuelta a toda velocidad para darle la espalda y no oír su respuesta. Pero todavía pude escuchar un «sí». Había pronunciado un «sí»; difuso, tímido, apocado, pero: ¡Sí!

Tenía que aguantar tres meses.

## DIECISÉIS

Deseaba que para el juicio me asignaran uno de esos jueces jóvenes y rigurosos, que solo pensaban en hacer carrera lo antes posible porque ya se habían sacado un título para navegar en su propia embarcación. Pero a finales de enero me informaron de que sería Anneliese Stellmaier quien se iba a hacer cargo del proceso. Era la jueza de más edad y probablemente también la más blanda de todos. A mí me caía muy bien. Había cometido un error al elegir su profesión, era demasiado buena persona; más que una jurista parecía una misionera. Creía que las malas personas se volvían mejores por el simple hecho de habérselo prometido a ella bajo juramento, en agradecimiento por la reducción, en meses o años, del periodo que, legítimamente, les correspondía pasar en prisión.

El Tribunal Supremo había desestimado la petición de recusar a Stellmaier por posible parcialidad, a pesar de que éramos conocidos y nos saludábamos siempre con una sonrisa por los pasillos, a pesar de que en los descansos charlábamos sobre periodismo cultural o, más bien, ella charlaba animadamente mientras yo asentía. Tendría que haber participado más; si me hubiera implicado para defender mi profesión en contra de mis convicciones o hubiera traicionado mi ética profesional... Pero no lo había hecho.

Antes de la designación de Stellmaier habían sido recusados, con débiles argumentos, tres de sus colegas de primera línea a los que yo solo había observado en los litigios desde lejos y que, con toda seguridad, habrían dejado caer sobre mí todo el peso de la ley. De todo esto me enteré, sin quererlo, por medio de los funcionarios de vigilancia que, pobres incautos, me vendieron la noticia como si fuera una buena nueva.

Podría haber jurado que alguien estaba interviniendo por mí en las más altas esferas. Sospechaba de mi jefe, el editor del *Kulturwelt* Guido Denk. «Tiene el apoyo incondicional de toda la plantilla», me había hecho saber con una nota en una tarjeta de felicitación de Año Nuevo con un deshollinador impreso. «Todos estamos profundamente afectados por su desdichada suerte y completamente convencidos de su inocencia», había añadido. Yo nos odiaba a todos los periodistas. Nadie sabía lloriquear como lo hacíamos nosotros.

Llevaba treinta y cuatro días esperando a Helena. Mis esperanzas se renovaban al final de cada jornada: todas las noches pensaba que en cualquier momento podría aparecer el hombre de las llaves para llevarme en presencia de la jueza instructora del caso; esperaba que por fin me

mandaran salir a «respirar aire fresco»... en compañía de ella, me excitaba pensar en nuestro coche huyendo a través de la nieve, y en la manera que tenía Helena de poner el freno de mano, me excitaba su forma de abrirle la puerta a la eterna estación otoñal, cómo rodaba enrollada a mi cuerpo sobre la alfombra y con ese movimiento reducía a cenizas, como una apisonadora, todo mi pasado.

El día treinta y cuatro recibí una carta de mi abogado. El texto era breve pero preocupante:

*Estimado cliente: Después de haber dedicado parte de mi tiempo libre a examinar con detalle su caso, me pongo en contacto con usted porque me gustaría que habláramos, ya que empiezo a vislumbrar ciertas posibilidades. Si se encuentra con ánimo, le ruego que me llame. Muchas gracias. Cordialmente, letrado Thomas Ertl.*

*P. S.: Adjunto un sobre cerrado que me ha hecho llegar una conocida suya para que le sirva de enlace.*

El sobre lucía el nombre de «Helga» pero yo enseguida supe que se trataba de Helena. Preferí esperar para abrirlo porque quería encontrarme bien cuando lo hiciera pero, llegada la medianoche, ya no pude aguantar más.

«Querido amigo», escribía, «mi trabajo, ya sabes cuál, ha terminado. Mi solicitud de traslado ha sido aceptada y ya he pedido los días de vacaciones que me quedaban pendientes. Tenía que hacerlo rápido. Mejor para los dos. Vale más poner remedio a tiempo». Dejé la carta a un lado y esperé a ver si me sentía mejor. A la mañana siguiente me rendí y seguí leyendo.

«Jan, yo creo en ti.» Así comenzaba el siguiente párrafo escrito por Helena. «Y solo te pido una cosa: lucha. Eres tú quien tiene que asumir la responsabilidad, acaba de una vez por todas con tu comportamiento autodestructivo, supera esa vanidad masoquista de la que haces gala, saca ya la verdad a la luz, empieza por aceptar tu propia verdad. No pudiste retener a Delia. ¿Y qué? No estabais hechos el uno para el otro, y eso no es culpa tuya. Deja ya de autoflagelarte. Jan, me conozco el i. de memoria...», ¿el i.? ¡Ah, el informe! «y nadie es asesino por voluntad propia, solo porque quiere serlo, porque se cree culpable. Eso no se lo va a creer nadie. Solo existe una explicación lógica para todo lo sucedido y te pido que la hagas pública. ¡Dilo! ¡Dilo! Cuenta la verdad y sabes que podrás salir de prisión en muy poco tiempo. Si quieres. Yo iré a buscarte y vendremos los dos a mi casa. Tenemos todo el verano para nosotros». ¿Verano? ¿Había escrito «verano»? Sí, había escrito «verano». ¿Iba a llegar otro verano? «Si tienes éxito con tus trucos y eres condenado por asesinato, por favor, bórrame de tu memoria.» No necesitaba leer más. Estrujé la carta y borré a Helena de mi memoria. Cuando oscureció, mi memoria me jugó una mala pasada y me la trajo de vuelta.

A la mañana siguiente me sentía lo suficientemente apático como para llamar a mi abogado y quitarme de encima cuanto antes esa conversación con la que me amenazaba. Lo pillé en medio de una visita a un piso: agobiado y despistado hasta el punto de inspirarme compasión. Probablemente le avergonzara el hecho de que un funcionario de prisiones le pasara la llamada de

un asesino mientras se encontraba en un lugar público, rodeado de su círculo habitual de clientes y agentes inmobiliarios. Si necesitaba hablar conmigo sin falta, le dije, entonces, por favor, tenía que ser ya mismo. Él se mostró comprensivo; seguramente no se hacía una idea de lo apretada que podía llegar a estar la agenda de un recluso en prisión preventiva y creyó que yo estaba haciendo un esfuerzo por encontrarle un hueco.

A mediodía nos encontramos, ambos agotados, en la sala de visitas. Yo por mis noches de insomnio y él por los veinte escalones más o menos que había que subir, sin ascensor, para llegar hasta allí. Ertl había engordado un par de kilos más durante las fiestas navideñas. Aunque también era posible que sudara por el simple hecho de que mi presencia le inspirara miedo. Yo iba sin afeitarse, con el pelo casi tan seboso como su piel, y llevaba aquel traje gris de andar por casa que, arrugado, se desplomaba sin gracia sobre mi cuerpo; posiblemente ya empezaba a esbozar esa mirada de loco que presagiaba la aceptación de mi condena a cadena perpetua, porque ya iba ensayando poco a poco cómo iba a presentarme ante los miembros del jurado.

—El crimen, tal y como usted me lo detalló en nuestra última conversación —empezó diciendo con voz metálica— deja algunas cuestiones sin resolver.

Yo asentí comprensivo.

—Seré más preciso —dijo—. No es fácil entender qué motivos lo llevaron a cometer ese acto, qué pasos fue dando en esa dirección, cómo llegó a desembarazarse de los impedimentos...

Así continuó un buen rato. Yo, por cortesía, hice como si me resultara difícil seguir el tempo y la densidad de sus pensamientos.

—Concretando...

Yo ya no esperaba que lo hiciera; así es que me había relajado.

—Usted tenía que conocer a Rolf Lentz, su víctima.

Eso me pilló desprevenido. Quise levantarme, pero él se había quitado las gafas y me estaba clavando en el asiento con la mirada penetrante de sus ojos de cerdito.

—Era de su misma quinta. ¿Fueron juntos a la escuela? —dijo. Pero estaba demasiado nervioso para esperar una respuesta—. Lentz estudió Germánicas dos semestres. Quizás se conocieron en la universidad...

La situación estaba traspasando la frontera de lo absurdo. No pude evitar reírme a voz en cuello. Ertl sacó una carpeta de color rosa; dentro había guardado recortes de periódico y ahora intentaba apresuradamente extenderlos todos ante mí.

—Lentz fue el creador de una iniciativa para defender los derechos de los homosexuales, formaba a otros sobre cómo emprender acciones de protesta, estuvo a la cabeza en una manifestación para la liberación del consumo de algunas drogas, había colaborado en la organización de un congreso sobre SIDA y era uno de los portavoces de la plataforma contra la discriminación jurídica de los homosexuales. Y usted cubrió estas noticias, señor Haigerer. ¿Lo conoció de cerca en alguno de estos actos? ¿Es usted gay? ¿Mantuvo una relación con él? ¿Se sintió usted engañado? ¿Fue una cuestión de celos? ¿Un crimen pasional? Sería un atenuante según el artículo seis..., no, eh..., el artículo...

—¡Ya basta! —grité.

E incluso yo mismo me asusté. Él se sobresaltó, reunió precipitadamente todos los artículos,

los guardó en la carpeta y la hizo desaparecer; había sido víctima de un ataque de exaltación del valor. Un alumno modelo como él, un Sherlock Holmes en potencia, enmascarado bajo la apariencia de un niño de mamá, acostumbrado probablemente desde pequeño a que premiaran sus buenos resultados, quizás con algo dulce como unas galletitas de vainilla... Enseguida sentí lástima por él.

Le expliqué con la mayor delicadeza posible que no me encontraba en las mejores condiciones a nivel mental y que de momento ni tenía nada que decir ni quería escuchar nada que estuviera relacionado con la víctima; ni siquiera su nombre. Y que él lo interpretara como quisiera, pero que, por favor, me ahorrara a mí sus conclusiones, que no era necesario que se siguiera ocupando de mi caso, que yo ya había confesado y que las pruebas hablaban por sí mismas. Él asintió tímidamente y no se atrevió a volver a mirarme.

Yo le pasé una mano por el hombro, rozándolo apenas, y le dije: «Créame que aprecio su gesto y sé que usted solo pretende ayudarme; pero es un esfuerzo innecesario, yo no voy a salir ganando nada y usted tampoco; a usted ni siquiera le van a pagar por ello. Resérvese la energía para casos más difíciles, que este es muy fácil». Durante unos breves instantes, su mirada se posó en mí. Después, sus ojos de cerdito volvieron a parapetarse tras las gafas. Yo le hice un guiño: «Vá a salir todo bien», le dije. Él me dio las gracias. Sin saber por qué. Pero es que también se sentía mal por dejarme, se sentía inútil. Y lo era. Me dio pena que se diera cuenta.

Los días siguientes, metido en la celda, me resultaban insoportables. No aguantaba más allí solo y buscaba en vano una ocupación que me distrajera un poco de mí mismo. En algún momento se me ocurrió hojear la Biblia que había en el cajón de la mesilla de noche. Todas las celdas estaban equipadas con una edición encuadernada en negro de las Sagradas Escrituras para casos de extrema emergencia. Aquel lenguaje me puso triste. A los lectores como yo, no les llegaban esos textos; me afectaba que las parábolas no me afectasen. La religión no era nada que pudiera aprenderse; o creías, o sabías, o hacías como que sabías. Y yo no era bueno en ninguna de las tres cosas; mi mayor fortaleza era que sabía satisfacer las expectativas de los otros, pero esta vez se trataba de las mías. A ver si aguantaba... Dejé la Biblia a un lado. Me habría gustado más leer la *Novela de ajedrez*<sup>[1]</sup>. Y mucho más me habría gustado vivirla y escribirla.

Mi perseverancia se veía interrumpida, a intervalos deprimentemente regulares, por las visitas que me efectuaba el personal del centro. De la comida que me traían yo tomaba solo lo justo y necesario para que no pareciera que estaba en huelga de hambre; correo ya no aceptaba y ellos ya no se atrevían a dejarme periódicos en la celda, porque una de las pocas ocupaciones con las que realmente conseguía alejarme de mí mismo era romper las hojas de los periódicos en pedacitos del tamaño de confetis. A pesar de mi miserable estado de ánimo, siempre intentaba ser amable con los funcionarios. Ellos se sentían agradecidos y ya no me contaban más historias sobre lo que pasaba fuera. «Bien, vamos tirando, gracias», solían responder a mi saludo; se les habían pasado las ganas de conversación. Seguramente después de verme se encontraban automáticamente mejor.

En un ataque de necesidad de vivencias desenterré la carta de Helena. Me propuse leer solo el final, nada de lo que ya había leído antes; pero no lo conseguí. Leí: «Si tienes éxito con tus trucos

y eres condenado por asesinato, por favor, bórrame de tu memoria». Esa frase era odiosa, brutal, un intento de chantaje; no obstante, había fracasado en su tentativa desde el primer momento.

Pero, tratándose de negocios, siempre había que leer la letra pequeña; y allí aparecía, casi ilegible: «En caso de urgencia muy extrema, si te encuentras realmente perdido, puedes hacerme llegar un mensaje. Palabra clave: Wilfried. ¡Con W! Por cierto, uno de estos días tengo que pasar por el despacho a recoger mis cosas. ¿Te acuerdas? Me preguntaste si volveríamos a vernos y yo te dije que sí. Helga».

Esperé hasta que me trajeron la siguiente comida. Entonces pregunté por un tal Wilfried que debía de trabajar allí de vigilante. El apellido, dije, se me había olvidado, pero tenía que darle recuerdos de un amigo común y transmitirle una noticia... en persona, si no era mucho problema. Wilfried Hörl. Era el único vigilante con ese nombre; estaba destinado en el módulo 3; sus compañeros lo conocían con el sobrenombre de «El conde Drácula»: «conde» porque antes había servido como mayordomo en una casa señorial y «Drácula» porque no tenía sangre en las venas y solo hacía turnos de noche. El funcionario se mostró de acuerdo en hacerle llegar la petición de que pasara por mi celda y yo, en agradecimiento, me tomé un bol entero de sopa de patata y dejé una nota en el bordillo del plato para el cocinero: «exquisita».

El conde vino esa misma noche. Llevaba el mismo manojito de llaves y el ruido me despertó recuerdos dolorosos: Navidades de luto. Alex ya estaba bajo tierra. En algún momento debían de haberla enterrado y yo no había estado presente. Había dejado a Alex en la estacada. Como siempre; al menos en eso era consecuente.

A modo de saludo, le entregué al conde unos billetes. Dinero no me faltaba; tenía más del que podía necesitar.

—¿Dónde está la carta? —me preguntó él.

Entonces lo olí. Claro que no tenía sangre en las venas; por sus venas corría aguardiente.

—No, es que no tengo ninguna carta, yo...

—Mañana, ¿a las dos de la madrugada? —me preguntó.

—Perdone, pero es que me gustaría hablar con ella —repliqué yo.

—Mañana, ¿a las dos de la madrugada? —repitió él enervado.

—Sí, gracias, lo puedo arreglar para mañana, está bien —dije.

Él no se rio. No entendía los chistes malos de un asesino desconcertado. Como despedida le di otro billete. El dinero me daba igual. Él hizo sonar las llaves; fue el único gesto humano que hizo.

Había perdido la costumbre de alegrarme por algo; ya no sabía cómo hacerlo. Me invadía un sentimiento de exaltación, pero me faltaba el manual de instrucciones para poder canalizarlo. Tenía la presión, pero me faltaba la válvula, sentía un sudor frío bajo la piel. Pensé en Delia, en cómo la besaría el novelero Jean Legat; me entraron ganas de vomitar y me convencí a mí mismo de que era por la sopa de patata.

—Es un problema de circulación —atestiguó el médico del centro, al que me habían llevado a rastras tras encontrarme tumbado en el suelo y pálido como la cera—. Debería practicar deporte,

debería empezar otra vez a correr, porque eso le iba muy bien —dijo.

Yo pensé en el taller de carpintería y enseguida me vinieron otra vez las náuseas. Pero al menos me dejaron tranquilo el resto del día; cuando oscureció, me encontraba mejor y esperé a que viniera el conde sin sangre con su manajo de llaves. En el fondo, todo tenía un cierto sentido: era el vampiro el que había dejado fuera de combate a mi circulación sanguínea.

A medianoche me duché, me afeité y me puse ropa limpia. Mi sustancia estimulante fue mi propia adrenalina; por un momento, incluso pensé que estaba en paz conmigo mismo y que no podía haber sucedido nada malo en las últimas tres semanas. Después, me vi la cara en el espejo. Me vi llorar, vi cómo se me torcía el gesto, cómo se me empequeñecían los ojos y las arrugas me desfiguraban el rostro. Me retiré los mechones de pelo de la frente y me conté las canas que me poblaban las sienes. Cuando llegué a sesenta lo dejé.

El conde apareció puntualmente. Me trajo unas esposas. Avanzamos despacio por un pasillo lúgubramente iluminado. Las paredes nos devolvían el olor a sopa de patata a perpetuidad. Delante de algunas celdas todavía reposaban los cuencos de hojalata, daba la impresión de que tras aquellas rejas dormitaban animales salvajes recién cebados. Fuimos avanzando hasta dejar a nuestras espaldas los últimos gemidos y ronquidos, y llegamos al módulo donde realizaban sus funciones los juristas, donde las paredes, por fin, solo olían a paredes. Allí continuamos caminando despacio, tanteando en la oscuridad hasta llegar a nuestra meta.

El conde me retiró las esposas en el umbral de la puerta, me empujó dentro del despacho de Helena, y cerró la puerta con llave desde fuera. El sonido del manajo de llaves se fue oyendo cada vez más lejos hasta que desapareció. En aquella sala hacía demasiado calor, estábamos totalmente a oscuras y las persianas estaban cerradas por completo. El sudor que se alojaba bajo mi piel se recalentó y salió a la superficie, mi capacidad de acción me abandonó. Me quedé allí de pie, parado, esperando hasta que el miedo se apoderó de mí. ¿Un chiste malo? ¿Un juego peligroso? ¿Una intriga? ¿Una trampa? Me vino a la cabeza el taller de carpintería y a la garganta un grito de socorro; solo tenía que abrir la boca y dejar que saliera.

Me salvó la voz silenciosa de Helena.

—Jan, estoy aquí.

Procedía del sofá en el que la parisina había efectuado su elegante cruce de piernas. Me dirigí a tientas hacia allí y el olor de Helena me salió al encuentro, me abrazó, me envolvió. Un otoño eterno sin viento.

—Qué bien que hayas venido —susurró. No se la oía; pero yo lo entendí porque ambos lo dijimos a la vez.

Me deslicé con ella bajo la manta, me arrimé a ella, la apreté contra mí, la estreché entre mis brazos y entre mis piernas, y allí me quedé: impertérrito, descarado, como si estuviera en todo mi derecho, como si tuviera derecho a estar bajo su protección de por vida. El único que se oponía a que realmente fuera así era el reloj del despacho, cuyo tictac sonaba de fondo sin piedad, provocándome continuas subidas de sudor caliente que me iba brotando por la frente.

—Tienes escalofríos —dijo Helena cuando ya habían pasado unas horas.

—Es la circulación —respondí yo.

—Deberías hacer más deporte, tal vez podrías volver a correr —susurró.

Yo sonreí. Y la besé. Pero aquel beso nos mandaba ya en otra dirección, nos acercaba más a la despedida. Me había lanzado en caída libre y solo esperaba el golpe final, escondiéndome de mí mismo, recostado sobre la piel caliente de Helena. Me sumergí por debajo de la manta, pero el sonido se oía cada vez más cerca hasta que llegó el momento: de pie, ante la puerta, se encontraba el conde amenizando la separación con su manajo de llaves. Helena tenía que quedarse. Venía a buscarme a mí.

## DIECISIETE

El siete de marzo iba a ser un buen día. Lo supe desde primera hora de la mañana. «Sobre todo, no sentir», pensé. Mi mayordomo me despertó a las seis. Seguramente me había quedado dormido un rato antes sin darme cuenta. Eso me hizo sentirme orgulloso.

Me quedé acostado unos minutos más, de espaldas, observando la bombilla de 40 vatios, mirando cómo se mataba por iluminar mi lóbrega celda; pronto podría relajarse, enseguida le llegarían refuerzos de fuera, porque entraría por la ventana la primavera. Delia. Intenté llorar. Era algo racional, quería dejar salir las lágrimas una última vez antes de prohibírmelas para siempre. Pero no pude, no me salía nada, ya no sentía lástima de mí mismo. Buena señal. El siete de marzo iba a ser un buen día.

A eso de las siete le mandaron al médico que se pasara otra vez por mi celda. Yo le había prohibido expresamente a mi abogado que pronunciara siquiera las palabras «suspender el juicio»; pero parecía ser que los medios me habían declarado mortalmente enfermo y ahora todo el mundo creía que así era. En la prisión también estaban preocupados. Incluso había venido a visitarme el presidente de la Audiencia para intentar convencerme de que no me encontraba bien; o, al menos, no lo suficientemente bien como para enfrentarme a siete días de juicio. Divisaba su última oportunidad de parar el proceso, de que todo acabara bien para mí, para la prensa y, en consecuencia, de salir él bien parado.

Pero yo estaba sano. Mis vómitos semanales eran un indicador de que mi cuerpo estaba bien, de que disponía de las defensas necesarias como para luchar contra sí mismo. Flaco había sido siempre. Y el hecho de que a uno se le marcaran más los pómulos después de cinco meses de internamiento en una prisión no podía considerarse nada patológico. Quizás, en esos días de febrero, insoportablemente largos, tendría que haber comido más en vez de pensar tanto en si vendría a buscarme otra vez Helena.

—No me gusta nada su aspecto, señor Haigerer —me advirtió el médico.

A mí el suyo tampoco, pero eso no tenía ninguna importancia. Le sonreí.

—Yo me siento fuerte —le dije.

Él no sabía que yo me había prohibido sentir y me respondió:

—Por mí, como usted quiera, al fin y al cabo se trata de su juicio.

En agradecimiento le di unos bocados a un biscote de pan tostado y bebí un poco de té antes de que él se marchara.

Vinieron a buscarme a las ocho. Dos guardias fortachones a los que no conocía; eran nuevos

en mi vida de presidiario y tan rígidos como los uniformes que llevaban. Olían a loción y tenían un toque sofisticado que los hacía interesantes. Probablemente los habían seleccionado por su fotogenia; no podía olvidar que iban a salir conmigo en todas las portadas y en todos los canales de televisión. Tal vez incluso eran actores profesionales, sacados del teatro para trabajar como figurantes en el juicio.

Con ellos realicé un curioso trayecto plagado de escalones; subimos un piso más y luego volvimos a bajar. Si hubiéramos rodado una película mala, allí se habrían producido varios intentos de fuga y toma de rehenes; yo incluso empecé a pensar que se habían equivocado de camino, pero al final desembocamos en una sala de arrestos o, por lo menos, eso es lo que ponía en el cartel que había en la puerta. Desde luego, por dentro no daba esa impresión, aunque tampoco habría sabido decir de qué tipo de sala se trataba porque carecía de mobiliario. Quizás fuera intencionado, quizás los asesinos como yo confesaban antes en esas condiciones, por el puro deseo de escapar de tanta desnudez.

La silenciosa timidez de mis acompañantes me ponía nervioso. Les pregunté si creían que volvería a nevar. Nieve en marzo; tampoco era una cosa fuera de lo común.

—Yo pienso que sí —dijo uno.

O sea que pensaba. Tenía una voz que parecía cubierta por una capa de cera.

—Yo espero que no —dijo el otro.

O sea que tenía esperanzas. Eso decía mucho a su favor.

—¿Me permite que le haga una pregunta?

Era evidente que nos sobraba tiempo para todo en aquel espacio vacío, así es que... adelante con la pregunta. El interesado era el que esperaba que no tuviéramos nieve.

—¿A ese hombre lo mató usted realmente?

Me dio unos segundos para que no contestara. Entonces dijo:

—Es que usted no tiene pinta de haber matado a nadie.

Le agradecí el comentario con una sonrisa atormentada y le pregunté qué pinta tenían los que habían matado a alguien.

—Son más bestias, mucho más bestias —dijo el que pensaba que volvería a nevar.

—La auténtica bestia la llevamos dentro, en lo más profundo de nosotros mismos; no se ve —dije. Y me arrepentí de haber soltado aquella frase. No quería hacerme el listo, a lo Harrison Ford; pero ellos asintieron como si acabaran de adquirir unos conocimientos que les servirían toda la vida. Un sonido que procedía de un aparato de radio me salvó de la conversación. El que creía que habría nieve le hizo un gesto al que esperaba que no fuera así. Ambos carraspearon, se colocaron los hombros del uniforme y se atusaron el pelo. Uno me preguntó: «¿Está usted preparado?». Yo sonreí. Estaba preparado. Desde hacía años.

Íbamos directos hacia aquella nube sonora. Escuchar tantas voces a la vez no me hacía ningún bien; me recordaba a las reuniones sociales de otro tiempo, con Delia como eje central. Delia necesitaba aquellas reuniones para poder sentir que ella era el centro. Si estaba a solas conmigo, siendo solo dos, no podía ser el centro. Y yo, centrado solo en amarla, tan concentrado en ese

punto, apenas giraba a su alrededor; me faltaba contorno para envolverla.

Aquellas voces traspasaban todos los límites. Yo estaba contento de llevar a los dos figurantes pegados a mí; nos encontrábamos en la entrada trasera de la Gran Sala del Jurado. En mi vida anterior había visto entrar a unos cuantos por aquel pasillo desde el otro lado. Entonces nunca se me ocurrió pensar que alguna vez podría ser yo quien viniera de frente.

Entramos en la sala y supe que ya estábamos en el aire. Tantas luces juntas solo las había visto en mis fantasías, cuando me imaginaba el cielo de niño. Sin embargo, todo ese alboroto correspondía a mi idea del infierno. El ruido que me envolvía era tal que engulló toda la histeria y se colapsó; yo ya no podía oír más que un zumbido generalizado que sonaba a alta frecuencia. Conté los pasos que me llevaron hasta el banquillo de los acusados: catorce. La mayoría de los asesinos tenía que recorrer más; atravesaban la sala chocando y tropezando, a algunos incluso los entraban a rastras. Cuando trabajaba como reportero de sucesos, siempre les miraba a los pies; era incapaz de mirarles a la cara mientras los metían en la sala para su ejecución mediática. De haberlo hecho, me habría sentido culpable.

Los focos de las cámaras, que me buscaban y me encontraron, me hacían daño en los ojos; así es que pude cerrarlos sin que nadie me lo tomara a mal. «Ante todo, no sentir», pensé. Confundido entre gritos estridentes, pude entender en varias ocasiones mi nombre: «¡Eh! ¡Haigerer!», «¡Aquí, Jan!», «¡Jan, mira aquí!». Yo intentaba poner gesto amable, quería ser un buen excompañero.

Entre otras cosas, también escuché: «¿Cómo te encuentras?», «¿Estás enfermo?», «¡Di algo!», «¡Unas palabras, por favor!» y «¿Vas a salir absuelto?». Reconocí algunas voces, familiares antes, que no había echado de menos en todo este tiempo. Uno gritó: «¡Señor Haigerer! ¿Qué ha desayunado usted esta mañana?». Era una pregunta que les gustaba mucho a los periodistas; no importaba si se trataba de asesinos o de ciudadanos respetables, todos tenían su desayuno. A mí me hizo ilusión que me plantearan aquella pregunta; era tan banal que me sentó bien, así es que les devolví la pelota a mis compañeros con un «té y biscotes». De repente, cien periodistas escribían en sus cuadernos de notas al mismo tiempo las palabras «té y biscotes».

Ante mis ojos se disputaron cruentas peleas para hacerse con un buen sitio. Los fotógrafos querían acercarse más a mí; les faltaban unas buenas instantáneas en las que se me vieran con más claridad los pelos de la nariz. La policía, por su parte, intentaba hacer retroceder a los cámaras que se defendían haciendo uso de sus pesados aparatos. Todo el mundo estaba haciendo su trabajo y todos estaban dispuestos a dejarse allí la piel. Yo ni siquiera era imprescindible. Las contiendas seguirían adelante por un motivo u otro; que yo hubiera cometido un asesinato era solo una excusa más, y eso me tranquilizaba bastante la conciencia.

Le abrieron paso a un tipo con pinta de necesitar asistencia social, él me puso la mano en el hombro y yo sentí cómo se fundía sobre mi cuerpo. Ah, claro, se trataba de mi abogado; tenía que colocarse a mi lado y necesitaba que lo resguardaran de la jauría. Cuando alguien tenía miedo y llevaba varios días comiendo demasiado, despedía un olor bestial; a pesar de todo, yo me incliné para saludarle y le hablé al oído: «Me alegro de verle, letrado», le dije, o alguna tontería por el estilo. Me sentí miserable; ahora su madre tendría que verlo por televisión codeándose con un asesino.

Se le veía desesperado, me gritó una pregunta al oído y yo no entendí nada; pero asentí.

Probablemente me había preguntado a ver si me había mirado la defensa. Siempre me preguntaba lo mismo. Hasta entonces, cada vez que lo hacía, yo le había respondido con un «todavía no». Después añadió algo más, de lo que solo entendí «del delito que se le imputa». Seguramente quería saber si iba a declararme culpable del delito que se me imputaba. Asentí vehementemente y le di unos golpecitos en el antebrazo para darle a entender que todo iba bien. Inhaló en busca de aire, como si estuviera olfateando el ambiente, y yo estuve a punto de aflojarle el nudo de la corbata. Pero... yo no era su padre.

Cesó el alboroto, la luz se hizo más tenue, y el bombardeo de *flashes* se dirigió hacia el estrado de la jueza. El que creía que iba a nevar me quitó las esposas, el que ya no esperaba que nevara me indicó que podía separar las manos y dejarlas caer a los lados del cuerpo; pero yo decidí mantenerlas juntas, arteria contra arteria, seguir preso de mí mismo. Así estaban las cosas y esa era mi responsabilidad.

—Se ruega a los fotógrafos y a las cámaras de televisión que abandonen por favor la sala — anunció por megafonía una voz muy agradable. Era Anneliese Stellmaier, la jueza. Estaba sentada en mi diagonal, a unos siete metros de mí, a la izquierda, en el centro de la escena. Yo no me atrevía a girar la cabeza para mirarla. Me daba vergüenza pensar que ya nos conocíamos, que ella me conocía de otra manera.

De momento había logrado no reconocer a ninguna de las trescientas personas que debían de estar mirándome en ese momento, no percatarme de su presencia; tenía los ojos abiertos, mirando fijamente hacia el centro, pero no percibía a nadie. A mi derecha, público y periodistas; bien podría haber una docena de filas de diez personas. En los palcos y reservados que había sobre ellos debían de estar los invitados de honor; era muy probable que allí se encontrara, entre otros, Guido Denk, mi exeditor. Quizás estuviera incluso sentado junto al presidente de la Audiencia, que le sonreiría para infundirle ánimo.

Inmediatamente detrás de mí, sudaba mi abogado. Lo reconocí por el olor. Los que estaban a su izquierda debían de ser los peritos. Y ya fuera de mi visión, en el ángulo muerto, se encontraba el lugar que debía ocupar el fiscal. A unos cinco metros delante de mí estaban sentados los miembros del jurado dispuestos en dos filas, una situada a mayor altura que la otra. Para mí no eran más que figuras borrosas que se confundían entre sí, aunque pude reconocer vagamente que había más mujeres que hombres. Habría preferido que fuese al revés.

Todas las voces se silenciaron al mismo tiempo, con lo cual nos ahorrábamos unos segundos, como en los rodajes, donde el tiempo vale oro. La mayoría de los que estaban allí conocían el significado de la palabra «juicio» más por las películas americanas que por la vida real. En realidad, sabían más de cine que de la vida real. En las películas, las verdades se servían con un envoltorio llamativo y, en consecuencia, resultaban más fáciles de reconocer que las puras y simples verdades que poblaban la realidad. No se podía meter todo en el mismo saco; había uno para lo bueno y otro para lo malo y, aunque reposaran uno junto al otro, aunque en el desarrollo de

la acción, para aumentar la tensión, se escondieran o se intercambiaban los sacos varias veces, su contenido nunca podía mezclarse; no había público en el mundo que pudiera aceptar tal cosa.

Stellmaier me preguntó si sabía lo que me hacía; y no se refería al asesinato, sino al proceso. Tenía en la mano varios informes médicos que ponían al juzgado en la tesitura de tener que aplazar el juicio. Tenía diagnosticada una gastritis grave, un nivel preocupantemente bajo de azúcar y otros valores sanguíneos tremendamente alterados. Yo insistí en el hecho de que no estaba enfermo y que, teniendo en cuenta las circunstancias, me sentía bien, que, fuera como fuese, me encontraba totalmente capacitado para enfrentarme al juicio, le dije. Desgraciadamente no pude evitar que en algún momento me flaqueara la voz.

Entre los miembros del jurado se dejó sentir cierta inquietud. En la primera fila, la tercera persona empezando por la izquierda ladeó la cabeza. No me quedó más remedio que mirar: era una señora mayor que me recordó a mi madre y me miró como si yo le recordara a su hijo. Hice un esfuerzo para evitar sonreírle, porque de manera espontánea me salía decirle: «Tranquila, que va a salir todo bien, mamá». Por suerte logré dominarme y dejar de mirarla, esperando transmitirle la impresión de ser un tipo con mucha sangre fría. No podía permitir que me apreciaran. Y no podía permitirme ningún sentimiento. Dos mandamientos a los que me atendería estrictamente en los próximos días.

Se inició oficialmente el juicio.

—Vamos a intentar llevarlo a cabo con normalidad por deseo expreso del acusado, siempre bajo presencia médica —anunció la jueza.

En toda la sala se pudieron escuchar los murmullos de agradecimiento de mis excompañeros de profesión; un juicio suspendido habría supuesto para ellos una catástrofe. Habían tenido que luchar para conseguir unas líneas o unos segundos en televisión; con qué iban a llenar si no todos esos huecos que quedarían libres entre los anuncios, qué iban a poner en ese tiempo de emisión.

Anneliese Stellmaier empezó entonces, como de costumbre, con las cuestiones administrativas. Era como rellenar un formulario, pero de manera oral. Le confirmé que mi nombre era Jan Rufus Haigerer, nacido el 18 de julio de 1961, de nacionalidad austriaca, hijo de Hildegard y Berthold, ambos fallecidos, sin hermanos.

—¿Estado civil?

—Soltero —dije.

—¿Con residencia...?

Una manera fascinante de plantearle la pregunta a un preso. Estuve a punto de responder que sí, que tenía residencia; pero estaba claro a qué se refería, así es que me limité a darle mi dirección.

¿Formación escolar? Sí, había ido a la escuela, era un buen chico, como bien podía comprobarse. Tenía la educación básica y el Bachillerato.

—¿Con matrícula de honor? —me preguntó Stellmaier. ¿De dónde había sacado esa información?

—Sí, con matrícula de honor.

Ví cómo movía la cabeza hacia un lado y la levantaba haciendo un gesto hacia donde se encontraban los miembros del jurado. Y diez semestres en la Facultad de Filología: Germánicas.

—¿Terminó la carrera?

Sí, la había terminado. Siempre terminaba todo. Para engañarme, para que pareciera que tenía algún sentido.

¿Trayectoria profesional? «Trayectoria», qué palabra tan bonita y tan honesta. Avanzar, recorrer un trayecto. A alguna parte llegaríamos, solo había que seguir adelante, dejar que el trayecto siguiera su curso... sin ir demasiado rápido, porque el circuito estaba delimitado; y en mi caso había sido un camino bien marcado, sin muchas oportunidades para realizar un cambio de sentido. En mi trayectoria no habían sido necesarios muchos hitos: siete años de lector en la editorial Erfos.

—¿Lector jefe? —me preguntó Stella Maier.

Sí, lector jefe. Después se produjo un giro en mi trayectoria. Un girito, tan pequeño que se podría pasar por alto: Escuela de Periodismo de Hamburgo.

—¿Terminó con matrícula?

Sí, con matrícula, pero qué tenía que ver eso con el asesinato. Me tragué la rabia, ella bajó hasta el estómago y empezó a oprimirme desde el esófago hasta la garganta.

A continuación: nueve años ejerciendo el periodismo. Reportero y redactor de la *Kulturwelt*.

—Entre otras funciones, encargado de la crónica de sucesos —sabía Stella Maier.

Yo asentí. Ella me sonrió.

—Está más que familiarizado con esta casa y con lo que aquí sucede —añadió.

—Digamos que sí —dije yo. E intenté permanecer serio; pero es que, si alguien me sonreía, no podía evitar corresponderle.

¿Ingresos? Sí, ganaba bien. Tenía ahorros, incluso acciones y unos bonos y cosas de esas. Lothar Hums, un compañero de la sección de Economía, me había estado insistiendo para que invirtiera y yo al final cedí, pero no tenía ni idea de qué valor tenían. El dinero, bien lejos; nunca me había interesado acumular, ni sabía muy bien para qué servía. ¿Cargas? ¿Custodia? No, nada. Cargar, cargaba con muchas cosas, pero no había nadie bajo mi custodia. Una pena, porque si hubiera tenido dos hijos ilegítimos y no les hubiera pasado la pensión correspondiente, la señora del jurado que se parecía a mi madre a lo mejor habría colocado de nuevo en posición recta su cabecita inclinada en gesto compasivo.

—¿Antecedentes? —me preguntó Stella Maier.

Ella, por supuesto, ya conocía la respuesta, pero seguramente varios de los miembros del jurado no tenían por qué saber que ella ya lo sabía. Yo hice como que pensaba y, por fin, tras un momento de reflexión, dije: «No, ninguno».

—Sí, aquí no constan, la ficha del registro está limpia —confirmó Stella Maier. Se giró hacia el jurado y añadió—: El acusado carece de antecedentes penales.

Y llegó el momento de las fórmulas que yo ya me conocía de memoria. Stella Maier les dio su toque personal. Dijo:

—Señor Haigerer, le ruego que permanezca atento a la evolución del proceso. No hace falta que se lo recuerde. También podría ahorrarme las recomendaciones que siguen a continuación, pero le recuerdo que su responsabilidad es realizar una declaración que corresponda a la realidad de lo ocurrido y que en nuestra jurisprudencia la confesión es el mayor atenuante para una posible

reducción de condena —parecía incapaz de zanjar el tema y añadió con cierta vergüenza—: Lo digo para que conste en acta.

## DIECIOCHO

Detrás de mí, a mano izquierda, dentro de mi ángulo muerto, el fiscal Siegfried Rehle inició su discurso. Habló unas dos horas en total, aunque en un momento determinado hicimos un receso. Quizás fuera su voz ronca de barítono, aplicando justicia sin piedad, lo que se me clavó en el estómago y empezó a horadar y a raspar, amenazando con destrozármelo. O quizás el contenido de su macrodiscurso contra mí, el criminal de buena conciencia. Fuera lo que fuera, tuve que pedir permiso para ir al lavabo. Los dos figurantes me pusieron las esposas y me sacaron a remolque de la sala.

—¿Tiene ganas de vomitar? —me preguntó el que creía en la nieve.

—No, no —dije yo—, estoy muy bien. Lo que pasa es que he tomado demasiado té esta mañana.

Nada más entrar, tiré de la cadena para que el ruido de las arcadas se confundiera con el de la descarga de agua. Después de esto, estuve escuchando a Rehle casi hasta el final. Mantuve la cabeza gacha, porque no quería que el jurado pudiera ver de frente al pobre tipo sobre el que el fiscal estaba contando todas esas historias terribles. El que ya no esperaba que nevara se inclinó un par de veces para mirarme a la cara y controlar que no me hubiera quedado dormido o estuviera inconsciente o incluso muerto.

No me giré ni una sola vez hacia donde estaba Rehle, prefería ahorrarme su visión. Para qué; ya sabía lo meticulosamente cuidado que podía llegar a estar el césped francés cuando era de color negro y formado por pelos bien cortos, organizados para cubrir perfectamente, en tupida barba, una mandíbula inferior de barbilla puntiaguda.

Su discurso de apertura era sobrio como un comunicado hecho por megafonía, carente de pasión, sin perder el control sobre el tono, evitando implicaciones emocionales. No les daba más peso a unas palabras que a otras; repetía y explicaba todo el tiempo lo mismo para que se colara como una espesa papilla en el cerebro de quienes lo escuchaban y se quedara allí adherido.

Rehle les rogó a los miembros del jurado que olvidaran todo lo que sabían sobre mí. Un gesto inteligente, por el cual me sentí agradecido. Comparó (con razón) el trabajo de los medios de comunicación con la creación de mitos y leyendas; nada de eso podía ayudar a un ciudadano lego en Derecho en su búsqueda de la verdad. Detestaba a los periodistas, como yo bien sabía, y prefirió quitárselos rápidamente de en medio; para él eran infractores crónicos, que se resguardaban tras la cobarde inmunidad que les otorgaban los medios de comunicación; embellecían, transformaban, manipulaban descaradamente la ley, desestabilizaban el sistema

judicial en vez de darle apoyo, y creaban sus propias estructuras de poder, con las cuales dominaban el mundo de la política, gobernaban el país y acuñaban el carácter de la sociedad.

«La histeria colectiva provocada por los medios en torno a este caso no me ha dejado impasible», admitió. «Y reconozco que el estado de cosas...» (Acababan de salir a colación las palabras favoritas de Rehle: «reconocer» y «estado de cosas». La primera era su función, la segunda expresión se componía de dos palabras que correspondían exactamente a su concepción de la legalidad: las «cosas» en el «estado» que les venía impuesto por las circunstancias, objetivamente, sin dejar resquicios abiertos a lo emocional.)

«Y reconozco que el estado de cosas alimenta todo tipo de reacciones corrosivas», dijo. «Un ciudadano recto, honrado, decente, trabajador, establecido, bien situado, con una buena formación y éxito en el mundo laboral, una persona íntegra», dijo nombrando solo una pequeña parte de las cualidades que me estuvo atribuyendo durante dos horas. «Ese hombre relajado, amable, atento, educado, siempre sonriente», ¿yo estaba siempre sonriente?, «ese hombre que aparentemente no podría hacerle daño ni a una mosca ha cometido un acto del que ninguna persona con dos dedos de frente lo habría creído capaz». Yo mismo no me veía capaz, había tenido que obligarme a hacerlo.

«El peor acto que puede cometer un ser humano, el mayor crimen para nuestra sociedad occidental civilizada.» Unas décimas de segundo para respirar. No era una táctica, es que, en el mejor momento se le había apagado el motor que producía el zumbido constante. «Ha cometido un asesinato, el atentado más brutal, cruel y terrible de los que reconoce nuestra ley, el delito para el que están prescritas las más duras condenas, incluida la cadena perpetua», dijo. Yo lo interpreté como un resumen anticipado del resultado del proceso y asentí vehementemente.

«La cuestión que se nos plantea ahora a todos es: ¿por qué lo hizo?», continuó. Yo cerré los ojos con fuerza, me sentía como si tuviera erizos en el estómago. Si los animalitos continuaban por ese camino, ¿podrían acabar produciéndome un infarto de miocardio? «Permítanme que, de momento, deje a un lado esa cuestión.» Permiso concedido. «Permítanme que yo no considere tan relevante esa pregunta como pueda parecer a primera vista.» Permiso concedido. Los erizos de mar volvieron a recogerse tímidamente. En la zona que había a mi derecha, donde estaban sentados los periodistas y el público, se pudo escuchar una serie de murmuraciones que cesaron de inmediato.

«Atendamos al estado de cosas, dejemos que los hechos hablen por sí mismos», les pidió a los miembros del jurado. «Un hombre ha sido asesinado de un balazo disparado a corta distancia cuando estaba entrando en un local de ocio. Y quien se encontraba en poder del revolver con el que se efectuó el disparo está sentado ahora en esta sala.» Las últimas palabras me taladraron la región posterior izquierda del cráneo. Probablemente, al pronunciarlas, Rehle se había dirigido directamente hacia mí. «¿Para poder probar su culpabilidad tenemos que entender el porqué de este acto?» No, no tenían que hacerlo. «No, en principio no tenemos por qué comprenderlo; porque tenemos una confesión completa que excluye cualquier supuesto de legítima defensa o muerte accidental e incluso la participación de uno o más cómplices o implicados.» Firmada más de una vez. «Y el acusado la ha firmado de su puño y letra en varias ocasiones, confirmando así los hechos.» Sin contradicciones. «Sin entrar en ningún momento en contradicciones. Todas sus declaraciones coinciden.» La pistola. «Y además tenemos la prueba determinante de su

culpabilidad: el arma homicida, que era propiedad del inculpado, que se encontró en su posesión y que solamente tenía sus huellas, solo las suyas...» ¿Dónde estaba Helena? ¿Estaba sentada entre el público? ¿Me amaba?

«Si me lo permiten, a continuación leeré solo las últimas palabras que pronunció el acusado durante su declaración ante la policía.» ¿Me amaba? «Dice: “Para terminar, yo, Jan Haigerer, declaro categóricamente que planeé el crimen hasta el último detalle con varios días de antelación, que cometí el asesinato premeditadamente, que no estaba borracho ni confuso ni atravesaba ningún estado que disminuyera mis facultades mentales; que sabía perfectamente lo que me hacía. Sobre la víctima no tengo nada que decir. Sobre el móvil para el asesinato hablaré más adelante”.» ¿Me amaba o solo pretendía averiguar por qué yo había hecho lo que había hecho?

«Estimados miembros del jurado, la fiscalía entiende que el acusado, Jan Rufus Haigerer, cumple todos los requisitos para ser condenado según el artículo 75 del Código Penal. Al final de este proceso tendrán que declararlo culpable y condenarlo por asesinato. De hecho, desde el punto de vista de la acusación, con todos estos datos, ustedes ya tienen hecha buena parte de su trabajo.» ¿Habrá descubierto por qué lo hice?

«Como reto psicológico, como misterio policiaco al que hay que reconocerle, desde luego, una alta dosis de intriga, sigue presente en nuestras mentes la gran cuestión del porqué; en realidad, hay dos porqués: el móvil del delito y el por qué el acusado ha guardado hasta el momento un silencio inexpugnable en relación con este tema. Pero ninguna de estas respuestas es indispensable para tomar la decisión sobre su culpabilidad o inocencia; podrían ser relevantes, tal vez, a la hora de decidir la dimensión de su condena. Quizás quiera el acusado respondernos mañana...» ¿Me amaba? ¿Por qué me había llevado a su casa? ¿Le daba pena? ¿Quería hacerme un regalo sexual? ¿De verdad quería ella solo sexo? «... quiero prevenirles cuanto antes, señoras y señores. Juzguen ustedes según el estado de cosas y atiendan a la razón, no se dejen influir por sentimientos engañosos, no dejen que les confunda su apariencia, la simpatía y timidez del acusado. No sientan compasión por él. Quien es capaz de elaborar a sangre fría un plan para cometer un asesinato, y además llevarlo a la práctica con tanta frialdad, pierde el derecho a todo sentimiento de protección o empatía...»

Una voz desconocida, de hombre, acabó de un golpe con el abejorro que me zumbaba dentro del cráneo.

—Disculpen, pero creo que el acusado no se encuentra bien.

Procedía de las gradas del jurado. Noté cómo mis dos acompañantes, a derecha e izquierda, se sobresaltaban y reaccionaban agarrándome para ponerme en pie. Pensar en Helena no me había hecho bien. Por algo tenía prohibido sentir. Casi se me había olvidado. Me disculpé por aquel breve vahído, lo atribuí al aire tan cargado que se respiraba en la sala, y deslicé un par de miradas sobre los miembros del jurado, aunque sin enfocar con mucha precisión: la madre se frotaba los ojos. La jueza ordenó que hiciéramos un descanso y vinieron tres médicos a ocuparse de mí.

Poco después ya me encontraba mejor. Seguramente fue mi estómago, que me había provocado

una reacción alérgica a la estruendosa voz del fiscal. Desde luego, había tonos que hacían vibrar los amplificadores de las cadenas musicales más caras del mercado.

—Rehle es un cabronazo —me susurró al oído el que creía en la nieve.

Yo intenté poner un gesto que contradijera su opinión.

—Un auténtico cerdo —dijo el que ya no esperaba que nevara.

Yo asentí. Más o menos auténticos, como cerdos nos comportábamos todos. Cada uno a su manera; porque, en realidad, había pocos a los que se les pudiera achacar un comportamiento porcino en sentido literal.

Thomas Ertl, mi defensor, lo era solo de palabra. Y eso me ponía casi tan nervioso como a él, me hacía sentir como si fuera el padre de un niño que tenía que recitar un poema para la gran fiesta de aniversario del colegio y no se lo había aprendido; y yo no me había dado cuenta hasta que no me había puesto a repararlo con él justo antes de la representación. Me preguntaba si debía recordarle a Ertl que existía una cosa llamada desodorante que reducía notablemente los efectos del sudor y que, además, hoy en día, en liquidación se podían adquirir camisas buenas de lino y de algodón a precios más que asequibles, casi tan baratas como las camisas de cuadros de mezcla de poliéster que se compraba él en el hipermercado, que multiplicaban por tres el olor corporal. Y ya estaba a punto de decírselo. Quizás el siete de marzo no iba a ser un día tan bueno como parecía.

Era su turno. Ertl empezó a hablar en voz baja. El sonido de hojalata de su voz se perdió entre la agitación de la sala. Aparte de mí y de los dos figurantes, nadie se dio cuenta de que ya había empezado a hablar. Por suerte. Hablaba sobre inmuebles; no es que se los ofreciera en venta a los miembros del jurado ni que se estuviera recomendando como representante legal para cuestiones relacionadas con el sector; se estaba esforzando por explicar qué se le había perdido a él, un experto en derecho arrendaticio, en una gran sala de juicios con jurado, inmerso en medio de lo que se había dado en llamar «el juicio del año»: nada; allí el único perdido era él.

Pero el hecho era (y en ese momento ya había varias personas escuchando) que «todo acusado tiene derecho a un abogado», lo cual, desde luego, no significaba que un homicidio no fuera un acto reprochable. Esa era su opinión. Él era la última persona capaz de «encontrar para un acto criminal que implica violencia el más mínimo atisbo de comprensión ni de aportar una palabra de disculpa». (Como si se hubiera esforzado por conseguirlo.)

«A día de hoy sigo sin entender por qué no ha contratado los servicios de un abogado de su elección», confesó. «Cuando se trata de un asunto en el que está todo en juego, las costas del abogado deberían ser lo de menos», se quejó. «Y además, todos hemos podido escuchar que mi cliente dispone de dinero en efectivo.»

Reconoció que no se había metido en el caso por voluntad propia, que simplemente le había tocado en suerte ser mi asesor en ese momento. Reconoció que no se encontraba a gusto en absoluto en su pellejo. Reconoció que de momento había fracasado estrepitosamente en todos sus intentos por entablar una relación conmigo. De repente en la sala reinaba silencio absoluto.

«No consigo acercarme a mi cliente», dijo. Y lo hizo con voz llorosa, obteniendo así un minuto de reflexión para aliviar su propia confusión.

Yo entonces osé hacer, con toda precaución, mis primeras incursiones con la mirada en la zona reservada a los miembros del jurado. En la parte de atrás, a la izquierda, luciendo un collar de

perro de oro, se encontraba un productor de cine porno; seguro que era defensor de la pena de muerte, le daba igual de qué caso se tratara. En la primera fila, a la derecha, me llamó la atención una señora, maquillada como si tuviera veinte años menos, que llevaba unas gafas muy grandes; movía la mandíbula inferior mascando chicle con intensidad, destrozando la goma de mascar y haciéndola salir de la boca a intervalos para después volver a recogerla con la lengua y continuar mascando. Probablemente fuera la portavoz de todos los movimientos que había en su barrio para echar de allí a los emigrantes. Estos eran los dos miembros del jurado que miraban hacia otro lado, aburridos, apáticos o, quizás, simplemente superados por la situación. Podría haber apostado a que para entonces ya sabían cuál iba a ser su veredicto.

A los otros seis solo me atreví a mirarlos furtivamente, porque me sentía totalmente observado por todos ellos: con decisión, pero de una manera que me resultaba demasiado blanda. Incluso me dio la impresión de que habían movido la tarima para acercarse unos metros más a donde estaba yo. Pero, por lo menos, mamá había enderezado la cabeza; eso me tranquilizó.

Erlt continuaba confesándose.

«Tengo que reconocer que no tengo la menor idea de qué sucedió exactamente aquel sábado de octubre por la noche en el Bob's Coolclub.»

También tenía que reconocer que, de momento, no se le ocurría ningún argumento jurídico con el que poder echar por tierra la solidez de los cargos por homicidio que se me imputaban. Aquel «de momento» me inquietó un poco, pero me pareció que podía ser un buen final para su discurso inicial. Tampoco se había defendido tan mal; seguro que la experiencia le infundía ánimo para salir adelante en los próximos días, que seguramente serían más desagradables y en los que él probablemente no tendría mucho que decir.

«Para terminar, solo quiero señalar que tengo un argumento personal, algo que mi madre me ha enseñado desde que era pequeño», (aunque ella se encontrara en esos momentos exultante de orgullo y fuera a premiarlo esa noche preparándole su cena favorita: ¿era necesario ese comentario?), «y que es en parte lo contrario de lo que acaba de mencionar el honorable señor fiscal hacia el final de su ponencia». ¡No, por favor! Los erizos empezaban otra vez a darme punzadas en el estómago. De momento, por suerte, con agujas blandas y sin punta. «Thomas, me decía mi madre, si miras a un ser humano en lo más profundo de sus ojos, descubrirás si es una buena o una mala persona.»

Me giré hacia él y le miré profundamente a los ojos. Yo era una mala persona pero él era incapaz de verlo; estaba concentrado en su frase final.

«He mirado a mi cliente a los ojos más de una vez y, aunque en este momento no puedo aportar mucho al esclarecimiento de los hechos relacionados con este terrible caso y las misteriosas circunstancias en las que se produjo, sí puedo decirles algo sobre lo que no tengo ni la más mínima duda: señoras y señores, Jan Haigerer es una buena persona. Estimados miembros del jurado: compruébenlo ustedes mismos. Sumérjanse en lo más profundo de su mirada y, cuando lo hayan hecho, atiendan a lo que les diga la razón.»

Yo mantuve la cabeza inclinada pero la moví de un lado a otro en señal de protesta y empujé a mis acompañantes hacia un lado arrancándoles así a ambos un gesto indignado. Aquello no era más que efectismo barato; mirando a alguien a los ojos solo se podía averiguar el color de su iris,

el tamaño de sus pupilas y el estado de su embriaguez; todo lo demás no eran más que patrañas.

«Muchas gracias por su atención», dijo Ertl.

Yo estaba enfadado con él, pero le tenía estima porque era buena persona.

Cuando me trajeron de vuelta del baño, el juicio por asesinato se aplazó para el día 8 de marzo a las nueve de la mañana.

## DIECINUEVE

Aquella noche la bombilla de 40 vatios de mi celda parecía muerta de agotamiento; yo me reduje bajo ella e intenté hacer algo bueno para el día siguiente. Me comí cinco plátanos medio podridos que ya tenían la cáscara casi negra, me tomé todos los jarabes y polvos que me habían recetado los médicos semanas antes, masqué pan viejo y seco, hice migajas un pastel arenoso que tenía y me lo embutí en el gaznate, y me atreví con una tableta de chocolate negro regada con infusión de manzanilla; todo para recuperar la elasticidad habitual de mis intestinos. Y, al menos desde dentro, tuve la impresión de haberlo conseguido.

Entonces invité a los dos vigilantes que estaban de servicio a que se tomaran conmigo una taza de café. Fue un terrible error; pero en esa situación no se me ocurrió nada mejor. No quería estar allí solo y el precio que tuve que pagar por tener compañía fue dejar que se colaran en mi celda mis eternos archienemigos: los titulares del día. Los funcionarios aceptaron sumisos mi invitación, me trajeron la edición vespertina de todos los rotativos y me los colocaron con orgullo delante de las narices. Yo los rechacé, pero ellos siguieron en sus trece y me obligaron a hacerme cargo de mis trofeos.

Aquel día yo era para ellos un héroe, más notable que cualquiera que hubiera recibido un Oscar y más significativo para la historia que alguien que hubiera servido de enlace y fracasado en las negociaciones con Oriente Próximo; porque mi proceso les había arrebatado a ambos la portada y mis fotos eran el doble de grandes que las suyas y mis titulares estaban estampados con letras el doble de anchas.

«Golpe de efecto en el juicio del Coolclub», lo titulaba el *Anzeiger*: «El fiscal quiere imponer al jurado la pena de muerte». El comentario a pie de foto rezaba: «Perro de presa tras la liebre: Siegfried Rehle a la caza de Jan Haigerer». En el mismo tono informaba también el *Tag aktuell*: «Primer día de juicio para el proceso del año. El fiscal se pone en ridículo pidiendo una pena desmesurada. El débil estado de salud del imputado hizo que se desmayara en dos ocasiones».

Los que llevaban la batuta en el mundillo de la prensa de bulevar, los del *Abendpost*, como era de esperar, se había esforzado al máximo por informar con objetividad: «Los expertos en juicios coinciden: un asesino no tiene esa pinta», gritaba el titular de la primera página. Bajo él, retazos de palabras impresas en negrita: «Jan Haigerer, muy afectado tras su estancia en prisión. Demacrado, en los huesos —después de meses alimentándose a base de té y biscotes—, supo mantener sin embargo una amable sonrisa en los labios. El acusado hizo gala de su simpatía a diestro y siniestro y su torpe abogado de oficio logró despertar nuestra compasión. El primer día

de juicio ha estado marcado por los ataques malintencionados del fiscal y una dura crítica contra los medios de comunicación del país. El hecho de que no haya un móvil parece no molestar en absoluto a la acusación, el vanidoso señor D. Siegfried Rehle. Encuentren más información en este ejemplar. Habla en exclusiva la reportera del *Abendpost* Mona Midlansky, íntima y confidente del acusado: “Mi amigo Jan romperá hoy su silencio”. El gran proceso en imágenes, con análisis y comentarios. Páginas 3 a 10».

Lo que más me llamó la atención fue el *Kulturwelt*. Un periódico que acostumbraba a informar con seriedad utilizaba como titular la presuntuosa frase de mi abogado, que a mí me parecía insoportable: «Haigerer es una buena persona». Con el comentario: «El abogado de oficio dejó perplejo al tribunal con un discurso de tono sentimental. Los cargos por homicidio presentados contra el famoso reportero del *Kulturwelt* se tambalean». Estaba casi seguro de que esas palabras las había dictado el propio Guido Denk en persona. «Más información en la página 7: Un hombre que solo merece aprecio. Estudio psicológico de un ser meditabundo y siempre amable. Jan Haigerer, tal y como lo conocen de cerca sus compañeros...»

Al acabar este traumático repaso a la prensa, los funcionarios me pidieron que les firmara los ejemplares de los periódicos. Yo me vi castigado por mi propio cinismo, sonreí y le puse sello y firma a mi crimen con las infamias de mis antiguos compañeros de profesión, acto con el cual se me revolvió el estómago y la papilla de plátano me subió a la garganta. Pero tragué. Una vez más. La última. El siete de marzo había sido un buen día; ya lo sabía yo.

Durante la noche tuve pesadillas con Helena. Cuando me desperté, estaba a punto de gritar de miedo porque me había delatado. Por qué tenían que haberla utilizado precisamente a ella de señuelo. La bombilla emitía una luz tan débil que me obligó a levantarme. Y la papilla de plátano acabó precipitándose sobre el lavabo. El vómito fue liberador; cuando me encontraba vacío me sentía más cerca de mí mismo, y todavía tenía unas horas para recuperarme: empecé con treinta flexiones; o quizás me equivocara al contar y fueron solo trece antes de que mis brazos se desplomaran y se negaran a continuar con el trabajo. Después me leí a conciencia los prospectos de todos los medicamentos que tenía y me tomé la dosis más alta recomendada de cada uno de ellos. Y volví a intentarlo con un plátano. Me había convertido en campeón mundial de «trago sin masticar», pero tenía que seguir entrenando porque me fallaba la retención. Quién sabe, quizás para el próximo asesinato... (era una broma). Me reí frente al espejo y me asusté; tenía que reconocer que en las últimas semanas había descuidado un poco mi aspecto físico, pero nunca me habría imaginado que pudiera llegar a parecerme tanto a Keith Richards.

Al mayordomo que pasó a desearme los buenos días a las seis de la mañana le pregunté si no podría arreglarme una cita con un peluquero. No le pareció malo el chiste, viniendo como venía de un presunto asesino a punto de enfrentarse a su segundo día de juicio. Logré convencerlo de que, si se lo preguntaba, era porque para mí, que nunca pedía nada, aquello era una necesidad perentoria.

—Como quiera —me dijo—. Voy a traer mis tijeras.

En el desayuno hice un esfuerzo y me tomé tres rebanadas de pan tostado, pero me deshice del

huevo y la mantequilla y dejé la cáscara y el papel del embalaje encima de la bandeja para que el médico se llevara una buena impresión sobre mi estado físico y mi alimentación. Con el afeitado fui más meticuloso que de costumbre y dejé que la pasta de dientes actuara en la boca durante más tiempo de lo habitual.

Tenía un traje gris oscuro metido en una funda procedente de la lavandería de la prisión. No la había abierto, así es que no tenía ni idea de si realmente era mío; pero me quedaba bien. Lo cierto es que los pantalones se me sujetaban en la cadera y resultaban un poco bajos; pero, solo dos años antes, eso había sido la última moda. Me puse una camiseta negra debajo y osé ponerme otra vez frente al espejo: excelente. Me sentí satisfecho. Ya no era Keith Richards; ahora me parecía más a Nick Cave.

Al médico del centro le bastó.

—Hoy me gusta más su aspecto —dijo. Él a mí seguía sin gustarme, pero le sonreí—. No se exija demasiado —le pedía el médico al asesino—. Si le da otro colapso, me la cargo.

Los figurantes vinieron a buscarme a las ocho y media. Me saludaron cordialmente y fueron especialmente cuidadosos al ponerme las esposas para no pellizcarme ni enganchar ningún pelo. Me condujeron hasta la sala de arrestos, llevándome por los pasillos de la prisión como si estuviéramos haciendo el paseíllo. Todos los uniformados que nos encontramos por el camino los festejaban como si fueran un par de pescadores que habían conseguido hacerse con un pez gigantesco y ahora hacían su presentación pública. Y ellos no escondían el orgullo que sentían al estar a mi lado. Ya había pasado el Carnaval y nuestro país no solía tener mucho que ofrecer: algún alud de vez en cuando, un par de atracos, una colisión múltiple en la autopista de tanto en tanto pero, aparte de eso... Estaban todos encantados con mi existencia y todo el asunto del Coolclub.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó el que creía en la nieve.

—Bien, gracias, sigo con vida —le dije yo malgastando mis palabras.

—¿Hoy va a dar alguna explicación? —preguntó entonces el que ya no esperaba nieve. Y yo hice como que no había oído la pregunta.

—¿Qué tiempo hace afuera? —pregunté.

—Frío —respondió uno.

—Es probable que nieve —añadió el otro. Precisamente el que antes esperaba lo contrario.

—Entonces podemos estar contentos de estar aquí dentro —dije yo. Y me reí como Jack Nicholson en *El resplandor*. O al menos al hacerlo me acordé de una de las escenas de la cinta. Ambos se rieron conmigo; probablemente no conocieran la película.

—Señor Haigerer, usted sabe cuál es la primera pregunta que voy a formularle —dijo Anneliese Stellmaier.

A mí me gustaba su voz, su noble tranquilidad y el recogido simétrico que se hacía con el pelo, enrollando alrededor de la cabeza una larga trenza que parecía un turbante de color gris plata. Ahora estaba sentado frente a ella, en mitad del escenario, tras lo que denominaban el estrado de testigos, que era como un atril con un micrófono donde había un espacio para tomar notas al cual

se podían agarrar con las manos los acusados cuando cometían algún desliz y los testigos cuando ya no tenían nada más que decir.

Detrás de mí murmuraba el público. A mi derecha prestaba atención el jurado; y lo hacían tan concentrados, que yo podía escuchar su escucha. Más o menos a mi izquierda estaba sentado el fiscal. Lo vi entonces por primera vez; nos dirigimos un saludo moviendo la cabeza y cerrando los ojos en señal de respeto. Yo me sentí decepcionado: le faltaba media cara; le faltaba la barba. Quizás su mujer prefiriera verlo en los periódicos con la cara despejada.

—Sí, señoría, me declaro culpable del cargo de asesinato —dije yo con una fuerza impresionante en la voz. La sala entera tembló; estaba abarrotada, olía a aglomeración y se echaban de menos unos toques de aroma de palomitas y cacahuets. Era como si yo hubiera metido el gol decisivo en una final en la tanda de penaltis después de la prórroga.

Anneliese Stellmaier suspiró y giró la cabeza a ambos lados sucesivamente para intercambiar miradas con los dos compañeros que la flanqueaban. Uno de ellos se llamaba Helmut Hehl, daba la impresión de que sufría de cansancio crónico y le faltaba tan poco para jubilarse que miraba el reloj cada dos minutos para ver si ya había llegado la hora. Yo nunca lo había oído hablar y tampoco tenía la impresión de que él escuchara mientras hablaban los demás; sin embargo, no paraba de abrir la boca y estirar los labios, como si fuera sordomudo y tuviera miedo de que lo descubrieran en las pocas semanas que le quedaban de servicio. Hehl levantó las manos de la mesa un par de centímetros y a continuación las dejó caer. De esta manera pretendía decir: «¿Qué le vamos a hacer?»

A la izquierda de Stellmaier estaba sentada Ilona Schmidl, a la que se le atribuía una relación con el presidente del colegio de abogados. Se rumoreaba que los había pillado la secretaria encima de la mesa del despacho de él. «¡Ay, qué guarrindongo eres!», decían que le gritaba ella con deje infantil. Durante semanas fue la comidilla entre abogados y periodistas en la cafetería de los juzgados y, según fueron pasando los días, la frase fue evolucionando hasta convertirse en: «Dame lo que más me gusta, guarrindongo, cachondo». Y al decirla todos se imaginaban los michelines desmesurados del presidente del colegio desparramados sobre su escritorio y el rostro negociador de la ultraconservadora Ilona Schmidl; y no podían parar de reírse. Resultaba interesante observar en qué circunstancias nos gustaba imaginarnos a personas a las que ni siquiera conocíamos y cuánto de nosotros quedaba plasmado en esas fantasías.

Schmidl también levantó las manos pero no las dejó caer a continuación, sino que las utilizó para remover el aire mientras torcía la boca; boca que, por cierto, lucía un rojo extremo para la ocasión dándole el aspecto de un personaje de cómic. De esta manera pretendía decir: «No podemos hacer nada».

—De acuerdo, pues entonces empezaremos desde el principio —dijo la jueza. Le salió la voz rasgada; todavía no había digerido el *schock*, me había considerado una persona decente hasta el último momento. Lamenté mucho tener que decepcionarla; sobre todo tratándose de ella.

¿Recuerdos de infancia? ¿Tenía que pasar por eso?

—Todas esas cosas han quedado ya muy lejos —me disculpé de manera preventiva.

Me había propuesto no soltar respuestas idiotas. Me vino a la memoria una excursión al bosque cuando yo tenía cinco años: me perdí y, cuando me encontraron, algunas horas después, mi vida ya estaba arruinada y mi estado psicológico deteriorado.

¿Recuerdos de mi época escolar?

—Nada emocionante, señorita —dije. Pude escuchar cómo el público murmuraba por detrás, probablemente estaban esperando que se produjera alguna escena como las que aparecen en las películas de Hitchcock—. Navidades: un árbol pequeño, pocos regalos, pero la mayoría de las veces una atmósfera agradable —mentí—. Pascua: huevos de colores. Mi cumpleaños: con tarta. La comunión: con un cirio. Para la confirmación, un reloj. Vacaciones en compañía de mi padre y mi madre: modestas pero bonitas. Vacaciones solo con mi madre: modestas, pero tampoco estaban mal.

¿Cuál era la profesión de mi padre? Era profesor de Lengua alemana y de Filosofía. En su tiempo libre escribía poemas. ¿Si se publicaron? No, no, los escribía para sí mismo.

—Era muy introvertido —respondí.

¿Qué cómo era mi relación con él?

—Buena —dije—, nos apreciábamos mucho.

—Ha usado el verbo «apreciar», no «querer» —apuntó Stellmaier.

—Yo uso muy poco el verbo «querer», señora magistrada —repliqué. (Aparte de que mi padre nos abandonó cuando yo tenía siete años.)

¿Madre? Modista.

—Una mujer inteligente, sencilla y adorable —dije.

—Sus palabras resultan distantes —comentó Stellmaier.

—Falleció hace diez años en un accidente de tráfico —respondí.

Estuvieron casi dos horas hurgando en mi infancia sin obtener resultados.

Fue más duro cuando se le ocurrió intervenir al señor Benedikt Reithofer, el catedrático en Psiquiatría amigo de Guido Denk. Hasta ese momento, yo ni siquiera me había percatado de su presencia, destacaba demasiado poco sobre los notorios personajes de la Historia de la Justicia cuyos nombres resaltaban en la sala grabados en madera. Pero había llegado el momento de justificar sus honorarios y preguntó, entre otras cosas: «¿Había muchas peleas en su casa?».

—No, señor catedrático, éramos una familia tranquila.

—¿No sentía a veces rabia hacia sus padres?

—Sí, cuando quería leer en la cama, por ejemplo, y mi madre me apagaba la luz para ahorrar.

—No me refiero a eso —dijo Reithofer—. Hablo de una rabia más primaria, porque se sentía injustamente tratado por sus progenitores, que lo reprimían, que no le dejaban ser realmente libre, porque no tenía tanto dinero como el resto de sus amigos...

—Mis amigos tampoco tenían mucho dinero —repliqué yo.

Los rostros que me rodeaban se mostraban serios; no les gustaban mis respuestas pero tenían que aceptarlas tal y como eran. El psiquiatra al menos tomaba notas; así resultaba más profesional, daba la impresión de que acumulaba material para poder diagnosticar después un «nosequé agudo».

La primera parte del interrogatorio concluyó de manera desagradable. La señora del jurado

que se parecía a mi madre llamó la atención de la jueza y le pidió permiso para plantearme una pregunta. Era algo fuera de lo habitual; normalmente los miembros del jurado, legos en Derecho, no hablaban hasta el final del proceso, si es que llegaban a tomar la palabra.

—Señor Haigerer, ¿sufrió usted con la separación de sus padres? —me preguntó. Y por su voz supe que, al menos en ese momento, sufría más ella, por la separación de mis padres, que yo.

—Evidentemente no fue agradable —contesté yo—, pero mi madre lo llevó muy bien y para mí eso era lo más importante. En comparación con las escenas familiares que se vivían en casa de mis amigos, yo no vivía nada mal. A veces es mejor que los padres se separen en vez de seguir juntos.

Mientras pronunciaba aquellas monótonas palabras de respuesta tuve que mirarla a los ojos. Estaba conmovida. Le afectaba estar involucrada en un caso de asesinato. ¿Por qué había que confrontar a una señora tan educada y sensible, y además a esa edad, con el lado más oscuro del pacífico discurrir de los días? Ese era sitio para el productor de porno que estaba sentado en el extremo izquierdo; él sí sabía reaccionar a todas aquellas bobadas psicológicas con el desdenoso aburrimiento que se merecían. Me habría gustado tener en el jurado a ocho como él.

Pero todavía pidió la palabra uno más: un joven con jersey negro de cuello alto separado de la señora por dos asientos. Tenía la cabeza rapada al cero y llevaba unas llamativas gafitas redondas de montura verde: un estudiante de Arquitectura o quizás de Informática, aunque bien podría estar también en la Escuela Superior de Artes Aplicadas. Su mirada me infundía un cierto miedo; parecía tener un sexto sentido, poder ver un poco más allá, estar acostumbrado a resolver problemas de lógica, y no estar dispuesto a dejar de entrenar el cerebro durante el proceso.

—Señor acusado, yo tengo otra pregunta para usted —dijo. Reconocí su voz. Había sido él quien había interrumpido al fiscal el día anterior apuntando que yo no me encontraba bien—. ¿De qué murió su padre? —me preguntó.

—Se suicidó —afirmé yo al instante.

—¿Y sabe usted por qué? —preguntó.

—Tenía crisis depresivas —respondí yo.

—¿Sabe usted cómo lo hizo?

—Se pegó un tiro —contesté.

Se escuchó un suspiro liberador generalizado que procedía del público. En el descanso tuvieron que darme unas pastillas.

## VEINTE

Fue tras la interrupción cuando empecé a sentir por primera vez el terror que me provocaban sus penetrantes miradas de compasión. Solo esperaba que los medicamentos se me disolvieran de una vez por todas en el cerebro y me dejaran atontado e incapaz de percibir los ataques de sentimentalismo procedentes del exterior. Yo mismo les había dado la clave. Ahora, de repente, empezaban a sospechar, tenían una idea sobre cómo podían proceder para zafarme de la responsabilidad. Y eso los estaba poniendo impacientes; les urgía solucionar el misterio del asesinato y querían que se resolviera a mi favor. Estaban dispuestos a pasar conmigo por encima del cadáver de mi víctima, solo para protegerme. Se ponían en mi lugar y eso me obligaba a decepcionarlos una y otra vez para escapar de ellos; hasta que entendieran que no había nada que entender, hasta que aceptaran que yo era un asesino, uno de los más amables, malvados y calculadores, uno que había calculado tanto que ni siquiera necesitaba un móvil, un jugador con un triunfo en la recámara para sacarlo justo al final, cuando ya nadie se acordara de que estaban jugando, cuando el caso fuera tan viejo y estuviera tan polvoriento que ya nadie supiera cuántos años me quedaban de «perpetua».

Dos seis cero ocho nueve ocho. Mi locura no era haber cometido aquel acto, por el cual tenían que condenarme; aquel asesinato había sido la excepción que confirmaba mi locura. Mi locura era dominar las reglas de la normalidad mejor que las personas normales; así me habían educado y así había vivido.

—Volveremos a cuestiones relacionadas con su pasado más adelante, cuando empiecen a declarar los testigos —se apresuró a decir la jueza Stellmaier—. Ahora daremos un salto hacia adelante.

Yo asentí, aunque odiaba los saltos. Siempre me daba miedo el aterrizaje, porque nunca caía en blando. Pero, por suerte, yo no era una persona depresiva.

—¿Cuál era su relación con Rolf Lentz?

Yo ya había contado con esa pregunta; desde que el de la chaqueta roja se me había instalado en la cabeza. Por un lado me bloqueaba, pero por otro me aliviaba; era como si, por fin, se hubiera decidido a devolverme el disparo.

—No lo conocía. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Para mí era un completo desconocido. Lo vi por primera vez la noche del asesinato —repliqué.

Y no estaba seguro de si simplemente había pensado en voz alta, como acostumbraba a hacer; pero el vocerío que escuché a mis espaldas procedente de las gradas me demostró que la respuesta había sido audible.

—¿Y cómo se produjo la muerte de Rolf Lentz? —me preguntó Stellmaier.

Mantén la calma, seguía adelante, era una auténtica luchadora cuya resistencia pasaba desapercibida.

—Lo maté yo de un tiro —dije.

—¿Pretendía matarlo?

—Sí, por supuesto —respondí rápidamente. Y me asusté ante la crueldad de mis propias palabras: «por supuesto». Tuvieron que calmar al público que estaba sentado a mis espaldas. No me lanzaron piedras, pero yo sentí cómo me golpeaban; y me sentaron bien.

—Entonces tendrá que explicárnoslo —dijo Stellmaier. Y dirigió la mirada hacia donde se encontraba el psiquiatra. Él parecía medio dormido, como si estuviera descubriendo mi verdad en sueños, ganándose la cantidad que facturaba sin descuidar sus necesidades personales.

Algo me impulsó, en contra de mi voluntad, a observar cómo reaccionaba el estudiante del jersey negro de cuello alto que formaba parte del jurado: estaba inclinado sobre un papel; estaba tomando notas. Y a mí eso no me gustó. No me gustaba nada. Todo estaba saliendo mal. El fiscal tomó una bocanada de aire y se lo tragó; él era mi confidente, era quien compartía mis pensamientos, quien me preparaba el camino, quien completaba la parte que me faltaba hasta alcanzar el 100% de maldad. Ambos teníamos mucho trabajo por delante: teníamos que abrir paso a la justicia, sacar adelante los cargos presentados por la acusación en contra de la opinión del resto de la sala.

—No hay nada que explicar —dije yo. Sonó a obstinación. Por fin me había hecho con un par de puntos negativos. Escuché a mis espaldas varias muestras de descontento que fueron acalladas por la llamada al orden proferida por el juez Hehl, quien debió de imaginarse que peligraba su jubilación si el orden no regresaba a la sala de inmediato.

—Yo pienso que sí hay algo que explicar, señor Haigerer —dijo Stellmaier amablemente.

Completé con la mirada un semicírculo que pasaba por los inmóviles labios rojo chillón de Ilona Schmidl y me permitía echar un último vistazo a mi flanco izquierdo. Mi valiente defensor estaba agotado, hundido en su asiento, secándose el sudor de la frente. Tenía la boca entreabierta; probablemente para evitar ser sorprendido constantemente por avalanchas de su propio asombro. Le hice un gesto alentador. Ya les había pasado revista a todos y cerré los ojos por dentro, preparándome así para un nuevo salto; solo percibía la voz de la jueza y el eco de la mía propia. De esta manera intenté mantener el equilibrio; estaba preparado para el aterrizaje.

—La declaración que presentó ante la policía coincide con la que realizó ante la jueza instructora. ¿Reflejan estas declaraciones la realidad de los hechos?

—Sí.

—El suceso tuvo lugar hace ya medio año. Si hay algo de lo que ya no se acuerda, por favor diga «ya no me acuerdo», pero no declare en falso. ¿Entendido?

—Me acuerdo de todo.  
—¿Desde cuándo estaba en posesión del arma de fuego?  
—Desde el trece de septiembre del año pasado.  
—Es decir, unas cuatro semanas antes del crimen.  
—Cuatro semanas y cinco días.  
—¿De dónde la sacó?  
—La compré. En una armería.  
—¿Tiene permiso de armas?  
—No.  
—¿Por qué se hizo con esa arma?  
—Para matar a alguien.  
(Silencio. Murmullos.)  
—¿A alguien?  
—A una persona cualquiera.  
—¿Usted también es una persona cualquiera?  
—No. Yo soy yo. Una persona cualquiera es otra persona.  
—¿Pretendía suicidarse?  
—No.  
—Señor Haigerer, ¿pretendía suicidarse como lo hizo su padre?  
—No.  
—¿De la misma manera?  
—No.  
—¿Quería poner fin a su vida?  
(Silencio. Murmullos. Me tapo los ojos con las manos.)  
—¿Quiere que interrumparamos la sesión?  
—No, gracias.  
—¿Conocía bien el Bob's Coolclub?  
—Muy bien. Antes del asesinato ya había estado allí como veinte veces.  
—¿Frecuenta locales de ese tipo?  
—No.  
—¿Es cierto que en los últimos diez años no había ido ni una sola vez a un local así?  
—Sí.  
—Y entonces por qué, de repente...  
—Para preparar mi asesinato.  
—¿Su suicidio?  
—Mi asesinato. Créame, por favor.  
—¿Cómo se puede creer a alguien que calla al menos la mitad de la verdad?  
—Un asesinato no se confiesa si no se ha cometido.  
(Murmuraciones. Murmullos.)  
—Pero no hay un asesinato si no hay un móvil.  
(Silencio.)

—¿Se avergüenza de haber planeado su suicidio?

—Planeé un asesinato. Y lo llevé a cabo.

—¿Por qué?

—No, por favor.

(Silencio.)

—Así es que asegura haber planeado el asesinato con varios días de antelación.

—Sí.

—¿Cómo?

—Sentándome en el mismo rincón y observando la puerta de entrada del Bob's Coolclub. Elegí un sitio en el que no pudiera verme nadie, desde el que hubiera poca distancia hasta la puerta y donde tuviera libre la línea de tiro. Y desde allí repasé cien veces de memoria toda la acción.

—¿Para qué?

—Para estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que me saldría bien.

—¿Qué tenía que salirle bien?

—El asesinato.

—¿Se refiere al suicidio?

—¡El asesinato!

(Aquello había sido un grito. Pedí disculpas.)

—Volvamos al diecisiete de octubre.

—Sí.

—¿Qué día era?

—Sábado.

—¿Y qué tiempo hacía? ¿Lo recuerda?

—Llovía.

—Bastante deprimente, ¿no?

—En absoluto. A mí me gustan los días de lluvia.

—¿No le tocaba trabajar ese sábado?

—No.

—Era el primer sábado que no trabajaba en mucho tiempo. ¿Es correcto?

—Sí.

—Y uno pierde un poco el ritmo con estos cambios, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere.

—Se sale de la rutina diaria que le imprime el equilibrio y cae de repente en un agujero; de repente tiene tiempo para pensar y reflexionar sobre la propia vida.

—Yo no lo veo así.

—¿Cómo lo ve usted?

—O estás metido en un agujero o no lo estás; y no importa qué día de la semana sea, ni si llueve o si hace sol.

—¿Y usted estaba dentro de un agujero?

—No, yo no estaba en ningún agujero.

(Mi vida entera era un agujero; pausa.)

—¿Cuándo se despertó estaba solo?

—Siempre estamos solos cuando nos despertamos.

—Me refiero a si había alguien acostado a su lado.

—No, ya hacía mucho tiempo que no se acostaba nadie a mi lado.

—¿Por qué?

—Porque no tenía a nadie.

—¿No hubo nadie después de su novia Delia?

—No, señorita.

—Volveremos a retomar el tema en los próximos días.

(Amenaza, pálpitos, silencio.)

—¿Qué hizo ese sábado por la mañana?

—Estuve durmiendo.

—¿Y después?

—Me levanté.

—¿Y?

—Me arreglé.

—¿Para qué?

—Había quedado con una amiga. La ayudé a hacer una mudanza.

—¿Primero ayuda a una amiga con la mudanza y luego le pega un tiro a un desconocido?

—Sí.

—Una extraña mezcla de actividades para un sábado lluvioso de octubre, ¿no le parece?

—Sí, puede ser.

—Señor Haigerer, ¿a quién quiere convencer de que lo que cuenta es cierto?

—A usted, señorita. A este tribunal, al jurado, a todos. Tienen que creerme; porque esa es la verdad.

(Murmuraciones, desasosiego.)

—¿Esa amiga suya se llamaba Alexandra?

—Sí, Alex; ya no vive.

(Silencio. Murmullos. Me pongo las manos delante de los ojos.)

—¿Necesita que hagamos un receso?

—Sí, por favor.

—¿A qué hora se despidió aquel sábado de su amiga Alexandra?

—Alrededor de las seis de la tarde; ya había oscurecido.

—¿Y qué hizo entonces?

—Aparqué el coche y estuve esperando dentro.

—¿Esperando qué?

—Que pasara el tiempo.

—¿Se sentía afligido?

—No.

—¿Cómo se sentía?

—Nervioso.

—¿Por qué?

—Porque estaba a punto de cometer un asesinato.

—¿Por qué?

(No respondo. Silencio.)

—¿Dónde tenía en esos momentos el arma?

—En el bolsillo de la chaqueta.

—¿La tuvo ahí todo el tiempo?

—Sí, la había metido en un guante de lana.

—¿Por qué?

—Para camuflarla. Para que en el Bob's Coolclub no se dieran cuenta de que lo que llevaba era una pistola.

—¿A qué hora entró en el local?

—Poco después de las diez. Fui uno de los primeros clientes.

—¿Y qué habría sucedido si su mesa ya hubiera estado ocupada?

—Para evitar eso ya la había reservado con antelación.

—¿Qué hizo entonces?

—Estuve bebiendo vino: Blauer Zweigelt.

—¿Cuántos se tomó?

—De eso ya no me acuerdo.

—¿Más bien una copa o más bien un litro?

—Más bien un litro.

—Eso es mucho.

—Es que entonces aguantaba mucho.

—Después de beber tanto a uno se le puede ocurrir cualquier barbaridad.

—Bueno, a mí me parece que las mayores barbaridades se le ocurren a uno cuando está sobrio.

—¿Beber le infundió valor?

—Sí, es posible.

—¿Le dio valor para qué?

—Para cometer mi asesinato.

(Murmuraciones.)

—¿Y entonces qué hizo?

—Coloqué la pistola encima de la mesa.

—¿Para qué?

—Para tenerla en la posición adecuada.

—¿Cuál era esa posición adecuada?

—Con la boca orientada hacia la puerta de entrada.

—¿No orientó la boca del arma hacia su propia persona?

—No.

—¿Y si hay testigos que afirman lo contrario?

—Nadie puede afirmar tal cosa. No pudo haberlo visto nadie.

—¿Qué es lo que no pudo haber visto nadie? ¿Qué se apuntó a sí mismo con el arma?

—¡Apunté directamente a la puerta de entrada!

(Aquello había sido otro grito. Pedí disculpas. Iba acumulando negativos.)

—¿Y a continuación?

—Puse el dedo en el gatillo y esperé.

—¿A qué?

—A que entrara alguien.

—¿Quién?

—Mi víctima.

—¿Quién era su víctima?

—Cualquiera.

—¿Y si hubiera entrado un niño?

—A esas horas no entran niños en el Bob's Coolclub.

—¿O una mujer embarazada?

—Es un sitio de hombres, por eso lo elegí para mi asesinato.

—En cuanto tiene oportunidad, menciona la palabra «asesinato». ¿Por qué?

—Digo lo que hay, nada más.

—Además dice «mi asesinato», como si se sintiera orgulloso de ello.

—Es que estoy orgulloso.

—Suena como si su intento de suicidio hubiera sido fallido y en su lugar hubiera cometido un asesinato; usted lo considera como un golpe de suerte. (Murmullos. Pausa.) Como si quisiera justificar su fracaso con un éxito criminal que realmente cometió por error.

(Me llevo las manos a la cara.)

—¿Un suicidio fallido y un asesinato cometido por descuido?

(Noto las falanges de los dedos clavadas en la cavidad ocular.)

—¿Fue un acto reflejo para salvarse en el último segundo? ¿Giró el arma para que no le alcanzara el disparo, pero ya había apretado el gatillo y la bala alcanzó a un hombre que entraba en ese momento por la puerta?

—¡No! —grité.

—¿Y si del informe de balística se desprende que es muy probable que el arma homicida efectuara un movimiento de giro en el momento de dispararse?

—¡Pues se equivocan!

—Por favor, no grite de esa manera.

—Perdón.

(Agitación. Me tapo los oídos con los pulgares.)

—Hacemos un receso de diez minutos.

Me permitieron quedarme en el banquillo de los acusados, protegido en ambos flancos por mis acompañantes. Mi abogado me puso una mano en el hombro. Yo efectué un movimiento para desprenderme de él; aunque lo suficientemente suave como para no llegar a ofenderle. Él retiró la mano; era buena persona.

Me miraba fijamente los zapatos. Zapatos de salir. Para salir. Zapatos para la salida. Zapatos negros de piel. Piel lisa. Mates. Anchos por delante. Tenían unos cuatro años. Había ido a una zapatería y me los había comprado. Muy raro. Me los había probado. Hacía sol aquel día. Un lunes, después del trabajo. Fui a comprarme zapatos. Había acertado a la primera. Fue unas semanas después de lo de Delia. «Me los quedo», dije. Y probablemente incluso me reí; me hizo ilusión comprarme aquellos zapatos. «La caja no la quiero», dije. «¿Necesita una crema para la limpieza y el cuidado de la piel?», me había preguntado la vendedora. «No, gracias», le respondí yo. Me había comprado unos zapatos. Qué raro.

—¿Se encuentra mejor, señor Haigerer?

—Sí, señorita.

—Así es que usted asegura haber apuntado hacia la puerta del local.

—Sí, exactamente.

—¿Y qué se veía desde su sitio?

—Podía ver cómo se abría la puerta.

—¿Qué más?

—Y veía cómo entraba la gente en el local.

—Gente. Cualquiera.

—Sí, cualquier persona.

—¿Y qué más?

—Entraban y entonces yo contaba: uno, dos, tres, cuatro, cinco.

—¿Por qué hacía eso?

—Porque sabía que esa persona estaría justamente cinco segundos después en mi punto de mira. Lo había comprobado cien veces en las noches anteriores.

—Continúe.

—Conté hasta cinco y disparé.

—¿Mantuvo la mirada fija en aquel lugar?

—Cuando se oyó el disparo la aparté.

—¿Por qué?

—Porque no podía.

—¿Y antes?

—Miré fugazmente.

—¿Y qué vio?

—Unos zapatos oscuros de caballero, vaqueros azul claro y una chaqueta roja.

—¿La cara?

—No se la vi. Se la tapaba una sombra.

—Una sombra.

—Sí, una sombra.

(Pausa.)

—Una sombra —repitió Anneliese Stellmaier murmurando. Yo cerré los ojos—. ¿Y después?

—¿Después qué, señoría?

—¿Cómo se sintió usted?

—Mal.

—¿Por qué?

—Porque había matado a un hombre.

—En vez de matarse a sí mismo.

—No, por favor, señoría.

—¿Qué hizo a continuación? ¿Se entregó?

—No quise.

—¿Y eso?

—Me daba demasiada vergüenza.

—¿Por qué?

—Por mí y por el inspector Tomek. Nos conocíamos muy bien y él no me habría creído.

—¿Por qué no le habría creído?

—Porque él tenía otra impresión de mí.

—Todo el mundo tiene otra impresión de usted, señor Haigerer. Y la siguen teniendo.

—Ya lo sé. Ese es mi problema.

(Nadie dice nada. Silencio. Sombras.)

La jueza había terminado conmigo. Había llegado el turno de las preguntas. Yo apenas escuchaba pero me resultaba sencillo responder; debieron de pasar horas, y yo seguía encontrándome bien físicamente; es decir, no sabía cómo me encontraba, no lo notaba, era como si estuviera programado, como si me hubieran puesto el piloto automático. De tanto en tanto me permitía echar un vistazo a los miembros del jurado: estaban sobrecogidos, les asustaba mi mirada. Incluso en el productor de porno se podía apreciar cierta tensión debajo del bigote; la película se estaba poniendo muy interesante.

En Siegfried Rehle había sembrado mis esperanzas. Rehle era mi hombre. Él hacía como que me creía; me preguntó si había sufrido agresiones repetidas y a mí, por desgracia, no me quedó más remedio que decepcionarle. Pero él, por suerte, se había preparado para el caso y me ofreció una buena alternativa: «¿Lo que sucede es que a usted se le metió en la cabeza matar a un ser humano?». Lo dijo en tono brutal, con la intención de imitarme: a mí y a mi obcecación; apretó los puños, abrió unos ojos como platos, se le marcaron las venas en las sienas. ¿Por qué no podía ser yo como él? Estaba claro que asesinar, así sin más, no bastaba. Había que tener al menos un poco de pinta de asesino. ¿Por qué no podía parecerme a Rehle?

—Sí, fue una fijación —respondí.

—Y el motivo para esa fijación, sencillamente, no quiere darlo a conocer aquí.

—No, no quiero nombrarlo —dije yo.

—Pero existe ese motivo.

Aquella había sido una pregunta bastante desagradable. Primero tuve que pensar un poco, pero al final dije: «Sí, por supuesto, para todo hay un motivo».

—¿Usted sí conoce ese motivo?

Dos seis cero ocho nueve ocho.

—Sí —respondí yo titubeante.

En realidad quería dejar la pregunta en suspenso, y un simple «sí» resultaba demasiado evidente para dar lugar a interpretaciones; pero lo dije. La sala se alborotó. Helmut Hehl, el pensionista, levantó la voz para imponer silencio.

—Pero no quiere contarnos cuál es ese motivo —dijo Siegfried Rehle enseñando los dientes. No debería haberlo hecho: tenía demasiada carne en las encías y demasiado poco diente; parecía más agresivo de lo que podía llegar a ser.

—No, no quiero desvelar el motivo —dije en un susurro.

—¿Simplemente no quiere hacerlo? ¿O tiene también un motivo oculto por el cual no quiere nombrar el otro motivo, el que lo llevó a cometer el asesinato del artista Rolf Lentz?

Rehle se había puesto en pie, su mirada me quedaba por encima de la cabeza, y por las dimensiones del tórax bien podía parecer un cantante de ópera; pero la voz no le hacía justicia.

—Para todo hay un motivo —dije yo.

—Gracias, no hay más preguntas —gritó Rehle.

Una frase que yo había oído cientos de veces en mi vida anterior cuando cubría las noticias en los juzgados. «Gracias, no hay más preguntas» era la fórmula utilizada por los supuestos vencedores. Por desgracia ese efecto nunca duraba mucho tiempo en el ambiente. Si hubiera sido una película, con esa frase habría terminado la secuencia; después se habría producido un cambio de plano.

El catedrático Benedikt Reithofer, psiquiatra, abandonó su estado de sueño profundo *honoris causa* para ayudarme a descubrir mi «suicidio frustrado». Les dijo todo lo que querían oír, eligiendo el vocabulario para asegurarse de que nadie le preguntara nada: que la agresión que se proyectaba hacia el interior era para muchos más difícil de reconocer que la que se proyectaba hacia afuera; que la vergüenza por haber experimentado un suicidio frustrado causaba en muchos pacientes más dolor que la idea de cometer un delito capital y tener que confesarlo, con todas las consecuencias que de ello se desprendían, incluida una pena de varios años de prisión; que la identificación con el acto cometido por un asesino, producida de manera anacrónica, podía tener mucho sentido e incluso producir efectos antidepresivos; que con esa estrategia se creaba una especie de válvula de escape que ayudaba a descargar sentimientos de culpa acumulados.

«Sin pretensión de adelantarme al informe pericial que todavía estoy elaborando», dijo el catedrático, cubriéndose las espaldas. Sus palabras quedaban de esa manera fuera de concurso; las pronunciaba para poner punto final a aquel día de juicio con una cierta armonía, para que la

señora del jurado que se parecía a mi madre pudiera dormir mejor aquella noche. No iba a ser yo quien se lo impidiera; pero, de todas maneras, a mí aquel discurso me resultaba insoportable por su tono conciliador. Yo tenía un miedo atroz a cualquier pensamiento que pudiera asemejarse en lo más mínimo a la concesión de mi ilegítima libertad. ¿Qué iba a hacer yo, un asesino, ahí afuera? ¿Probarme zapatos? ¿Comprarme un par?

## VEINTIUNO

En la celda me esperaba una carta, escondida entre el resto de correo habitual, que yo ya no abría porque prefería mantener todas las ventanas que daban al exterior con el cerrojo bien echado. El sobre era blanco con manchas rojas. El lugar previsto para las señas del destinatario lo ocupaban las siguientes palabras: «Recluso Haigerer, el redentor», el remitente se llamaba «Gracias». Desde luego yo no conocía a nadie que pudiera decirme algo así después de todo lo que había pasado. El mensaje estaba fuera de todo lo que, de alguna manera y con esfuerzo, mantenía en pie mi endeble existencia en prisión.

«Querido Jan Haigerer», había escrito alguien en un papelito con letras grandes y caligrafía apresurada, «sabemos con estupor por los periódicos que usted va cargando poco a poco con toda la culpa. Esa no era nuestra idea, no es eso lo que acordamos, Rolf no lo habría querido así. No a ese precio. Por favor, ponga orden en el asunto. Que Dios le acompañe. Anke Lier».

Tenía que contárselo a alguien y solo tenía a Helena; tenía que hablar con ella. Les pedí a los tres guardias que estaban de servicio que vinieran a mi celda, y ellos me trajeron los últimos titulares: «Jan Haigerer se convierte en su peor enemigo». «Cada vez se hace más evidente la posibilidad de un suicidio frustrado.» «El acusado prefiere ser asesino que suicida.» «Los indicios apuntan a homicidio imprudente.» «El fiscal Rehle no se rinde.» «¿Todavía es posible salvar a Haigerer? El conocido periodista confiesa un asesinato que no pudo haber cometido.»

Hice como si necesitara que los funcionarios me reprendieran por los malos resultados obtenidos con mi actuación en el juzgado. Consentí que en un momento reenfocaran el caso y me dieran consejos inteligentes sobre cómo debía comportarme a partir de entonces. Yo me mantenía en silencio y eso los motivaba a ellos para seguir atosigándome; por fin, uno dejó su móvil encima de la mesa. Yo empecé a jugar con él, como por casualidad, de tal manera que el gesto ni siquiera llamó la atención; entonces me lo metí en el bolsillo y me dirigí discretamente al baño mientras ellos seguían discutiendo acaloradamente. Marqué el número de Helena.

—Soy Helena Selenic, dígame.

—Helena, tengo que hablar contigo —susurré.

—¿Jan? ¿Eres tú? Jan, no puede ser.

—Helena, he recibido una carta y tengo que hablar contigo.

—Jan, ya sabes que tu caso para mí ya está cerrado. No me llames, por favor. Esto no te va a

hacer ningún bien.

—Pero es que tengo que hablar contigo. Es muy importante —dije. Y me dio vergüenza aquel tono de rogativa.

—Jan, ya tienes un asesor jurídico. Habla con Ertl. Él está para ayudarte.

—Vale, ya veo —le dije—. Perdona que te haya molestado —concluí. Y entonces me molestó escucharme con aquel tono de reproche.

—Jan, aguanta —alcancé a oír todavía—, en unos días todo habrá quedado atrás y entonces...

Desterré a Helena de mis oídos, apreté la tecla que tenía un telefonillo rojo y tiré de la cadena. Los de afuera estaban lapidando en ese momento al fiscal y yo no tenía ni ganas ni fuerzas para defenderlo. Ya era demasiado tarde. Les pedí que me dejaran solo.

El tercer día de juicio quise cuidarme un poco. La carta la había digerido durante la noche; y me había convencido de que no me interesaba, de que no tenía nada que ver conmigo. Además, me había prohibido a mí mismo pensar en Helena; ya había hecho bastante sacrificando mis horas de sueño. El médico del centro se mostró satisfecho con la evolución de mi estómago o, por lo menos, con lo que supo de él: yo le dije que estaba otra vez como nuevo e ilustré el informe con una sonrisa que satisfizo a ambos: al médico y al estómago. Siempre que quería resultar creíble sonreía; hasta en el espejo me sonreía y me resultaba convincente. Me convencía de que los residuos que en mí había dejado la confusión ya estaban limpios; sabía que me mentía a mí mismo, pero me sentía orgulloso de lo bien que sabía hacerlo. Me juré que resistiría, que andaría mi camino hasta el final, que solo me quedaba un último ascenso escarpado para llegar a la cima; cuando estuviera arriba, tendría años por delante para descansar.

En la sala todavía se podía percibir la carga que había quedado en el ambiente del día anterior. Mis acompañantes me llevaban enganchado por los brazos y me colocaron en mi sitio. Por el camino intercambiamos un par de comentarios relacionados con el tiempo. Me contaron que habían anunciado que ese fin de semana ya se podría empezar a hacer excursiones por el campo, que llegaba la primavera. Yo no tenía botas de montaña. Para ir de excursión tendría que haberme comprado unas; así es que era una suerte estar interno.

Los periodistas se mostraron algo más retraídos que en los primeros días del proceso. Los fotógrafos, más descuidados: la luz no era tan deslumbrante y la mantuvieron encendida poco tiempo. Tal vez había actuado en otra parte algún loco con impulsos homicidas que les había obligado a los medios a dividir sus fuerzas. Desde el público me llegaban los saludos de manos procedentes de mi vida anterior; en una de las primeras filas, a mano izquierda, alguien levantó el puño en señal de fuerza y apoyo.

Comenzaba la fase de prueba. Lo cual significaba que yo podía quedarme callado. Me recosté en el asiento e incluso me alegré un poco al ver a mis amigos de la policía, que iban a ser los primeros en declarar como testigos. Pero antes de su declaración el tribunal todavía podía realizarme alguna pregunta más que considerase necesaria para completar los datos del caso, así es que tuve que salir otra vez al centro del escenario y colocarme de espaldas al público. A la jueza Stellmaier le había quedado el trenzado un poco torcido; Ilona Schmidl estaba probando con

un nuevo pintalabios en tono castaño que la hacía más vieja; mi abogado, Thomas Ertl, dejaba que una corbata de rayas se balanceara sobre una camisa de cuadros rojos y blancos (probablemente con la intención de despertar todavía más compasión); el fiscal Rehle se pasaba la lengua por el labio superior despoblado: tenía que dejarse crecer otra vez el bigote, le daba más aspecto de tío duro. Por suerte, ninguno de ellos quería saber nada de mí.

Anneliese Stellmaier se dirigió en último lugar al jurado.

—¿Desean realizarle alguna pregunta más al acusado?

Y el estudiante de la cabeza rapada y las gafas verdes de intelectual que me daba un poco de miedo respondió.

—¿A día de hoy, volvería a hacerlo? —me preguntó.

Fui incapaz de sostener su mirada intrépida; o sea que él, el listo, no creía que se tratara de un suicidio frustrado. Me habría gustado mostrarle públicamente mis respetos; en cambio, mentí.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces. Por mucho que quiera, no me siento capaz de responder a su pregunta.

—¿Puedo hacer otra pregunta? —dijo dirigiéndose a la jueza.

—Evidentemente —aseguró ella.

—Señor acusado: ¿usted quiere que lo encierren?

Aquello me resultó demasiado directo. No podía responder así como así, tenía que meditarlo, pero no tenía mucho tiempo.

—Lo único que deseo es que haya un juicio justo —respondí.

—¿Cometió ese crimen para que lo encerraran? —añadió.

Nadie lo detenía. Yo miré a la jueza, pero su mímica le dejaba vía libre a la pregunta.

—No —dije. Y fue un «no» claro, fuerte, manifiesto, el «no» más intenso que pude pronunciar en aquella sala y bajo aquellas condiciones.

—Gracias —dijo el estudiante—. No tengo más preguntas.

En primer lugar llamaron como testigo al inspector Lohmann. Ni me miró. Y eso me decepcionó. Aunque probablemente solo pretendía ayudarme. Dijo que sí, que efectivamente él había dirigido el interrogatorio, y le preguntaron si todavía se acordaba.

—¿Cómo no? —dijo—. Una cosa así no se olvida, señoría.

Llevaba dieciocho años de servicio y había tomado declaración a decenas de sospechosos pero nunca se había topado con nada parecido.

La magistrada le pidió que aportara datos más precisos.

—Es más bien una sensación —dijo—, pero a mis compañeros les pasó lo mismo. ¿Sabe qué pasa?, que ese hombre no ha podido cometer ningún delito grave. No es posible. Es como si se hubiera metido en una pesadilla de la que ahora le resulta imposible escapar. A día de hoy seguimos sin entenderlo. El delincuente siempre encaja en el delito, es como una especie de ley dentro de la criminología; pero aquí no, señoría, es que no encaja en absoluto. Haigerer tiene de asesino lo que una hormiga de animal de rapiña.

El fiscal entró en cólera.

—¿Usted hace su trabajo dejándose llevar por las premoniciones y especulando o también tiene en cuenta el estado de cosas? —preguntó.

—Evidentemente los hechos también cuentan —respondió Lohmann en voz baja.

—¿Y las cuarenta y cuatro páginas que componen el acta de la declaración que usted mismo le tomó son solamente poesía o contienen la confesión íntegra de un asesinato?

—Sí, claro, eso dijo él, pero...

—¿Hay algún indicio que contradiga esa confesión?

—No, no existe ninguno pero...

—Gracias, no hay más preguntas.

—¿Puedo preguntar también yo? —dije.

—Por supuesto —respondió la jueza.

—Señor inspector, ¿han echado ya flor los tomatitos *cherry* que tiene en el huerto? A ver si este año dan tres veces más.

—Señor Haigerer, ¿a qué viene eso? —preguntó Stella Maier.

A mis espaldas, el público empezó a murmurar.

—Perdón, era algo privado —dije yo.

—Los tomates no florecen hasta junio —dijo Lohmann avergonzado. Y me saludó con un guiño. Tenía buen aspecto.

A continuación pasaron Rebitz el osado y Brandtner el joven bajista policía. Rebitz me saludó haciendo a escondidas el gesto de la victoria por debajo del uniforme. Dio a entender que creía que yo era un caso de psiquiatra.

—Tiene que tener doble personalidad; si no..., hay algo que no cuadra.

Le preguntaron si durante el interrogatorio le había dado la impresión de que yo estuviera trastornado o deprimido.

—No, en absoluto. Se comportaba más como un compañero que como un sospechoso —dijo Rebitz—. Se creó muy buen ambiente, estuvimos bromeando...

—¿Es ese el nuevo estilo de la policía? ¿Bromear con los posibles sospechosos de un brutal asesinato? —gruñó el fiscal.

—Es que no nos lo creíamos. Estábamos todo el tiempo pensando: «Ahora nos lo explicará, ahora dirá la verdad». Hasta el final.

—¿Y cuando acabó el interrogatorio?

—Nos quedamos desconcertados, prácticamente hundidos; nos preguntábamos cómo era posible que alguien fuera tan masoquista. Es imposible que cometiera ese acto de manera intencionada.

El joven Brandtner también me saludó. Lo hizo arqueando las cejas y mostrando entusiasmo. Me pareció que quería decirme algo; a lo mejor le había puesto música a la letra que le regalé y la había convertido en una canción de amor de éxito.

—Al principio pensamos que era gay. Porque se decía que había sido un crimen pasional entre homosexuales —le explicó a la jueza—, pero luego no encontramos nada que apuntara en esa dirección.

—¿Hacia dónde apuntaban los indicios?

—Hacia ninguna parte. Nosotros escribimos lo que él nos contó. Indagamos hasta el último detalle, estuvimos escarbando, hurgando, pero no aparecía nada. Al contrario: en realidad, el asesinato nos resultaba cada vez más inverosímil a pesar de que los datos coincidían con las pruebas —dijo Brandtner.

Mi abogado se inmiscuyó; quería saber cuál era la opinión personal de Brandtner con respecto a mí y al delito que había cometido. El fiscal protestó.

—Es puramente especulativo. Un policía no es un perito psiquiatra.

—Pero tiene experiencia en el trato con delincuentes y tiene una percepción de los hechos —anotó la jueza. Y admitió la pregunta.

—Desde mi punto de vista, fue un accidente. Él andaba jugando con la pistola y se le disparó. Y después de eso, algo le pasó, se quedó colgado, quizás entró en estado de *shock*; quizás todavía esté en estado de *shock*.

—¿Podría tratarse también, a su juicio, de un intento de suicidio fallido? —preguntó la jueza.

—No lo creo —respondió Brandtner—. A pesar de todo irradiaba alegría de vivir, mostraba interés por todo, parecía optimista, de alguna manera; no daba la impresión de haberse rendido.

Mientras abandonábamos la sala para acceder a la sala de arrestos, disponía de un par de segundos para echar un vistazo entre el público. Y mi mirada quedó atrapada en aquellos inconfundibles cabellos rojos. La saltadora de trampolín que se me había escapado estaba de pie, al final de la sala, hablando con una delicada dama que me daba la espalda y de la que solo pude saber que lucía una larga melena negra y hacía gala de una animada gestualidad con las manos al hablar. ¿Una compañera de despacho? ¿Una escritora? ¿Alguien relacionado con mi vida anterior?

—Es usted una persona muy querida —dijo el que había creído en la nieve.

Yo sonreí.

—Parece una estrella del cine —dijo entusiasmado el que no la había esperado.

Yo callé.

¿Quién era aquella mujer? ¿De qué tenía que hablar Helena con ella? La sensación de mareo volvió a instalármeme en el estómago.

Después vinieron testigos de los que yo no tenía ningún miedo: mis antiguos compañeros del *Kulturwelt*. Por desgracia, tuve que pronunciar unas palabras para presentar ese último capítulo de mi vida laboral que se había extendido a lo largo de nueve años. Mentí. Dije que me había gustado el trabajo.

—Sobre todo el tiempo que estuve cubriendo sucesos —precisé adulator. Aunque, de todas maneras, esa era una de mis mentiras más pequeñas.

—Lo sabemos; usted es un conocido de esta casa y aquí siempre lo hemos estimado por su seriedad a la hora de informar —dijo Stellmaier también en tono adulator devolviéndome el golpe. Pero lo decía en serio. Siegfried Rehle me miró mal. Odiaba a los periodistas y se esforzaba para no hacer ninguna excepción conmigo; el esfuerzo estaba dando sus frutos.

Mis compañeros no tenían mucho que decir de mí. Que era ambicioso, amable, servicial. «Le podías pedir cualquier cosa», les oí decir.

—Era uno de los compañeros más agradables que he tenido —opinó Lothar, de la sección de Economía.

—Una persona muy alegre —dijo Jens, de Deportes, que no me conocía de nada.

Solo uno de ellos me conocía un poco: Chris Reisenauer.

—Jan era tranquilo y reservado —afirmó Chris—. A mí me daba la impresión de que ocultaba, magistralmente, una seria depresión —dijo. Eso no me hizo ninguna gracia. Me habría gustado levantar la mano y protestar—. A mi parecer, detrás de esa eterna sonrisa camuflaba bajones muy fuertes.

Me giré hacia mi abogado; podría haber hecho algo provechoso al menos por una vez, pero se limitó a encogerse de hombros.

—A veces notaba que era tremendamente desgraciado —continuaba diciendo Chris.

—¿Le hablaba de su vida privada? —le preguntó la jueza.

—No. Ni una palabra. Solo sabía que tenía una novia que se llamaba Delia. Pero eso lo sabíamos todos; al principio hablaban por teléfono como mínimo tres veces diarias.

¿Y después?

—Luego ya no.

¿Por qué no?

—Ni idea.

Que si yo le había contado que nos habíamos separado.

—No. ¿Se separó de Delia? —preguntó Chris.

El último día que trabajé, dos días antes del crimen, había estado sentado durante seis horas al ordenador enfrente de Chris. ¿Había habido algo que le llamara la atención, algún cambio?

—No, nada en absoluto. Estaba como siempre —dijo.

Y otra vez volvió a pedir la palabra el joven de la cabeza rapada.

—Señor testigo, ¿cree que realmente le gustaba el trabajo a su compañero Haigerer?

—No, en el fondo no —contestó Chris después de mucho pensárselo—. Es cierto que siempre intentó convencerse a sí mismo de que así era, pero en realidad él no se sentía periodista.

—¿Qué se sentía? —preguntó el estudiante. (¿De dónde sacaba esas preguntas?)

—Escritor. Venía de una editorial; y los libros eran su gran pasión.

—¿Y entonces por qué no escribía libros? —preguntó el joven.

En mi cabeza retumbaban los bajos.

—Eso pregúnteselo a él —replicó Chris.

—¿Me da su permiso? —le preguntó el miembro del jurado a la jueza.

Ella asintió.

—Señor Haigerer —apeló. Yo me puse en pie; me flaqueaban las rodillas—. ¿Por qué no ha escrito usted ningún libro? —preguntó.

Sus palabras penetraron en la tenebrosa cavidad de mi pabellón auditivo; ante mis ojos empezó a descender un telón de color gris que se fue haciendo cada vez más oscuro, sentí en la espalda el tacto de las manos de mis acompañantes que me sujetaban; el aire de la sala estaba

demasiado cargado, me taponaba las vías respiratorias.

—No se encuentra bien —dijo una voz metálica a mis espaldas—. Solicitamos un descanso —añadió Ertl.

Por fin había hecho algo de provecho.

Pedí disculpas por la interrupción, debía de haber sido un pequeño bajón de tensión, probablemente por la atmósfera tan cargada que se respiraba en la sala. La jueza le pidió al jurado que anotara la pregunta para retomarla más tarde.

—Como parte del proceso, tendremos ocasión más adelante de escuchar a algunos testigos relacionados con la editorial Erfos y con el tema de los libros. Entonces trataremos todo lo relacionado con este asunto y se planteará de nuevo su pregunta —dijo Stellmaier.

Se respiraba mejor ambiente. Inspiré profundamente e intenté sonreír.

Mona Midlansky ya estaba sentada en el estrado de los testigos. Llevaba una blusa negra y, como tenía por norma, tenía desabrochado un botón más de los necesarios; pero Rehle miraba los informes, Hehl el reloj, Ertl me miraba la nuca y el resto eran mujeres. Ilona Schmidl le lanzó a la periodista una mirada despectiva; la encontraba vulgar y, como muestra de ello, hizo sobresalir su voluminoso labio superior de color carmesí. A quien daba muestras de encontrar vulgar a otra persona, se le ponía un aspecto vulgar. Que alguien pudiera encontrar vulgar a otra persona era un indicio de que él mismo lo era. Midlansky y Schmidl no se anduvieron con remilgos.

No, Midlansky no estaba emparentada conmigo ni por línea directa ni por matrimonio. Sí, sabía que declaraba en calidad de testigo y que estaba obligada a decir la verdad y que incurriría en perjurio si no lo hacía. Sí, me conocía bien (primera mentira). Me consideraba un «compañero simpático y sensible con el que no se podía compartir mucho». ¿Qué quería decir con eso?, ¿qué no se podía «compartir» con él?

—Hablar sobre historietas y cotilleos del trabajo, intercambiar información, ir a tomar unas cervezas y cosas de ese tipo —dijo—. Él tenía un espíritu más elevado, no era un reportero —me describió—. Para él lo del periodismo era como un traslado forzoso. Me daba la impresión de que este trabajo le resultaba demasiado bestia; Jan era un tipo blando.

Entonces sacó a relucir nuestro encuentro en el coche, delante del Coolclub, el día de los hechos. ¿Qué estaba buscando yo allí?

—Yo creo que necesitaba elaborar lo que había pasado. O es posible que lo hubieran citado allí.

—¿Quién?

—Alguno de los maquinadores que están detrás de todo esto.

Se montó un revuelo en la sala.

—Este tribunal no conoce la existencia de ninguna maquinación —dijo Stellmaier. Y su voz denotó cierta desilusión, como si realmente deseara que existiera alguna.

¿Qué impresión le había dado yo en aquel momento a Mona Midlansky?

—La que me daría una virgen que se ha quedado embarazada —dijo ella—. El asesinato tuvo que afectarle mucho; al fin y al cabo él estaba muy cerca cuando ocurrió.

Rehle se puso furioso.

—Usted debe de saber que fue el acusado quien disparó. Eso ya está demostrado. Y también sabrá que él mismo ha confesado el asesinato. ¿Cómo puede ignorar los hechos?

—Ni aunque lo viera con mis propios ojos me creería que Jan Haigerer le ha disparado a nadie —replicó Midlansky—. Es uno de los hombres más pacíficos que conozco. Yo misma mataría antes que él; conmigo las posibilidades se multiplican por diez.

¿Y el tribunal quería escuchar lo que era un mero convencimiento personal? Pues, por desgracia, sí.

—Jan está metido en algo. Lo están presionando. Ha asumido la culpa porque sabe que, de todas maneras, nadie lo cree.

¿Y el arma? ¿Y las huellas?

—Eso lo prepararon después —fantaseó Midlansky—. Y por eso se vio obligado a dejar el caso el inspector Tomek, porque esto lo están manejando desde altas esferas de la policía.

Le preguntaron si había indicios que sustentaran su tesis.

—Lo siento, pero el secreto profesional me obliga a guardar silencio —respondió Mona—. Nos encontramos en plena investigación.

Yo me llevé las manos a la cara.

—¿Está relacionado con mafias de los países del Este? —preguntó el productor de porno que llevaba cadena de perro. Se había despertado: el caso se estaba animando, solo le faltaba un poco de ambientillo de barrio chino, una red de tráfico de personas, por ejemplo, o un local de intercambio de parejas.

—No voy a decir nada más —replicó Midlansky. Fue la respuesta más inteligente de todas las que había pronunciado ese día.

Yo alcé la vista para ver al jurado y observé que el joven de las gafitas redondas me miraba. Durante unos breves instantes, nuestras miradas se encontraron, yo le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Él sabía más que los otros. Pero no sabía qué. Dentro de quince años cumpliría los cuarenta y entonces se daría cuenta.

## VEINTIDÓS

En la celda, al acecho, la segunda carta de la serie rojo sangre dedicada a «Jan Haigerer, el redentor». Dos seis cero ocho nueve ocho. En solo una semana habría alcanzado mi meta. Luego vendría la paz perpetua con perspectivas. Nada iba a detenerme, ni todos los escritos del mundo. Abrí el sobre y encontré recortes de periódico pegados sobre una hoja de papel. Eran del *Kulturwelt*: anuncios clasificados insertados en el epígrafe «Otros», aparecidos en el periódico en los meses de agosto y septiembre. Se trataba de tres textos, cada uno de los cuales, al parecer, se había publicado en tres ocasiones diferentes durante esos meses.

El más corto decía: «La solidaridad busca protagonista. Se nos acaba el tiempo. Ref. 371, a la editorial». El segundo texto: «Vive el valor, vive el arte, vive la representación, vive la escena, así se puede dejar de vivir. Ref. “Rolfmortal”, a la editorial». El tercer anuncio era el más largo, contenía las siguientes palabras: «A mí se me está escapando la vida. Tú ves cómo la tuya te pasa por delante. Busquemos un punto intermedio para encontrarnos y separémonos felizmente después: tú te vas corriendo sin miedo hacia ti y yo me dejo ir en paz. Nos unirá el arte, él será tu salvador, tú mi redentor. Ref. “Rolfmortal”, a la editorial».

Hice pedazos la carta. Unos minutos demasiado tarde.

Por la noche, como habíamos acordado, vino Ertl. No le conté nada de las cartas. En la sala de comunicación había té y pastas. Me comí una.

—Thomas —dijo él tendiéndome la mano.

—Jan —respondí yo secándosela.

Yo era el primer asesino con el que se tuteaba.

—Según parece, vamos a librarnos —se le oyó proclamar en voz alta y, por desgracia, no porque tuviera un megáfono en la mano.

Los guardias asintieron encantados. Yo sonreí; las buenas noticias siempre alegran y, además, no le creía una palabra. Dependía de mí, yo podía impedir la absolución, era cosa mía y no pensaba molestar más a Thomas Ertl con ese asunto. Ya no se mostraba tan esquivo conmigo; ahora también él me consideraba un suicida con virtud empeñado en cargar con la culpa, e intentaba animarme un poco, con estrategias inútiles, para que no volviera a intentarlo. Como mínimo hasta el final del proceso tenía que mantenerme limpio en cuestiones relacionadas con el suicidio; no me costaba nada hacerle ese favor.

—Te preguntará por qué te he hecho venir —le dije lo más sencillamente que pude. Hablarle de tú me ayudaba a resultar menos oficial—. Es por el tema de Rolf Lentz —continué. Y me llamó la atención lo poco que me costó pronunciar su nombre. A ver si Thomas podía ser tan amable de dejarme todos los informes y la documentación relacionada con los supuestos encuentros que se habían producido entre el de la chaqueta roja y yo—. Es que quiero estar bien preparado para cuando declaren los próximos testigos —le dije. La idea le gustó. Lo de decir que quería prepararme siempre me había funcionado; desde la escuela—. ¿Y cómo van los negocios? —le pregunté a continuación.

Me habló de un desalojo inminente con protestas de cariz desagradable por parte de los inquilinos y yo le di palmaditas en la espalda, vengándome así de algunas de las escenas vividas en la sala de juicios.

—Conociéndote como te conozco, estoy seguro de que acabarás solucionándolo —le dije.

Él se mostró contento. Fueron unas palabras muy bonitas para poner punto final a nuestra conversación. La despedida fue cordial y nada melancólica; al fin y al cabo, íbamos a volver a vernos muy pronto.

Al día siguiente se me había pasado la fiebre. La luz de mi bombilla de 40 vatios se había visto reemplazada por los rayos del sol. El médico se mostró satisfecho con mi evolución por teléfono; no hacía falta que me visitara. Me enteré de que los periódicos ya estaban celebrando mi libertad. Había llegado el momento de ponerme manos a la obra para salir adelante.

Tenía curiosidad por escuchar las declaraciones del inspector Tomek. Él había sido el primero en verme después del crimen y había cometido un grave error al dejarme marchar, pero no se mostró arrepentido. Todo lo contrario.

—Si Haigerer es un asesino, yo nunca he sido policía —dijo. Y añadió—: Nunca me habría imaginado que llegaría a tener un papel protagonista en una obra de teatro del absurdo.

Le preguntaron por qué había sido relevado de su cargo como investigador jefe en la causa Lentz.

—Lo solicité yo. Porque no me dedico a perseguir inocentes —replicó Tomek.

Se acordaba muy bien de nuestro encuentro en el Coolclub apenas una hora después del homicidio.

—Jan era el más sorprendido de todos. Nadie puede actuar tan bien. Si hubiera sido él, se habría entregado o habría salido huyendo. Créanme, conozco muy bien las reacciones que tienen los criminales, ya llevo mucho tiempo en esto.

El fiscal, en un primer momento, mantuvo la calma y presentó a los testigos una serie de indicios incriminatorios que no dejaban lugar a dudas: yo era la única persona que podía haber sido el autor material de los hechos.

—¿Todavía es usted capaz de mirarse al espejo y reconocerse como criminólogo experimentado? ¿Mientras sigue defendiendo la inocencia de su amigo el periodista a pesar de que conoce todos estos datos?

—Es que yo creo que hay que defender a este joven; hay que protegerlo de sí mismo, de su

absurda escenificación autodestructiva —respondió Tomek—. No hay crimen sin móvil. Y no hay asesino sin violencia.

—Pero sí tenemos una víctima: una persona inocente que entró en un bar y que tuvo que pagar con su propia vida esa perversión sin motivo y sin arrebatos de violencia —dijo Rehle gritando de una vez por todas; por fin se deshizo del corsé que limitaba su actuación ante aquel estado de cosas.

El patetismo le sentaba bien, el volumen le añadía credibilidad; a los estudiantes de Arte Dramático deberían enviarlos a formarse a los juzgados.

Tomek seguía defendiendo la teoría del accidente.

—Él debía de estar jugueteando con el arma y de repente se le disparó. Y es incapaz de perdonárselo —dijo.

¿Y qué hacía yo a medianoche en un bar con un arma de fuego cargada?

—No le pregunte eso a un policía que lleva más de treinta años de servicio —respondió Tomek—. Podría escribir varios libros sobre la fascinación que despiertan las armas.

Antes de abandonar la sala, el inspector se acercó a mí y se inclinó para decirme: «¡Ánimo, chaval!». Yo asentí, sumiso. No era culpa suya. En el descanso, mis acompañantes volvieron a darme la enhorabuena, una última vez, por mi inminente puesta en libertad.

—Para cuando empiecen a florecer las lilas en el campo, ya está usted fuera —amenazó el que había creído en la nieve.

Me imaginé aspirando una vez más el perfume de las lilas y se me quitó la angustia que me producía pensar en mi próxima intervención.

Cuando cesaron los murmullos en la sala levanté la mano y pedí permiso para hablar. La jueza requirió mi presencia de inmediato, así es que avancé hasta el centro de la escena y allí me quedé parado. Ya era incapaz de reconocer a nadie.

—¿No quiere sentarse? —me preguntó una voz que de repente me era extraña.

No supe qué contestar. Dije:

—Señorías, me gustaría realizar una confesión.

Entonces empezaron a producirse unos murmullos en la parte de atrás de la sala que me obligaron a exprimirme los pulmones más de lo que tenía previsto. Y me mareé. El micrófono de pie me ayudaba a mantener el equilibrio; lo agarré con ambas manos y acerqué la boca a la gomaespuma negra como si fuera una estrella del pop seduciendo a su público. Hablaba con tal claridad que hasta yo mismo podía entenderme.

—No era una persona cualquiera, no le disparé a un extraño. Conocía a la víctima, conocía bien a Rolf Lentz. Él era mi, era mi, era mi...

... Espirales plateadas girando sobre fondo violeta. Con el «uno» se abrió un resquicio, con el «dos» reconocí unos zapatos de hombre de color oscuro. «Tres»: vaqueros azul claro. «Cuatro»... rojo-rojo-rojo-rojo..., los tonos rojizos se difuminaron y se convirtieron en algo negro... Me lloraban los ojos. Los cerré con fuerza, bajé la cabeza, mi índice izquierdo se curvó. Toda la fuerza de mi cuerpo y de mi mente ardía concentrada en la yema de un dedo, atravesó todos los

umbrales y todas las barreras, y presionó el gatillo. Mis propios dientes me arrancaron las sienas del cerebro. El dedo completó su movimiento: el «cinco» fue un sonido liberador unido a los gritos de la masa que se encontraba a mis espaldas. El micrófono reposaba hecho pedazos en el suelo. Las baldosas me salieron al encuentro y me rasparon la frente...

—... era mi amante —me oí decir vagamente antes del derrumbe.

El eco del espanto se encontraba muy lejos de mí; me di cuenta de que estaba sonriendo. A continuación la sala quedó a oscuras.

Unas horas más tarde estaba sentado de nuevo frente a la jueza.

—La tensión —me disculpé.

Todo daba vueltas a mi alrededor; pero yo había utilizado mi fuerza centrífuga para eclosionar y desvanecerme. A los estudiantes de Arte Dramático deberían enviarlos a los juzgados, donde los personajes se vivían de verdad, no se interpretaban.

Ahora los presentes me miraban como a un verdadero criminal: la señora del jurado que se parecía a mi madre mantenía la cabeza erguida, la xenófoba mascaba el chicle pensando solo en mí, al de la correa de perro le había aparecido un gesto en la boca que indicaba que tenía ganas de escupirme porque un asesinato, eso me lo habría perdonado, pero que fuera maricón, eso nunca; pero también de los otros rostros había desaparecido la bondad que los torturaba. Yo ahora me sentía más respaldado; con esa nueva situación iba a poder seguir contando mi historia sin tropiezos.

Nombré todos los puntos coincidentes en nuestras biografías. Mi amigo Thomas, el obeso abogado que ahora intentaba pasar desapercibido, escondiéndose como podía, avergonzado en su asiento, había realizado una búsqueda muy exhaustiva; yo estaba más que preparado. Decían que era bueno estudiar por la noche, que lo que aprendías justo antes de irte a dormir ya no se te olvidaba. Yo era buen estudiante y me sabía todos los datos de memoria.

Lentz y yo habíamos estudiado juntos dos años de Filología Germánica.

—Me sentí atraído por él desde el primer momento —dije. (Sin esa frase no existiría la literatura universal.)

Explicué que, sin embargo, me había negado tajantemente a reconocerlo; que la homosexualidad en mi casa era un tema prohibido y, evidentemente, estaba también prohibida para mí. No podía hacerles eso a mis padres. La jueza asintió molesta.

Me había obligado a mantener relaciones con mujeres y no me iba mal, aunque nunca sentí mucho por ellas. Había pasado catorce años de mi vida con una mujer llamada Delia (decir esa frase me sentó bien).

—Un amor platónico, sí, si quieren pueden denominarlo así —dije dirigiéndome al jurado. Pero ellos no querían. Me detestaban.

Sin embargo, con el tiempo volví a sentir los impulsos que había reprimido. Me encontré con Lentz un día que fui a cubrir una rueda de prensa; él fundó un grupo de movilización para el colectivo gay y daba seminarios para organizar acciones reivindicativas. Yo participaba anónimamente en estos cursillos.

—Era yonqui, estaba bastante hecho polvo —expliqué—. Pero ese hecho no hacía más que agrandar el amor que sentía por él. Necesitaba estar a su lado, quería sacarlo del agujero en el que estaba metido y no me daba cuenta de que en realidad se iba hundiendo cada vez más y yo con él. (Cuando era lector para la editorial Erfos eliminaba automáticamente todas las imágenes relacionadas con agujeros y terrenos pantanosos que utilizaban los autores para describir los abismos personales. Quienes necesitaban acudir a estas metáforas estaban abocados al hundimiento como escritores.)

Empezamos a tener un contacto más intenso, a vernos con regularidad, y la relación también se hizo enseguida más íntima.

—Pero teníamos que mantener nuestros encuentros en el más estricto secreto; esa era mi condición. Nadie podía saber que éramos pareja. Me daba vergüenza: por mi madre, aunque ya había fallecido, por mis amigos, incluso yo me avergonzaba de mí mismo.

Lo que hacíamos para que redujera el consumo de drogas era repartirnos las sustancias. Y de esta manera, en vez de desintoxicarse él, acabé metiéndome yo en ese mundillo.

—Pero siempre lo hacíamos a solas —recalqué—. En agosto me enteré de que yo no era el único —añadí. Entrecerré los ojos, tensé los labios y le dirigí al jurado un par de gestos de celoso enfermizo al estilo de Michael Douglas; los había ensayado esa mañana en la celda delante del espejo.

Tenía también a un tal Jim y a Ron y otro que se llamaba Boris.

—O al menos así los llamaba él; porque yo nunca llegué a saber sus verdaderos nombres.

(Para mí la historia ya estaba empezando a tener demasiados toques de novela barata, pero el Juzgado de lo Penal era como la plaza del mercado y las mentiras se vendían como verdades. Cuanto más barata fuera la oferta, mayor era la demanda. Las miradas serias y desilusionadas de los juristas me estaban demostrando que, por fin, les estaba suministrando una buena mercancía.)

—Y caí en la locura de los celos —dije.

Les conté que empecé a espiarlo, que lo seguí hasta los más inmundos cuchitriles y que le monté escenas propias del cine italiano. Así pasaron semanas, hasta que perdí totalmente el norte y ya no sabía qué hacer. Las drogas me habían consumido el cerebro, solo pensaba en ver a Rolf, en hablar con él, lo necesitaba, quería tenerlo solo para mí.

Pero él ya no quería venir a mi casa y al final acordamos quedar en zona neutral, en un local que no conociéramos ninguno de los dos: el Bob's Coolclub. Se burló de mí. Lo esperé cinco noches seguidas y no apareció, me llamaba a la mañana siguiente desde la casa de alguno de sus amantes para pedirme disculpas. Sin embargo, cuanto más me humillaba, más necesidad tenía yo de perdonarlo.

—Hasta que, en algún momento, el amor frustrado se transformó en odio.

(La frase tuvo una buena acogida.)

Por eso, la última noche, fui al local con un arma.

—Esta vez tampoco habría venido si no hubiera necesitado dinero con urgencia.

Y confesé que perdí el control cuando vi cómo la puerta se abría y allí aparecía el de la chaqueta roja.

—Le disparé apuntando al pecho y, cuando escuché los gritos, supe que le había dado.

En ese momento hice una pausa para que la sala pudiera respirar.

—Señorías, estimados miembros del jurado, asesiné a Rolf Lentz movido por los celos y les pido que me apliquen la condena que merezco por ello.

Viendo cómo se comportaban los figurantes me di cuenta de la que había montado: ambos me agarraron con fuerza, me arrastraron hasta la sala de arrestos y allí me dejaron con las esposas puestas, sin mirarme y sin dirigirme la palabra, sin ofrecerme siquiera un vaso de agua. Para mí, aquel silencio era un placer y supe aprovecharlo. Afuera llovía. Podía oírlo. La lluvia golpeando contra el tejado. Yo me reía por dentro: me había convertido en un criminal. Para que hubiera un asesinato eran necesarias tres cosas: víctima, autor, y los que reconocían al autor del delito como tal. Por fin me habían reconocido.

Durante el descanso Siegfried Rehle había crecido diez centímetros. Se pasaba la mano por la barbilla rasurada saboreando el triunfo. Lo había conseguido: la imagen repulsiva que tenía de mí correspondía a la que daba yo sentado en el banquillo de los acusados. Él siempre había sido el bueno, aunque hasta ahora hubiera aparecido dando la imagen de malo.

Anneliese Stellmaier no podía ocultar su decepción conmigo y con el inesperado desenlace de aquel caso de asesinato. Ya no le gustaba su oficio; en esos momentos habría preferido retirarse a deliberar con el jurado y emitir una sentencia rápida pero, desgraciadamente, no podía ser, teníamos que continuar con el proceso. Aquella confesión era un bocado demasiado grande como para que se lo tragaran entero. Ahora tenían que masticarlo bien.

«¿Por qué precisamente ahora?», me preguntaban todos. «Me daba una vergüenza tremenda, me sentía miserable», replicaba yo con diferentes variantes en la expresión. «Nadie sabía que era gay. Ni mis mejores amigos. A veces ni yo mismo lo sabía», o «cuando se lleva tantos años escondiendo y reprimiendo algo, cada vez resulta más difícil sacarlo a la luz». O «es que todavía no he sido capaz de aceptar lo que hice, no entiendo cómo llegué a verme en esas lamentables circunstancias; no podía reconocerme en tal estado de debilidad y desamparo. Prefería quedar ante todo el mundo como un asesino sin motivo antes que confesar mis más bajos instintos». No les quedó más remedio que tragárselo; era lógico, contundente y fácil de digerir. Yo me quedé satisfecho.

—¿Y cómo se sintió después? —preguntó el fiscal. Necesitaba sacarle a mi mente todo su jugo.

—En un primer momento, aliviado. Después, miserablemente —repliqué—. Había matado a la persona que más había significado para mí en la vida.

(Por esto había valido la pena trabajar como corresponsal en los juzgados y haber cubierto unos cuantos juicios por homicidio.)

Benedikt Reithofer dormitaba ahora retirado a un lado, un tanto avergonzado por su teoría del «suicidio frustrado», pero con la calma que da la experiencia. Empezó diciendo: «Sin pretensión de adelantarme al informe pericial que todavía estoy elaborando», y continuó asegurando que mi

confesión no le había sorprendido en absoluto. No es que él fuera inmune a las sorpresas, sino que «solamente a causa de un desengaño amoroso, una persona a la que le asustan los conflictos es capaz de generar tal potencial de energía criminal». A continuación expuso sus habituales disertaciones sobre las agresiones realizadas hacia el interior de uno mismo o contra el mundo exterior. Siempre cuadraban. Claro que él había escrito libros sobre el tema y estaba al cabo de la calle.

Para terminar, Thomas salió de su escondite. Ahora tenía una tarea nueva; quería, al menos intentar, convencer al jurado de que no se trataba de un «asesinato» sino de un «homicidio»; pretendía dulcificar un crimen pasional, convertirlo en un delito algo más leve, y por ello solicitó una pena máxima de veinte años de prisión.

Según mi abogado, era evidente que yo había disparado llevado por la emoción, inmerso en un «agudo estado de conmoción, perfectamente comprensible». Sin embargo a mí, por desgracia, no me quedó más remedio que contradecirle.

—Cuando su amigo Rolf entró en el local, ¿se desataron en usted, de golpe, de repente, todos los sentimientos que había estado reprimiendo en su interior durante días? —preguntó Thomas.

—No, no fue así, de repente, cuando entró... —respondí yo—. Un poco antes ya había definido el plan para matarlo. Fue premeditado, quería acabar con él. Si no podía tenerlo yo, no quería que lo tuviera ningún otro.

Thomas se recogió en su asiento. Decidí que le haría llegar una buena cantidad de dinero extra cuando se dictara la condena, una especie de compensación por todas las trabas que le estaba poniendo.

—¿Alguna pregunta más por parte del jurado? —preguntó desapasionada la señora Stellmaier.

Todos bajaron la cabeza. Pero una se irguió: el de las gafas redondas dejó el bolígrafo a un lado y levantó la mano. La expresión de su cara permaneció inmutable.

—Señor Haigerer, ¿por qué ha decidido confesar precisamente hoy?

La pregunta no era nada mala. Con gusto le habría dicho: «¡Muchas gracias por la pregunta! ¡Acaba de ganar un premio!». Pero estaban esperando una respuesta y dije: «He sentido esa necesidad. Ya he estado un par de veces antes a punto de hablar y la presión interior se ha ido haciendo cada vez mayor hasta que hoy ya no podía más y lo cierto es que ahora me siento mucho más aliviado». Lo último era verdad: tenía hambre, ya tenía ganas de llegar a la celda y que me trajeran la comida; los viernes siempre había sopa de patata. Esperaba que fuera viernes.

—¿No será que le ha dado miedo que lo declararan inocente?

Le dirigí una mirada a la jueza: el proceso nos estaba minando a todos, me parecía que ya teníamos bastante, la gente estaría ya deseando volver a casa.

—Responda a la pregunta —ordenó Stellmaier.

—Ya he dicho en repetidas ocasiones que he cometido un delito grave y que quiero ser justamente condenado por ello. Me gustaría recordar las palabras con las que inició este proceso el fiscal; me adhiero a sus apreciaciones.

Rehle me hizo una reverencia; todavía podíamos llegar a ser buenos amigos. El estudiante no se sentó.

—Si me da permiso para seguir preguntando... —dijo.

Permiso concedido. El magistrado Hehl volvió a mirar el reloj inútilmente.

—¿Quién más conocía su relación con Lentz?

—Nadie —respondí yo al instante.

—¿Los amantes de su víctima?

—Puede ser —susurré. Aquel chico me ponía nervioso.

—¿Declararán esos tres señores como testigos?

Esa pregunta iba dirigida a la presidenta de la Sala. Pero yo interrumpí sus reflexiones explicando que iba a ser difícil descubrir sus verdaderos nombres y direcciones.

—Seguramente intentarán pasar desapercibidos en el ambiente —dije. Y miré de reojo al productor de porno. Vi cómo asentía; sabía bien lo que se cocía por allí.

—Para mañana están citados a declarar varios testigos del círculo personal de la víctima —explicó la jueza. Con lo que también quería decir que por hoy ya era suficiente. Y tenía razón.

## VEINTITRÉS

No era viernes, sino jueves: había potaje de lentejas. Se me había quitado el hambre. La tercera entrega de la serie de blasfemias con la dedicatoria «Jan Haigerer, el redentor» descansaba en la papelera, rota en cuatro pedazos; pero seguía haciendo sus efectos. Enseguida me di cuenta de que daba igual que la leyera o no.

Tenía tiempo hasta la mañana siguiente para recomponerla; aunque hacerlo no me llevó más que unos segundos. Tranquilo, Jan, no era más que una carta. Ya había emprendido la escalada a la última pared; en pocos días podría tocar la cruz que culminaba la cima. Si hubiera estado trabajando como lector, sí habría dejado pasar esa comparación; la cruz me parecía una buena imagen en aquella situación.

Esta vez la amenaza se presentaba con otra forma: la letra era más pequeña, estaba en cursiva, y el texto no contenía ni mayúsculas, ni párrafos ni signos de puntuación. Era como si una larga hebra de fino hilo se fuera extendiendo y dibujando aquel escrito por todo lo ancho de una generosa cuartilla de papel blanco a la que no le quedaba más remedio que dejar que aquello sucediera:

*apreciado jan haigerer por qué pero por qué qué significa todo esto que le está contando al tribunal por qué pretende ser culpable culpable de qué usted no ha hecho nada malo usted ayudó a poner un buen punto final a algo que no estaba bien usted fue capaz de hacer algo que a los demás nos daba miedo usted fue el redentor el liberador usted puso fin al horror ningún tribunal de este mundo terrenal puede condenarlo por eso nosotros no vamos a consentirlo emprenderemos acciones para evitarlo rolf el militante el obrero de la muerte voluntaria nos está viendo desde arriba y qué tiene que ver qué visión le estamos ofreciendo usted debería estar en el cielo y no en la cárcel dios lo proteja atentamente suyo engelbert auersthal*

Tranquilo, Jan, solo era una carta. La hice pedacitos y los mezclé con el potaje de lentejas. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

Antes de enfrentarme al antepenúltimo día de juicio me quedaba una hora de sala de arrestos para poder expiar el pecado que había cometido al confesar mi delito. Mis acompañantes ya no

hablaban ni media palabra conmigo; había llovido toda la noche y yo había permanecido en vela escuchando el sonido de la lluvia mientras pensaba en los demonios que me llegaban por carta. Que lloviera en marzo, desde luego, no era nada fuera de lo común, pero debería haberse convertido en materia de conversación.

El que no había esperado la nieve no le quitaba ojo a su radio. Parecía que estaba intentando entender al aparato; a lo mejor estaba siguiendo algún juego de ordenador para policías, algo muy divertido; porque seguro que la técnica, afuera, había avanzado mucho en mi ausencia. El que había creído en la nieve se escondía tras un periódico abierto; quizás para protegerse de mi homosexualidad, quizás para dejarme ver con toda claridad que mis amigos los periodistas estaban saldando cuentas conmigo.

Ante mis ojos lucía una primera plana con un enorme titular que rezaba: «Haigerer confiesa haber asesinado por celos». El sobretitular decía: «El proceso del Coolclub experimenta un dramático giro». Y bajo el titular: «El famoso periodista del *Kulturwelt* realizó una conmovedora confesión. Ahora se cierne sobre él la amenaza de la cadena perpetua. La sentencia se espera para el próximo miércoles». La verdad es que a mí sí me habría gustado comentar con ellos la incesante lluvia de la noche anterior.

Al entrar en la sala percibí la presencia de una persona conocida; quizás lo único que pasó es que mi mirada, simplemente, se deslizó sobre su cabello rojo, nada más, pero enseguida sentí el aroma del otoño interminable. Era el único olor procedente de fuera que podía soportar. Helena debía de estar sentada en una de las primeras filas y eso me puso nervioso. ¿Qué se le había perdido aquí? ¿Qué esperaba? ¿No había terminado su trabajo conmigo?

Darle vueltas a la cabeza preguntándome cosas era adictivo. ¿Estaba sentada a su lado la grácil morenita con la que había estado hablando el día anterior? ¿Y yo de qué la conocía? ¿Qué tenía que ver Helena con ella? ¿Y qué querían las dos de mí? ¿No les bastaba con saber que había amado tanto a Rolf que había tenido que matarlo? ¿No bastaba con que yo me lo creyera?

Empezamos la sesión con las sobras del día anterior. Querían saber cuántas veces había quedado con mi amante, el de la chaqueta roja, en los tres meses anteriores al asesinato.

—Siempre que pude —dije.

Y nunca estuvo presente ninguna otra persona.

—Nunca —repliqué yo—, nuestra relación transcurrió siempre en el más absoluto secreto. Solíamos vernos en mi casa.

¿Y aparte?

—En casa de él.

¿Dónde estaba exactamente su casa?

—Iba cambiando —dije—, paraba en pisos de amigos suyos cuando estos se iban de viaje. Rolf vivía en todas partes y en ninguna.

Si hubiera estado yo en el lugar de los otros, no me habría tolerado tales respuestas. ¿Que si nos peleábamos con frecuencia?

—No, no a menudo —dije.

Que qué hacíamos juntos.

—Las cosas que hace la gente en una relación —respondí. Por fin empezaban a ponerme malas caras—. No sé, pues, escuchar música..., escuchábamos mucha música, discutíamos sobre arte, fumábamos y esnifábamos juntos, pintábamos, dibujábamos nuestras ilusiones, expresábamos nuestros deseos, reflexionábamos sobre nuestro futuro...

Enseguida empezaron a cansarse de plantearme preguntas; ya nadie luchaba por mí ni en mi contra. Thomas no tenía recursos y a los demás se les habían quitado las ganas.

Después llamaron a declarar a testigos a los que yo no fui capaz de mirar a la cara: Robert y Margarete Lentz, los padres, y Maria Lentz, la prima.

—Alguna vez tenía que pasarle algo —dijo el padre. Pero no se refería a la garganta que se había destrozado a golpe de aguardiente—. No llevaba una vida ordenada, hacía lo que le daba la gana sin importarle para nada la familia. Le daba igual, todo le daba igual, se pensaba que estaba solo en el mundo; pero el que quiere conseguir algo tiene que trabajar y eso él no lo entendía.

Su padre lo había visto por última vez cuando Rolf tenía cinco años. Así es que no hubo muchas más preguntas.

—Rolf fue un niño difícil —recordó su madre. Yo, sin verla, podía imaginarme perfectamente el aspecto que tenía—. Eligió las amistades equivocadas. Era débil y fácil de influenciar; era un artista y siempre se metía a participar en cualquier tontería —dijo; así es que en el internado estaba mejor que en casa—. Le faltaba la mano dura de un padre —afirmó su madre quien, desgraciadamente, no había tenido mucho tiempo para él—. Yo ya tenía bastante con salir adelante yo sola —continuó. De que traficaba con drogas se había enterado por el periódico. Y a visitarlo al reformatorio había ido muchas veces. Él le prometía que iba a cambiar, que iba a ser mejor—. Siempre me decía que algún día estaría orgullosa de él —dijo.

Y se hizo un silencio. Probablemente ella estuviera llorando, pero el llanto no se oía. Ese tipo de madres siempre lloraba sin sonido. Yo agaché la cabeza y me prohibí soltar ni una sola lágrima. Esas historias eran todas iguales y el hecho de que él todavía viviera o estuviera muerto no tenía ninguna importancia.

Maria, la prima, era el familiar que había tenido una relación más estrecha con el de la chaqueta roja. Era enfermera y él incluso había vivido unos años en su casa.

—Intentó muchas veces dejar las drogas —dijo—. Era un rebelde, un inadaptado. Tenía grandes ideas y habría bastado con que hubiera tenido un solo éxito para que se hubiera enderezado.

Eso nos pasaba a todos. Los éxitos los tenían solamente quienes no los necesitaban, quienes también podrían haber sido felices sin tener éxito.

—Pero estudió Filología Germánica —objetó la jueza.

—¿Estudiar? —dijo Maria. Y se rió—. Ni siquiera tenía el graduado escolar.

—El acusado afirma haber estudiado dos años con él en la universidad —dijo Stellmaier.

—Eso no puede ser verdad —replicó la testigo.

Yo me enfadé. Mi obeso abogado Thomas no servía para nada. Ahora tendría que dar

explicaciones. Bien, diría que Rolf asistía con regularidad a varias clases y que yo me imaginé que estaba haciendo la carrera en serio. Quizás iba como oyente pero le dio vergüenza decirme la verdad. Y entonces me preguntaron si no habíamos vuelto a hablar del tema más adelante.

—Sobre esas cosas no hablábamos, no —dije—. Y con esa respuesta se dieron por satisfechos.

¿Cuándo lo había visto ella por última vez? Aproximadamente un año antes de su muerte. Yo ya estaba más relajado y me atreví a mirarla; me recordó a él, a la foto que aparecía en el periódico.

—Es que al final ya estaba muy mal de salud —dijo ella.

Y yo esperé que la frase pasara desapercibida. Así fue.

—¿Le hablaba él de sus relaciones?

—No, de esos temas no hablábamos —dijo ella—. Lo único que sé es que todos sus amigos eran siempre mucho más jóvenes que él.

Yo asentí, moviendo evidentemente la cabeza, como si ya lo supiera, haciendo como que yo había sido la gran excepción.

¿Y le había mencionado alguna vez los nombres de Jim, Ron o Boris?

—No. Esos nombres los he oído por primera vez aquí —dijo ella.

Y a ver si le había hablado de mí, de Jan Haigerer, el respetable periodista. (Me dolió que me calificaran de periodista.)

—No, no lo hizo pero, como he dicho, la última vez que lo vi fue un año antes de su muerte —replicó la testigo.

¿Alguna pregunta más? Rehle tenía una.

—¿Sabe usted cómo perdió la vida su primo?

—Le dispararon —respondió ella.

—Lo dice con cierta indiferencia. ¿Lo quería? —dijo Rehle en tono autoritario.

—Sí, sí lo quería; por eso me duele la pérdida pero no su muerte —dijo la testigo.

—No le entiendo —murmuró Rehle a un volumen lo suficientemente bajo como para no suscitar otra respuesta desorientadora—. No tengo más preguntas —añadió precipitadamente.

Yo se lo agradecí en silencio.

La declaración de la prima de la víctima parecía haber llegado a su fin. Cerré los ojos con fuerza esperando poder escuchar de inmediato el «gracias, es todo» de Stellmaier aunque, de alguna manera, ya sabía que no sería la voz de la jueza sino otra la que llegaría a mis oídos. Y ahí estaba el de las gafitas redondas.

—¿Me permite?

Le permitió. Nadie podía prohibírselo.

—¿Por qué no ha visto a su primo en este último año? —preguntó el miembro del jurado.

—Él no quería. Se alejó, y me cortaba el acceso, no quería que me acercara a él.

—¿Por qué? ¿Tuvieron alguna discusión?

—No, no nos habíamos peleado —replicó la testigo—, pero Rolf ya estaba muy marcado por la enfermedad y se encerró en su casa; se retiró, apenas tenía visitas aparte de su médico, que era al único al que le permitía que entrara en su casa —dijo.

Empezaron a escucharse los rumores del público.

—¿Cuál era su enfermedad? —preguntó el estudiante.

En los juzgados americanos se podía recusar a algunos miembros del jurado. Yo estaba en el lugar adecuado pero en el país equivocado.

—Tenía SIDA; estaba ya en un estadio muy avanzado —dijo.

Y fue como si ante mí cayera un rayo mientras el trueno retumbaba al mismo tiempo en la sala. Mis náuseas habituales me dejaron esta vez en la estacada. La tormenta se había presentado demasiado rápido y sin avisar.

Anneliese Stellmaier salió de su letargo y se puso a hojear precipitadamente entre sus documentos.

—La testigo también fue interrogada por la policía y por la juez de instrucción. ¿Dijo toda la verdad? —preguntó.

—Por supuesto —replicó Maria Lentz.

—Pero no mencionó el hecho de que Rolf padeciera una enfermedad grave.

—Quizás no lo hice. Pero porque nadie me preguntó por ello —respondió la testigo. Parecía inquieta.

—Pero es un detalle importante que debería haber mencionado en sus declaraciones aunque no se lo preguntaran directamente —le reprendió la jueza.

—Yo me imaginaba que la enfermedad de Rolf era un hecho conocido —dijo la testigo—. En su círculo de amistades lo sabía todo el mundo. Se sabía que no iba a vivir mucho más. La única que no tenía ni idea era su madre porque preferían ahorrarle ese sufrimiento.

—¿Podría confirmarlo un médico si este tribunal lo libera de su obligación de guardar secreto profesional?

—Claro. No tendrá problema en declarar —dijo la testigo. Y dio el nombre y la dirección del médico que atendía al de la chaqueta roja. Lo hizo con aplicada solicitud, como si hubiera estado aguardando con celo que llegara ese momento—. ¿Ahora me puedo ir? —preguntó.

Podía irse. Aunque ya era demasiado tarde.

—Señor Haigerer, ¿qué tiene que decir a esto? —me preguntó la jueza.

Antes, Helmut Hehl había tenido que ordenar con un ladrido que se restableciera el orden en la sala.

—Estoy tan sorprendido como el resto de los aquí presentes —respondí yo.

Y ellos se lo tragaron. Me daba cuenta de que mientras hablaba estaba temblando.

Aseguré que no sabía nada de la enfermedad de Rolf.

—Aunque, por otro lado, ahora entiendo por qué se comportaba como lo hacía en algunas ocasiones —dije—. Yo siempre criticaba sus bajones físicos porque pensaba que estaban relacionados con el síndrome de abstinencia —e hice una pausa larga y artificial—, y por eso él de repente se esfumaba y desaparecía durante unos cuantos días —murmuré. Me tapé la cara con las manos, empecé a proferir sonidos que recordaban al llanto, y todos se dieron cuenta de que así no podía continuar. Me dieron permiso para regresar a mi asiento y perderme entre las figuras de

mis dos escoltas.

Salieron a declarar otros testigos relacionados con el entorno de la víctima: amigos de su juventud, colegas con los que se drogaba, activistas del colectivo gay, artistas reivindicativos sin éxito; que habían tenido una historia con Rolf Lentz, o un rollo de una noche, o habían abogado a su lado por el caos como religión, o habían luchado juntos contra un enemigo común: el orden.

Nadie parecía considerar que la desaparición de Rolf fuera una gran pérdida, nadie se mostró indignado ante el crimen. La vida y la muerte del de la chaqueta roja habían estado separadas por una línea muy fina. En realidad, la línea que separa la vida de la muerte es siempre muy fina; pero en el caso del de la chaqueta roja el hecho era más que evidente. Siegfried Rehle, tras el éxito obtenido el día anterior con mi confesión, parecía ahora un poco abatido. Habría preferido que la víctima hubiera generado un duelo mayor; de esa manera, habría podido convertir mi arrebatado de celos en un acto imperdonable y habría aumentado la calidad de la acusación.

Ninguno de los testigos me conocía ni había oído hablar de mí. A varios les sorprendió que hubiera habido alguien como yo en la vida de Rolf.

—Estoy seguro de que Rolf no tenía nada con nadie así —dijo uno de los yonquis.

—Demasiado viejo —dijo otro.

—Él no se enrollaba con tíos tipo profe —afirmó otro.

Pero nadie pudo demostrar que no fuera cierto.

Algunos de los que mejor lo conocían no sabían nada de la enfermedad y eso reforzó mi postura. En cambio había otros que tenían con él una relación mucho más superficial y que conocían al detalle todo el proceso de inmunodeficiencia. Y eso me desconcertaba; había algo que no cuadraba. Dos de los testigos opinaron que a Rolf le habría sido imposible esconderle a alguien su enfermedad en los últimos meses.

—No tenía más que breves momentos de claridad —dijo uno.

Yo agitaba la cabeza para mostrarle al jurado mi sorpresa y hasta qué punto mi amante me había estado engañando hasta el último momento.

Y así llegamos al último testigo: la persona con la que había quedado Rolf en el Bob's Coolclub la noche en la que fue asesinado. Era un hombre llamado Nick al que, nada más verlo, daban ganas de mandarlo a la peluquería. Aunque probablemente ningún peluquero lo habría aceptado como cliente. Hablaba con dificultad y apestaba a alcohólico en proceso de rehabilitación que se acababa de tomar una cerveza de urgencia. Al escucharlo solo podías pensar en que se marchara de la sala cuanto antes.

Había quedado con Rolf «por negocios»; probablemente algún trapicheo con drogas en el baño. Pero Nick había llegado tarde y cuando quiso entrar en el local el de la chaqueta roja ya reposaba inerte en el suelo.

—Ya no se podía hacer nada —recordó el testigo.

Y entonces pensó que con Rolf en ese estado ya no iba a poder cerrar ningún negocio; así es que abandonó el local antes de que la policía pudiera interesarse por su persona.

—Bien, ahora váyase a dormir la mona —le recomendó la jueza.

Él dijo: «Como mande su señoría». Y ya estaba pensando en hacer justo lo contrario.

El estudiante, esta vez, no tenía más preguntas. Me extrañó. Y me tranquilizó.

—Vamos a intentar citar al médico de la víctima para el lunes —anunció la jueza—. Además de él hay otros dos testigos del círculo de amistades de Rolf Lentz que se han puesto en contacto conmigo y a los que también escucharemos. Ahora se levanta la sesión hasta el lunes.

Cuando llegamos a la celda, le pedí al guía que me acompañaba que entrara antes que yo y que se llevara el correo. Así me evité una muy probable cuarta entrega de la serie roja.

Mi abogado Thomas me hizo llegar poco después los documentos, según lo acordado, y yo me pasé el fin de semana estudiando las declaraciones de todos los testigos que habían tenido algo que ver en la vida del de la chaqueta roja. Ninguno de ellos había mencionado, en entrevistas anteriores al juicio, el hecho de que la víctima padeciera una grave enfermedad; a pesar de que los interrogatorios (sobre todo los practicados por Helena) indagaban hasta el último detalle. Parecía imposible que un trabajo tan exhaustivo como el realizado por la jueza de instrucción hubiera pasado por alto un dato tan significativo como que la víctima estuviera enferma de SIDA. Tampoco el informe de la autopsia elaborado por el forense, que incluía una serie de resultados indicadores de un estado deplorable del hígado, los riñones y los pulmones, se refería en ningún momento a una infección por VIH. A mí me consolaba saber que, en cualquier caso, el estado de salud de Rolf no supondría un atenuante para rebajarme la condena. Porque yo no había sabido nada. Yo lo había asesinado por celos. Eso había quedado bien claro.

Era domingo por la noche. Tomé un par de cucharadas de sopa de pan fría. Me gustaba la sopa de pan. A continuación me acosté sobre la cama y estuve observando la bombilla de 40 vatios para pasar el tiempo mientras se acercaba el momento de la aparición de la testigo estelar relacionada con mi pasado.

## VEINTICUATRO

Me di una ducha para deshacerme del sudor frío que me había invadido durante la noche, cuando habían vuelto a aparecerse los violadores para vengar la muerte del de la chaqueta roja. En el cepillo de dientes puse el doble de pasta de la habitual con la esperanza de neutralizar el sabor que tenía en la boca. Desde el espejo me observaba un tío que se asustaba de su propia imagen pero que sin embargo se esforzaba por sacar lo mejor de sí mismo para la traca final. Me puse la camisa blanca, planchada para la ocasión, y la mejor americana que tenía allí, que se había mantenido intacta, sin arrugas, porque ya hacía semanas que le había puesto libros por encima para alisar el tejido. Para mí era el último día de libertad según los viejos cánones; allí acababan los arduos trabajos necesarios para poner fin a esa etapa.

Me juré que nunca más volvería a mirar un periódico. «No hay día sin sorpresas en el proceso por el asesinato del Coolclub», comentaba el *Abendpost*. «El famoso periodista mató a un enfermo de SIDA. Ahora afirma que no estaba al tanto del mortal síndrome de inmunodeficiencia que padecía su amante. Descubra más sobre el caso en el interior: la doble vida del homosexual Jan Rufus Haigerer. Todo el mundo lo quería pero él solo quería a uno. Un reportaje estremecedor firmado por Mona Midlansky, una de las pocas personas a quienes les permitió acercarse a él.»

El médico de la prisión se mostró satisfecho con la información que recibió y aseguró que no necesitaba visitarme otra vez; era heterosexual y prefería evitar tenerme cerca. Los figurantes pasaron a recogerme puntualmente. En ellos pude ver el rápido avance que estaba experimentando mi caída: parecían aún más abobados que antes del fin de semana. Quizás ya ni siquiera podían hablar aunque se lo propusieran, así es que solamente me agarraron las manos para atarme y desatarme las esposas. Según parecía, el que había creído en la nieve solo sabía ponerlas y el que no había esperado que volviera a nevar solo sabía abrirlas. O al menos así se habían repartido las tareas y se dedicaban exclusivamente a eso: cada uno a lo suyo. Ambos mantenían apretada la punta de la lengua entre los dientes mientras ejecutaban su acción, lo cual era un signo de que incluso ese trabajo les exigía un esfuerzo mental y pronto acabarían superándolos.

Pero por lo menos se acordaban del camino que conducía a pie hasta la Gran Sala del Jurado.

—Ya falta poco —dije yo para animarlos.

Ellos no reaccionaron aunque probablemente entendieran el mensaje.

Tuve que sentarme detrás del estrado de los testigos. Esta vez me pidieron que interviniera en

primer lugar para hacer una introducción, un breve repaso a los siete años de mi vida transcurridos entre el final de los estudios y el inicio de mi labor como periodista, que hablara sobre mi existencia como lector jefe en la editorial Erfos.

—Fue una época muy bonita —dije en tono aletargado—, me gustaba trabajar con libros.

Sonreí. Los miembros del jurado me miraban con gesto serio y expectante. ¿Qué más querían? Ya no habría más sorpresas. El proceso había llegado a su fin. Los juristas estaban trabajando ya como autómatas, simplemente para completar el programa estipulado: no había más.

—Procedamos a escuchar a los testigos —propuso Anneliese Stellmaier.

Mis pausas ya le estaban resultando demasiado largas. Me dio permiso para volver a desplomarme en mi asiento y colocarme entre las dos esfinges uniformadas para ver desfilar figuras románticas relacionadas con mi vida anterior: Prechtl, mi viejo editor, Susanne, la secretaria jefe, Egon, director de marketing, Claudia y Eva-Maria, las lectoras a las que se les salían las palabras por los ojos cansados. Había demasiadas cosas en la vida que ellas solo conocían por los libros y demasiadas pocas que hubieran vivido en sus propias carnes.

«Le obsesionaba el trabajo», dijeron. «Era un genio de la lengua...» «El mejor que hemos tenido nunca.» Yo les lancé una sonrisa. Nadie embellecía y exageraba los recuerdos de una manera tan descarada.

—Hay muchos autores que le deben el éxito a él. Era capaz de convertir un manuscrito desdeñable en un gran libro —dijo Prechtl el viejo—. Teníamos unas tiradas a las que ahora no llegamos ni en sueños. Haigerer, de alguna manera, era impagable e insustituible.

Todo aquello no era necesario; yo, avergonzado, me miraba crecer las uñas. Les preguntaron también sobre mi trato con otros empleados de la editorial y con los escritores.

—Tremendamente magnánimo, con una paciencia increíble, cortés y respetuoso, incluso casi un poco demasiado estricto. Había quienes venían con aires de grandeza; Haigerer simplemente hacía su trabajo —dijo Susanne.

Me caía bien. Cada vez se parecía más a su hámster, la antigua mascota de la editorial. Me habría gustado agarrarle las mejillas con dos dedos y hacerle un gesto cariñoso.

—¿Por qué lo dejó? —preguntó la jueza.

Nadie supo responder. Nadie podía conocer la respuesta.

—Fue él quien decidió que quería probar algo nuevo y a mí no me quedó más remedio que dejar que se marchara. No le interesaba la fama, le daba igual que se le reconociera o no en el sector y con dinero tampoco se le podía pescar —dijo el viejo.

—Al final había algo que lo afligía —opinó Susanne—, pero nosotros no llegamos a saber qué era. Su vida privada era secreto de Estado, él mostraba siempre su cara más alegre y más amable.

Yo sonreí confirmando su afirmación. También les preguntaron si sabían algo de mi vida personal.

—Podías hablar con él de cualquier cosa excepto de sí mismo —opinó Claudia, mi lectora favorita, capaz de saber cuánto valía un manuscrito con solo leer cuatro o cinco párrafos—. Parecía una persona equilibrada y nosotros siempre pensamos que estaba en paz consigo mismo y que no necesitaba hablar de según qué cosas; así es que pueden imaginarse la sorpresa que nos llevamos al enterarnos de lo que le había pasado.

A mí no me había pasado nada, era yo el que le había hecho algo a alguien; pero preferí no intervenir para aclarar el malentendido.

¿Yo? ¿Matar por celos? ¿Yo?

—Eso es imposible —dijo Susanne soltando una carcajada.

—Suenan a novela mala —opinó Claudia.

Y por mis palabras, ¿se habrían imaginado que era homosexual?

—Y qué si lo es —replicó grosera Eva-Maria. Era una estrategia de la literatura. Su especialidad era la novela histórica—. Aparte de que no lo creo. Tenía una relación de amor simbiótica con su librera, se pasaban horas pegados al teléfono. Ella era la única y lo más. Miento. Ella era la única. Lo más para él eran los libros.

Habría sido una buena manera, muy poética, de dar paso a la siguiente testigo. Yo me había arreglado para ella. Pero todavía teníamos pendiente una pregunta. A nosotros no se nos había olvidado: ni a mí ni al joven de las gafas de intelectual, al que yo ya llevaba un par de minutos observando, y que intentaba vacilante levantar la mano para llamar la atención del tribunal. Ahora completó el gesto y se le concedió la palabra. Yo esta vez jugaba con la ventaja de saber qué iba a preguntar. Su desventaja: que no iba a obtener respuesta.

Se dirigió en primer lugar a Prechtel, el viejo de la editorial Erfos.

—¿Por qué no escribió Haigerer nunca un libro? ¿No lo animó usted a que lo hiciera?

El viejo le explicó que los mejores lectores pueden ser los más abominables autores y viceversa.

—Unos se van por las ramas y otros resultan demasiado secos. Los hay que se pasan y los hay que se frenan. Unos son demasiado despreocupados y otros demasiado disciplinados. Unos tienen una gran dosis de falta de conciencia y otros son excesivamente concienzudos. Haigerer pertenecía al segundo grupo. Era el primero de los segundos pero era de los segundos —dijo. E hizo una pausa—. Y él lo sabía. Nunca me dijo que deseara editar un libro de autoría propia.

—Señor Haigerer —dijo el miembro del jurado. Yo estaba aturdido, inmerso todavía en el discurso del viejo Prechtel—. ¿Nunca ha querido escribir un libro?

—Buf, no —dije yo casi sin voz. Y pude percibir el viento que desató el movimiento despectivo de mi mano bajando por delante de mi rostro. Esperaba que entonces el estudiante se sentara, pero permaneció en pie observándome—. El señor Prechtel lo ha formulado con mucho acierto —añadí—. Yo era un corrector muy estricto incapaz de escribir con libertad.

Centré la mirada en el hombre de la cadena de perro, que tenía los ojos medio cerrados; las historias de libros le producían un aburrimiento mortal.

—Pero después, como periodista, se dedicaba a escribir —siguió escarbando el joven miembro del jurado. Tenía una prometedora carrera como abogado.

—Una cosa es copiar un dibujo y otra ser pintor. El periodista hace un calco de la realidad, el escritor pinta un cuadro —dije. Es posible que incluso levantara el índice al hablar—. Yo era un copista bastante bueno pero muy mal pintor —me oí confesar—. Me faltaba el empuje, un móvil, algo que me motivara y me incitara a pintar.

La última frase me costó un gran trabajo. Me enfadé conmigo mismo por el descuido aunque, pensándolo bien, lo cierto era que aquel miembro del jurado tan eficiente se merecía un regalo

encubierto. De todos modos no iba a poder desempaquetarlo hasta pasados al menos quince años; y eso con buen comportamiento.

—Gracias, no hay más preguntas —dijo.

Me costó, pero logré apartar la vista de su mirada incisiva.

Me sentó bien la interrupción. En ese tiempo me imaginé docenas de veces a Delia entrando en la sala; necesitaba ensayar nuestro último encuentro. En el último pase la saludaba como negándome a reconocer a una antigua compañera de clase a la que no había visto en treinta años y con la que en realidad nunca había tenido mucho que ver. Pero, por desgracia, cuando Delia abordó realmente la sala, casi me da un infarto. Sin embargo, nadie se dio cuenta. Ella tampoco. Como siempre.

Coco Chanel, o alguna otra de su calaña, la había vestido para la ocasión con un traje chaqueta de corte serio, a la par que atrevido, en azul oscuro. A ella le costó adaptarse al humilde asiento de madera, situado tras el estrado de los testigos, sin perder parte de su valor. Cruzó las piernas, dejando los pies como cementados, uno junto al otro; por encima de sus llamativos zapatos de diseño le sobresalían los dedos gordos, que en el caso de Delia eran alargados y se cruzaban con el siguiente dedo conformando esa cruz que la distinguía, el emblema de su marca, la señal de que en ella no había nada auténtico, de que no era nada más que eso: una marca. Entonces giró hacia mi posición su cabecita de muñeca bien peinada y engominada y me envió consuelo parpadeando tres veces a la parisina para aliviar mi miseria de maricón asesino por celos. Yo le dediqué una sonrisa para indicarle que sentía compasión por ella y por la decadencia que estaba experimentando. Pero ella lo interpretó como una señal de lo fascinado que estaba por su belleza y me lo agradeció haciendo descender de nuevo profundamente las pestañas ante mí, el miserable. Sonreí. Estaba preciosa. Me sentí fascinado por su belleza.

Enseguida me di cuenta de que observar y admirar a Delia no me hacía ningún bien; conseguía que en mi interior se rebelara la sombra de un pasado con el que ya había saldado cuentas. Ya la había visto lo suficiente, había tenido mi dosis de Delia de por vida. Así es que levanté la mirada hacia donde se encontraban los miembros del jurado y dejé que sus rostros empezaran a desdibujarse, como sabía hacer. De esta manera podía concentrarme un poco mejor en las palabras de la parisina.

Delia declaraba como testigo y estaba obligada a decir la verdad y nada más que la verdad. Y lo sabía. «Lo sé», dijo. Aunque su voz no sonó igual que aquella que decía: «Jan, te quiero». A lo mejor Jean Legat le había comprado en los Campos Elíseos una nueva colección de cuerdas vocales porque las viejas ya estaban dadas de sí. Se le habían ido desgastando por pronunciar tantos «te quiero» vacíos dedicados a un miserable lectorucho.

Le preguntaron si era cierto que había sido mi pareja. «Sí, es cierto», respondió ella. No lo dijo con orgullo, pero lo dijo. Bien hecho, porque la confesión siempre es un atenuante para rebajar la condena. ¿Durante cuánto tiempo? Tuvo que pensarlo. Yo la habría ayudado encantado porque casualmente tenía todas las fechas en la cabeza. Llegaron a la conclusión de que habían sido catorce años. ¿Y cómo había empezado todo? Una pregunta muy interesante; pero aquí no

pintaba nada. En realidad, pocas cosas relacionadas con Delia tenían cabida en ese lugar; pero ella habló de la semana del libro en la que se habían concebido nuestros siete años de vacas gordas, mencionó todos los libros que nos gustaban a los dos y las cosas que hacíamos juntos.

¿Cómo era nuestra relación?

—Buena —dijo sobriamente. Y sonó a «no lo suficiente»; o sea, la verdad—. La primera época fue divina —afirmó. E hizo como que se entusiasmaba—, Jan derrochaba amor y ternura, se mostraba siempre preocupado por mí, atento, comprensivo, cariñoso, habría hecho cualquier cosa por mí. Como mujer no podía imaginarme mejor compañero.

Y así siguió durante varios minutos, amargándose con sus panegíricos; lo decía porque me creía culpable, para que el jurado se apiadara del asesino gay.

Pero, pero, pero... ¿Por qué no nos casamos? ¿Por qué no habíamos fundado una familia? ¿Por qué no llegaron nunca los niños? ¿Por qué no lo decía? Enseguida se aburrió de mí. Yo no era un héroe novelesco, no tenía nada que ofrecerle, la vida a mi lado le resultaba demasiado insulsa.

—Por desgracia no estábamos hechos el uno para el otro —dijo ella. Yo esa frase se la habría tachado a cualquier autor por muy famoso que fuera—. Nos fuimos distanciando paulatinamente —añadió. Paulatinamente era una palabra perfectamente fea, acorde con el contenido.

—No es agradable, pero tengo que preguntárselo —empezó diciendo la jueza—: ¿Cómo era su vida sexual?

—Buena —respondió Delia desenvuelta. Probablemente cruzó los dedos; ella era muy burlona—. Los primeros años incluso muy buena —dijo—. Jan era un amante apasionado, yo no tenía motivos para quejarme —afirmó. Y probablemente sonreía con satisfacción, jugando un poco a hacerse la vulgar. Yo me mordí la lengua hasta que noté sabor a sangre—. El sexo siempre funcionó a la perfección —concluyó.

Ya bastaba. A mí me producía escalofríos que degradase nuestros encuentros más íntimos a una cuestión de buen o mal funcionamiento.

La jueza le explicó que yo había confesado que estaba enamorado del de la chaqueta roja y que lo había matado por celos.

—Lo leí ayer en el periódico —afirmó Delia—. Yo no me lo creo, no puedo hacerme a la idea —dijo con sus viejas cuerdas vocales. Todavía las conservaba—. Jan no puede haber amado a un hombre, no de esa manera. Desde mi punto de vista, eso queda completamente excluido. Y también creo que es imposible que actuara con violencia contra nadie, al menos intencionadamente. Podría jurarlo. Pondría la mano en el fuego. Por eso me he trasladado hasta aquí desde Francia, para decir que...

Anneliese Stellmaier la interrumpió.

—Él definió su relación con usted como «amor platónico».

—¿Por qué hace eso? —preguntó Delia. Incluso se le coló un cierto deje de desesperación.

En ese momento sí me habría gustado verle la cara: seguro que era una de sus caras de antes. Pero mantuve disciplinadamente la mirada centrada en las figuras desdibujadas de los miembros del jurado.

—¿Era un hombre de carácter frío o más bien un apasionado de sangre caliente? —preguntó Rehle.

—Era un hombre de corazón cálido —repuso Delia.

Eso estuvo bien. Pero, por desgracia, yo estaba de parte del fiscal.

—¿Quién lo dejó? ¿Él a usted o usted a él? —siguió preguntando Rehle.

—No podría decirle —mintió Delia—. Ambos sabíamos que lo que había entre nosotros no podía continuar así.

Eso lo sabía ella.

—Y fui yo quien lo verbalizó.

—¿Cuándo fue eso?

¿Por qué le hacían esa pregunta? Dos seis cero ocho nueve ocho. Aguanté la respiración.

—Del día no me acuerdo —dijo la voz que le había comprado Legat.

Yo solté el aire por la nariz como si fuera un gas venenoso.

—¿Es posible que la separación le produjera un choque, un estado de confusión? —preguntó el fiscal—. ¿Que lo convirtiera en una persona diferente? —añadió.

—¿En uno que se enamora de otros hombres y asesina?... ¡No! —dijo Delia.

Sus viejas cuerdas vocales se habían visto reforzadas por la indignación.

—¿Qué es lo que hacía su relación tan insoportable al final? —preguntó la jueza Stellmaier.

—El estancamiento —repuso Delia—. Juntos ya no teníamos expectativas. Jan se había refugiado en sí mismo, estaba atascado, aferrado a su persona, no le hacía feliz su trabajo como periodista y ya no salía de casa; en los últimos años solamente se dedicaba a leer y a escribir.

Mientras ella se pasaba las noches con los escritores.

—Entonces ¿por qué se marchó de la editorial Erfos? —preguntó Stellmaier.

—Yo creo que al final no soportaba a algunos de esos literatos arrogantes. A veces se sentía como si en vez de su lector fuera su criado.

Mientras ella era su musa y *prima donna*.

Algo empezó a moverse entre la nube borrosa que representaba a los miembros del jurado. El joven rapado se preparaba para plantear otra pregunta.

—Señora testigo: ha dicho que él estaba siempre en casa, leyendo y escribiendo. ¿Qué es eso que escribía?

—No lo sé —respondió Delia—. Lo mantenía en secreto. Al final ya no teníamos materia de conversación.

—¿Señor Haigerer?

Me estaban llamando. Se referían a mí. Quise levantarme, pero tenía las piernas agarrotadas.

—Quédese sentado —dijo la jueza.

—¿Qué escribía usted entonces con tanta perseverancia? —preguntó el estudiante.

Yo sonreí. Sentía los ojos de Delia posados sobre mis labios y me resultaba difícil abrir la boca con todo ese lastre.

—Serían anotaciones en mi diario —dije—. Y siempre tenía trabajo que hacer para el *Kulturwelt*. Lo que no lograba terminar durante la jornada de trabajo lo hacía después en casa. Allí siempre había más calma para escribir.

—Y también una vez lo intentaste con una novela, Jan —me recordó Delia.

«Intentaste con una novela», qué palabras más tristes.

—Ah, bueno, eso... —dije yo.

Solté unas carcajadas. Me asusté de mí mismo. Las pestañas parisinas de Delia se me habían incrustado en la piel, me estaba absorbiendo con la mirada. Intenté quitármela de encima.

—Eso no fue más que un experimento —dije—. Unos párrafos sueltos; enseguida lo dejé. Eran cosas que había escrito más que nada para ejercitar los dedos...

Mantuve un rato más el mismo discurso, sin escucharme siquiera, hasta que en algún momento los ojos de Delia, aburridos, se despegaron de mis labios.

—¿Alguna pregunta más? —dijo la jueza. Se creó un silencio que yo aproveché para tomar aire—. Puede retirarse la testigo —anunció Stellmaier.

Todavía pude llegar a ver cómo Delia se giraba hacia mí y levantaba los puños a la altura de las orejas en un gesto con el que pretendía darme suerte. Y los tacones de aguja de la moda parisién empezaron a martillearme el cerebro; luego su sonido se fue haciendo cada vez más lejano y acabaron por enmudecer. Al final de la sala se cerró la última puerta que quedaba abierta entre nosotros. El responsable de ponerme las esposas cumplió con su obligación. Lo logró al primer intento.

## VEINTICINCO

No pude defenderme contra la cuarta misiva de la serie roja; me sorprendió por la retaguardia. Thomas, mi trágico abogado de oficio, me la puso delante para que la leyera como si fuera un recibo que yo tenía que firmar para poder seguir contando con sus servicios. Yo le habría firmado cualquier cosa con tal de verlo con un aspecto un poco más feliz; porque él era el gran perdedor del proceso y yo el vencedor al que le estaba haciendo justicia una instancia superior que ni el propio fiscal conocía. No me quedaban más que unas horas para llegar a la cumbre, solo dos noches de prisión preventiva.

—Me han dado esto para ti en el puesto de control —me dijo Ertl.

Yo arrugué la carta enseguida, en cuanto vi las manchas rojas del sobre. Sin embargo, para ese momento ya había sido atrapado por las finas iniciales escritas con tinta negra: la X. y la L. se habían incrustado en mi cerebro de inmediato. ¿Era casualidad? Probablemente era pura casualidad. Seguro que era casualidad, claro, qué iba a ser si no. Hice como que me tranquilizaba y volví a alisar el sobre, repasé el texto escrito: el remitente era un tal X. L. y debajo ponía: «Jan, lo sabemos todo».

Salté de la silla con la intención de abandonar la sala, para pensar y no entrar en pánico; pero los guardias me redujeron y me colocaron otra vez en mi asiento.

—Va a empezar enseguida —dijo el que había creído en la nieve. Ya hablaba otra vez.

Sonreí.

—Lo sabemos todo —murmuré.

Nadie reaccionó. Nadie se mostró asustado. Un buen farol. Menuda broma. Alguien me estaba tomando el pelo. Yo no quería ser un aguafiestas y empecé a reírme a carcajadas, como si no fuera yo solo, como si me riera de ese otro que iba conmigo, del que tenía miedo. Pero si a mí, al que lo estaban sometiendo a juicio, no le podían hacer nada... El asunto había concluido. Me picaba la frente, la tenía plagada de perlitas de sudor. Dos seis cero ocho nueve ocho. No podía saberlo nadie. Lo de «X. L.» era pura casualidad. El contenido de la carta no me interesaba.

Había llegado el momento de escuchar las peroratas de los peritos judiciales. Era el turno del experto en armas de fuego, que exponía los detalles técnicos de mi disparo mortal mientras me miraba con gesto amable. Para él, un asesino era, ante todo, un buen tirador, no un hombre malo.

—En pleno ventrículo derecho —dijo con todo respeto—. La muerte le sobrevino al instante

—afirmó como si la muerte hubiera llevado a cabo un trabajo encomiable.

Le preguntaron si el disparo pudo producirse al realizar un giro con la pistola.

—Es algo que no se puede excluir —opinó el perito.

Sobre la pared se proyectaba una transparencia que él mismo había preparado, donde se podían reconocer los arcos recorridos por la bala y porcentajes de probabilidad para cada caso. Aquellos cálculos debía de haberlos hecho más por afición que por obligación como experto en la materia. Seguramente haría esas cosas mientras su mujer cortaba el césped del pedacito de tierra que tenían delante del adosado, o mientras llevaba al contenedor las botellas de cerveza vacías; ella le habría gritado: «Karl, ¿vas a sacar de una vez esas botellas?» y él le habría devuelto la pelota diciendo: «Hilde, ¿no ves que estoy trabajando?». Así es que mientras ella había sacado las botellas despotricando, él habría dibujado las trayectorias recorridas por las balas. Y como se lo había currado tanto, ahora podía presentar allí los resultados. Casi nadie le escuchaba. Después de mi confesión, ya prácticamente nadie creía en la posibilidad de que se tratara de un intento fallido de suicidio.

Y alguien que apunta a tan corta distancia al pecho de un hombre ¿cuenta con que este muera o es posible que solo quede gravemente herido?

—No hay duda —dijo el perito. Y añadió una serie de datos y números y proyectó un par de transparencias más.

Así quedaba excluida para el jurado la posibilidad de reducir la condena por tratarse de «lesiones con resultado de muerte». Era un caso evidente de «asesinato».

Durante la disertación del catedrático Benedikt Reithofer, el experto en materia psicológica y psiquiátrica, yo me ausenté: me puse a pensar en Alex y nuestras caminatas por la montaña. Ambos nos habíamos apartado del camino. Ella, en algún momento, había decidido pararse y poner fin a la excursión porque había tomado el camino equivocado; yo me había despeñado por un precipicio y, una vez abajo, había seguido avanzando a rastras. Ahora se estaba disipando el banco de niebla que se cernía ante mí y entonces me estaba dando cuenta de que me encontraba dentro de una olla, de que había perdido el alma y tenía los brazos atados, pero todavía seguía con vida. Solo faltaban unos días. Entonces me trasladarían a un lugar del que ya no podría moverme. Me habría gustado pedirle perdón a Alex, sentir su mano rozando la mía. Me daba vergüenza haber seguido adelante sin ella, pero aquí solo había sitio para uno. Para alguien como yo. Para mí.

Reithofer había vuelto a hinchar la voz, ya llevaba cuatro capas de potenciador del significado y había subido el volumen. Probablemente estaba pronunciando sus palabras más caras. Yo me enteré, «en resumen», de que tenía «una inteligencia superior a la media», me encontraba «en plenas facultades mentales» y, desde un punto de vista psiquiátrico, «estaba completamente sano» y no presentaba «signo alguno» que indicara la «existencia del más mínimo trastorno de carácter psicológico». «Muy al contrario», me elogió, «el sujeto no muestra ningún elemento que agrave su potencial violento, lo cual no suele ser habitual en este tipo de casos».

En mi historia personal no había «ningún indicio para diagnosticar un trastorno de personalidad ni comportamientos de tipo paranoico, psicótico, esquizofrénico o maniaco». En el momento del crimen mi cerebro no se encontraba dañado ni por un fuerte y prolongado consumo

de drogas ni por adicción a medicamentos, ni tenía menguadas «significativamente» las facultades mentales por el alcohol. Únicamente en el «campo de la depresión» podría apuntarse algún detalle. «Su amable serenidad puede encubrir una base de melancolía, resignación y tristeza, puede ser entendida como la cara oculta de ese estado, sustrato...» Y de esta manera llegó a la «agresión orientada hacia el interior o dirigida hacia fuera», que lo explicaba todo y no significaba nada.

Acabó refiriéndose al asesinato motivado por los celos diciendo: «En este campo la psiquiatría forense, con todos sus modelos y todas sus teorías, sigue dando palos de ciego. No podemos afirmar con total certeza de dónde procede la fuente de energía que llevó a ese hombre, con ese cerebro y esa naturaleza anímica, a cometer tal acto. Debió de dirigirlo el diablo». Imposible presentarlo de una manera más lamentable; sin embargo, el tribunal le dio las gracias clamorosamente. Reithofer hizo varias reverencias y, por un momento, se convirtió en el héroe del proceso.

Me concedieron permiso para quedarme en el banquillo de los acusados durante el receso. Quería esperar allí la sentencia, pero resultó imposible porque no iba a pronunciarse hasta el día siguiente. Empecé a contarme los agujeros de los cordones de los zapatos. Tenía catorce; mis acompañantes solamente doce cada uno. A lo mejor me había equivocado al contar. En el bolsillo de la americana seguía, sin abrir, la carta con las iniciales X. L. y el mensaje «Jan, lo sabemos todo»; la agarré con dos dedos y la estrujé. No podía saberlo nadie. Volví a contar los agujeros de los cordones de los zapatos. Tenía catorce, mis vecinos solo doce cada uno. Era verdad. No me había equivocado al contar. Pero volví a contarlos otra vez, por si acaso. Y a continuación una vez más. Ya después me tranquilicé. Tenía razón. No podía saberlo nadie.

Me preguntaron si me encontraba bien. Era la voz de la jueza. Habían regresado a sus asientos y todos me miraban fijamente. Quizás ya me habían preguntado antes alguna otra cosa.

—Oh, perdón, sí, estoy bien —respondí sin llegar a levantar la cabeza.

Tras el estrado de los testigos había un hombre que llevaba una americana blanca; yo ni lo conocía ni quería conocerlo. Era un personaje extraño, ajeno al proceso, allí no se le había perdido nada, quién lo había dejado entrar.

—Usted es el doctor Szabo —sostuvo la jueza—, es médico especialista y tiene su propia consulta privada —continuó. Él no la contradijo—. Ha sido liberado de su obligación de mantener el secreto profesional —dijo la jueza. Él ni se movió. Eso también servía como respuesta—. Usted conocía a Rolf Lentz —prosiguió ella. Y él, callado—. ¿Lo conocía bien?

—Muy bien —contestó. Le resultaba duro hablar—. Muy, muy bien —afirmó.

Tal vez sentía dolor, quizás había estado enamorado de él. Giró la vista hacia mí. Era uno de esos personajes sin rostro que aparecían en las películas de terror, que de repente abrían la boca y descubrías que tenían colmillos de vampiro y los ojos empezaban a teñírseles de rojo.

—Lentz era uno de mis pacientes crónicos. Se infectó con el virus hace ocho años y pudimos retrasar la aparición de la enfermedad durante mucho tiempo; pero llevaba una vida llena de excesos y el verano pasado llegó el momento. Fue una neumonía de la que ya no logró

recuperarse. A partir de entonces ya era solo cuestión de tiempo —contó el testigo. Yo no le creí. Las personas serias no mentían bien. Y los buenos mentirosos sabíamos reconocer a los que no lo eran—. Las últimas semanas estuve con él día y noche —dijo.

¡Eso no podía ser! Apreté los dientes en señal de protesta.

—Día y noche —repitió él para sofocar el ruido que se había levantado entre el público.

Pero el ruido seguía creciendo. Yo bajé la cabeza. De repente tenía miedo, a lo mejor había cantado victoria demasiado pronto. Volví a contar los agujeros de los cordones de los zapatos. Eran solo doce. Dos habían desaparecido.

—Se encontraba en el último estadio —dijo el médico—. La mayoría del tiempo no se podía ni hablar con él. Por las noches gritaba de dolor y yo lo calmaba con morfina. Tenía muy pocos momentos de lucidez.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó la jueza.

—La noche antes de su muerte —respondió el médico—. Parecía repuesto, era el mismo de siempre, fue su último empujón. Todos experimentan una recuperación antes de la muerte. Todos se rebelan y Lentz era uno de los más obstinados. No quería quedarse en la cama. Quería salir, quería mostrarles a todos que ahí estaba él: «¡Miradme, aquí estoy, aún con vida, amigos, me habíais dado por perdido antes de tiempo!».

—¿Y por qué no lo acompañó usted? —preguntó la jueza.

—No quiso. Me lo prohibió. Me mandó de vuelta a casa. Fue su deseo expreso: continuar solo. Y yo no podía impedirselo. A un muerto no hay que llevarle la contraria y Rolf, para mí, ya estaba muerto. Yo sabía que aquella iba a ser su última noche, lo que no sabía...

—¿Qué es lo que no sabía?

—No me podía imaginar que no fallecería de muerte natural.

El vampiro graznaba, yo grité: «¡Mentira!»), pero grité para mis adentros.

—Señor Haigerer, ¿tiene algo que decir al respecto?

¿Yo? Sí, ¿qué iba a decir al respecto? Nada, no dije nada. Medité unos instantes. No podía dejar las cosas así. Hablé.

—Al doctor se le ha debido de pasar algo por alto, señorita —dije desde mi asiento. Me permitieron continuar sentado. Estaba mareado.

Lentz no podía estar tan mal como decía él. Al fin y al cabo, nosotros habíamos pasado muchas horas juntos. Y él también había pasado muchas horas con sus amantes. Ciertamente tenía que reconocer (y eso me ponía enfermo, no podía expresar con palabras lo enfermo que me ponía, pero esperaba que se pudiera ver reflejado en mi rostro) que quizás había sido muy injusto acusando de tal manera a Rolf.

—Él hizo uso de sus últimas fuerzas para no mostrarme su enfermedad, incluso prefirió que yo creyera que tenía otros amoríos, que me sintiera rechazado y ninguneado, que mi odio hacia él fuera cada vez mayor hasta...

—¡No, señor Haigerer! —me interrumpió el personaje sin rostro. ¿Podía hacer eso? Nadie intervino. ¿Por qué no intervenía nadie?—. En las últimas cinco semanas de su vida Rolf Lentz

estaba totalmente incapacitado para mantener ningún tipo de relación ni amoríos de ninguna clase. Y hay constancia médica de ello. Tengo todos los partes, los resultados de los análisis de sangre, y puedo presentárselos a este tribunal. Y repito: al final yo estuve con él día y noche. Y él no dejaba que nadie más se le acercara. Insisto: nadie.

¿Podía decir eso? ¿Y qué tenía que decir yo al respecto? No dije nada al respecto. Pero hablé.

—Me deja sin palabras —dije. Y me avergoncé de la respuesta—. He sido engañado —añadí. Y me cubrí el rostro para protegerme de la mirada de los miembros del jurado.

—Vamos a escuchar a los dos testigos que faltan —propuso la jueza— y después tendrá que explicarnos algunas cosas, señor Haigerer —me amenazó.

—Maté a Rolf Lentz por celos —gimoteé.

¿Tan difícil resultaba creerme? ¿Por qué no lo dejábamos ya? ¿Por qué no me permitían expiar mi culpa?

## VEINTISÉIS

—¿Se ha ofrecido usted voluntariamente a este tribunal para declarar en calidad de testigo?

—Sí.

—Diga, por favor, su nombre.

—Anke Lier.

Anke. Anke. Anke Lier. La remitente de la primera carta con manchas rojas.

—¡No! —le grité.

En el último segundo conseguí zafarme de los dos guardias y me encontraba de nuevo delante de la juez.

—Quiero recusar a ese testigo, señoría —imploré. El eco quejumbroso de mi protesta se precipitó sobre mí desde las últimas filas—. No es relevante, no tiene importancia, no aporta nada, estamos perdiendo el tiempo...

—Señor Haigerer, le ruego que regrese a su asiento para que podamos continuar con el proceso —dijo Stellmaier—. A no ser que necesite un descanso.

No, no, nada de descansos. Solo nos faltaba un descanso. Thomas, mi abogado, se acercó a buscarme y me acompañó, como si estuviera guiando a un invidente, hasta el banquillo de los acusados. Volví a sumergirme entre los dos uniformes y a contar los agujeros de los zapatos. Catorce. Eran catorce. Tenía razón.

Se definió como «artista y activista» y lo hizo con voz clara y armoniosa mientras su vestido desprendía unos tonos violeta acordes con su personalidad. Su pelo era liso y de color pajizo. Con la mirada castigaba al mundo por sus torpezas pero lo hacía disparando bondad y dulzura, tenía los ojos prisioneros de una idea llena de sol, aire o yogur, era una de esas mujeres que eran al mismo tiempo adictas y abstemias, una de esas mujeres ante cuya visión uno no podía decir si se metía algún tipo de droga cada pocos minutos o si no las había probado nunca en la vida. A un testigo así no se le podía dar credibilidad.

Conocía al de la chaqueta roja, por supuesto. Eran del mismo estilo. ¿Se conocían bien?

—Muy bien. Era como si fuera nuestro hermano.

¿Nuestro?

—Éramos tres.

—¿Quién era el tercero?

Yo lo sabía. Sonreí para evitar que me sobreviniera otro ataque; para ahorrármelo a mí y al jurado. Ella me miró fijamente. Yo seguramente tenía cara de histérico con aquella sonrisa.

¿Quería que dijera el nombre yo? ¿No sería mejor un mareo? Así podríamos dar carpetazo a este lamentable espectáculo de teatro del absurdo.

—Engelbert Auersthal —dijo ella.

El autor de la tercera carta de la serie roja.

—Que será probablemente la otra persona que se ha puesto en contacto conmigo, nuestro siguiente testigo —supuso la jueza.

Yo hice una señal para llamar la atención. Requerí un breve receso. En el baño intenté poner en orden mis pensamientos pero no había nada que ordenar. Me encontraba en medio de una conspiración, nadie estaba de mi parte, yo no podía organizar nada.

¿Dónde estaba Helena? Ella era la única que me había visto arrastrarme después de la caída, la única que había recorrido a mi lado un fragmento de ese desvío que se me había impuesto en el camino. ¿Por qué no estaba conmigo ahora que había caído de espaldas como un escarabajo? Patalear no me servía de nada. No podía hacer nada más que esperar hasta que viniera un golpe de aire que me diera la vuelta y me pusiera otra vez en pie. Me puse a contar los agujeros de los cordones de los zapatos. Eran doce o catorce. Me obligué a que me diera igual el número. El médico de guardia me dio un tranquilizante y después ya todo me daba un poco más igual.

Habían puesto en marcha juntos cinco «proyectos vanguardistas», contó ella. Todo había empezado cuando Rolf supo de su enfermedad; entonces buscó por Internet «colaboradores para la obra final de su vida, que iba a ser algo excepcional». Anke Lier, antes enfermera de profesión, y Engelbert Auersthal, un artista gráfico que trabajaba por su cuenta, se interesaron por la idea y acabaron colaborando con él. El grupo de Rolf llamó a la serie de proyectos «Instalación Muerte en Libertad». Su objetivo era representar a través de *performances* los diferentes estadios de la enfermedad.

—Se enfrentó a su sufrimiento, quiso aprender a tratar con él de forma activa, luchar contra la naturaleza agresiva de la enfermedad utilizando la energía del arte. Y eso nos fascinó, nos inspiró y al mismo tiempo despertó nuestra codicia —dijo Anke Lier.

A ningún autor de la editorial Erfos le habría consentido que escribiera una frase así. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

La última parte del proyecto final culminó el día de su muerte.

—¿Qué proyecto era ese? —preguntó la jueza.

—Su redención, su liberación, su suicidio —respondió la testigo.

El público se convirtió en el epicentro de un pequeño terremoto. Se me reventaron las arterias. La voz de pensionista de Helmut Hehl se impuso sobre aquel sonido bronco: «Si no se calman de inmediato, vamos a tener que proceder a desalojar la sala».

—¿Conoce usted al acusado? —preguntó la jueza.

—En persona no.

—Pero ¿lo conoce?

—Estábamos en contacto por carta —dijo. Sacó una carpeta amarilla que tenía guardada en su bolso de yute y la colocó en el atril que tenía delante—. ¿Puedo hablar de nuestro proyecto? —

preguntó.

—No —les susurré yo a los vigilantes.

—Por supuesto —dijo la jueza.

—Rolf enfermó en agosto, contrajo una neumonía grave. Los análisis de sangre mostraban que su estado era muy crítico y con medicamentos se le habría podido alargar la vida solo unas semanas. Él no quería ver cómo se consumía poco a poco, quería poner fin antes; pero, por otro lado, no soportaba la idea de dejar este mundo como un cobarde tomándose una sobredosis de pastillas. Así es que decidió escenificar su muerte. Tenía una idea muy clara: que fuera una mano extraña la que lo ejecutara y así lo liberara; y quería alargarlo hasta el último momento. Hablaba de la «intervención de la redención» antes de que la naturaleza pusiera el punto final de otra manera. Él quería despedirse de la vida en público, ante la mirada de otras personas, y así surgió «Instalación Muerte en Libertad. Escena V», nuestro último proyecto, la obra final de su vida.

Habían insertado tres anuncios en el *Kulturwelt* y en Internet publicaron también los mismos mensajes. Eran los que había recibido yo en la segunda carta con el sobre manchado de rojo.

—¿Los leo? —preguntó la testigo.

Se me quebró la voz al intentar oponerme. Primer llamamiento: «La solidaridad busca protagonista. Se nos acaba el tiempo». Segundo llamamiento: «Vive el valor, vive el arte, vive la representación, vive la escena, así se puede dejar de vivir». Tercer llamamiento: «A mí se me está escapando la vida. Tú ves cómo la tuya te pasa por delante. Busquemos un punto intermedio para encontrarnos y separémonos después felizmente: tú te vas corriendo sin miedo hacia ti y yo me dejo ir en paz. Nos unirá el arte, él será tu salvador, tú mi redentor».

Anke Lier le llevó los textos a la jueza. Al pasar por delante de mí me rozó con un par de miradas pulidas y bondadosas que me rasparon la piel como si fueran ortigas.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Stellmaier.

—Respondió él.

Su dedo índice se me clavó en el estómago. Me resultaba imposible moverme. Quería sacar las manos para defenderme, pero las tenía paralizadas. La rebelión se me subió a la garganta, que se me había quedado reseca, y allí se quedó atascada. Los oídos entregados a las palabras de la testigo... No tenía opción de protestar. Bajé la mirada y me puse a contar los agujeros de los cordones de los zapatos: trece. Mentira. Era todo mentira. ¿Por qué me hacían eso?

En algún momento me di cuenta de que la voz había bajado unos cuantos tonos. Así es que ahora estaba declarando Engelbert Auersthal. Era como uno de esos hombres que te preguntaban por la calle si tenías un par de minutos para acercarte a ese Dios al que ellos habían conocido en persona.

—No, gracias —dije yo.

Pero nadie me oyó. Les gustaba aquel señor rubio de voz suave. Su intriga se articulaba en torno a un fluir de escritos ordenados con profesionalidad. El rollo de papel que contenía los *e-mails* impresos en los que se cerraba el pacto con la muerte le bajaba por los pantalones claros de lino hasta los zapatos de cuero color ocre. Le dieron permiso para leer. Nadie le puso freno. El

tribunal estaba como loco por su historia.

17 de septiembre, 22:19 h. De Jan Haigerer. Para Rolf Lentz: «La lectura de su anuncio ha despertado mi interés como periodista. Le ruego que me amplíe la información».

22:37 h. De Rolf Lentz. Para Jan Haigerer: «Soy un enfermo de SIDA. Me estoy muriendo. Me quedan pocas semanas. Ayúdame. Libérame. Sálvame».

22:45 h. De Haigerer. Para Lentz: «¿Está usted loco? ¿Por qué me escribe eso? Voy a avisar a los servicios sociales. Por favor, no haga ninguna tontería».

22:47 h. De Lentz. Para Haigerer: «Sí, estoy loco. Loco de dolor. Desconocido Jan, ángel redentor, haz tú ese servicio social. Ayúdame. Escríbeme. Escúchame. Quédate a mi lado. Apóyame. Siente mi corazón. Alcánzame. Acaba con esto. Haz que se cumpla mi último deseo».

Y así sucesivamente. Según contaba él, nos estuvimos mandado correos electrónicos durante varias semanas. Rolf me contaba sus miserias, y yo le hablaba de mi monótona, torturadora y anodina existencia. Yo intentaba disuadirlo de sus propósitos y animarlo. Pero, cuanto más sabía de su desgraciada vida, menos descabellado y reprochable me parecía su plan.

«Me ha pillado en un mal momento», se suponía que le había contado, «la rutina me ha agarrado por el pescuezo y cada día aprieta más. Me cuesta respirar. Quiero sentir la vida. Veo juicios por asesinato todas las semanas. Soy uno de esos ridículos reporteros que escriben sobre lo que pasa en el interior de un asesino aunque en realidad lo que describo es lo que le pasaría al asesino si no lo fuera, si fuera un simple espectador como yo, alguien que se esfuerza por describir a un asesino y solo se describe a sí mismo. Realmente los periodistas solo hablan de sus propias emociones, moldean los hechos para adaptarlos a su propia verdad, con la cual acaban destrozándose. Yo soy uno de esos. Siempre observando. Siempre en la última fila. Nunca delante, nunca implicado, nunca en el lugar en el que sucede la vida».

Quien fuera que hubiera redactado aquel texto tenía que haberme analizado antes con todo detalle.

Y entonces, de repente, yo me convertía en el elegido, en la persona que estaba buscando Rolf Lentz para llevar a escena su despedida.

4 de octubre, 1:26 h. De Haigerer. Para Lentz: «¿Cómo se encuentra? ¿Todavía le quedan fuerzas? ¿No será mejor que vaya a su casa y hablemos un poco más, que pongamos orden en el asunto con calma? Le prometo que no le dejaré morir solo. Y si usted hoy me asegura que sigue siendo su deseo, que quiere dejar una huella sangrienta, entonces le diré que estoy preparado y que ha llegado el momento. Sí, señor Lentz, si ese es su más ardiente deseo, el mayor y el último de todos, entonces lo haré».

4 de octubre, 5:11 h. De Lentz. Para Haigerer: «Los dolores del pecho y las articulaciones me roban la razón. Estoy escribiendo a ciegas, amigo mío, ya no puedo abrir los ojos, no puedo soportar la luz terrenal. ¡Tienes que liberarme! ¡Tienes que hacerlo! Que sea pronto, amigo, que se me acaba el tiempo. La pistola te llegará mañana por correo. ¿Sabrás montarla? Es muy fácil, recibirás un croquis orientativo. Hay tres balas pero con una debería bastar. El local se llama Bob's Coolclub, lo conozco bien, hasta el último rincón, mis amigos me lo han descrito al detalle.

Así es que atento a esto: hay una mesa pequeña en un rincón oscuro que estará libre para ti solo. No cabe más que una persona. Desde allí tienes una vista despejada hasta la puerta de entrada, que está a solo 2,35 metros...».

En algún momento de esa pesadilla la mirada se me resbaló hacia el estrado donde se situaba el jurado. Allí pude reconocer a dos personas: la que se parecía a mi madre había vuelto a ladear la cabeza, acababa de arrancarse un peso del corazón y todavía tenía los ojos empañados. Miraba hacia donde yo estaba sentado, estaba avergonzada, le daba apuro haber desconfiado de mí por un momento, haber creído que yo había hecho algo malo. ¿Cómo había sido capaz de pensar que yo era un asesino?

El estudiante se había limpiado las gafitas de intelectual con las mangas de la camisa y se las había vuelto a poner. Ahora observaba a Engelbert Auersthal, el testigo. Y lo hacía con los ojos medio cerrados, mostrando desconfianza, escepticismo; él veía más que los otros. Se dio cuenta de que lo observaba. Le sonreí y él a mí; me golpeó devolviéndome mi propia sonrisa. Él no necesitaba ser un asesino para sentir como uno de ellos. Él era mejor que yo.

17 de octubre, 3:16 h. De Lentz. Para Haigerer: «Amigo, no voy a aguantar mucho más. Tenemos que hacerlo hoy mismo. Mi médico está siempre conmigo pero no sabe nada. Está observando cómo me deterioro físicamente y me inyectará lo que sea necesario para que me encuentre en forma a la hora de ejecutar la última obra de mi vida. De eso ya me ocupó yo; después saldré a dar mi último paseo.

»Tú estás sentado en el local como hemos acordado, como en los ensayos. Tienes encima de la mesa el arma envuelta en el guante. La fijas según las medidas que aparecen en el croquis; no va a sospechar nadie. Entraré en el local a las 23:50 h. No se te va a pasar la hora porque tendrás el reloj de pared del Bob's Coolclub delante. Mis amigos se ocuparán de que nadie se interponga en ese momento entre nosotros ni bloquee el trayecto. Cuando veas que empieza a bajar el picaporte, cuenta hasta cinco. A la de una se abrirá el resquicio de la puerta, a la de dos reconocerás unos zapatos oscuros de caballero, a la de tres verás unos vaqueros de color claro, a la de cuatro percibirás mi chaqueta roja. Y con eso basta, amigo mío. Cuando veas algo rojo ya puedes cerrar los ojos. No vas a distinguir la cara; hay una viga que proyecta su sombra sobre las cabezas. Consuélate; de todas formas no me reconocerías porque ya no tengo rostro; vas a liberar a un muerto. Ayúdame y olvídate. Un brote que florezca en octubre tiene más posibilidades de sobrevivir que yo, cualquier hierbajo tiene más derecho que yo a la vida. Yo no he hecho nada en este mundo y puedo compensar esa falta a través de esta redención. Doblarás el índice, sentirás una pequeña resistencia y al llegar al cinco harás fuerza. No es más que un milímetro lo que nos separa de la liberación. Así de fácil es sacarme de aquí: basta con que muevas un dedo para que yo pase al otro lado. Haces un gesto y me liberas del dolor. Para ti es pan comido y a mí me haces feliz, me liberas. Aprietas e inmediatamente te olvidas hasta de mi nombre; habrás salvado al de la chaqueta roja, habrás hecho más por mí (¡y por ti!) que cualquier otro ser humano en esta

tierra.»

En el descanso los fotógrafos se abalanzaron sobre mí para realizar las primeras fotos de prensa de mi descarada y renovada resurrección. Se lo consintieron; los reporteros más espabilados incluso tuvieron la ocasión de plantearme las primeras preguntas. Querían saber cómo me sentía, por qué la defensa había usado una táctica tan rara, engañando a todo el mundo con un crimen pasional provocado por los celos. Y si ahora confiaba en que me aplicarían la condicional, si volvería pronto al *Kulturwelt*. Sus preguntas eran macabras pero ellos no se daban cuenta.

—Señor Haigerer, ¿tiene algo que decir al respecto?

Eso era oficial. Pero no era la voz de la jueza. Era la voz de una presentadora de televisión que acababa de darme la enhorabuena por el millón que me había tocado en la lotería. ¿Qué iba a decir al respecto? ¿Qué dije? No dije nada. Pregunté.

—¿Qué quiere que diga, señoría?

—¿Eso es todo lo que se le ocurre decir, señor Haigerer? —replicó Stellmaier.

Colocó la mano derecha sobre la enorme carpeta llena de documentos falsos. Irradiaba felicidad. Me tenía aprecio y le había gustado mi reacción. No acostumbraban a ser tan moderadas las personas a las que les tocaban millones en la lotería.

El segundo perdedor se encontraba detrás de mí en el extremo izquierdo. Intentaba consolarse.

—La fiscalía va a iniciar actuaciones contra los testigos Anke Lier y Engelbert Auersthal, ya que existe sospecha de complicidad en un delito de homicidio piadoso, tipificado en el artículo 77 de nuestro Código Penal.

Ya se me había olvidado por completo la existencia de Thomas, mi abogado defensor. De repente acababa de convertirse en un héroe. Y le sentaba bien. Estaba como loco: solicitó mi puesta en libertad, pero yo me mostré en contra. El público se rio. Ya no me tomaban en serio, así es que decidí ponerme de su lado y empecé a reírme también.

Tras unos breves momentos de deliberación me informaron de que en principio era libre. Solté una carcajada. Nadie podía imaginarse que en pocas horas la risa se había impuesto en el lugar de la desesperación en varias ocasiones. Tenía que presentarme de nuevo en la misma sala al día siguiente a las nueve de la mañana. Quedaba pendiente el final del proceso, los alegatos y la sentencia.

Quisieron saber si había alguna pregunta más antes de dar por concluida la sesión. Sí, claro; había un listo en la sala: uno que sabía diferenciar entre lo que se veía y lo que se quería ver. Enderezó sus gafitas redondas y les preguntó a los dos testigos decisivos por qué habían esperado hasta ese momento para sacar la verdad a la luz. Ellos dijeron que la voluntad de Rolf era que «Instalación Muerte en Libertad. Escena V» no se presentara en su momento como un proyecto artístico y que los participantes permanecieran en el anonimato, que ellos habían pensado que, tras la «redención» yo le explicaría a la policía toda la verdad y que pensaban que se mostrarían indulgentes; pero al leer en los periódicos que yo insistía en venderle al tribunal la «obra» como si fuera un asesinato pasional (quién sabe por qué), entonces habían decidido que tenían que salir

a la luz y que había llegado el momento de airear el secreto.

—¿Sigue manteniendo su afirmación de que no sabía nada acerca de la enfermedad de Rolf Lentz? —me preguntó el estudiante.

Yo dije: «La mantengo, porque esa es la verdad».

El chiste tuvo muy buena acogida; sin comerlo ni beberlo, en poco tiempo me había convertido en un humorista bastante famoso. El único que no se rio fue el de las gafas redondas. Me sentó bien descansar por unos instantes la vista posándola sobre su gesto serio.

Ya había oscurecido cuando mi fiel vigilante vino a abrir la puerta de la celda para dejar que saliera la peste que se había ido acumulando allí tras cinco meses de prisión preventiva. Se asustó.

—¡Haigerer! ¿Todavía está usted aquí? —me preguntó.

—Sí, se ve que me he quedado un poco traspuesto mientras me preparaba las cosas... —mentí —. ¿Me puedo quedar a pasar la noche?

—¿Quiere quedarse aquí? —preguntó.

—Es que estoy cansado —dije.

Movió la cabeza hacia los lados.

—Me gustaría estar solo —le dije.

—¿Quiere estar solo? —preguntó él.

—Sí, si está permitido...

Estaba permitido. Echó el cerrojo y yo me acosté en el suelo boca arriba. A lo mejor ya no me levantaba nunca. Era como un escarabajo muerto.

## VEINTISIETE

Me encontraba de nuevo en la Gran Sala del Jurado.

Debió de arrastrarme hasta allí la corriente. Los figurantes me llevaron por última vez hasta el banquillo de los acusados y allí me escoltaban con sus rígidos uniformes. Pero ya no eran mis vigilantes; eran unos viejos conocidos que me acompañaban en esos malos tiempos que ya nunca serían mejores.

Tenía las muñecas desprotegidas y me dolían. No llevaba esposas. Mis viejos conocidos las habían olvidado o se les habían perdido o habían dejado que se oxidasen. Se sentían orgullosos de mí. Ya podían volver a tocarme; porque como no era gay... Me hablaban otra vez. Posiblemente sobre el tiempo. Yo no escuchaba, no estaba presente, no participaba.

Había concluido la fase de presentación de pruebas pero yo me había quedado atrapado dentro de la escena. Estábamos representando una obra que giraba en torno al tema de mi inocencia y mi nobleza pero yo no tenía ni idea de quién era el director, no era capaz de articular pensamientos claros, estaba tumbado como un escarabajo boca arriba; aunque ya había dejado de patear.

Detrás de mí, a la izquierda, Siegfried Rehle ponía fin con su alegato a su triste representación. Se disculpó por haberse confundido al presentar la acusación de asesinato; aunque dio a entender que tampoco había ido tan desencaminado. Le pidió al jurado que tuviera en cuenta «el lado subjetivo del acto cometido». «El propio acusado, el señor Haigerer se siente como un verdadero asesino», remarcó Rehle. «Él sabe que ha cometido un delito grave. A nosotros puede resultarnos grotesco que niegue tener conocimiento de la enfermedad de su víctima. Pero ¿no es precisamente eso una prueba de que es consciente de la dimensión de su culpa?» No asintió ninguno de los miembros del jurado. El de las gafas redondas me envió una sonrisa; yo bajé la mirada.

Rehle se deshizo en alabanzas con la Nación, la República, el Tribunal, la Ley de Enjuiciamiento Criminal y todos sus artículos. Dio a entender que le alegraba que incluyera algo para mí, algo con lo que se podía hacer justicia en este estado de cosas: el hermano pequeño y bondadoso del asesinato, el homicidio piadoso.

«Apreciados miembros del jurado, esto no es un pacto entre caballeros», dijo. «Imagínense que cualquiera pudiera matar de un tiro a algún ser cercano que padeciera un enfermedad grave, solo porque quizás el enfermo se lo había pedido en un momento de crisis. ¿Adónde iríamos a parar?» Yo asentí. Me daba pena Rehle, hacía su trabajo mucho mejor de lo que podía parecer, sabía distinguir entre el bien y el mal; pero, desgraciadamente, eso allí carecía de importancia.

«Pero centrémonos en la dimensión de la condena», rogó Rehle. Y su voz despedía dureza. Tenía que dejarse crecer otra vez la barba. Para el generoso crimen que se me imputaba la ley prescribía entre seis meses y cinco años de privación de libertad. Rehle pidió a la Sala que, a pesar de todos los atenuantes, no se quedaran en la pena mínima. «Hay que mostrarle con decisión firme a la opinión pública que el acto de matar no puede ser disculpado por muy nobles que sean los motivos que hayan movido al ejecutor.» Tenía razón.

Por detrás de mí, mi abogado Thomas se puso en pie y tomó la palabra. «Haré un breve resumen», prometió. «Todos nosotros nos arrancamos ayer una espinita del corazón. Bueno, qué digo, una espinita..., una raspa entera.» Un mal juego de palabras, ciertamente, pero lo clavó. «Todos nosotros intuíamos que mi cliente era incapaz de llevar a cabo un brutal asesinato.» Prácticamente todo el mundo asintió. El de las gafitas redondas me lanzó una sonrisa. Él sabía más que nadie.

Según aseguraba Thomas, yo, que me encontraba en un momento delicado, había sucumbido ante la compasión que me inspiraba un enfermo en fase terminal que además era un luchador y anónimo activista. Esto es lo que decía mi abogado y probablemente así lo creía: que quise cumplir el último deseo de un hombre moribundo, que me había mostrado dispuesto a llevar a cabo una acción que, por mí mismo, nunca habría sido capaz de ejecutar. «Se entregó a la causa por el derecho a una muerte digna y dejó que lo manejaran, se convirtió en una herramienta, en el brazo ejecutor de un hombre que estaba prácticamente muerto. Hasta que no se había llevado a cabo la acción al completo, no fue consciente de lo que habían hecho con él.» Thomas debía de haberse leído unas cuantas novelas policiacas en los últimos días; sería mejor que volviera a centrarse en temas inmobiliarios. «Y entonces apareció ese terrible sentimiento de culpa que tan claramente supo explicar nuestro apreciado perito en materia psiquiátrica, el catedrático señor Reithofer», mintió.

Según él, yo me sentía como si fuera un asesino y por eso quería que me castigaran por ello. «De alguna manera, todavía se encuentra en estado de *shock*», le oí decir a Thomas. «Y así se explica su extraño comportamiento ante este tribunal. Se ha inventado una serie de historias en torno a su homosexualidad y a sus ataques de celos y lo ha hecho solamente para que ustedes, estimados miembros del jurado, lo obliguen a expiar su culpa. Ahora ayúdenlo a perdonarse a sí mismo castigándolo con la mínima pena prevista para un delito leve como este. Les pido clemencia.»

La idea de Thomas era dejar el asunto en prisión condicional. Era mi abogado. En realidad debería haber estado de mi parte. «Ya ha pasado bastante tiempo en prisión teniendo en cuenta el delito que ha cometido: tener caridad con un extraño y hacer algo bueno por él.» Estaba claro que había elegido al defensor equivocado. «Ya ha sufrido bastante. Dejen que ahora se vaya a casa, regalémosle esta primavera, devolvámosle su libertad...»

No pude evitar pensar en la primavera, en las lilas floreciendo y en el aroma de las peonías. Entonces escuché un llanto. Alguien lloraba amargamente. El sonido se fue acercando cada vez más hasta que me alcanzó, hasta que era el mío. El que había perdido la esperanza de que hubiera

nieve me puso en la mano un pañuelo de papel. Después hicieron un descanso, todos se fueron y me dejaron allí solo sentado: eso era la primavera, eso era la libertad; no pensaba dejar de hundirme.

—Señor Haigerer, es usted quien debe pronunciarse en último lugar —dijo Anneliese Stellmaier.

—Pues me gustaría darles las gracias por sus esfuerzos. Siento haberles causado tantas molestias —dije.

Se oyó reír a alguien entre el público. ¿Eso no estaba prohibido? Yo no tenía otra cosa que decir, quería esperar a ver qué pasaba conmigo.

—¿Eso significa que se adhiere a lo expuesto por su abogado defensor?

No debería haberme preguntado eso.

—No, señoría —repliqué. Y me asusté al escuchar el volumen con el que lo hice—. No significa nada de eso, no tiene por qué significarlo, yo no me adhiero a sus palabras.

Había dejado caer los brazos, tenía las manos metidas en los bolsillos de la americana y apretaba los puños en señal de decisión sin saber por qué. No eran más que los últimos coletazos en la lucha de un escarabajo ya muerto. Sentí el tacto húmedo de un pañuelo de papel en el bolsillo izquierdo; en el derecho noté algo como papel duro y esa sensación me trajo a la cabeza un pensamiento: recordé que no había abierto el sobre de la última de las cartas amenazadoras, la que llevaba las iniciales X. L.

Xaver Lorenz. Tenía que ser casualidad, ¿no? Eso no podía saberlo nadie. Teníamos doce agujeros para los cordones cada uno. No me había confundido al contar, ¿no? A Xaver Lorenz no lo conocía nadie, aparte de mí. Quien conociera a Xaver Lorenz sabía la verdad.

—Asesiné premeditadamente a un completo desconocido —me oí decir.

¿Podían reírse así en el público? ¿No estaba prohibido?

—Tengo derecho a una condena justa...

—¿Algo más que añadir, señor Haigerer? —me preguntó la jueza.

—Puedo demostrarlo —dije yo.

Por fin se callaron. ¿Qué había dicho yo? ¿«Puedo demostrarlo»? Sí, eso había dicho.

—Deme dos horas y le colocaré las pruebas encima de la mesa —dije.

Pero ¿qué estaba diciendo? Estaba dispuesto a desvelar mi secreto a pesar de que así despojaba a mi acción de todo sentido y me fastidiaba la vida tras el asesinato. Pero es que era incapaz de pensar en el despertar que estaba experimentado afuera la primavera y permanecer allí dentro en silencio.

—Señor Haigerer, le ruego que nos ahorre un...

—Dos horas, señoría. Solo le pido dos horas.

Se pusieron a cuchichear. Helmut Hehl no estaba de acuerdo: le faltaba demasiado poco para jubilarse. Ilona Schmidl sí estaba a favor: no tenía nada mejor que hacer. Esta vez llevaba un pintalabios que iba muy bien con su vestido rosa. Los miembros del jurado, en su mayoría, se oponían al aplazamiento: el hombre de la cadena de perro odiaba las películas con demasiado

metraje, la mujer de la cabeza ladeada que se parecía a mi madre no quería que le arrebatasen el final feliz; pero acabó imponiéndose la opinión del de la cabeza rapada.

—¿Qué nos cuesta esperar dos horas? —preguntó—. Que nos presente esas pruebas que dice... —propuso. Y nos sonreímos. Éramos cómplices.

Thomas estaba en contra pero no le quedó más remedio que aplazar por mi causa una cita para ver un piso, y acompañarme en mi incursión al mundo civilizado. Me confesó que se ponía muy nervioso al volante. Yo me lo estaba oliendo. A lo mejor podíamos parar y comprar un spray desodorante; eso era lo que tenía ser libre, que uno podía entrar en una tienda y comprarse un desodorante. Cerré los ojos, me escocían por la luz. Hacía un día soleado. ¿Cómo podían aguantar los otros en días como ese?

En las calles podría haber visto a esas personas que andaban «por ahí» ocupándose de esos «asuntos» que tenían que liquidar, y que a veces liquidaban de un porrazo días enteros o incluso semanas. Lo hacían intencionadamente. La radio del coche ofrecía información sobre el estado del tráfico. Seguía habiendo atascos, como siempre. El espacio del que disponía la gente que se ocupaba de liquidar algunos asuntos se veía a veces muy reducido. Yo me ajusté el cinturón de seguridad. Thomas iba nervioso al volante. A todos los seres humanos nos ponía nerviosos la libertad. A mí el cinturón me daba seguridad.

—¿Y por qué al aeropuerto? —me preguntó.

Aparte de eso, no hablamos mucho; él tenía miedo de que le diera alguna otra sorpresa, habría preferido liquidar todo el asunto de golpe y porrazo: días y semanas enteras. Tal vez pensara que yo iba a intentar huir y que él quedaría como mi cómplice, que acabaría viéndose implicado en un caso de homicidio.

—No van a ser más que unos minutos —le tranquilicé.

Éramos prácticamente amigos; entre nosotros solo se interponía un asesinato, nada más.

Aparcamos el coche y yo abrí los ojos. Avanzamos por un pabellón, pasando al lado de varias personas que estaban de vacaciones después de haber liquidado unos cuantos asuntos o que viajaban por motivos laborales y preferían volar para ahorrar tiempo. Junto a la consigna se encontraba la máquina azul con la que había soñado en tantas ocasiones. Me acordé de mi celda, sentía que me faltaban las esposas, tenía nostalgia de mi hogar. Estaba cayendo en picado y echaba de menos el nido.

Thomas se quedó un par de pasos por detrás de mí para poder desentenderse de todo en caso de emergencia. A saber si se me ocurría poner una bomba y salía de allí con los pies por delante por no haber mantenido la distancia de seguridad. Pulsé el botón verde y marqué el código: dos seis cero ocho nueve ocho: 26-08-98. Inolvidable. El portero del *Kulturwelt* me había llamado para que bajara a recepción. Allí estaba Delia, en un lugar que no le correspondía. Me habló en voz baja: «Jan, he venido para decirte que voy a dejarte». «¿Por qué?», pregunté yo. «Porque sí, por eso», contestó ella.

26-08-98. Dos seis cero ocho nueve ocho. Inolvidable. Por la tarde llegó con el correo la última negativa. Porque sí, señorita. Porque sí, por eso. Ese fue el final de mi tiempo

reglamentario. Todos los asuntos que tenía, todos mis días y semanas se me lanzaron encima y me liquidaron. Aquel mismo día se me ocurrió esa descabellada idea, aquel fue el inicio de una prórroga artificial.

La máquina azul escupió una tarjeta. Con ella pude retirar la llave de la consigna. Lo hice con veinte años de antelación porque los condenados a «cadena perpetua» salen después de veinte años si muestran buen comportamiento. Esos veinte años los había rascado, me había ganado un tiempo adicional. Porque sí, por eso. Por eso había merecido la pena, por eso lo había hecho. Por eso, señoría. Por eso, apreciados miembros del jurado. Por eso, magistrados.

—Enseguida acabamos —le dije a Thomas para consolarlo.

Él andaba agitándose detrás de mí, sin saber qué hacía, aunque aliviado pensando que yo sí lo sabía. Era la tercera taquilla empezando por abajo, en la fila catorce; la encontré enseguida. Con la mano derecha giré la llave y abrí la puerta, metí la mano izquierda en el interior de la consigna y agarré el paquetito que había guardado dentro. Pesaba poco. No pesaba nada. No tenía nada en la mano. Estaba asiendo aire. Allí no había nada.

La taquilla estaba vacía. Me habría equivocado de puerta. Protesté. Fui al mostrador a quejarme. Me dijeron que era imposible que hubiera abierto otra taquilla. Empecé a gritar, Thomas intentaba calmarme. La gente se apelonaba para mirarnos. Volví. Dos seis cero ocho nueve ocho. Nadie podía saberse esos números, pero la consigna estaba vacía. Era imposible. Thomas me sujetó, estaba sudando, me recosté en la pared metálica, no había nada, no tenía en qué apoyarme.

«Es mejor que se siente», retumbó una voz por alguna parte. «Le ha dado un vahído», dijo alguien. «Un vaso de agua.» «Ese hombre está mareado.» «Hay que acostarlo boca arriba.» «¿Hace falta un médico?»

Dos seis cero ocho nueve ocho. Me habían robado. Hacia mí se dirigían unos pies, traqueteando con fuerza contra el piso.

«No es más que un pequeño desmayo.»

Me habían traicionado.

«No, no hace falta ambulancia.» «Basta con un vaso de agua.»

El de la chaqueta roja me estaba clavando los pulgares en los ojos. Una taquilla vacía. ¿Había tenido que morir solo por eso?

—¿Está todo bien? —me preguntó Thomas. Yo estaba sentado en el coche. Ante mí desfilaba la libertad con sus luces cegadoras.

## VEINTIOCHO

Los médicos de la prisión no sabían quién me había saqueado la consigna; pero disponían de unos medicamentos muy buenos que me hicieron olvidar la primavera. Me estaba subiendo otra vez la tensión, aunque ni idea de por qué, ni para qué, ni de hacia dónde iba. Me dijeron que tenía que permanecer acostado una hora más; no me importaba, no me perdía nada, ya habían empezado a deliberar y yo ya no podía ejercer ninguna influencia en la decisión del jurado. De hecho, ya no tenía ninguna influencia en mi vida, en nada. En la fase posterior a la resignación había unos instantes en los cuales uno se podía dejar llevar sin más por lo más bajo sin sentir ningún dolor.

En el viaje de vuelta a casa había llegado a un acuerdo con Thomas Ertl con respecto a mi libertad: yo le había prometido tranquilizarme y él me había asegurado que iba a informar al tribunal de que yo era un asesino, que no podían creerse que yo había matado al de la chaqueta roja por amor al prójimo, que esos *e-mails* eran falsos, que los testigos estaban comprados, que yo nunca había mantenido correspondencia con la víctima; que yo no conocía a Rolf Lentz, no era ni homosexual ni celoso, pero había tenido que mentir para no salir impune. Tenía que expiar mi culpa, había matado a un desconocido. ¿Por qué? La respuesta estaba guardada en la taquilla de la consigna que había sido saqueada.

¿Quién conocía el número secreto? No podía saberlo nadie. Había sido engañado por una instancia superior. Me habría encantado explicar la verdad, pero la poca concentración que me quedaba no me alcanzaba más que para expresar pensamientos fragmentados. Y entonces, en algún momento, me acordé otra vez de la carta.

—La carta de las manchitas rojas —debí de decir.

—¿Qué carta? ¿Qué manchitas? —me preguntó el hombre blanco de las agujas.

—En mi americana hay un sobre con manchas rojas —repuse yo.

Me lo trajeron. Allí ponía X. L. y X. L. eran las iniciales de Xaver Lorenz. Eso no podía saberlo nadie. Rasgué el sobre, saqué la nota que contenía y se la di al hombre de blanco que me había pinchado. Que lo leyera en voz alta, que él era el médico.

Leyó: «Jan, puedes volver a empezar otra vez desde cero; pero no en prisión. Tú no eres Xaver Lorenz, tú eres Jan Haigerer, no tienes más que 43 años, te queda media vida por delante, sácale provecho».

—¿Xaver Lorenz? —pregunté.

—Xaver Lorenz —respondió el médico. No había leído mal—. ¿Quién es? —preguntó sin interés.

—Eso no lo sabe nadie —repliqué yo—. La única persona que puede saberlo es la que tuviera el número secreto.

Pero nadie podía saber cuál era la combinación; ni siquiera Delia, que había sido el detonante, recordaba la fecha en la que decidió poner punto final al aburrimiento en pareja. Habría sido demasiado honor para el lectorucho ese.

El de blanco me puso la mano en la frente.

—No tiene fiebre —me dijo.

¡Vaya! ¡Enhorabuena!

Ya había anochecido cuando mi abogado Thomas me sacó de aquella habitación.

—Ya está —dijo.

Estaba como un flan; parecía un niño a punto de hacer la primera comunión. La cera del cirio se le habría derretido entre las manos por el calor que despedirían sus ardientes dedos pringosos. Íbamos a escuchar la decisión del jurado. El de blanco nos acompañó; me sujetaban entre los dos, a mí me fallaban las rodillas. Thomas podría volver por fin a su vida normal con sus asuntos inmobiliarios; no decía nada pero yo sentía que me suplicaba que fuera disciplinado, que no sufriera otro ataque, que no se me ocurriera presentar otra confesión ni hacer más excursiones al aeropuerto ni abrir taquillas vacías ni sufrir más colapsos.

En la Gran Sala del Jurado se habían arreglado para la ocasión, olía a perfume malo y a desodorante de eficacia media. La sala resplandecía con las luces blancas de neón como si fuera un estudio de televisión. Estaban retransmitiendo. Yo ya había vivido muchas sentencias en directo trabajando como reportero; eran como acontecimientos deportivos, competiciones en las que los clasificados eran los jueces, entregas de premios negativos celebradas con ilusión. No tenían nada que ver con la justicia, ni con la diferencia entre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Tomé asiento en el banquillo de los acusados. Los figurantes se colocaron de pie a bastante distancia de mí y me hicieron respectivos gestos con las manos para saludarme con toda amabilidad. Yo echaba de menos las esposas. A mi lado, esta vez, se encontraba el de blanco, que me sobaba el brazo y me tomaba el pulso intentando calmar así el ritmo de su propio corazón; aunque probablemente no lo consiguiera. Yo estaba inerte como un escarabajo muerto.

—Procedemos a escuchar el veredicto del jurado, administrando justicia en nombre de la República —dijo Anneliese Stellmaier—. Por favor, tomen asiento. Tiene la palabra el portavoz del jurado.

El estudiante de las gafas redondas se quedó de pie, tomó el «resguardo de lotería» y empezó a leer preguntando: «Primera cuestión principal: ¿Mató Jan Rufus Haigerer, con un arma de fuego disparada a corta distancia, a Rolf Lentz, premeditadamente, el diecisiete de octubre del año pasado en el café Bob's Coolclub? ¿Cometió asesinato?».

Hizo una pausa, levantó la mirada del papel, me colocó incisivamente en su punto de mira y anunció con la voz más bronca que pudo: «Un voto: ¡Sí!...». Ese era su voto y quería hacérmelo saber personalmente. Me habría gustado agradecerse, pero no había tiempo para esas cosas. Continuó leyendo y ahora lo hizo suavemente y con ironía: «Siete votos: ¡No!». Yo sabía perder.

«Segunda cuestión principal», leyó el miembro del jurado: «¿Mató, con un arma de fuego disparada a corta distancia, Jan Rufus Haigerer a Rolf Lentz, premeditadamente, el diecisiete de octubre del año pasado en el café Bob's Coolclub por deseo expreso de la víctima, que insistió en que así fuera? ¿Cometió homicidio piadoso?». Se escucharon murmullos entre el público. La respuesta estaba anunciada pero, como en el fútbol, siempre gustaba ver la repetición a cámara lenta de una buena jugada que finalizaba en gol.

«Siete votos: Sí. Un voto: No.» Entonces se escuchó lo que en lenguaje deportivo se designa en ocasiones como el «aplauzo frenético» del público. Efectivamente: las palmas en el juzgado estaban rigurosamente prohibidas y tampoco podían sacarme a hombros ni darme la vuelta alrededor de la sala; pero los de las primeras filas estuvieron a punto de ponerse a festejarlo de tal manera. Helmut Hehl tuvo el valor de mostrar su desacuerdo; lo hizo sacando a gritos el odio que sentía en ese momento hacia su trabajo, hacia la humanidad y hacia los actos de desobediencia: «Si no se calman de inmediato, habrá que proceder al desalojo de la sala». Probablemente hasta tenía gas lacrimógeno preparado por si se daba el caso.

La jueza Stellmaier, notablemente afectada por las hermosas palabras pronunciadas por el representante del jurado, anunció la sentencia: «El acusado Jan Rufus Haigerer es condenado a seis meses de privación de libertad por un delito de homicidio piadoso. Según el artículo 23 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal esta pena es conmutada a tres años de libertad condicional». Dijo «libertad condicional» y eso significaba que yo era libre. El de blanco volvió a tomarme el pulso; era imposible que notara algo, así es que le sonreí porque, que alguien esbozara una sonrisa, también se entendía generalmente como un signo de vida.

A continuación, la jueza explicó en lenguaje estrictamente jurídico los motivos en los que se basaba la reducción de condena, dando a entender que yo era un buen hombre hasta cuando mataba. Sonreí.

Mi mayor fortaleza y mi mayor debilidad era que sabía satisfacer expectativas y esta vez las había superado todas; como habrían dicho los encargados de deportes, me había superado a mí mismo. Me puse en pie e hice una reverencia. El público, agradecido, estaba fuera de sí (como también solían decir los de Deportes); algunos parecían pedir a gritos que les diera algo más, algo como una toalla empapada en mi sudor o un autógrafo con una dedicatoria personal. ¿Por qué yo no era Helmut Hehl, que tenía potestad para ignorarlos, derramar su rabia sobre ellos y echarlos a gritos de la sala?

—Señor Haigerer, ¿ha entendido la sentencia? —preguntó Stellmaier. Sonaba rebosante de felicidad.

—Sí —respondí yo.

La repitió porque le parecía tan hermoso haberme concedido la condicional, es decir, haberme castigado pero dejarme suelto. Lo único que tenía que hacer era estar tres años sin cometer ningún delito similar o, de lo contrario, los seis meses de prisión se añadirían a la siguiente condena.

A continuación me recordó que podía iniciar acciones e interponer un recurso de apelación contra la sentencia y que podía consultarlo con mi abogado. Yo me giré hacia donde se encontraba Thomas y vi su mirada suplicándome que no lo hiciera. Le saludé con la mano y dije: «Acepto la sentencia». De todas formas, contra la fase que seguía a la resignación no se podía emprender

ninguna acción legal. El fiscal también renunció a este derecho, demostró ser un cobarde, uno de esos que una vez conocido el fallo siempre se pone del lado de los vencedores. De esta manera, la sentencia se hacía ejecutoria.

—Señor Haigerer, ¿qué va a hacer usted ahora? —preguntó la jueza.

Fue probablemente su mejor pregunta; si bien resultaba un poco cínica, pero a mí no me molestó.

—Tengo muchos amigos —mentí. Pero sonó bien.

—Le recomiendo que considere la posibilidad de contar con asistencia psiquiátrica de inmediato para sobrellevar la experiencia traumática. Tiene que superar esa necesidad de ser castigado más duramente de lo necesario, tiene que ser capaz de perdonarse.

Al verla así daban ganas de llorar. Yo no quise alargarlo más y le dije: «Voy a intentarlo».

—En cualquier caso, espero volver a verlo pronto por aquí. Realizando su labor como reportero —dijo. Un comentario ruin. Pero ella no lo sabía; era una buena persona, así es que le sonreí—. El caso está cerrado —anunció.

Se escucharon más aplausos y nadie intervino en contra. Helmut Hehl acababa de jubilarse.

En las siguientes horas me hicieron entrevistas y radiografías mediáticas que pretendían poner al descubierto lo más recóndito de mi alma desagrada. Yo básicamente remitía a la excelente labor realizada por mi abogado defensor Thomas (quien, por su parte, brillaba ante las cámaras como una luciérnaga) y a la manera impecable en la que se había llevado el proceso. Muchas preguntas se referían a mi confesión y comenzaban con un «por qué»; yo las respondía con una sonrisa. Cada periodista la interpretaba a su manera y yo, a todos, les confirmaba la respuesta. Así funcionaba el negocio.

En un momento determinado apareció el agente judicial y nos anunció que tenía que cerrar la sala. El médico también estaba cansado de tanto tomarme el pulso y todos esos amigos que tenía de repente y que me amaban, porque era famoso y tenía éxito y había matado legalmente a un hombre, me dieron unos últimos golpecitos en el hombro, me desearon lo mejor y me amenazaron con vernos algún día de esos para tomar un café o una cerveza en un bar en libertad.

Thomas me preguntó si podía hacer algo más por mí.

—No, gracias, ya me las apañaré —le dije.

Me daba pena. Ahora tendría que ocuparse otra vez de sus asuntos, ir haciendo sus liquidaciones, semana tras semana, año tras año. Cuando ya no me requería nadie más, también yo me fui. ¿Adónde? Ni idea. Partiendo de aquella sala solo conocía un camino: el que conducía a una celda que ya no era mía. Me habían arrebatado la libertad de ser un recluso. Era un asesino libre al final de la fase posterior a la resignación.

En el pasillo que conducía a la zona de acceso restringido tuve un encuentro sorprendente: me estaba esperando el estudiante.

Nos estrechamos la mano con frialdad y respeto. Se llamaba Michael Fabian y era profesor en una escuela para alumnos con necesidades educativas especiales.

—Yo le creo. Creo que usted es un asesino —me dijo.

—Lo sé. Pero eso no basta —repuse yo. No le sonreí.

Me preguntó por qué lo había hecho. Le dije que ya era demasiado tarde para eso, que en algún momento había estado dispuesto a arruinar mi plan y a revelarlo, pero que me habían robado las pruebas de la consigna en la que estaban custodiadas.

—¿Robado? ¿Y quién puede haber hecho eso? —preguntó.

Por un segundo se me pasó por la cabeza la idea de que pudiera haber sido el estudiante. Pero no; era profesor en una escuela para alumnos con necesidades educativas especiales y era superior a mí, podía pensar con lógica y yo no.

—Alguien que tenía la combinación —me dijo.

—Pero es que no la sabía nadie —repliqué yo.

—A alguien se la diría —dijo.

—Yo no he hablado con nadie sobre eso.

—¿Está seguro? —me preguntó.

No había pregunta que pudiera hacer dudar más a nadie que esa, pero yo respondí afirmativamente.

—Sí.

—¿Y quién podía tener interés en hacer desaparecer las pruebas? —preguntó el joven docente.

—Nadie —repuse yo.

—¿Está usted seguro?

Maldita sea, claro que estaba seguro, estaba seguro de que, de todas maneras, eso ya no tenía importancia.

—¿Y quién se ha inventado esa historia del homicidio piadoso? ¿De dónde han salido los testigos? ¿Quién escribió las cartas y los correos electrónicos?

Me estaba torturando. ¡Yo qué sabía! No tenía ni idea, no sabía por dónde empezar. En una buena novela policiaca, yo entonces me habría pegado a sus talones y habríamos solucionado el caso juntos.

—Tengo que continuar —le dije.

Se despidió, me apretó la mano con fuerza.

—Por cierto. Creo que sé qué guardaba usted en la consigna —dijo.

—Y yo creo que no se equivoca —le respondí.

Ninguno de los dos sonrió. Nos teníamos respeto mutuo.

El guardia me abrió la celda por última vez. Me concedió unas últimas horas para despedirme de la guarida en la que había pasado mi tiempo adicional. Me tumbé en el suelo y observé cómo la corriente de aire jugaba caprichosamente a perseguir las bolas de pelusa que se habían ido acumulando bajo la cama como si fueran pedazos de algodón de azúcar. Estaba a punto de elaborar un pensamiento que me ayudaría a dilucidar cómo iba a superar la segunda fase posterior a la resignación, cuando mi mirada fue a dar con un objeto blanco que corría tras la maraña de polvo y que me resultaba conocido a pesar de que todavía no sabía con exactitud de qué se trataba. Me colé debajo de la cama y saqué aquella servilleta hecha jirones que tantas noches

había sujetado apretada en mi mano. Algún día debió de haberseme caído por detrás de la cama, se perdió en el suelo y a mí acabó olvidándoseme el mensaje que contenía: Brasil.

Sin proponérmelo, de repente, lo tenía claro. Cualquiera médico habría podido diagnosticar que en ese momento mi pulso volvía a entrar en funcionamiento. Faltaba un testigo, había una persona que se había mantenido alejada del espectáculo, que se había escaqueado: Beatrice, la joven camarera del Bob's Coolclub, aquella chica delicada, de pelo negro, que me daba la espalda, la que había visto de pie charlando animadamente con mi fugitiva saltadora de trampolín. Beatrice, la camarera, la mujer con la que pasé la segunda noche después del asesinato, cuando estaba completamente borracho. Beatrice, la camarera jovencita de pelo negro...

Tenía que dejar de pensar antes de dominar otra vez la técnica y que se volviera a convertir en costumbre. Dieron unos golpes discretos en la puerta. Una llave giró, oí cómo se abría el pestillo y ante mí apareció una imagen procedente de ese espacio indefinido que se extendía entre el pasado y la falta de futuro. Era como en el teatro, cuando los personajes entran una última vez en escena a modo de despedida. Ahora era el turno del señor Wilfried, el conde sin sangre, el funcionario de vigilancia del módulo 3, aquel hombre que me conducía hasta Helena cuando ella todavía estaba desesperada y enganchada a mi ruinosa vida, cuando ella todavía intentaba salvar lo que se pudiera de mí.

—¿Está listo? ¿Nos podemos marchar? —preguntó.

Por un momento creí estar viviendo el *Jedermann* o el «Erlkönig» o una de esas historias que poblaban la literatura y la dramaturgia carente de imaginación, en las cuales se aparecía la personificación de la muerte para llevarse a alguien al otro barrio. Yo ya estaba viendo al conde con un traje de esqueleto conduciendo una carroza negra en la que el viajero era yo. Los caballos, azotados brutalmente por el cochero, me transportaban, a través de la noche y el viento, a algún oscuro lugar del más allá; uno de los más terribles prototipos con los que el arte podría representar la muerte. ¿Sería esta la pena que me tocaba pagar por mi estrepitoso fracaso como héroe literario?

No lo sabía; pero, por supuesto, me fui con él. Me habría ido con cualquiera que me lo hubiera ordenado. Yo ya lo tenía todo liquidado, no me quedaba nada por hacer, el tiempo que me sobraba concluiría por sí solo y el conde era la garantía de que mi merecido final estaba cada vez más cerca.

Abandonamos el centro penitenciario legalmente por la puerta trasera. Un par de gotas de lluvia me alcanzaron en la frente y el cuello. Hacía frío y olía a primavera frustrada. Subí al coche que me habían preparado, el conde se puso al volante y, sin prisa, puso el vehículo en marcha. Yo rompí el silencio al preguntar: «¿Adónde vamos?». Y en ese mismo momento lo supe. Él supo que yo lo sabía y no me contestó. El trayecto fue agradable. La libertad se presentó pasada por agua. Se escuchaba el batir de la lluvia contra el techo del coche.

## VEINTINUEVE

El conde me llevó hasta la misma puerta. Su encargo, presumiblemente, acababa allí. Me habría gustado dejarle algo de propina pero no quise ofenderlo; era un hombre de honor. Abrió la puerta del piso y dijo:

—La señora Selenic está de viaje. Tiene la casa a su disposición. Relájese y descanse; la cama está hecha, las toallas limpias, el frigorífico lleno, y lectura tampoco le faltará.

Me dio la llave, pero yo no podía aceptarla.

—Cierre usted desde fuera cuando salga —le dije.

—Vuelve a ser un hombre libre —replicó— y yo no tengo derecho a cortarle su libertad.

Metió la llave en la cerradura, en la parte interior de la puerta, y cerró al salir dejándome solo en mitad del pasillo del piso con destellos de oro. Me tumbé sobre una alfombra demasiado suave e intenté llorar.

Helena sabía que acabaría poniendo a Jacques Offenbach en algún momento y me había dejado la primera carta en la funda del CD. No me daba miedo leerla. Las letras eran glóbulos sanguíneos que componían una melodía para mí, y yo me dejé empapar por ella para escuchar en el primer movimiento cómo se desvelaba el misterio que regía mi destino.

*Querido Jan: Soy Beatrice, ya sabes, la camarera. Ha llegado el momento de revelarte mi secreto. Aunque, en realidad, lo que desvelo es tu secreto. El que tú me desvelaste. ¿Te acuerdas de aquella noche? Habían pasado dos días desde el disparo. Estuviste en el local y estabas totalmente borracho, desesperado. Me dabas tanta pena. Te diste varias veces con la cabeza contra la mesa, estabas medio inconsciente y yo no fui capaz de dejarte allí en esas condiciones.*

*Bob me ayudó a ponerte en pie y te llevé a rastras hasta mi casa. Por el camino no hacías más que hablarme de Brasil, me preguntaste si me iría contigo. A Brasil. Brasil. Brasil..., todo el tiempo lo mismo, a mí me hacías mucha gracia. Acabaste desplomándote en mis brazos, llorando, y luego riéndote, llevabas una borrachera impresionante.*

*Después te tumbaste en el sofá y, medio en sueños, empezaste a delirar y a repetir esos números, siempre los mismos: dos seis cero ocho nueve ocho. Te pregunté qué*

*significaban pero solo mascullabas palabras sueltas: «el de la chaqueta roja» (eso lo repetías todo el tiempo: «el de la chaqueta roja») y «la combinación», «el código secreto», «secreto», «consigna», «llave de la muerte», «lo hice yo», «yo le disparé»... y cosas por el estilo. Y otra vez los mismos números: dos seis cero ocho nueve ocho.*

*Me los apunté. Por puro instinto. Entonces no me podía imaginar que podrían llegar a tener tanta importancia. Nunca me habría imaginado que tú fueras capaz de hacer nada malo y me quedé estupefacta cuando me enteré de que estabas en prisión. Todos pensamos que debía de tratarse de un terrible malentendido.*

*Así es que decidí ponerme en contacto con la jueza que instruía el caso, con Helena, una mujer fascinante. Creo que está enamorada de ti. Le conté todo lo que sabía. Estuvimos unas cuantas horas hablando de ti. Así me enteré también, por ejemplo, de tu desgraciada historia con Delia y de lo mucho que detestabas tu trabajo como periodista.*

*Te mandé una servilleta con la palabra BRASIL para que te distrajera un poco de tus pensamientos y te transportara a un lugar mejor.*

*Pasaron unas semanas y volví a quedar con Helena en su despacho. Pero esta vez la encontré seria y afligida. Me preguntó si yo quería que te condenaran a cadena perpetua. Yo me quedé helada: no, claro que no, le dije. ¿Y si realmente cometió un asesinato y lo hizo intencionadamente?, me preguntó. No, tampoco, le dije. Yo estoy convencida de que tú no eres mala persona, así es que no importa lo que hayas hecho. Así soy yo.*

*Helena se sintió aliviada. Entonces me contó toda la verdad: había encontrado la consigna y lo había leído todo. Me lo contó. Las dos sabemos por qué lo hiciste y nos parece una locura o una enfermedad o no sé qué; pero no se lo vamos a decir a nadie. La decisión es tuya. Eres tú el que decide si quiere sacar la verdad a la luz. Puedes solicitar que se reabra el caso, según me ha dicho Helena. Yo podría acabar también en prisión, pero asumo el riesgo. Así soy yo.*

*Bueno, Jan, pues hasta aquí llega «nuestra» historia. Emocionante, ¿no? Yo no le he contado nada de esto a nadie, ni siquiera a mi novio. Lo dejo en tus manos. Me gustaría volver a verte y no tiene por qué ser en Brasil. ¡Con tal de que sea en libertad!*

*Beatrice*

Tenía la garganta seca. Necesitaba un trago. Una botella de whisky sin empezar me envió una señal luminosa de color rojo otoño desde la distancia. Debajo de ella había una nota que decía: «¡Primero Jacques Offenbach!». Me hizo ilusión. Lo estaba haciendo bien: primero la música y después el whisky. Junto a la botella se hallaba una segunda carta que debía de contener la segunda parte de las aclaraciones. Me serví un vaso, me senté en el sofá y empecé a leer.

*Mi querido Jan, ahora me toca a mí, soy Helena. Siento haberme cruzado en tus planes. Haciéndolo he cometido además varios delitos graves: he ocultado pruebas, he falsificado documentos, he sobornado a testigos para que hicieran declaraciones falsas;*

*soy una jurista deplorable y no puedo volver a ejercer esta profesión. Ya no soy capaz de distinguir entre lo que es justo y lo que no lo es. Desde que entraste en mi vida.*

*Beatrice, la camarera, me dio la clave de tu secreto. Probé en tres bancos, en la estación y después en el aeropuerto. Y allí me funcionó la combinación, allí pude abrir la consigna y acceder a tus documentos. Me los llevé y los leí en el tren. Después me pasé noches enteras sentada donde debes de estar tú ahora, dándole vueltas a la cabeza. No sabía qué hacer. Veía tres posibilidades: una, descubrir el crimen y dejarte jugar ese «tiempo adicional» del que hablas, quedarme mirando cómo te acusaban de asesinato y te encerraban para que dejaras de vivir y te dedicaras solo a expiar tu crimen. Pero me sentía incapaz, me atraías demasiado para poder hacer eso. No podía soportar ver cómo te ibas a pique.*

*La segunda opción: esconder tu verdadero móvil, dejar que el proceso siguiera su curso sin móvil aparente o con uno inventado, regalarte esos quince o veinte años de prórroga para que reposaras en prisión y no te arrepintieras de nada porque ni te planteas la posibilidad de arrepentirte, porque te crees inmortal, porque quieres convertir tu fracaso en victoria a través de un acto delictivo. ¡No! No, Jan, eso tampoco. Tú no eres Xaver Lorenz, tú eres Jan Haigerer.*

*Y entonces se me ocurrió la tercera posibilidad, la del homicidio piadoso. Rolf Lentz era yonqui, estaba acabado; pero no estaba enfermo. Lo de infectarlo con el virus del SIDA se me ocurrió a mí más tarde. Al doctor Szabo, el médico, lo conozco desde que era una niña; fue el amante de mi madre durante años, me robó una parte de ella, así es que me debía un favor. Por supuesto, ya había oído hablar de tu caso. ¿Y quién no? Era uno de los muchos que no podían creerse que fueras un asesino y logré convencerlo para que te ayudara usando medios ilegales. Falsificó informes y volantes médicos y recreó los cuidados intensivos que había necesitado Lentz en sus últimos días; lo convirtió en un enfermo de SIDA en fase terminal. La prima de Rolf, Maria, también estaba implicada. No tenía una relación muy cordial que digamos con él y yo le prometí apoyo económico si estaba dispuesta a testificar que Rolf estaba enfermo de SIDA y que le quedaba poco de vida. Y buscamos unos cuantos testigos en el ambiente en el que se había movido Rolf Lentz para que declararan lo mismo.*

*A Anke Lier y Engelbert Auersthal los contacté (con sus verdaderos nombres) por Internet. Se crearon varias páginas web de fanáticos que exigían tu puesta en libertad. Te idolatraban, te adoraban, te tenían por un mártir. Jan, te has convertido en un personaje de culto, debería darte vergüenza. Conseguí contactar con los cabecillas y estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de sacarte de la cárcel.*

*En unos cuantos turnos de noche escribimos los mensajes que componían tu supuesto contacto epistolar con Rolf y pusimos los anuncios en Internet, redactamos juntos unas cartas que luego te hicimos llegar y pegamos anuncios en periódicos viejos y los fotocopiamos. Era arriesgado, pero sabíamos que nadie lo comprobaría, nos pasamos horas adaptando las declaraciones de los testigos y puliéndolas para que todo cuadrara.*

*La Sala no puso objeciones a la hora de aceptar que se trataba de un caso de «homicidio piadoso». Tanto Anneliese Stellmaier, como Benedikt Reithofer, como la mayoría de los miembros del jurado, se sintieron aliviados al descubrir que existía esa posibilidad. Nadie podía ni quería considerarte un asesino. Siegfried Rehle no podía objetar nada y tú ya no eras más que un saco de despojos. Aunque hubieras vuelto del aeropuerto y hubieras sacado a la luz toda la verdad al final, no te habría creído nadie. La necesidad que tenía la opinión pública de liberarte de la pesada carga que sobrellevabas era demasiado grande.*

*Ya ves, Jan. ¿Por qué he hecho todo esto? ¿Por qué he puesto en libertad a un asesino? Creo que no lo he hecho por mí ni «por nosotros»; lo he hecho solo por ti. Y contra ti, contra tu voluntad. ¿En contra de tu voluntad? No, en contra de la voluntad de Xaver Lorenz. Solo estando en libertad podrás percatarte de la locura. Lo hecho, hecho está, ya no puedes cambiarlo; pero puedes empezar a arrepentirte. No tienes ningún pecado que expiar, tienes que mostrar arrepentimiento. ¡ARREPENTIRTE!*

*¡Ah, sí! Tengo que devolverte una cosa. Encima de la mesa de la cocina encontrarás lo que había en la consigna: la confesión o la justificación de tu vida, como lo prefieras. Haz lo que quieras: termina tu obra o destrúyela. Sacrifica a Jan Haigerer por Xaver Lorenz, o elimina a Xaver Lorenz para empezar a ser otra vez Jan Haigerer desde el principio. Si eliges la segunda vía, puedes contar conmigo.*

*Y ahora, dale un trago al whisky de una vez por todas. Que todavía tienes el vaso lleno. ¿O me equivoco?*

## TREINTA

Apagué la música, vacié el vaso de whisky en el lavabo, me serví agua, me senté a la mesa de la cocina e hice como si comprobara que tenía todos los documentos antes de empezar con mi discurso. Tenía que leerlo. Necesitaba leerme y escucharme, ser autor y público al mismo tiempo, representar mi última función. Llevaba años despidiéndome pero esta vez era definitivo. Por suerte, yo no era una persona depresiva.

Los primeros papeles eran las cartas de las editoriales más importantes. Catorce negativas, cuidadosamente ordenadas y grapadas, tal y como las había dejado en la consigna. Las había agrupado en cuatro categorías según los motivos con los que se me justificaba el rechazo.

Elegí una muestra de cada tipo.

Primera categoría, los ignorantes:

«Querido señor Lorenz:

Hemos leído su manuscrito con mucho interés pero, desgraciadamente, tenemos que comunicarle que no le vemos ninguna posibilidad dentro de nuestro programa editorial.»

Segunda categoría, los cobardes:

«Estimado señor D. Xaver Lorenz:

Tras su nombre artístico se esconde, sin lugar a dudas, un gran talento literario. Pero quizás debiera intentar publicar primero en una editorial de ámbito nacional más pequeña para ir haciéndose un nombre. Le seré sincero: a nosotros nos resulta demasiado arriesgado publicar el debut de un principiante como usted.»

Tercera categoría, los moralistas:

«Estimado autor:

Con todo mi respeto a la calidad lingüística de su obra, tengo que comunicarle que considero que el contenido de su manuscrito es cínico, maligno y reprochable desde un punto de vista ético, además de completamente ajeno a la realidad. Mientras yo ocupe la presidencia de esta casa, no tengo intención de publicar nada en esa línea.»

Cuarta categoría: la última respuesta recibida, una categoría en sí misma. Con fecha 26-08-98, recibida pocas horas después de que me dejara Delia. Tomé un sorbo de agua. Era un gran dramaturgo, el que mejor sabía llevarme a escena.

«Apreciado señor Xaver Lorenz o como quiera que se llame. (Por cierto, me parece bastante poco original que utilice como seudónimo el nombre del héroe de su novela narrada en primera persona. De esta forma se identifica de una manera un tanto rara con el contenido de su utópico manuscrito.) Estoy a punto de partir para Boston, pero he decidido tomarme el tiempo necesario para escribirle detenidamente. Pasaré unos años en Estados Unidos enseñando un poco de literatura como profesor invitado. Y a mis jóvenes alumnos les aconsejaré lo mismo que voy a decirle a usted a continuación: ¡No escriba nunca sobre cosas que no entiende! Eso en literatura es pecado mortal.

»Un buen libro es un libro que se ha vivido. Solo los más grandes de los grandes autores pueden vivir un libro sin haberlo experimentado antes. Y, perdóneme, señor Lorenz, pero usted no es uno de los grandes grandes. No se aleje de la realidad, agárrese a los hechos que conforman lo cotidiano. Se nota que usted es un buen observador y que sabe plasmar lo que vive. Tiene talento literario. Solo debe conformarse con la falta de espectacularidad que impregna la realidad. Y seguro que encontrará un público para su obra. Pero, por favor, le ruego que se olvide de la gran novela psicológica.

»Xaver Lorenz, este es usted: un escritor honesto, un espíritu sensible, un hombre honrado, un compañero amable, probablemente también un buen padre de familia, como el personaje de su novela. Xaver Lorenz no puede ser un asesino. En eso, su imaginación le ha jugado una mala pasada. Esa acrobacia resulta demasiado exagerada y el exceso de riesgo se aprecia en cada línea. Señor Lorenz, a su libro le falta sustancia. Los lectores exigentes no se venden tan fácilmente. Su historia quizás suene auténtica, pero es increíble, es un fracaso en sí misma. Usted es demasiado buena persona para eso.

»Mi consejo es: abandone esa idea y empiece a escribir algo diferente, algo alegre. No fantasee, escriba, cree a partir de su propia vida. ¡Sabe hacerlo! Espero haberlo estimulado, pues mi pretensión no es desanimarlo.»

Dejé la carta a un lado y agarré el manuscrito. Estaba envuelto en cartón de embalar marrón de la librería de Delia. No lo saqué. Quería sentir su peso una vez más. Sí, todavía pesaba. Si lo hubiera tirado por la ventana alguien podría haber resultado herido, quizás se hubiera dado con la cabeza al caer contra un bordillo de hormigón o, al intentar esquivarlo, hubiera saltado a la calzada y lo habría atropellado un coche. Así era como perdía la vida la gente. Esos manuscritos eran los peligrosos; como diría un mal periodista, eran «bombas de relojería». Puse el paquete, el arma homicida, a un lado y me quedé en la mano solo con el epílogo, la prueba del delito. Estaba envuelto en tres fundas, bien protegido, como lo había guardado yo. Lo desenvolví y empecé a desahogarme con su lectura.

«Me llamo Jan Haigerer y he matado a un hombre. Primero solo mentalmente, en mi fantasía, no en la vida real. Pero el delito no es por ello menor. El tiempo me confunde, me persigue a través de mi propia biografía. El presente no escatima en medios para derrumbarme. Sin embargo, yo me agarro diligentemente al teclado y escribo: 26 de agosto de 1998. No ha sido un buen día:

la mujer a la que amaba ha echado el cerrojo y me ha dejado fuera de su vida; junto a mí, la última negativa para publicar el texto al que me he entregado en cuerpo y alma. Acabo de perder mi amor y mi vida. Y no parece que las cosas vayan a cambiar de momento.

»Ustedes se encuentran en mi futuro. Están leyendo el prólogo de mi obra, así es que han tenido que pasar más de veinte años. Debe de hacer más de veinte años que cometí el asesinato, veinte años de tiempo adicional en este partido.

»He expiado mi culpa y espero haber sufrido; aunque sé que, por mucho que lo haya hecho, no habrá sido suficiente. La culpa con la que cargo no puede contrarrestarse con ningún sufrimiento. No puedo reparar nada; solo se trata de terminar lo que he empezado. Quizás ustedes se acuerden todavía de mi caso: Jan Haigerer, el asesino sin móvil, el que mató a un desconocido.

»Pues demos un salto hacia atrás, hacia el presente de ese personaje que soy yo. Todo está preparado. Ese hombre que no puede haberle hecho daño a nadie, a nadie más que a sí mismo, quiere matar a un desconocido. De hecho, ya lo ha hecho: lo ha escrito.

»Pero vayamos más atrás todavía, saltemos otros tres años, hasta la época en la que empecé a escribir este libro. Creé la figura de Xaver Lorenz: un hombre bueno y servicial, en absoluto violento, al que todo el mundo apreciaba. Sin embargo, un día, ese hombre lanzó una granada de mano en mitad de una calle concurrida, atentando contra un grupo aleatorio de personas, y mató a una señora mayor. ¿Por qué? Él se niega a revelar sus motivos. ¿Por qué? Ustedes me perdonarán, pero yo no puedo explicárselo.

»Volvamos ahora a mi presente, a este 26 de agosto de 1998, día en el que mi manuscrito ha sido rechazado por última vez. Ya no voy a intentarlo con ninguna otra editorial. Un buen libro es un libro que se ha vivido. Eso es lo que enseñan en Boston. Yo he suspendido la asignatura y ahora tengo que recuperar: voy a vivir mi libro y voy a pagar por ello. Y cuando hayan pasado veinte años, cuando el centro de reclusión vuelva a escupirme en medio de la sociedad libre, revisaré mi manuscrito y lo insuflaré de vida, de mi vida, de mi crimen.

»Queridos lectores, acompañenme ahora en un nuevo salto. Volvamos al futuro. Hace veinte años, yo, Jan Haigerer, maté a un desconocido, a una persona cualquiera, arbitrariamente, sin miedo, sin escrúpulos y sin arrepentimiento. ¿Por qué? PORQUE SÍ, POR ESO. La respuesta se encuentra ahora en sus manos.»

## TREINTA Y UNO

Ahora sí que estaba bebiendo whisky. Directamente de la botella, como en las películas malas, en las que el personaje tenía que pillarse una borrachera impresionante en pocos segundos para ahorrar metraje. El whisky me sabía a infusión de hierbas; probablemente Helena le habría quitado el alcohol. La llamé para quejarme; me había anotado su número de teléfono en grande en la parte trasera de la última hoja de mis memorias. Al lado había escrito: «Espero tu llamada, Helena».

Respondió enseguida. Conversamos sobre la levedad que caracterizaba al whisky en estos tiempos tan malos y sobre otras cuestiones similares relacionadas con la época que nos había tocado vivir. Las palabras no me salían todo el tiempo como yo quería. Tal vez sí que había algún resto de alcohol en la botella. Qué gracia, enseguida salió a la luz que Helena no estaba de viaje. Estaba en casa de una amiga, a la vuelta de la esquina. A mí no me parecía bien que se tomara tantas molestias por mí, pero ella dijo que lo hacía encantada.

¿Que qué tal estaba? No era fácil responder. A decir verdad, no lo sabía. Necesitaba a alguien que me lo dijera. Solo me tenía a mí y a Helena; pero yo quedaba excluido.

—No suenas nada mal —dijo ella.

Qué zalamera era. A través de los agujeritos del auricular del teléfono se veía refulgir el brillo de sus cabellos rojos.

Desde luego, estaba contento de volver a estar en posesión de mis objetos de valor, le aseguré.

—¿Tienes por aquí un mechero? —le pregunté de paso.

Helena se alegró. Le pareció una buena idea quemar todo eso. «Mejor que tirarlo por la ventana», fue su opinión. Algo había que hacer con aquello. Estaba claro que no podía dejar que la confesión de un asesinato reposara eternamente encima de una mesa de cocina. Perdería credibilidad. Y yo de eso ya había perdido bastante.

¿Que qué iba a hacer? Pues... ni idea. No podía tomar decisiones; pero no tenía intención de moverme de allí mientras durase el otoño. Y quién sabía cuánto duraría el otoño.

—¿Quieres que te pida una pizza? —me preguntó Helena.

Yo no entendí la pregunta. ¿Qué sabía el servicio de pizza a domicilio sobre la delgada línea que separaba el otoño del final? ¿Qué iba a hacer el pizzero con mis memorias? Helena debía de estar también un poco bebida.

—¿Cuánto tiempo me puedo quedar? —pregunté.

—Te puedes quedar para siempre —dijo ella.

Eso era maravilloso; pero me pareció demasiado tiempo. Quizás sería mejor avisar al fiscal. A Helena no le pareció buena idea. Me dijo que me olvidara del fiscal. Y la verdad es que Rehle era un hombre al que no costaba mucho olvidar; haría todo lo posible por sacarlo de mi mente.

—¿Te molesta que vuelva a casa mañana por la mañana? —me preguntó ella.

¿Molestarme? ¿Cómo iba a molestarme? Era su casa. Alguien me dio unos golpecitos de pronto en ese lugar en el que habitualmente el que bate es el corazón. Y yo me planteé muy seriamente la posibilidad de abrirle la puerta sin importarme lo absurda que fuera la idea.

—No, no me molesta —le dije—. Todo lo contrario.

La llamada telefónica duró hasta la mañana siguiente. Era evidente que teníamos mucho que hablar. Y en algún momento de la conversación se me ocurrió una buena frase para terminar, pero esperé pacientemente a que llegara el momento de la despedida. Entonces pregunté: «Helena, ¿has estado alguna vez en Brasil?». Si hubiera estado de lector en la editorial Erfos le habría tachado una frase final así hasta al más exitoso de nuestros autores. Pero ya no era lector, ni en Erfos ni en ninguna parte. Y ya no era escritor. Ni era un recluso. Ni un hombre libre. Era un asesino al que el otoño había liberado e indultado. Así es que lo repetí: «¿Has estado alguna vez en Brasil?».

Helena respondió: «Todavía no».

Una buena respuesta; desde mi punto de vista.



DANIEL GLATTAUER. Nació el 19 de mayo de 1960 en Viena (Austria). Cursó estudios de Pedagogía e Historia del Arte antes de trabajar como periodista redactando artículos en *Der Standard*

Alcanzó el éxito en varios países de Europa, entre ellos España, con *Contra el viento del norte* (2006) y *Cada siete olas* (2009), novelas románticas influenciadas por Gustave Flaubert y escritas en formato epistolar que vinculaban a dos desconocidos que se encuentran en Internet.

En 2006 logró el German Bok Prize por *Contra el viento del norte*, obra que ha supuesto su salto al mercado internacional y que ha sido traducido a más de 25 idiomas.

## **Notas**

[1] *Schachnovelle*: última novela del escritor austriaco Stefan Zweig. Escrita en el exilio, poco antes de su suicidio, tiene como protagonista a un ajedrecista imbatible, antiguo preso de la Gestapo que sobrevivió al aislamiento y la tortura desarrollando mentalmente estrategias de ajedrez (*N. de la T.*). <<